

BOOKISS



SÉ MI
VERANO
EN UN DÍA DE
INVIERNO

PRISCILA SERRANO

Copyright

EDICIONES KIWI, 2019
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, noviembre 2019

© 2019 Priscila Serrano
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock
© Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Irene Muñoz Serrulla

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)
[Nota del Editor](#)
[Introducción](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Introducción

Puede que un día Savannah mire atrás y se dé cuenta de que todo lo vivido solo ha sido un mal sueño; que iba a despertar y el sol iluminaría un precioso día de verano en el que Olive, Mitchell y ella irían al lago Gunterville, de donde eran, a bañarse como siempre hacían cuando acababan las clases. Era lo mejor de las vacaciones y adoraban pasar ese tiempo juntos.

Y ahora, con la mirada al frente, los ojos clavados en un mismo punto, al mismo punto que miraba su mejor amigo Mitchell. Ya nada tenía sentido.

Solo unos malditos recuerdos le hacían ver que seguían aquí, que no era un sueño, que todo era real y nada iba a cambiar, pues ya lo había hecho. Todo cambió de una manera apabullante, enseñándoles lo que no podían seguir negando: que ella ya no estaba. ¿Qué iba a pasar ahora si habían perdido a una parte tan importante de sus vidas?

El año pasado fue el último verano que pasaron juntos... Ahora, solo les queda recordar cada minuto, cada segundo.

Hoy, un nuevo año después, ya habían acabado las clases, pero ya no irían al lago... Ya todo había acabado.

Capítulo 1

Tiempo después

—No puedes seguir así, Savannah.

La voz de Isabelle, su madre, resonó en su cabeza como un disco rayado. Siempre la misma canción, la misma frase: «No puedes seguir así. Tienes que salir a divertirte. Tienes que vivir», y bla, bla, bla. Estaba cansada de escuchar cada día de su triste vida lo mismo. Solo quería que tal y como empezaba el día, acabase rápidamente para esconderse bajo la colcha y dormir por horas, aunque no durmiera porque sufría de insomnio.

—¿Me estás escuchando? —Rodó los ojos—. Sabes que tengo razón.

—Sí, mamá. Tienes toda la razón. ¿Contenta? —Se levantó dispuesta a salir de la cocina y comenzar con su precioso y perfecto último día de instituto.

Estaba tan triste con ello... La ironía era lo único que permanecía con ella. Lo perdió todo el año pasado, toda su vida se fue a la mierda en un abrir y cerrar de ojos. ¿Se puede ser más infeliz? No lo creía, no más que ella al menos.

Caminó hasta la puerta para irse, pero su madre la cogió del brazo e hizo que se volteara para ponerse frente a ella. Sus ojos la miraban con preocupación, una que no había pedido y que no dejaba de mostrarle.

—¿Por qué huyes de los problemas? —preguntó Isabelle, poniendo sus manos en cada uno de sus hombros.

—Pues porque yo no los veo —aseguró mintiéndose a sí misma.

Claro que había un problema, uno muy serio, uno que no reconocía que existía, pero ¿qué más daba ya? A Savannah no le importaba vivir así, se estaba acostumbrando a ser la solitaria del pueblo Guntersville, Alabama.

Su madre seguía mirándola de esa manera que tanto estaba llegando a odiar, y lo único que podía hacer era demostrarle que se equivocaba, aunque fuese mentira.

—Mama, estoy bien, de verdad —afirmó suavizando el tono de voz.

Sabía que se preocupaba porque la quería y no le gustaba que sufriera, pero era imposible no hacerlo cuando se acercaba la fecha y ya nada era igual.

—Si eso es cierto, ¿por qué no vas esta noche a la fiesta que da la familia de Mitchell?

Su cuerpo se tensó al escuchar su nombre. Tantas veces que ella misma lo había pronunciado... y ahora le daban escalofríos con solo oírlo de otros labios.

—No pienso ir a esa casa.

—Hija, después de hoy no volveréis a veros. Cada uno iréis a una universidad diferente y perderéis el contacto. ¿De verdad es eso lo que quieres? —Se encogió de hombros—. No te creo.

—Piensa lo que quieras, mamá. —Se dio la vuelta—. Ya es tarde, debo irme.

Suspiró un par de veces antes de encaminarse hacia la puerta, pues hasta salir a la calle le molestaba. Escuchó tras de sí la voz de su madre deseándole un gran último día de clases, pero ella no estaba segura de que pudiera ser así. Hacía tanto tiempo que no tenía de esos buenos días, que ya ni recordaba qué se sentía.

Salió de su casa y fue hasta su coche para luego entrar en él y, tras encender la radio, arrancar

para ir al instituto y dejar que pasaran las horas mientras se escondía tras su cuaderno de dibujos.

Por el camino escuchaba la música que estaba sonando en la radio, siendo esta todo lo que le gustaba. Bueno, realmente ya no sabía lo que le gustaba. Entonces sonó esa canción, la misma que escuchaban una y otra vez ella y Olive: *The Climb*, de Miley Cyrus. Unas estúpidas lágrimas mojaron sus mejillas al tiempo que llegaba al aparcamiento del instituto, se quedó unos segundos sentada en el coche, dejando que la música entrase en su interior para removerlo todo por dentro, dejándola mucho más caótica de lo que ya estaba.

Los minutos seguían pasando y la radio se había apagado, pero ella seguía sentada sin atreverse a salir del vehículo. Alguien pegó en la ventanilla sobresaltándola. Sin poder vislumbrar bien quién era, bajó el cristal y su voz la hizo volver a la realidad.

—Savannah, ¿estás bien? —Se bajó del coche tras sacar la llave y cogió su maleta. Todo lo hizo sin mirarlo, mucho menos responderle—. Eh, Savannah, ¿me has escuchado? —Lo miró—. ¿Estás bien?

—¿Ahora te importa? —preguntó sin titubear.

Bufó exasperado a la vez que se pasaba las manos por su cabello negro como el azabache. Sus ojos verdes la escrutaban, intentando ver a través de los suyos, pero ella ya no le mostraba nada, no como lo hacía antes.

Negó enarcando una ceja y dio un paso adelante para escapar de su mirada y entrar en el centro.

—¡Espera! —La cogió del brazo.

—¿Qué quieres, Mitchell? —habló agobiada.

—¿Vendrás esta noche a la fiesta? —Sonrió de lado.

—¿En serio? —preguntó—. ¿Es en serio? —repitió—. Solo te importa tu estúpida fiesta —afirmó decepcionada.

—No, no es así.

—Claro que no iré.

Se soltó de su agarre y se fue dejándolo solo y con la palabra en la boca. Sintió su mirada en la espalda, sintió como una parte de ella aún lo echaba de menos y sintió que ya no estaba con ella. Ninguno lo estaba ya.

Se pasó toda la mañana mirando por la ventana del aula, observando el cielo azul y ese resplandeciente sol que iluminaba cada rincón de la calle. Hacía calor y lo que más deseaba era ir al lago a bañarse, pero no podía hacerlo, prometió no volver a hacerlo. Cuando sonó la campana anunciando el descanso, salió del aula y se fue al jardín trasero a sentarse bajo el limonero, sacó de su maleta el cuaderno y un lápiz de punta afilada. Lo único que hacía para escapar de esa maldita realidad que la aplastaba era dibujar cualquier cosa que se cruzase con sus ojos. Al frente, había una pareja, aunque no sabría decir bien quiénes eran, pues el sol brillaba tanto que no dejaba ver con claridad sus rostros, pero sí veía lo que hacían. Se dispuso a dibujarlos, trazando cada línea con cuidado, con suavidad para dejarlo bien marcado, cuando una pisada cercana la desconcentró, haciéndola girar su cabeza hacia la derecha para ver quién era la persona que se había propuesto joderle la media hora libre en toda la mañana.

—Sabía que estarías aquí —aseguró sentándose a su lado.

—¿Qué quieres? —Suspiró—. ¿Estás aburrido hoy?

—¿Por qué lo dices?

—Contando con que tu último saludo fue hace cinco meses. —Frunció el ceño.

—No seas exagerada.

Quería mirarlo y saber que su amigo seguía con ella como antes y no solo porque hoy no hubiera ido alguno de sus amigos. Mitchell ya no era ese chico divertido con el que solía reírse a carcajadas nada más abrir la boca.

—De verdad. ¿Qué quieres?

No quería ser grosera con él y mucho menos tener una pelea después de tantos meses sin hablarse, pero no entendía muy bien a qué venía tanto acercamiento de buenas a primeras. Mitchell mantuvo el silencio unos segundos, unos largos segundos en los que lo único que estaba haciendo era buscar las palabras adecuadas para poder entablar una conversación con su mejor amiga.

—Lo siento —se disculpó—. Sé que te he tenido abandonada. —Savannah soltó una risita irónica—. Es cierto, Savannah. Siento no haber estado cuando más me necesitabas, pero yo tampoco lo he pasado mejor.

—Pues siento mucho que dude de cada palabra que acabas de soltarme —respondió cortante—. Se te ve bien Mitch, mucho más de lo que yo quisiera estar.

Él agachó la mirada comprendiendo lo que decía. Su amiga no era feliz, no olvidaba y mientras ese recuerdo siguiera presente en su cabeza, no lo sería. Mitchell, en cambio, pasó de la tristeza a la diversión en cuestión de semanas. Un día se levantó creyendo que iba a ser un buen día, que nada de lo que hubiera pasado tenía que hacer que dejara de vivir tal y como siempre había hecho. Es cierto que se alejó de su única mejor amiga y que eso era lo que ahora no le dejaba acercarse más de lo que ella le permitía; pero en realidad él estaba deseando abrazarla como antes. La echaba tanto de menos y la había cagado tanto con ella que no sabía cómo enmendar su error. Por eso quería que fuese a su fiesta, quería pasar tiempo con Savannah, aunque estaba seguro de que no iría.

—Quiero que vengas esta noche a mi casa —pidió con la voz llena de súplica. Mas ella negó—. ¿Por qué?

—No pinto nada allí y mucho menos con tus nuevos amigos. Yo no soy como tú. —Se levantó al tiempo que la campana volvía a sonar para avisarlos de que debían entrar al centro de inmediato.

Mitchell se quedó sentado, viendo como Savannah, sin decirle nada más, se alejaba de nuevo poniendo un muro tan alto entre ellos, que nada haría que cayera para poder volver a verla.

Sin embargo, y aunque él pensara que ella estaba siendo muy dura, Savannah caminaba hacia el interior del instituto con un gran nudo en su garganta, las lágrimas querían salir y sabía que en cuestión de segundos aparecerían para mostrar de nuevo la tristeza de sus ojos en lugar de esa mirada divertida y alegre que ya no veía por ningún lado.

La mañana pasó sin nuevos percances y tras la despedida de todos los profesores y compañeros de clases, Savannah salió de ese instituto para no volver jamás. Ahora era tiempo de rehacer una vida rota, de buscar los pedazos y pegarlos con mimo, pero en otro lugar. En unos meses estaría en Manhattan, en la universidad. Ella ya tenía dieciocho años y deseaba emprender ese camino cuanto antes y, aunque sus planes siempre habían sido en conjunto con Olive, ya no sería así y solo le quedaba demostrar que podía hacerlo, aunque le costara horrores conseguirlo sola.

Llegó a su casa y tras aparcar salió del coche para luego entrar. En este momento estaba sola, pues su madre estaba trabajando y a su padre no llegó a conocerlo, se fue cuando ella era muy pequeña y nunca más supieron de él. Siempre fueron ellas dos contra el mundo, siendo su madre

una de las personas más importantes de su vida. No tenía hermanos y por eso sus amigos eran casi como esos hermanos que nunca tuvo. Mitchell, Olive y ella siempre habían estado tan unidos... y ahora ya nada era igual.

Caminó hasta la cocina donde su madre le dejó una nota diciéndole que tenía la comida en la nevera para que solo tuviese que calentársela. Sacó los espaguetis y tras echarle salsa boloñesa los metió en el microondas para calentarlos. No tenía demasiado apetito, pero pobre de ella como no comiese; palabras de su madre en la nota.

Con el plato en una mano y un vaso de agua que se sirvió con anterioridad, se encaminó hasta el salón para ver la televisión mientras comía. Así, al menos, se distraería. Media hora más tarde, estaba tumbada en el sofá y con los ojos cerrados, se había quedado dormida. Menos mal que la comida sí que se la había comido tal y como su madre le pidió.

—Savannah. —Escuchó—. Hija, despierta.

Abrió los ojos despacio y se incorporó para luego sentarse en el sofá.

—Me he quedado dormida.

—¿En serio? No me había fijado —se burló su madre.

—Muy graciosa. —Le sacó la lengua—. ¿Qué hora es?

—Son las nueve de la noche. ¿Cuánto has dormido?

—Lo suficiente para saber que me tengo que arreglar para la fiesta de Mitchell. —Se levantó como un resorte.

Su madre sonrió imitándola y tras darle un efusivo abrazo con el que le demostraba lo orgullosa que estaba de su hija, subieron a su habitación para elegir qué ponerse.

Capítulo 2

No sabía muy bien el motivo que la llevó a levantarse con la sensación de tener que ir a esa fiesta que Mitchell hacía como despedida. Él se iría mañana a Atlanta y no volverían a verse en mucho tiempo, ni creía que volviesen a verse en realidad nunca más.

No dejaba de recordar el sueño que tuvo antes de que su madre la despertara. Olive era la protagonista y le pedía que se arreglase, que se pusiera mucho más bonita de lo que ya era y fuera a esa fiesta a la que se había negado a asistir. Su amigo la necesitaba, aunque no lo demostrase de la misma manera en la que podía hacerlo ella.

Se despidió de su madre para, con paso decidido y tras mirarse unos segundos para comprobar que el atuendo que había elegido era el adecuado, salir rumbo a esa fiesta. Se puso un vestido blanco por encima de los muslos, tenía un poco de vuelo en la falda que salía desde la cintura y unas plataformas del mismo color; ella era bajita, aunque preciosa. Sus grandes ojos azules mostraban una laguna, sus pestañas pobladas eran la sombra para ese enfermizo sol que tanto odiaba. Su nariz estaba llena de diminutas pecas que le hacían tener ese aspecto añorado, y el cabello negro y ondulado por la cintura, insinuaba lo contrario. Caminó hasta la acera de enfrente, donde la música alta provocaba que su corazón latiera con la misma fuerza.

«Vamos, Savannah, tú puedes hacerlo», se animó a sí misma mientras ponía el primer pie en las escaleras del porche de la casa de su amigo.

No había nadie en la entrada, cosa rara para ser una fiesta tan animada. Sin tocar el timbre, abrió, pues sabía que estaría abierta. Lo primero que vieron sus ojos fue a cinco compañeros de su misma clase que jugaban a ver quién bebía más cerveza, ¿no sabían divertirse de otra forma? Caminó sorteando a la gente, demasiadas caras y muy pocas conocidas. ¿Dónde estará Mitchell? Se preguntó mirando por cada rincón del salón.

Al final de este estaba la barra americana de la cocina y en su interior lo vio charlando animadamente con Miller, Jena y dos chicos más que no había visto en su vida.

Suspiró unas cinco veces antes de ser capaz de ponerse frente a él y hacerle ver que nada de lo que le había dicho por la mañana lo sentía de verdad. Echaba tanto de menos a su amigo como a su amiga, y sabía que Mitchell sentía lo mismo. Vio que Jena le daba un codazo cuando esta la vio acercarse. Su amigo miró hacia donde su amiga le dijo y vio a Savannah. Una bonita sonrisa se dibujó en sus labios y fue hasta ella importándole muy poco sus invitados, en este momento solo importaba ella.

—Has venido —anunció dándole un beso en la mejilla.

—He venido —repitió sin saber muy bien qué decirle.

—¿Quieres tomar algo? Ven. —Cogió su mano y entrelazó sus dedos con los de ella.

Pasaba algo extraño, él estaba extraño, sin embargo, ella no dijo nada, simplemente disfrutaría de la fiesta como tanto le habían repetido que debía hacer. Llegaron a la cocina, sus amigos ya no estaban, se fueron segundos antes de que ellos llegaran. Verlos con los dedos entrelazados provocó que Jena tirase de los demás, no quería estar cerca de Savannah.

—Toma. —Extendió un vaso de cerveza una vez que la sirvió.

—Gracias.

Salieron al jardín y se sentaron en los bancos que los padres de Mitchell pusieron hacía ya tres años. Estos eran de madera oscura a juego con los escalones de la puerta trasera. Tenían un jardín bastante bonito y cuidado. Flores preciosas, de las cuales no sabría decir su nombre, adornaban cada rincón y justo en el lado izquierdo, una piscina, una que no usaban nunca pues el lago siempre fue el protagonista principal de sus escapadas diarias.

—Pensé que no vendrías —declaró en un hilo de voz.

Agradecía no tener cerca la música, tan alta que no podían escuchar lo que decían.

—No iba a venir —musitó cabizbaja.

—Lo sé.

Ambos soltaron un suspiro y se miraron para después sonreírse de aquella manera tan especial. Aunque, a decir verdad, la de Mitchell no era la que siempre le mostraba. Su amigo era un chico muy especial, además de muy guapo, sus ojos verdes y de mirada picara era algo que gustaba mucho a las chicas, pero no todo era eso, pues la sonrisa que regalaba hacía suspirar a cualquiera. Lo único que te hacía verlo diferente, era su cabello negro oscuro, solo con eso podrías llegar a creer que no era dulce, sino todo lo contrario.

Savannah lo conocía bien, mucho más que bien. Los tres eran como hermanos, nunca se cansaría de decirlo; y Olive, la chica a la que él siempre quiso.

—¿La echas de menos? —preguntó ella de pronto.

Mitchell la observo con la mirada vidriosa. Claro que la echaba de menos, mucho más que eso, era el único que tuvo el valor de ir al cementerio a visitarla cada maldito día del mes, cada día diez.

—Mucho más de lo que pueda admitir.

—Yo también la echo de menos y no puedo olvidar aquel día.

Su amigo le pasó su brazo por los hombros para después pegarla a su cuerpo y así consolar su corazón quebrado. Las lágrimas le enseñaron que no fue buena idea ir a esa fiesta, pues aún no estaba preparada, aunque de no haberlo hecho, no hubiera tenido ese momento con su mejor amigo, ¿no?

Él acariciaba su brazo, trazando círculos en su piel. Su cuerpo temblaba como una hoja y no sabía si era la brisa nocturna la que provocaba eso o el hecho de que su amigo la acariciase. Nunca antes lo había hecho, nunca antes se comportó así con ella y sentía que estaba llegando el momento de levantarse e irse, aunque solo llevara en la fiesta unos veinte minutos. Mitchell al percatarse de su incomodidad, le sonrió y se levantó para poner distancias entre ambos, al menos, una distancia prudencial, pues no tenía pensamientos de alejarse de ella ahora que estaba recuperándola.

—Vamos. —Le extendió una mano para ayudarla a levantar. Savannah dudó un segundo, pero finalmente cogió su mano—. ¡Te voy a enseñar a divertirte! —exclamó provocando en ella una sonora carcajada.

Hacía tanto tiempo que no reía que fue como si un trocito de ese corazón volviese a su sitio. Mitchell se quedó mirándola, disfrutando de esa risa que hacía tanto tiempo que no escuchaba. Entonces, se acercó a ella y pasando una mano por su cintura, la pegó a él. Savannah paró de reír inmediatamente, notando como su corazón comenzaba a latir con fuerza, sintiendo también el de él.

—¿Qué... que haces? —titubeó.

—No lo sé —aseguró él—. Sé que esto no está bien, pero no puedo parar.

Las mejillas le ardían de lo rojas que estaban, la piel se le volvió a erizar de esa manera tan extraña. Mitchell subió una mano a su mejilla y la acarició con dulzura. Savannah cerró los ojos al sentir el contacto. Una parte de ella quería experimentar lo que sería ser besada por él, aunque no sintiera nada más que un cariño familiar hacia su mejor amigo. Pero ambos habían sufrido tanto, que darse ese calor ahora no debía de ser malo. La otra parte le gritaba que eso no estaba bien, que su amistad se vería más rota de lo que ya estaba. No quería perder a su mejor amigo, no podía permitirse volver a perder a alguien tan querido y sabía que, si sus labios se unían, era eso justamente lo que iba a pasar.

Con la respiración agitada, el corazón martilleando en su pecho y los ojos a medio abrir, escuchó a su amigo murmurar sin apenas apartar la mirada de sus labios.

—Dime que pare y lo haré.

—No, no... no sé —respondió en un susurro casi inaudible.

Para él fue como si estuviese aceptando lo que estaba a punto de pasar, pero antes de siquiera chocar sus labios la voz de Jena los interrumpió. Se separaron de golpe, creyendo que nadie los había visto, pero no era así, la morena sí que los vio y justamente por eso evitó ese beso a toda costa.

—Mitchell, te estás perdiendo la fiesta. —Sonrió—. ¿Vamos?

Este miró a su amiga y ella lo instó a entrar con Jena a la casa.

—No te dejaré aquí sola...

—Oh, vamos Mitch. Ella ya es mayorcita y puede quedarse sola —lo interrumpió Jena.

Savannah la escrutó con la mirada mientras que alzaba una ceja. Siempre le cayó mal Jena y ahora que se había dado cuenta de que esta estaba enamorada de su mejor amigo, mucho más, así que no dudó en molestarla para hacerle ver lo importante que era para ella la felicidad de su amigo y que no la quería en la vida de él.

—Claro, Mitch —la imitó irónicamente—. Además, he pasado tantas horas en esta casa que siento como si estuviese en la mía propia. No te preocupes, que ahora te busco.

Su amigo se carcajeó dándose cuenta de la burla de Savannah y asintiendo, entró en su casa con Jena pisándole los talones. Esta quiso acercarse, cogerle del brazo, pero él no la dejó. Savannah los miraba fijamente hasta que los perdió de vista cuando entraron. Volvió a sentarse en el banco y esta vez sintió un poquito de esa paz que le fue arrebatada. Suspiró al menos tres veces mientras pensaba y recordaba los momentos que pasaron en esa casa, las veces que fueron a la piscina, como aquella vez que Olive se rompió la pierna porque se resbaló en el filo de la piscina. Mitchell y ella se rieron como unos auténticos locos, sin percatarse del dolor de su amiga y de que necesitaba un médico urgente.

No podían dejar de reír, era recordar una y otra vez la caída que tuvo Olive y sus risas volvían con más intensidad. Su amiga los miraba con el ceño fruncido mientras las lágrimas por el dolor ocasionado mojaban sus mejillas. Ellos aún no vieron su estado, pues las risas no les dejaban verla con claridad, hasta que Olive gritó cabreada.

—¿Queréis dejar de reiros de mí y buscar a un médico? ¡Joder! Que me duele el tobillo. — Ambos pararon y se agacharon a su vez para cogerla en brazos—. Vaya, parece que mis dos

mejores amigos por fin me prestan atención.

Volvieron a mirarse y, con ella en brazos, volvieron a soltar una carcajada, y a esta se les unió su amiga. Era mejor reír que llorar, de eso no cabía duda.

Era la primera vez que recordaba algo sin tener en mente el día de su muerte, el día del entierro y cómo sus padres, a los cuales llevaba sin ver más de ocho meses, estaban destrozados. Un suspiro desgarrador volvió a atenazarla, pero esta vez con una sonrisa en sus labios. Se levantó dando por finalizado el momento pensativo para volver a la fiesta que aún no estaba disfrutando. Al entrar, buscó a su amigo, aunque este no estaba demasiado lejos y la esperaba a ella. De hecho, desde que entró, no se alejó de la ventana y observó cómo sonreía, como se le achicaban los ojos cuando lo hacía. Para él siempre fue tan bonita, tan especial, como lo fue Olive. Para él eran sus chicas.

Caminó entre los invitados, tras ver a su amigo. Mitchell la miraba a la vez que la canción *The Climb* volvía a sonar por segunda vez ese día. Parecía una señal. Él caminó también para llegar a ella y cuando la tuvo enfrente, e importándole muy poco los reproches que podrían venir después, cogió sus mejillas y la besó como quería hacerlo cuando estuvieron solos en el exterior y fueron interrumpidos. Nadie puso atención, pues todos estaban emocionados, bailando y bebiendo, cada uno a su rollo; menos Jena, que no les quitaba ojo y que sabía que eso iba a pasar.

Capítulo 3

Durante toda la canción ninguno hizo ademán de alejarse, de separar sus labios. Y en cuanto acabó, ella volvió a despertar de ese trance en el que su amigo, con su beso, la hipnotizó completamente. Ambos lo estuvieron por unos largos minutos. Al separarse, Savannah lo miró y sintió sus mejillas arder, sabiendo que estaba sonrojada y, sobre todo, avergonzada por ello. Sin decirle nada, se dio la vuelta para escapar, pero Mitchell no la dejó y cogió su brazo obligándola a girarse de nuevo. Antes incluso de que ella pudiera volver a escapar, él la abrazó con la intención de decirle algo que tuvo escondido en su pecho durante mucho tiempo, mucho más de lo que ella imaginaba.

—Te quiero, Savannah —murmuró en su oído—. Siempre estuve enamorado de ti.

—No, no. Esto no puede ser —titubeó ella nerviosa.

—¿Por qué no? ¿Qué hay de malo? —preguntó Mitchell preocupado.

—Tú y yo somos amigos, Mitchell, y... y no puedo estar contigo en este momento. Además, yo me iré a Manhattan y tú a Atlanta.

—Vente conmigo, hagamos una vida juntos, lejos de todos... Savannah, no quiero perderte.

Su corazón latía tan fuerte que le dolería el pecho. No le respondió, no podía hacerlo. Obligándose a sí misma, volvió a darse la vuelta y agradeció que él ya no la retuviera allí. Al menos, ya no tenía esa presión que oprimía el pecho por esconder ese sentimiento durante tanto tiempo. Ya lo sabía, ya podía entender el motivo que lo llevó a alejarse por tantos meses. Era tan terrible estar cerca de alguien y no poder decirle te quiero para no perderla... y ahora... ya no pudo soportarlo más, aunque tenía miedo de haberla perdido para siempre.

Savannah no podía creer que su amigo la besara, que de verdad sintiera por ella ese amor que afirmaba sentir. ¿Cómo era posible eso? Nunca se lo dijo, jamás notó nada y siempre pensó que de quien estaba enamorado era de Olive.

Cuándo salió corriendo de esa casa, no paró hasta que llegó a la suya y se encerró en su habitación. Dio gracias de que su madre estuviese dormida, si no, tendría que haberle dado alguna explicación del porqué de su estado. Respiraba agitada, el corazón le iba a mil por hora y aún sentía en los labios un cosquilleo extraño. Pocos chicos la habían besado, de hecho, si mal no contaba, solo se besó una vez y fue desastroso. Pero el beso que Mitchell le había dado fue algo más, fue un beso completamente diferente a lo que ella sintió aquella otra vez.

Se desnudó y se puso una camiseta de tirantes y un pantaloncillo corto de algodón. Las temperaturas ya eran un poco altas y ni siquiera dormía ya arropada. Se desmaquilló y poco después peinó su cabello algo enredado para después acostarse, aunque estaba segura de que esa noche tampoco dormiría.

Una vuelta, dos, tres, cuatro y dejó de contarlas... No podía dejar de pensar en el beso, y mucho menos en lo que su mejor amigo le había confesado. Quería que se fuera con él, comenzar una vida juntos, lejos de todo, lejos de este lugar en el que tanto habían sufrido.

No podía hacerlo, simplemente no podía aceptar a Mitchell como novio, pareja o lo que él supuestamente quería ser, así, sin más. Si lo hacía, era como fallarse a sí misma. Eran amigos desde que tenían uso de razón, ¡por el amor de Dios...! ¡Prácticamente hermanos!, solo que con

distintos padres.

Cuándo ya sus ojos comenzaron a pesarle eran las cinco de la madrugada, siendo esta otra noche más en la que no descansaba. Solo dormiría unas pocas horas y tendría que levantarse pues debía pensar qué hacer para no quedarse en el pueblo.

Sobre las diez de la mañana, su madre entró muy despacio a la habitación para comprobar que estuviese bien, no la escuchó llegar por la noche y supuso que llegó casi al amanecer. Savannah tenía el sueño ligero y con solo un pequeño chirrido de la puerta, sus ojos comenzaron a abrirse para comprobar que su madre estaba ya en la habitación.

—Buenos días, cariño. ¿Has dormido bien? —se interesó Isabelle.

Savannah se incorporó quedando sentada en la cama. Se quedó completamente en silencio, no sabía cómo contarle a su madre que la noche no había pasado como ella esperaba.

—He tenido noches mejores —murmuró al tiempo que ponía un pie en el suelo, siempre segura de que este fuera el derecho y no el izquierdo. Ya sabes lo que dicen, quien pone el pie izquierdo al levantarse en el suelo, estará de mal humor todo el día. Siempre cuidaba que eso no pasase.

—¿A qué hora llegaste?

—Sobre las dos de la madrugada.

—¿Tan pronto? No te oí llegar. —Frunció el ceño—. ¿Lo pasaste bien?

Savannah la escuchaba, pero no respondía. Comenzó a sacar ropa de los cajones con la intención de comenzar a guardar lo que se llevaría, fuera a donde fuese. Su madre se acercó a ella y poniéndose frente a ella la miró ceñuda, prácticamente no quitó ese gesto desde que su hija le dijo la hora a la que había llegado por la noche. Fue a una fiesta y la daba su mejor amigo. ¿Cómo es que una chica de su edad llega tan pronto a casa? Tenía claro que algo había ocurrido para que estuviese tan extraña.

—¿Me vas a decir de una vez que te pasa? —pidió su madre.

—Nada, no sé de dónde sacas que me pasa algo —respondió más nerviosa que de costumbre.

—¿Te pasó algo anoche? —insistió.

—No, mamá. —Rodó los ojos algo cabreada.

Estaba cansada del tercer grado que usaba su madre cada vez que pensaba que le ocurría algo. ¿Acaso no puede ser que no esté de humor y punto? Siempre achacaban todo a la depresión que tenía y no pensaban que simplemente no tuviera ganas de hablar o de contarle algo relacionado con un beso que la había dejado trastocada.

—Savannah, estoy harta de tu silencio —se quejó—. ¿Cuándo será el día que confíes en mí y me digas qué te ocurre? Yo solo estoy preocupada... Yo, yo... Quiero de vuelta a mi hija. —Sollozo sentándose en la cama.

Savannah la miró con algo de pena; pena por no poder sincerarse con su madre y decirle que estaba así por su propia culpa, que todo lo que pasó hacía un año fue algo que pudo haber evitado y no lo hizo. Olive no estaba y ella se fue en parte con su amiga cuando murió. ¿Qué quería que hiciera? El dolor le oprimía el pecho, los recuerdos le estrujaban la mente y ahora... ahora ese beso hormigueaba sus labios. ¿Podría pasarle algo más?

No debió hacerse esa pregunta, porque sí, las desgracias nunca venían solas y esta llegaba de manera repentina.

—Te irás con tu tía Juliette a Manhattan.

—¿Cómo? No pienso ir a ninguna parte —aseguró caminando hasta su madre.

—No te lo estoy pidiendo, irás quieras o no —afirmó levantándose de la cama mientras pasaba dos dedos por el puente de su nariz.

Estaba tan desesperada que lo único que se le ocurrió fue que le vendría bien un cambio de aires, pasar una pequeña temporada con su única tía antes de entrar en la universidad podría ser una grata experiencia que le hiciera ver la realidad y comenzar de nuevo a disfrutar de la vida, como antaño.

Sabía que su hija sufría por la muerte de su mejor amiga y que se culpaba por ello cada día que sus ojos se abrían por las mañanas pensando que Olive no iba a volver a abrir los suyos. Así que debía aprender a diferenciar la culpa con el destino de cada persona. Lo que le pasó a su mejor amiga no fue culpa de nadie, solo de ella por conducir ebria en vez de esperar a que se le pasara la borrachera.

—No puedes obligarme, soy mayor de edad —habló con la voz entrecortada.

—Es cierto, no puedo obligarte... pero te suplico que me hagas caso y te vayas a casa de tu tía. Pasar una temporada con ellos te hará bien, hija.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Sabes que Roxanne me odia y que me hará la vida imposible el tiempo que esté en su casa.

Recordar algunas vacaciones que había pasado en casa de su tía Juliette era algo que le demostraba lo mucho que su prima la odiaba. No quería pasar tiempo con esa niña pija que lo único que quería es que todo el mundo estuviera pendiente a ella. Debe ser agotador querer ser popular las veinticuatro horas del día.

—Vamos, Savannah. Ya no sois unas niñas y tu prima es mayor, seguro que se muere de ganas por verte y pasar estas vacaciones contigo —expresó Isabelle acercándose de nuevo a su hija.

Acarició su mejilla con dulzura y la ayudó a sacar la ropa que hacía apenas unos minutos ella estaba sacando para guardarla en una maleta. Era cierto, su prima ya no era una niña, sino una mujer de veinte años con cerebro de adolescente. De verdad que quería pensar que sí, que a lo mejor había cambiado y solo era el recuerdo del pasado lo que no la dejaba ir con ellos. Por otro lado, podría intentarlo y si no se sentía bien, irse y listo. ¿Qué podría perder? Miró a su madre y asintió.

—Está bien, iré a casa de la tía Juliette, pero en cuanto Roxanne me haga la primera, cojo las maletas y me voy a la universidad, mamá —amenazó. Su madre asintió con una sonrisa en los labios.

Cuando acabaron de guardar la ropa que se llevaría, su madre se encargó de llamar a su hermana para informarle de que su hija saldría a primera hora de la mañana para Manhattan. Iría en bus, así que tendrían que ir a buscarla.

Savannah no estaba tan emocionada con ese viaje, pero si quería alejarse de todo y de todos, tendría que hacerlo así. Además, podría conseguir olvidar lo que pasó el año pasado, aunque nunca pudiese olvidar a su mejor amiga, su hermana del alma. Olive siempre iba a estar en su mente y, sobre todo, en su corazón; y nada ni nadie iba a conseguir borrar eso.

Pasó toda la tarde con su madre, fueron a cenar a la hamburguesería del tío de Olive y este al verla y después de tantos meses sin que ella pasara por allí, salió de la barra y se acercó para darle un abrazo fuerte.

—No sabes lo que te hemos echado de menos, Savannah —mencionó Jeffrey.

Ella no supo qué responder a eso, pues le costaba demasiado poder dar alguna explicación

sobre los motivos que la llevaron a alejarse de todos. Era cierto que sabían que era por Olive, pero, había algo más y justo eso era lo que no quería contar.

Jeffry las acompañó hasta una mesa libre, pero Savannah lo paró.

—¿No está nuestra mesa libre? —preguntó.

—Me temo que no, pero puede que a la persona que está ocupándola no le importe que os sentéis con él.

Su cuerpo se tensó a la vez que miraba en aquella dirección. La mesa que siempre usaban ellos, en la que tantas horas habían pasado estaba ocupada por él, por Mitchell. Ella pensó que ya se habría ido, pero no era así. Su mejor amigo no podía irse sin despedirse de ella, aunque primero querría recordar un poquito de aquellos tiempos. Su madre la apremió para que fuera con él, sabiendo que a su hija le gustaría estar con su amigo y pasar juntos las últimas horas que le quedaban en Alabama.

—No puedo.

—¿Por qué? —preguntó su madre.

—Porque no puedo.

—Vamos, cielo, es tu amigo. ¿De verdad quieres que vuestra última noche sea así? —Negó con sinceridad—. Entonces ve con él. —Iba a responder, pero no la dejó—. Por mí no te preocupes, cenaré con Jeffry, ¿de acuerdo?

—Odio cuando me haces esto —refirió Savannah.

—Pero me amas, cielo. —Asintió a la vez que caminaba hacia su amigo.

Mitchell la vio y ella se preocupó al comprobar que sus ojos estaban llenos de lágrimas. Comenzó a sufrir por él también y odiaba tener ese gran sentimiento.

Capítulo 4

Savannah se sentó a su lado en silencio y tampoco se atrevía a mirarlo. ¿Cómo hacerlo si cuando sus ojos se encontraran ella recordaría el beso? Él tampoco lo podía olvidar, aunque realmente no quería, y mucho menos borrarlo. Quiso besarla con todas las consecuencias, inclusive el estar así con ella.

—¿Cómo estás? —quiso saber él. Ella se encogió de hombros—. ¿No piensas hablarme? —Volvió a repetir la misma acción—. Vamos, Savannah. Ante todo, somos amigos, ¿no?

—¿Amigos? No, Mitchell... los amigos no se besan como nosotros anoche —mencionó ella con un gran nudo en la garganta.

Solo esa respuesta le hizo ver a Mitchell que Savannah nunca estaría con él. Si con solo un beso ella estaba así, eso le demostraba que sus sentimientos no eran los mismos que él tenía hacia su mejor amiga. Hizo ademán de levantarse y volver con su madre, pero él no la dejó y con una mirada llena de súplica por su parte, la convenció para que volviese a sentarse.

Jeffry les llevó lo que siempre pedían, sin esperar a que ellos mismos pidieran. A Savannah no le quedó más que aceptar cenar con su amigo, así, como en los viejos tiempos, aunque ahora no pudiese mirarlo de la misma manera.

—¿Podemos hacer como si no hubiese pasado nada? —preguntó ella en un hilo de voz.

—No puedo hacer eso, Savannah. No puedo borrar lo que siento por ti y mucho menos olvidar el beso —respondió él con la voz apagada.

¿Dónde estaba aquel chico de ojos verdes que, con solo hablar le hacía reír como una loca? ¿Dónde estaba su mejor amigo? No quería perderlo, no podía siquiera pensar en esa posibilidad de perderlo a él también, pero estaba claro que Mitchell no pensaba igual que ella. ¿Por qué no podía hacer como si nada hubiese pasado y seguir como antes de que la besara? Le gustaría borrar la noche anterior, haber podido pensar con claridad antes de vestirse para ir a esa fiesta, que fue la peor de todas a las que había asistido.

—Solo te lo pido por esta noche —insistió.

Mitchell se quedó unos segundos pensando en la posibilidad de poder borrar por unas horas el beso y sus sentimientos, volver a ser el chico que era cuando estaba cerca de ella, ser su mejor amigo. ¿Podría lidiar con ello? Tendría que intentarlo al menos.

—Vale, haremos lo que tú digas. —Ella sonrió y sus ojos azules brillaron mucho más, pareciendo más claros.

Mitchell se quedó contemplándola por unos largos segundos, mientras ella cogía una patata frita y se la llevaba a la boca. Su amiga era la más guapa y simpática de todas. Un poco loca, pero hasta su locura era perfecta. Hacía tanto tiempo que no la veía por ningún lado, que hubo un momento en el que creyó que hacer como si nada hubiese pasado haría que volviese a verla y deseaba que eso pasara.

—¿Quieres patatas? —preguntó ella poniéndole una en la cara.

Su amigo soltó una carcajada a la vez que cogía la patata con sus dientes y se la quitaba de entre los dedos.

Podría pasar su vida entera haciendo eso con ella, teniendo esos momentos que tanto echaba de

menos, aunque ambos sabían que faltaba alguien importante en esa amistad. Olive era esa parte, y esa noche sería la primera que pasarían sin ella en ese lugar.

La madre de Savannah los observaba desde la barra y una parte de ella le decía que algo había pasado entre esos dos chicos que tanto se querían, pero ¿qué? Quería preguntarle a su hija, pero no se atrevía pues desde que su mejor amiga no estaba, se había cerrado tanto que ya ni en ella confiaba. Jeffrey le estuvo hablando, pero Isabelle no le estaba prestando atención por estar pendiente de Savannah.

—Belle, ¿me estás escuchando? —preguntó el dueño de la hamburguesería.

—Eh, sí. Lo siento. Solo estaba...

—Lo sé, no te preocupes. —Suspiró—. No hay noche que mire a esa mesa y tenga el recuerdo de todas las que ellos pasaron ahí. Mi familia está consternada por la pérdida y no sabemos si algún día volveremos a sonreír.

—Es cierto, si mi hija está así, no quiero ni imaginarme como estarán Chloe y Parker —mencionó recordando a los padres de Olive.

Todos estaban muy unidos a causa de la amistad de sus hijos. Con los únicos que no tenían trato eran con los padres de Mitchell, pues ellos eran un poco más estirados, por ser una de las familias más ricas de Alabama.

—¿Y tú cómo estás? —se interesó él. Ella se encogió de hombros.

—Parece que volvemos a la normalidad —aseguró—, pero hemos pasado unos momentos muy duros, sobre todo ella. —La miró de nuevo—. Mi hija adoraba a Olive y su muerte... Lo siento —se disculpó.

Jeffrey cogió su mano con dulzura a la vez que le sonreía y negaba. Ese hombre era un amor y siempre la trataba muy bien; y es que una parte de él siempre estuvo enamorado de Isabelle, pero ella no se percataba de esos sentimientos y él tampoco se atrevía a declararse por miedo a que no sintiera lo mismo.

La noche pasó tranquila, amena. Su hija se divertía con Mitchell, quien le arrancaba esas carcajadas que se negaba a soltar. Savannah volvió a reír por una noche, a ser la misma por una noche y deseaba que siguiera así, siendo ella misma.

Cuando se dio cuenta de que era hora de volver a casa, se despidió de su hija informándole de ello y no dejó que se fuera con ella, obligándola a quedarse más tiempo con su amigo. A Jeffrey aún le quedaban un par de horas para cerrar la hamburguesería, pero dejó a cargo a uno de sus empleados para poder ir a acompañar a Isabelle a su casa. Quería estar a solas con ella por unos minutos y poder confesarle sus sentimientos o, al menos, poder pedirle una cita que sirviera para declararse.

Mientras paseaban de camino a casa, él la miraba de reojo, observando cada detalle de su perfil. Ella era una mujer muy hermosa, de ahí que su hija fuera una de las muchachas más guapas del pueblo. Isabelle tenía los ojos azules al igual que su hija. En cambio, ella tenía el cabello rojizo y Savannah negro. Fue lo único que sacó de su padre, el color del cabello, porque hasta el carácter era el mismo que tenía Isabelle.

—Me gusta esta noche —anunció ella—. El cielo está precioso y despejado y las estrellas brillan con fuerza. —Suspiró—. No me puedo creer que me vaya a quedar sola —declaró de pronto y una vez que llegaron al porche de su casa.

—No estás sola —respondió él. Isabelle le sonrió y le dio un beso en la mejilla.

Era un buen amigo y sabía que podía confiar en él.

—¿Y esto? —preguntó.

—Por ser tan buen amigo.

—Claro. —Agachó la cabeza. Se comportaba como un adolescente y ya no eran unos niños—. Veras, yo quisiera invitarte a cenar.

Isabelle se sorprendió, pero esperaba que se lo propusiera desde hacía mucho tiempo. Asintió con una tierna sonrisa y tras decirle que la recogiera al día siguiente sobre las ocho, volvió a besar su mejilla, aunque esta vez en la comisura de sus labios. Jeffrey, nervioso, acarició su mejilla con una dulzura aplastante, de esas que te hacen delirar con solo sentir los dedos en la piel. Deseaba besarla, pero no lo hizo y se dio la vuelta para volver a la hamburguesería. Estaba feliz por haber conseguido al fin una cita con la mujer de la cual llevaba cinco años enamorado y se moría de ganas porque llegase la hora.

Cuando llegó, Savannah y Mitchell aún seguían sentados en el mismo sitio. Se les veía felices, al menos en ese rato que estaban pasando juntos. Entró en la cocina y se sirvió un vaso de agua para poder recobrar la poca cordura que perdió cuando Isabelle lo besó cerca de sus labios.

Savannah y Mitchell lo estaban pasando realmente genial, aunque una parte de ellos no dejaba de pensar en su amiga y en los momentos que los tres pasaban juntos tantas y tantas horas. Él reía por verla feliz y disfrutaba de lo que su amiga le concedía por unas horas. Y ella no podía borrar de su mente ese beso que tanto le hizo sentir, pero que se negaba a repetir. Ella solo quería a su amigo y no a un novio. No tenía tiempo para enamorarse, para pasar por eso ahora. Solo quería llegar a la universidad y empezar a estudiar arte; quería pintar, ser la mejor y perfeccionar lo que tanto le gustaba.

—¿Qué harás entonces? —preguntó él—. ¿Estudiarás en Manhattan?

—Sí, es la única que me aceptó. La Escuela de Artes Visuales es la mejor opción que tengo en este momento —afirmó convenciéndose a sí misma.

—¿Y por qué no te vienes a Atlanta? Allí también hay escuelas de arte y no estarías sola. Incluso podríamos compartir piso.

Lo que su mejor amigo le ofrecía era una buenísima idea si no fuera por el hecho de que la había besado la noche anterior. Si eso no hubiese pasado, se habría ido con él sin dudar.

—Sabes que eso no es buena idea —murmuró nerviosa.

—¿Por qué? —Rodó los ojos—. Ah, por lo de anoche. Lo siento, si para que te vengas conmigo tengo que hacer como que no estoy enamorado de ti, lo haré —respondió duramente.

Mitchell comenzó a cabrear y no era precisamente por la negativa de su amiga, no. Más bien era por todo lo que perdió al declararse. Estaba cabreado consigo mismo. Savannah se quedó en silencio. ¿Qué decirle en este momento? Cualquier palabra que saliese de sus labios haría que explotase y no quería terminar así con su amigo.

—Lo siento, no quería recordártelo —se disculpó ella cogiendo su mano con delicadeza.

Mitchell le dio un apretón.

—No, perdóname tú.

—¿Por qué?

—Por haberme enamorado de ti... por besarte anoche... ¡he jodido nuestra amistad! —exclamó agitado.

Ella se levantó y caminó hasta la barra donde le pagó la cena a Jeffrey. Mitchell fue hasta ella y

se negó en rotundo a que ella pagara, pero ya era tarde. Con una sonrisa, lo ignoró y salieron de la hamburguesería después de haberse despedido de su dueño, pues no sabían cuando iban a volver a verlo.

El camino fue silencioso, hay veces que sobran las palabras y que una simple mirada dice mucho más. Mitchell cogió su mano y entrelazaron los dedos como si fueran una pareja normal. Él se sentía bien así, soñando que, en realidad, sí era su novia como tanto deseaba... luego llegaría la triste realidad y lo golpearía fuerte en la cara, despertándolo de un sueño que no era real, que era solo eso, un sueño.

—¿Crees que algún día podrás mirarme como yo te miro a ti? —habló casi sin pensarlo.

Ella no supo qué responder a eso y tampoco creía que fuera conveniente hacerlo. Se encogió de hombros, lo que provocó que Mitchell sintiera que tenía una posibilidad, aunque fuese una muy pequeña, era una. Él se acercó a ella sin que Savannah se diese cuenta y la abrazó fuerte, metiéndola en su pecho, mucho más adentro de lo que ya estaba. El latido de Mitchell retumbaba muy fuerte, provocando que el suyo lo imitara e hiciera lo mismo.

—Te voy a echar mucho de menos —murmuró en su oído.

—Y yo a ti —respondió ella reprimiendo esas lágrimas que, por un día, no derramó.

Se separó de ella unos milímetros, los suficientes para poder observar sus ojos de cerca y bajar la mirada a sus labios, esos que se moría por probar de nuevo.

—Hazlo —pidió con el corazón a mil por hora.

—¿El qué? —preguntó nervioso, sabiendo lo que le estaba pidiendo.

—Bésame por última vez, Mitchell.

Lo hizo, claro que lo hizo. No esperó ni un segundo en pegar sus labios, en besarla como ella le había pedido y juraría que ese beso ganó al primero, este era un beso perfecto e inolvidable. Ahora sí que no podría olvidarla, que no podría borrar de su mente este momento. Sus labios le pedían ese beso y lo recibió gustosa.

Esa fue su despedida, esa noche sería la última que se verían y no sabían cuando volverían a verse.

Savannah no durmió, no pudo, y él mucho menos. Tenían que madrugar, pero a diferentes horas y eso hacía todo más fácil, pues al vivir uno frente al otro, se verían si saliesen a la misma hora y eso complicaría mucho más la despedida.

Capítulo 5

Savannah se despertó por el ruido de un coche al cerrar sus puertas. Al tener el sueño ligero no le fue difícil abrir los ojos. Se levantó para comprobar de quién se trataba, creyendo que sería un desconocido; no era así. Vio como Mitchell estaba a punto de entrar en el coche de su padre, quien lo llevaría a Atlanta, pues tan solo estaban a unas tres horas de camino. Quería bajar las escaleras e ir a despedirse antes de que se marchara, pero no se atrevía, no después de lo que pasó la noche anterior. Savannah le pidió ese beso. ¿Por qué? Ni ella misma lo sabía. Iba a dejar de mirar cuando su amigo elevó la cabeza con la intención de mirar a su casa por última vez, sin esperarse ni por un instante que ella estuviese mirando por la ventana. Sus ojos se encontraron y ambos sintieron que debían abrazarse, aunque fuera su último abrazo; despedirse de verdad. Aunque no lo hicieron; solo podían mirarse unos minutos más hasta que él tuviese la voluntad de entrar en el coche para irse de una vez, sin mirar atrás y, sobre todo, para olvidar el dolor que sintió durante tantos meses.

Savannah alzó una mano a modo de despedida y él la imitó, aunque también le mandó un beso. Tras eso, entró en el coche y su padre arrancó para por fin llevarlo a su residencia, donde viviría el tiempo que durase la carrera de medicina.

Ella se dio la vuelta cuando sus ojos ya no eran capaces de ver el vehículo. Caminó hasta la cama y suspirando, se tumbó y clavó sus ojos en el techo blanco.

Solo eran las nueve y su autobús no salía hasta las once. Además, todo lo tenía preparado, así que solo le quedaba dormir una hora más o ponerse a dibujar. Optó por la segunda opción, pues ya no tenía sueño.

Se levantó de nuevo y fue hasta su escritorio donde se sentó y sacó de un cajón el cuaderno y los lápices, recordándose a sí misma que debía guardarlos en su bolso para no dejárselos en casa. Era la única distracción que tenía y lo que la ayudaría a olvidar los desplantes de su prima Roxanne cuando la tuviese enfrente. Solo de pensarlo le daban escalofríos.

Comenzó a dibujar una imagen que salió de su cabeza y no creía lo que sus dedos hacían. Lo estaba dibujando a él, a Mitchell, con una sonrisa. Nunca iba a poder borrar de su cabeza esa imagen y ahora la tendría en una hoja.

Una hora más tarde, y tras haber terminado el dibujo y haberlo guardado en la maleta junto con el cuaderno y los lápices, se fue hasta el baño para darse una ducha. No duró demasiado, si acaso unos quince minutos. Su madre, que escuchó el trasteo en la habitación, entró tras tocar una sola vez, pues sabía que su hija no le iba a impedir entrar.

—Buenos días, cielo. ¿Has dormido bien esta noche?

Siempre le hacía la misma pregunta, día tras días y es que... ¿cómo no hacerlo si no dormía?

—Sí, un poco mejor —respondió con sinceridad.

La verdad es que fue una de las noches que más había dormido, aunque en un principio le costó conciliar el sueño, después durmió de un tirón hasta que escuchó el coche.

Se sentó frustrada al recordar de nuevo a Mitchell, cabreándose consigo misma por hacerlo repetidas veces. Eso solo podría significar una cosa: que sentía algo más que amistad por su amigo. De todas formas, ella no tenía pensado tener nada con él, puesto que tenía otros planes y

tener pareja no entraba en ellos.

También pensó que la culpa era de él, si no la hubiese besado, sabiendo que ella era inexperta, no la habría confundido de este modo. Savannah siempre tuvo sus sentimientos muy claros, hasta que a su amigo le dio por pegar sus labios a los de ella. ¿Por qué tuvo que hacerlo? Con lo tranquila que estaba, metida en su depresión. ¿Acaso no tenía consideración con ella? Primero la besa y luego se va, dejándola completamente aturdida. Solo esperaba que la visita a su familia materna, fuera algo que la distrajera, si no, tenía claro que buscaría otro modo de entretenerse en lugar de quedarse con su tía Juliette.

Su madre se fue para dejarla terminar de arreglarse y ese pequeño momento lo utilizó para coger algunas fotos de sus amigos. No podía hacerlo delante de ella, pues Isabelle no la dejaría llevarse eso, sabiendo que lo que su hija necesitaba era olvidar.

—¿Estás lista? —Entró de nuevo.

—Sí, ya lo tengo todo —anunció cogiendo su bolso para después colgárselo en el hombro.

Su madre cogió la maleta de ruedas y ambas salieron de la habitación y de la casa. Isabelle debía llevarla a la estación, pero antes harían una pequeña parada en la tienda de Josefina para comprar algún alimento que su hija pudiera llevarse. El camino hasta Manhattan era largo, casi catorce horas y no iba a estar sin comer todo ese tiempo, su madre no se lo permitiría.

—Mama, has comprado demasiado. Seguro que me sobra comida —se quejó Savannah rodando los ojos.

—Si te sobra, lo dejas para otro día.

—Vaya tontería, la tía Juliette tiene la nevera llena y ahora llevo yo más cosas. Además, ¿para qué has comprado esto? —preguntó sacando de la bolsa una lata de atún.

Su madre sonrió a la vez que se encogía de hombros. Y ella seguía sin entender lo de la lata de atún. Parecía más un viaje de tres días que de catorce horas.

—Pueden darte ganas de comer atún —aseguró su madre.

—No lo creo, mamá, no me gusta el atún. —Soltó un resoplido.

—Vale, está bien. Lo siento —se disculpó—, pero es que a partir de ahora no seré yo la que te haga la comida ni la que te dé lo que necesitas —explicó con un nudo en la garganta.

Sabía que en este momento estaba siendo injusta, pues ella misma la obligaba a irse con su tía, importándole muy poco lo que su hija quisiera. Entonces ¿por qué se sentía tan mal? En realidad, no quería que se marchara, pero era lo mejor. Al menos, ahora podría relacionarse con más personas y no solo con su madre. Eso fue en lo que pensó Isabelle cuando le dijo que se fuera.

—No te entiendo mamá, pero tranquila le diré a la tía Juliette que tiene que hacerme la comida más asquerosa de todo el mundo. —Su madre frunció el ceño—. Así querré regresar para comerme la tuya.

Ambas soltaron una carcajada. Y tras diez minutos ya estaban en la estación. Solo faltaban quince minutos para que el bus que debía coger Savannah saliera, y su madre no quería despedirse, odiaba hacerlo.

Cuando sonó por el altavoz que debían subir ya al bus, Isabelle se tensó. Era la primera vez que se separaba de su hija por tanto tiempo, estaba acostumbrada a que no durmiese en casa, pero solo por unos días, los días en los que se quedaba con Olive. Pero esto... esto era diferente y no tenía claro cuando volverían a verse.

—Mama, sabes que vendré en Navidad, ¿verdad? Aunque también puedes venir tú y quedarte

conmigo. Allí podrías encontrar trabajo. —Su madre negó abrazándola.

—No cariño, ya es hora de que vuelas sin mí, sin mi protección. Eres toda una mujer y me siento muy orgullosa. —Besó su mejilla reprimiendo las lágrimas que amenazaban con salir.

—No puedes decirme eso y luego marcharte como si nada. ¿Cómo hago yo ahora para irme sin soltar una lágrima, mamá? —preguntó acongojada, sintiendo cómo su garganta se cerraba por momentos.

—Pues como hemos hecho todas al salir de nuestro hogar, con fuerza y ganas.

—¿Ganas?

—Sí cariño, ganas de comerte el mundo, de vivir una vida que sabes que aquí no tendrás —afirmó su madre siendo lo más sincera posible—. Yo siempre estaré aquí... Si un día crees que no puedes, siempre y cuando hayas luchado con uñas y dientes para conseguirlo, yo estaré esperándote. Pero no dejes de luchar nunca, mi niña. No te niegues la posibilidad de encontrar tu felicidad lejos de aquí. Yo no pude hacerlo, es tu turno conseguirlo.

Y tras esas palabras llenas de fuerza y apoyo, y de muchos besos y abrazos, Savannah se fue, con el corazón en un puño y latiéndole a mil por hora, se subió al bus que la llevaría a Manhattan.

El camino era largo, lo suficiente para hacer mil cosas y no darle tiempo a aburrirse. Dibujó, comió, leyó, hizo fotos de los paisajes que iba encontrando por el camino, y que eran una maravilla. Todo eso hizo durante el trayecto, en todas esas horas en las que el bus solo paró media hora para descansar un poco.

Sobre la una de la madrugada, llegó a la estación de Manhattan. Era muy tarde y prefería mil veces coger un taxi para ir a casa de su tía que hacerla ir a recogerla a esa hora, pero eso no era posible, pues Juliette ya la esperaba a la salida y cuando la vio, corrió hasta ella para abrazarla y comérsela a besos. Hacía tanto tiempo que no la veía. Era su niña, su preciosa sobrina que tanto cariño le daba cuando estaba con ella. Juliette tenía una hija preciosa, Roxanne, pero con ella no tenía el mismo trato que con Savannah, y es que en el tiempo que su tía estuvo a punto de separarse de su esposo, hace de aquello más de dieciocho años, Juliette se fue con su hermana a Alabama y en ese tiempo, conoció mucho a su sobrina, cogiéndole ese inmenso cariño que le tenía, pues de no ser por ella, aquel nefasto momento, hubiese sido mucho peor de lo que fue.

—Por fin estás aquí, mi cielo. Te he echado muchísimo de menos —dijo su tía sin separarse de ella aún—. Deja que te mire. —Se alejó unos pasos para poder mirarla de arriba abajo—. Estás preciosa y eres toda una mujer.

—Gracias, tía. Tú también estás muy guapa. —Volvió a abrazarla—. Yo también te eché mucho de menos.

Se separaron y con la ayuda de su tía arrastró la maleta que parecía tener piedras. No recordaba que fuera tan pesada cuando la subió al maletero del bus.

Caminaron hasta el todoterreno de su tía Juliette y una vez guardada la maleta, ambas se subieron en el vehículo y esta arrancó para irse al fin a casa y poder dormir. Por la mañana debía madrugar para ir a trabajar y ya le estaban faltando horas de sueño.

—Y cuéntame, ¿cómo ha ido el viaje? —se interesó su tía mientras conducía sin apartar la mirada de la carretera.

—Bien, un poco cansado, pero bien. Además, me ha dado tiempo a hacer mil cosas. —Ambas rieron.

Su tía la miró por unos instantes y se percató de la tristeza que albergaban los ojos de su

sobrino. Quería preguntar por su estado de ánimo, pero no se atrevió, ya habría momento de hacer preguntas.

Media hora después, llegaron a la urbanización de su tía y tras aparcar el coche y coger la maleta, fueron hasta la puerta y entraron. Su tío dormía, pues él sí que madrugaba, tenía que estar en pie a las cuatro de la mañana y ya eran las dos, así que le tocaría esperar a la tarde del siguiente día para poder saludarlo. Su prima, en cambio, no estaba en casa. Ella apenas dormía allí y casi siempre se quedaba en casa de su novio o de su mejor amiga, Lucy.

Para Savannah fue un aliciente saber que su prima no estaba, pero eso no significaba que no la fuera a ver en todo el tiempo que estuviese allí, y cuando amaneciera con la que tendría que lidiar sería con ella, pues sus tíos estarían trabajando.

—Ven, te acompaño tu habitación.

Ambas subieron las escaleras y caminaron por el pasillo hasta llegar a su antiguo dormitorio. Cuando iba allí, siempre dormía en esa habitación cercana a la de Juliette. Entraron, y Savannah se sorprendió al ver que estaba intacta, pintada igualmente con el color que ella misma eligió cuando tenía diez años, ese azul noche que oscurecía el dormitorio y esas estrellas pegadas en el techo para alumbrarse un poquito. Le encantaba dormirse mirándolas, era relajante.

—Espero que te sientas cómoda —habló Juliette despertándola de sus recuerdos.

—Por supuesto, es mucho más de lo que me esperaba. Muchas gracias.

Juliette se acercó a ella y besó su mejilla a la vez que le decía que estaba en su casa. Después, se dio la vuelta y se marchó a dormir.

Savannah cerró la puerta y tras cambiarse de ropa, se metió bajo las sábanas, y, agotada, se quedó dormida.

Capítulo 6

De madrugada, Savannah escuchó unas voces en el piso de abajo. Quiso levantarse para ver si ocurría algo, pero no se atrevió por miedo a que fuera alguna mala noticia. Parecía algo grave, pues la voz de su tío Stefan era muy dura. Miró el reloj de la mesilla de noche y comprobó que eran las cinco de la madrugada. Su tío debía de estar trabajando ya y no en casa. Se levantó como un resorte, ya que cada vez se ponía más nerviosa. A cada paso que daba, los gritos eran más incesantes. Discutía con alguien, pero la voz de la otra persona no la escuchó en ningún momento. Pensó que podría ser con su tía, aunque no era posible, pues la voz de ella también la escuchó. Entonces, la única que le quedaba era Roxanne. Bajó las escaleras lo suficiente para poder escuchar, pero no para ser vista.

—¿No me puedo creer que seas tan estúpida! —vociferó su tío—. Es la última vez que llegas a casa en este estado.

—Ya, Stefan. No seas tan duro con ella —pidió su tía intentando parecer tranquila.

—¿No, Juliette! Esta situación se acaba de una santa vez.

—Por favor, despertarás a Savannah.

Su cuerpo se tensó al escuchar su nombre y, aunque quería volver a la habitación para encerrarse de nuevo en su habitación, no pudo, esperaba una respuesta por parte de alguno acerca de su visita allí.

—¿Savannah? —preguntó Roxanne con dificultad.

Ahora entendía lo que le ocurría a su tío, su prima estaba borracha.

—Sí.

—¿Cuándo llegó esa? —volvió a preguntar—. ¿Por qué no me dijiste que venía? Ahora tendré que soportarla.

Definitivamente no, su prima no había cambiado y ya deseaba volver a su casa de donde no tenía que haber salido. Comenzaron a discutir, pero esta vez por haber dicho eso. Al menos tenía a sus tíos de su parte, pero Roxanne podía llegar a ser como un grano en el culo si se lo proponía.

—¿No puedo creer que esté aquí! —gritó enfurecida.

Escuchó unos pasos y ahí sí que corrió hasta su habitación, menos mal que estaba descalza, si no, la habrían escuchado. Los pasos cada vez se acercaban más, a la vez que las voces eran más fuertes. Su prima se volvió loca y Savannah sabía que estaba a punto de entrar en su habitación. ¿Para? No lo sabía con exactitud y tampoco tenía intención de averiguarlo. Los gritos se volvieron murmullos tras su puerta y ella agudizó el oído para poder escuchar qué era lo que decían.

—Deja de gritar, Roxanne. Respeta a las personas, estoy cansada de repetírtelo —expresó Juliette.

—Estoy harta de que siempre la defiendas a ella.

—No es cuestión de defender... tú eres mi hija y te adoro, pero tampoco voy a dejar que trates mal a tu prima solo porque tengas celos de ella.

—Yo no le tengo celos —aseguró.

—Lo que tú digas. Ahora vete a la cama y espero que cuando volvamos de trabajar tu padre y yo no me entere de que le hiciste algo a Savannah, ella lo ha pasado muy mal estos meses y ha

venido para olvidar todo aquello. —Su corazón estaba latiendo a mil por hora—. Te lo pido por favor, Roxanne, ¿me harás caso?

—Lo que tú quieras, mami —ironizó.

Tras eso, no escuchó nada más, aunque ya no pudo quedarse dormida. Esperó algunos minutos a que alguien entrase y al comprobar que nadie lo hacía, se incorporó en la cama y suspiró mientras pensaba. Ahora sería buena idea poder hablar con alguien que no fuera su primita del alma. Cogió su móvil, ese que no usaba desde hacía meses y buscó entre sus contactos el número de Mitchell, tenía ganas de mandarle unos mensajes, aunque pudiese estar dormido, ya lo leería por la mañana. No faltaba mucho para eso la verdad, pues ya eran casi las siete de la mañana y el sol comenzaba a colarse por las cortinas.

Savannah: «Hola Mitchell. ¿Cómo fue tu llegada a Atlanta?».

Estuvo mirando la pantalla por unos segundos, creyendo que no recibiría respuesta, pero sí que la recibió.

Mitchell: «Hola, muy bien, ¿y tú? ¿Ya te hizo alguna de las suyas tu prima?».

Sonrió al leer el mensaje. Mitchell sabía muy bien lo que conllevaba que Savannah fuese a casa de sus tíos y lo que su prima era capaz de hacer. Por unos segundos ella recordó la vez que ella le contó la última trastada que Roxanne le hizo el último verano que fue a su casa. Ese día no sabía que su prima la pudiese llegar a odiar tanto. Tras un largo suspiro, volvió a hablarle a su mejor amigo.

Savannah: «Ja, ja, ja. Que gracioso. No, aún no le ha dado tiempo, aunque sé que desea hacerlo».

Mitchell: «Cuando te sientas mal, ya sabes dónde estoy... yo te estaré esperando, Savi».

Savannah: «No me digas Savi, odio cuando lo haces Mitch».

Ambos rieron, cada uno en su lugar, a muchas horas de distancia. Él se moría por estar a su lado y abrazarla hasta conseguir que perdiera sus miedos y ella, bueno, ella quería estar con él, aunque aún no sabía cómo.

Estuvieron hablando por unos minutos más, hasta que ella escuchó ruido cerca de su habitación. Tenía miedo de salir de allí y encontrarse con su prima cara a cara, sabiendo que para ella no era grata su visita y que haría lo posible por fastidiarla. Cuando dejó el móvil en la mesilla, se levantó con la intención de, por fin, salir del dormitorio. Cogió la ropa que se iba a poner, pues necesitaba una ducha. Abrió la puerta y miró hacia ambos lados antes de poner un pie fuera. Al comprobar que no había nadie, salió y se encaminó hacia el baño, donde, tras abrir, pegó un grito de miedo al encontrarse de lleno con un chico semidesnudo.

—Lo siento, lo siento —se disculpó repetidas veces sin poder quitar sus ojos del muchacho.

—¡Cierra la puerta! —gritó este fuera de sí.

Lo había pillado secándose tras una ducha y, para qué negarlo, a ella se le secó la garganta en cuanto vio ese cuerpo escultural mojado con pequeñas gotitas que aún resbalaban por su piel. Prácticamente estaba babeando.

—Eh, sí. Lo siento.

Cerró de un portazo y cuando se dio la vuelta para volver a su habitación, chocó con un cuerpo, haciendo que el suyo cayera al suelo. Miró hacía arriba encontrándose con la profunda mirada oscura de su prima Roxanne. Esta al verla en el suelo, en vez de ayudarla, sonrió con malicia. Savannah bufó poniéndose en pie.

—¡Vaya primita! Has cambiado muchísimo desde que no nos vemos. —¿Era un cumplido?

—Hola. —Fue lo único que sus labios pudieron articular.

—Qué efusividad por tu parte. Yo también me alegro de verte —ironizó al tiempo que el chico salía del baño.

Al salir, Savannah lo miró de arriba abajo. Su corazón comenzó a latir muy fuerte, mucho más fuerte que de costumbre. Él le sonrió con malicia a la vez que enarcaba una ceja. Se acercó a Roxanne y tras apretarla contra su pecho aún desnudo, la besó con fiereza, metiendo la lengua en su boca de manera hambrienta. Savannah miró hacia otro lado, pues el espectáculo no era de su agrado. Cuando terminaron de comerse la boca, su prima soltó una carcajada al ver como su prima miraba sus pies algo nerviosa.

—En eso no has cambiado. —Levantó la mirada—. Sigues siendo la misma mojigata de siempre.

Savannah suspiró unas tres veces, no quería responderle porque sabía que lo que le dijera empeoraría las cosas.

—Ahora sé a qué te referías con lo que me contabas —dijo él—. Es cierto.

Ella lo miró a él enarcando una ceja. Ya se estaba cabreando y tenía que guardar la compostura. Al menos, no perder los nervios el primer día que pisaba la casa de sus tíos, aunque su prima no se lo iba a poner fácil.

—¿Y tú eres? —preguntó Savannah de mala manera.

—Dean Dallas, el novio de tu prima. —Le extendió la mano. Mas ella no la cogió—. No muerdo —ironizó este.

—Déjala, ella es así. Las chicas de pueblo no tienen educación.

—Roxanne, me estoy controlando lo que no tienes idea —anunció Savannah bufando.

Su prima caminó hasta ella intentando intimidarla y Savannah no se inmutó, ya no le tenía miedo y eso fue algo que Roxanne nunca pudo llegar a esperar por parte de la pueblerina de su prima, como ella la llamaba. Se puso justo frente a ella y miró hacia abajo, pues Savannah era más baja de estatura que Roxanne, cosa que, pensó, le serviría para provocar algún ápice de miedo en su prima.

—¿Qué es lo que quieres controlar, mocosa?

—No responder a tus estúpidos insultos que, por otro lado, no tienen ningún sentido —respondió con altanería—. ¿Crees que porque me digas mocosa me sentiré inferior a ti? Ni siquiera me molesta que me digas pueblerina, pues sí... lo soy, y si te molesta, ya tienes un problema más en esa cabeza hueca.

Tras decirle eso, se dio la vuelta con la intención de volver a su dormitorio, aunque para ello, tenía que pasar por el lado de Dean. Este no le quitaba los ojos de encima a la pequeña con agallas de leona, a la única chica que ha tenido la suficiente valentía para enfrentarse a su novia. Pasó por su lado y solo un roce, un simple roce con la mano de él, le puso la piel de gallina. Lo miró de reojo al tiempo que él también lo hacía y sin decir nada más, y mucho menos escuchar, entró en la habitación para después cerrar de un portazo.

Savannah, no podía creer que hubiera sido capaz de enfrentar a Roxanne. Pegó la espalda a la puerta mientras su respiración estaba completamente pesada. Además, ese chico, Dean... no podía llegar a entender como ella podía tener un novio así, pues su prima no merecía atenciones de nadie y menos... amor; ella no lo valoraba.

Arrastró los pies hasta la cama y se tumbó boca arriba pensativa. ¿Qué le pasaba? No podía borrar de su mente el cuerpo de ese chico cuando se secaba la piel mojada y, mucho menos, cuando rozó su mano con la de él. Cabreada con ella misma, se levantó y cogió de nuevo la ropa para ducharse. Solo esperaba que no hubiese nadie para poder hacerlo con tranquilidad.

Cuando salió fue directa al baño, donde, tras cerrar, puso el pestillo para que a nadie se le ocurriera hacer lo que hizo ella hacía un rato. Se desnudó algo más tranquila, mientras se miraba al espejo. No le gustaba demasiado mirarse al espejo y mucho menos cuando había algo de su cuerpo que no le gustaba, esa parte que tantos malos recuerdos de aquella noche le traía. Suspiró mientras pasaba los dedos por ese lugar y negó para después meterse en la ducha y relajarse.

Cada vez que recordaba aquella noche, cuando su amiga perdió la vida y cuando ella cometió aquella locura, su cuerpo se tensaba con fuerza, con tanta fuerza que los músculos le dolían. Dejó que el agua cayera por encima de su cabeza mientras que pegaba la frente a los azulejos de la pared. Unas minúsculas lágrimas rodaron por sus mejillas; pero fueron completamente borradas con la misma agua.

Al terminar y cuando ya sintió que debía salir, cerró la llave del agua y comenzó a secarse el cuerpo. Se puso una toalla en su largo cabello y se vistió antes de salir del baño; se puso un *short* con una camiseta simple de tirantes y secó su cabello con el secador de mano. Después de hacer todo eso, se puso un poco de rímel en las pestañas y *gloss* en los labios. Al ser de tez morena, no necesitaba maquillaje, además, tampoco le gustaba maquillarse excesivamente. Ella era una chica natural, de esas que no piensan en la ropa que iban a utilizar desde que abren los ojos, y siempre pensando en gustarle a los demás. Savannah era sencilla y así se quedaría siempre.

Capítulo 7

Salió del baño con una sensación extraña metida en el cuerpo. Quería encerrarse de nuevo en la habitación, pero debía enfrentar cualquier obstáculo que pudiese tener en esa casa. Además, estaba hambrienta. Tras suspirar, bajó las escaleras para ir a la cocina. Pensó que no había nadie, pero qué equivocada estaba, pues su prima y Dean, su novio... ¡su novio! Negó mientras caminaba sin decir ni media palabra hasta la mesa, donde había un canasto lleno de frutas. Cogió una manzana y fue al fregadero para enjuagarla.

—¿Te crees que aquí tenemos la fruta sucia como en tu casa? —preguntó su prima volviendo a atacarla.

¿Así sería todo el tiempo? De verdad que necesitaba un respiro y solo llevaba unas pocas horas en esa casa tan grande y pequeña a la vez.

Se dio la vuelta, la miró a ella y luego cruzó la mirada con Dean, el cual la miraba también de una manera extraña, de una manera que podría hacer que se derritiera. Tenía los ojos azul claro, mucho más claros que los de ellas y el cabello rubio en punta le hacía parecer mucho más peligroso de lo que ya parecía. Escuchó un carraspeo, pues se había quedado prendada de él, completamente hipnotizada como cuando lo vio en el baño; tras negar, miró a su prima que sonreía con malicia a la vez que enarcaba una ceja, salió de la cocina como alma que lleva al diablo.

Llegó al salón y pensó en quedarse ahí, poner un poco la televisión, pero no, prefirió salir fuera y tomar un poco de aire antes de tener que ver de nuevo la cara de su prima y la de él. Al salir, se chocó con alguien que estaba a punto de tocar el timbre, provocando que casi cayera de culo. El chico la agarró de los brazos y por eso no llegó al suelo.

—Lo siento. ¿Te has hecho daño? —preguntó él.

Ella lo miró precavida a la vez que negaba. No sabía quién era, pero no le gustaba lo más mínimo. Sin responderle, lo esquivó y salió corriendo. No podía pasar en este momento ni un minuto más en esa casa que tanto la estaba agobiando.

Comenzó a pasear por el barrio de su prima, no era un barrio muy lujoso, pero tampoco era de pobres. La verdad es que sus tíos vivían bastante bien.

Mientras tanto, Roxanne y Dean seguían en la cocina cuando llegó Mason, el amigo de ellos — el chico que chocó con Savannah—. Este al entrar, los saludó.

—Oye, Roxanne, ¿quién era la chica que salía? —Esta puso los ojos en blanco.

—Es mi prima, Savannah. Ha venido a pasar las vacaciones de verano antes de entrar en la universidad —respondió de mala manera—. ¿Por qué? ¿Acaso te interesa?

—No, claro que no, aunque he de reconocer que es preciosa y ese cuerpo...

—¡Anda cállate! —exclamó—. Además, te digo que ella ya le echó el ojo a otra persona — anunció mirando a su novio.

Este negó mientras cambiaba su humor. No le gustaba cuando su novia se ponía en plan malvada que le hace la vida imposible a todo el mundo. Hasta a él podía llegar a molestarle en algunas ocasiones.

—¿En serio? —se interesó Mason mientras se sentaba al lado de su mejor amigo—. ¿Él? —Lo señaló.

—No digáis gilipollices —se quejó Dean—. Solo porque me haya visto desnudo y se haya sonrojado no significa que...

—¿Te ha visto desnudo? —lo interrumpió de nuevo Mason.

—Sí, pero por accidente. Yo olvidé poner el pestillo en el baño y estaba secándome después de la ducha.

Roxanne caminó meneando las caderas provocando a los chicos, como siempre hacía. Dean tenía las piernas abiertas y ella aprovechó esa postura para ponerse en medio de estas. Acercó sus labios al cuello de su novio y le susurró algo al oído. Ella ya tramaba algo, algo que a su chico no le hacía mucha gracia, pero estaba seguro de que ella no aceptaría un no por respuesta. ¿Acaso era posible que Roxanne Willis aceptase un simple no? Para nada, ella jamás perdía.

—No lo haré —respondió.

—Oh, vamos, no puedes negarte cielo... Solo será un poquito... para divertirnos —insistió ella.

Mason que estaba atento a todo y conociendo como conocía a Roxanne, algo podía entender, pues ella solo hacía cosas malas, muy malas, y si encima odiaba a su prima, mucho peor. Aún no sabía cómo podían ser amigos de ella cuando solo hacía lo que le placía y cuando le placía, sin importarle el daño que pudiera hacerle a otra persona.

—¿Lo harás? —volvió a preguntar.

Dean se quedó en silencio, no se atrevía a aceptar lo que le proponía su novia y con qué fin lo hacía.

—¿Me contareis ya el chiste? —intervino Mason para ayudar a su mejor amigo que parecía estar pasándolo mal.

Ellos se conocían desde que eran pequeños y cuando tenían trece años conocieron a Roxanne, que acababa de mudarse allí. Ella era un año menor y al principio no era muy popular en la escuela y no lo fue hasta que se enfrentó a la que lo era más en aquel momento. Mandy era de las chicas malas, pero también la más guapa en aquel entonces. Además, Roxanne contaba con la ayuda de Lucy, su mejor amiga y hermana de Mandy. Con ella llegó a ser la más popular por el simple hecho de enseñar algunas cosas de su hermana. Ambas la hundieron.

Recordar momentos pasados, no era más que dar pasos agigantados atrás, dándose cuenta de que estaba con la peor chica del mundo, pero que le hacía sentir bien en muchas ocasiones y que lo ayudó cuando él más lo necesitó. No podía dejarla, no cuando ella fue capaz de cambiar algunas cosas por él, pero con la llegada de Savannah, todo se complicaría, estaba seguro de ello.

Savannah siguió su camino, descubriendo un poco los alrededores, al menos así, si tenía que escapar de las garras de su prima, podría ir a cualquier sitio sin tener miedo a perderse. Todo estaba siendo mucho peor de lo que ella esperaba, y que se sintiese atraída por Dean, porque sí, justo era eso lo que le pasaba con ese chico rubio de ojos azules, solo complicaba más las cosas. ¿Qué haría ahora? No podía sostenerle la mirada sin que sus mejillas se tiñeran de rojo por la vergüenza, por recordar justo el momento en el que las gotas de agua caían por su torso desnudo. Obviamente no le dio tiempo a ver nada más, pues ya sí que hubiese sido un caos emocional en toda regla. Ella nunca había mirado a los chicos como miraba a Dean, nunca fantaseó, ni pensó en ninguno. ¿Por qué con este sí le pasaba? ¿Por qué cuando estuvieron en la cocina no se atrevió a decirle nada? Se quedó embobada, solo podía mirarlo y babear. Parecía una cría de trece años.

De pronto, le llegó un wasap, saco el móvil del bolsillo trasero de su *short* y miró el mensaje.

Era de Mitchell. Sonrió al leer el mensaje y se sintió mucho mejor al darse cuenta de que no estaba tan sola como creía. Si algo salía mal, siempre podría pasar las vacaciones con su mejor amigo, ¿no?

Savannah: «No me puedo creer lo que me cuentas».

Respondió ella soltando una carcajada. Cualquiera que la viera en ese momento, pensaría que estaba loca.

Mitchell: «En serio te lo digo, ¿te imaginas mi cara cuando los vi? Dios te juro que no sabía dónde meterme».

Savannah reía sin parar, por lo que Mitchell le contaba. El día que llegó a su residencia y miró cuál era su habitación, tras recoger las llaves se dispuso a llevar su equipaje para poder pasear y ver el campus. Cuando llegó, no llamó a la puerta, pues se supone que aún no tenía compañero de cuarto y que no debería de haber nadie, pero no, no fue así. Abrió la puerta y sus ojos se abrieron desmesuradamente al ver a su supuesto compañero teniendo relaciones sexuales con un chico. «Oh Dios», fue lo único que sus labios pudieron articular y después sin más, se dio la vuelta y salió corriendo a otro lugar, a algún sitio que le hiciera olvidar esa imagen. No podía, claro que no podía borrarla. ¿Cómo hacerlo?

Estuvieron hablando un rato más, rato en el que Mitchell no perdió oportunidad de decirle cuánto la quería y la echaba de menos, recordándole la oferta que le hizo antes de aquella despedida que no podía olvidar. Sin embargo, Savannah ya no lo hacía, no recordaba lo que su amigo le dijo y mucho menos sentía ese cosquilleo en los labios como cuando la besó y despegó sus labios de los de ella. Eso ya era agua pasada, algo que disfrutó pero que no volvería a hacer. Ahora su cabeza estaba en otro sitio, en otro chico mejor dicho, y no podía pensar en nada más, no podía.

Cuando vio que estaba demasiado lejos, miró la hora y comprobó que era casi la hora de comer, su tía estaría a punto de llegar y quería estar en casa para cuando ella llegase. Caminó de vuelta, despacio, pues estaba cansada de tanto camino, cuando un coche tocó el claxon muy cerca de ella, asustándola sobremanera y provocando que un grito desgarrador saliera de su garganta.

—Eh, eh, lo siento. No quise asustarte.

Miró a la persona que estaba en el interior del todoterreno y su cuerpo se tensó. ¿Qué hacía Dean a su lado y sonriéndole de esa manera?

No podía responder, se había quedado bloqueada y las palabras no querían salir, además de que tampoco podía siquiera pensar con claridad. ¿Qué podría decirle a un chico que provocaba en ella mucho más de lo que podría explicar con palabras? Él era Dean Dallas, el chico más guapo que había conocido en toda su vida y para colmo era el novio de su prima.

—¿Quieres que te lleve? —preguntó Dean, pero ella seguía sin responder—. Savannah. —Silencio.

Entonces se bajó del coche para ponerse frente a ella y hacer que lo mirase de una vez, aunque, a decir verdad, era eso lo único que hacía, mirarlo.

—Savannah. —Tocó su hombro provocando que por fin le hiciera caso.

Se quedaron unos segundos mirándose a los ojos. Dean aún tenía puesta su mano en el hombro de ella, prácticamente sin tener voluntad para poder separarse. ¿Qué le pasaba? Ella reaccionó y le preguntó qué le había dicho.

—Te preguntaba si quieres que te acerque a casa.

—Oh, no, no... No hace falta, de verdad —titubeó nerviosa.

Dean sonrió sabiendo que había provocado en ella tal nerviosismo que ni siquiera podía hablarle.

—Vamos, me pillas de camino —aseguró, intentado convencerla.

—Eso es imposible —dijo—. ¿Cómo es posible que te pille de camino cuando antes de marcharme estabas en casa de mis tíos?

Él no supo qué responder a eso, pues tenía toda la razón y se daba cuenta de que acercarse a ella iba a ser más difícil de lo que pensaba. Solo quería ser su amigo.

—Es cierto, no me pillas de camino. Me has pillado —mencionó sin borrar esa estúpida sonrisa que hacía que ella se bloqueara a cada segundo.

—Entonces ¿por qué quieres llevarme? ¿Acaso mi prima te pidió que lo hicieras? —Se interesó Savannah.

La verdad es que era una chica curiosa, y si encima se encontraba en esta clase de situaciones tan difíciles de asimilar, pues mucho más.

—No, ella no me pidió nada. Además, preferiría que no se enterase de esta conversación. —Frunció el ceño. ¿A qué estaba jugando?

Esa pregunta rondó la cabeza de Savannah a la vez que la desconfianza comenzaba a crecer en su interior. No es que fuera desconfiada de buenas a primeras, pero tampoco se chupaba el dedo como si fuese un bebé.

Él seguía esperando una respuesta por su parte y como no la obtenía, se acercó a la puerta del copiloto y la abrió para insistirle de una manera más práctica. Ella miró cada uno de sus movimientos y como si fuera a ir a la orca, camino con cautela, con temor, sintiendo en su interior algo que no la dejaba estar tranquila, como si fuese a pasar algo. Cuando por fin se subió al coche, él sonrió y caminó hasta el lado opuesto. La miró por enésima vez y arrancó. Notaba la ansiedad que provocaba en ella, notaba cómo temblaba por lo nerviosa que estaba y realmente no quería que tuviese miedo de él.

Capítulo 8

El camino a casa fue de lo más incómodo, ambos iban en silencio. Savannah no podía mirarlo y hacía mil esfuerzos para que sus ojos solo estuviesen atentos al paisaje. Sin embargo, para él no fue tan fácil y su mirada iba de ella a la carretera, así todo el camino.

Había algo en ella que lo atraía muchísimo. Independientemente de lo que Roxanne le pidió, él quería conocerla y a ser posible, ser su amigo, aunque sabía que sería una tarea muy complicada. Cuando estaban llegando, Dean paró el coche en la esquina de la calle, lo suficientemente lejos para no ser visto, pero cerca para que ella fuera caminando.

—¿Por qué paras aquí? —preguntó ella mirándolo al fin.

Sus azules ojos brillaban en demasía, de una manera casi perturbadora, provocando en él un cataclismo en su interior. ¿Qué coño le pasaba? No era la primera chica guapa que subía en su coche. Aunque, a decir verdad, Savannah tenía algo más que una cara bonita. Era de estatura media, cuerpo delgado, ojos preciosos con unas extensas pestañas que le daban ese aire provocador. Todo eso era precioso, ella era preciosa. Pero no era eso lo que a él lo atraía. Era como si su misterioso silencio en todo momento le fuera más atractivo... Su mirada, esa chispa en sus ojos que le hacía parecer más joven de lo que era. Parecía una adolescente, pero en realidad era toda una mujer.

—No quiero que Roxanne nos vea —expresó con sinceridad.

—¿Acaso es malo que lleves a una chica que no es ella en tu coche? —insistió—. No sé qué clase de relación tenéis y tampoco es que me interese demasiado, pero no veo nada malo en que hayas encontrado a su prima y te haya dado tanta pena dejarla tirada y asfixiada de tanto caminar que le ofreciste traerla.

Lo que ella le explicaba tenía sentido y le hizo gracia la manera de explicar todo sin titubear, sin casi pensarlo. Dean sonrió a la vez que sus ojos la repasaban de arriba abajo, un acto impropio, todo hay que decirlo, pero fue sin querer, casi por instinto. Ella se quedó perpleja y muda pues, al percatarse de la mirada lasciva de su chófer en ese momento, se sintió incómoda, pero no le disgustó del todo. Se estaba volviendo muy confiada, aunque claro, sí, Dean era guapo, muy guapo, y aún no olvidaba su cuerpo. No creía que pudiese olvidarlo en realidad.

—No es por eso, pero ya sabes cómo es —respondió—. Prefiero que te bajas aquí y yo no te he traído.

—Pero...

—¿Podrás hacerlo?

Ella seguía sin ver nada malo en aquello, en que la llevara a casa, pero si él quería que Roxanne no se enterase, tendría que esconder este pequeño encuentro en el que pudo cruzar algunas palabras con el novio de su prima, un chico que la atraía demasiado y que, si seguía viéndolo, le ocasionaría problemas con su prima.

Savannah, sin decirle nada, se bajó del coche tal y como él le dijo, dejándolo completamente perplejo, pues el simple hecho de que una chica le rebatiera todo lo que él decía, le gustaba, era como si ella fuese diferente a las demás.

Cuando se bajó, lo miró por última vez y caminó hasta la casa. No entendía muy bien el motivo,

pero el simple hecho de que él quisiera esconder algo tan tonto como haberla llevado a casa, le ponía de mal humor. ¿Por qué tenía que sentirse así? ¿Por qué si para ella, él debía de ser alguien prohibido incluso para hablar? Llegó a casa pensando en todo aquello y en lo que conllevaba esconderle a su prima algo tan tonto. Entró y no vio a nadie por ningún lado, se encogió de hombros mientras un suspiro lleno de alivio inundó su pecho. Fue hasta la cocina y se sirvió un vaso de zumo de naranja, con él en la mano, salió de nuevo a la vez que escuchó ruido en el piso de arriba. Se extrañó, pues se suponía que no había nadie.

Subió las escaleras con cautela, con el miedo instalado en el cuerpo. No sabía qué se iba a encontrar, pero por si acaso, el vaso de zumo lo aferraba a su mano, ya que era de cristal y le serviría de arma si tuviese que usarlo. Llegó arriba y se percató de que el ruido provenía de la habitación de Roxanne. No quería espiarla, pues parecía estar pasándolo muy bien con Dean. Un gemido volvió a escucharse y luego se recordó a sí misma que no podía ser Dean, pues solo hacía escasos minutos que él la había dejado en la esquina de la calle. Pero, si no era él, ¿quién era?

Iba a averiguarlo cuando la voz de su tía irrumpió en su investigación, provocando incluso que su prima saliera al pasillo. Quiso esconderse, pero no le dio tiempo y fue prácticamente pillada por Roxanne.

—¿Qué hacías ahí? —preguntó esta de mala manera—. ¿Me estabas espiando, mocosa?

—Para nada, iba a mi habitación —respondió a la vez que la voz de su tía volvía a sonar, pero esta vez más cerca—. ¿Por qué tendría que estar espiando? No creo que estuvieses haciendo nada interesante, ¿no?

Savannah quería provocarla, intentar averiguar quién era el chico que estaba en la habitación de la zorra de su prima, porque eso era, una zorra. Antes de que Roxanne se acercase a ella para responderle, su tía llegó al piso de arriba, miró primero a su hija, percatándose de su vestimenta; una camiseta blanca, casi transparente de tirantes, del revés, y el tanga. Todo un modelito de pasarela. Luego miró a su sobrina con una ceja alzada, como si quisiera que ella le dijese lo que su hija estaba haciendo minutos antes de su llegada. Su sobrina se encogió de hombros dándole un sorbo a su zumo, se dio la vuelta para entrar en su habitación, pero su tía la cogió del brazo.

—¿Dónde te crees que vas? Ahora mismo me vas a decir quien hay en la habitación.

Savannah se quedó perpleja. ¿Por qué le preguntaba a ella? Su prima era quien debía decir con quién estaba, no ella. ¿Acaso la iban a poner ahora de chivo expiatorio de su prima? No estaba de acuerdo en eso, porque, aunque su prima no era santa de su devoción, Savannah se dio cuenta de que su tía no confiaba demasiado en su hija.

—Tía Juliette, no lo sé. Yo acabo de llegar hace apenas unos minutos —titubeó nerviosa.

—Y si eso es cierto, ¿por qué...?

—Para ya, mamá. No estoy con nadie, solo dormía cuando escuchamos tus gritos —intervino Roxanne.

Su madre la miró con una ceja alzada, incrédula por sus palabras. No la creía y eso era por algún motivo. Sin esperar a que su hija la detuviese, caminó hasta la habitación de esta para verlo por sí misma. Roxanne se puso nerviosa y miró a Savannah con suplica, pidiéndole ayuda sin necesitar palabras. Ella no estaba segura de si ayudar a su prima sería buena idea o no, pero entendía que después de hacerlo, su relación podría mejorar, llegando a ser amigas, ¿no?

—Tía —la llamó—. ¿Cómo es que estás tan pronto en casa? —preguntó interrumpiéndola.

Juliette estaba a punto de abrir la puerta de la habitación y Roxanne cada vez estaba más

nerviosa, aunque no era porque su madre la pillase, sino porque no quería que Savannah supiera con quién engañaba a su novio, a su querido Dean.

Era todo tan extraño, es lo único que le vino a la cabeza a la vez que agarraba a su tía del brazo para atraerla del todo. Juliette la miró con una ceja alzada, intentando averiguar qué se traían entre manos las dos.

—Porque quería invitaros a comer fuera e irnos de compras. —Roxanne frunció el ceño.

Claramente los planes que su madre había pensado no le sentaron demasiado bien.

—¿Cómo es posible que hayas cogido un día libre?

La voz de su hija sonó ahogada, estrangulada, como si saber que su madre hiciera eso fuera una tortura en vez de una bonita sorpresa. Juliette miró a Roxanne e intentó acercarse a ella sin éxito, pues ella se dio la vuelta con la intención de volver a su habitación. No podía creerlo.

Savannah las miraba con algo de desconcierto. Estaba claro que madre e hija no se llevaban del todo bien y que no pasaban tiempo juntas, pero ¿qué más daba? Si su madre hiciera eso, estaría encantada. Y hablando de madres, aún no había llamado a la suya para decirle que estaba bien, seguramente estará preocupada o cabreada.

—Roxanne, lo hice para pasar tiempo juntas, las tres... como cuando erais niñas, ¿te acuerdas?
—Roxanne rechinó los dientes, estaba cabreada, mucho.

—Nunca coges días libres porque dices que no puedes perder el tiempo —escupió—. ¿Acaso pasar el día conmigo es perder el tiempo? Claro, como ahora está ella. —La señaló—. Ahí sí que coges un día libre, con la clara intención de pasar tiempo con tu sobrina, porque yo no pienso ir contigo ni a la esquina. Que te quede claro, mamá.

Se dio la vuelta y entró en su habitación cerrando de un fuerte portazo que las despertó a ambas. Juliette, miró a su sobrina, mostrándole lo dolida que estaba. Su mirada era triste, llena de un dolor que no podía esconder más. La relación entre ellas se había ido a la mierda y su tía sabía que toda la culpa era de ella, pues la dejó de lado, dejó que su hija creciera sin ella, sin una madre que la consolara cuando se enamorara, que la arropase por las noches. Ese problema no lo tenía Savannah, pues tenía una madre que daba la vida por ella y la amaba. ¿Sería por eso por lo que su prima la odiaba? ¿Tenía celos Roxanne de Savannah?

Sin decirle nada a su tía, se dio la vuelta y se metió en su habitación. En cambio, ella, cerró despacio, no le gustaban los portazos y menos sin motivo alguno. Caminó hasta la cama y cogió su móvil para llamar a su madre. Solo llevaba un día en esa casa y ya la añoraba. Buscó el número y cuando lo encontró, marcó. Isabelle, al ver el número de su hija iluminarse en la pantalla, lo descolgó de inmediato.

—Hija, por fin llamas. ¿Cómo estás?

Savannah sonrió al oír a su madre, sonaba preocupada, incluso más que cuando se iba con Mitchell y Olive... con solo recordar su nombre, su cuerpo se tensaba y los recuerdos volvían como una explosión en su cabeza, llenándola de pequeños pedazos que la aturdían y dañaban su cordura. Incluso llegaba a pensar que algún día se volvería loca.

—Hija, ¿estás ahí?

—Sí, mamá. Lo siento —respondió reprimiendo las lágrimas que estaban a punto de salir—. Estoy bien, un poco aburrida. Te echo mucho de menos.

—Yo también a ti, cariño.

Estuvieron hablando por un buen rato, aprovechando Savannah para contarle lo que pasaba en

esa casa, todo lo que pasó con su prima. Su madre la justificó, y le dijo que debía salir con ella, hacerse su amiga, ser su confidente. Savannah no estaba tan segura de querer ser algo que no deseaba. Su prima y ella nunca serían amigas y menos tras saber que engañaba al chico que la atraía.

Cuando colgó, se recostó en la cama, pensando en Dean y Roxanne. «No hay un Dean y Roxanne», pensó inconscientemente. No debía pensar esas cosas, no cuando él era un completo desconocido, un desconocido que hacía que ella olvidase todo lo que pasaba a su alrededor, incluida esa fecha que estaba próxima a llegar. Tenía miedo de que llegase el momento, pues ese día, estaba segura de lo que quería hacer y era volver a Alabama para estar presente en la misa, aunque eso le costara estar de nuevo sin dormir, sin ser la persona que era. Savannah fue una chica feliz, pero desde el día que murió Olive, lo hizo ella también; quedando en este mundo cruel, como un fantasma, uno que no encuentra la luz para regresar, solo hay oscuridad en su mirada, una que le provocaba pesadillas.

Capítulo 9

Ahora se sentía sola, pues sus días antes no eran así y pasaba mucho tiempo con su madre, la echaba mucho de menos y solo llevaba un día allí. ¿Qué pasaría cuando llevase meses? Y cuando fuese a la universidad, ¿cuándo la vería? No podía creer que su vida hubiese cambiado tanto en tan solo unas horas.

Se quedó tumbada en la cama, pensando en mil cosas y entre esas cosas apareció Mitchell y el beso, ese beso que le hizo sentir tanto y que se negaba completamente a sentirlo por él. Era su amigo y solo tenía valor para verlo como tal y no como algo más. Porque ¿y si lo perdía a él también? ¿Qué haría al respecto? No lo iba a poder soportar. El simple hecho de que su mejor amigo la quisiera era algo que ella sabía con exactitud que podría significar la pérdida de lo más valioso que tenían, su gran amistad. Pero, cuando pensaba en él, recordando el cosquilleo que sintieron sus labios al ser besados, dando igual el besador, tocándose los labios con lentitud mientras cerraba los ojos... un suspiro se le escapó al aparecer de nuevo Dean entre sus pensamientos. ¿Por qué siempre se cruzaba él en su mente para borrar todo rastro de recuerdo de aquel día? Estaba claro que se sentía atraída por él, no podía negar que era muy guapo, demasiado para ser real... Pero no era suyo y jamás lo iba a ser, ni siquiera podría verlo como un amigo porque eso sería declararle la guerra a su prima y era algo con lo que no estaba dispuesta a lidiar.

Ofuscada, se levantó de la cama y comenzó a pasearse por entre esas cuatro paredes que le parecieron tan reconfortantes cuando llegó y tan asfixiantes en este momento. Se iba a volver loca y todo por culpa de ese chico de ojos azules y sonrisa de canalla que hacía que le temblaran hasta las pestañas. Odiaba sentirse así y mucho más odiaba verlo con alguien que seguramente no lo merecía. Su prima lo engañaba, eso era algo que ella jamás podría llegar a hacerle a alguien que le importara. A no ser, que a su prima no le importe lo más mínimo su queridísimo y guapísimo novio.

Tenía que buscar una solución para su caos emocional. Podría besar a otro chico que no fuese Mitchell y así aclarar sus ideas, pero ¿a quién? Dean estaba completamente descartado y no por falta de ganas, porque sería todo un placer besar sus labios carnosos... En definitiva, ya empezaba a divagar y se volvería loca en cualquier momento. ¿Qué tal su mejor amigo? Ni siquiera sabía su nombre, sería el candidato perfecto para aclararse, nada como besar a un desconocido.

Si besando a ese chico, sus dudas se disipaban, haciéndole ver que podría sentir lo mismo al ser besada por cualquiera, le dejaría las cosas claras a su amigo, pues no estaba dispuesta a perderlo. Porque no se puede perder a quien no se ha tenido, ¿no? Y justamente eso era lo que quería evitar a toda costa.

Entonces ¿ya lo tenía decidido, besaría a ese chico sin saber siquiera su nombre? Era algo que ella no estaba acostumbrada a hacer y realmente podría ser que besarlo sin más, como si fuese lo más normal del mundo, fuera una pésima idea. Claro, que las ideas malas son las que solían salir bien. ¿Qué podría salir mal de ahí?

Paró en seco, dando por zanjado sus pensamientos por hoy y recordando que tenía planes con su tía, había pedido el día libre para pasarlo con ellas, aunque su prima no estuviera dispuesta a ello, Savannah no dejaría a su tía sola.

Caminó hasta el armario donde dejó la maleta aún sin sacar la ropa del todo y sacó unos vaqueros ajustados con una camiseta fina llena de flores, le encantaba, por eso nunca pensó en ello como algo que perdería y le costó tanto salir de Alabama; su hogar era mucho más que un pueblo, como decía su prima... Era felicidad, tranquilidad y algo que no podía explicar. Eso solo lo sentía allí.

Se vistió y se arregló, maquillándose más que de costumbre; si el chico la veía, quería que ese chico se fijase en ella, tenía que destacar entre las chicas de su entorno; estaba segura de que todas eran preciosas. Se miró al espejo y se soltó el cabello dejando que sus hondas cayeran por sus hombros, dándole ese toque sensual que solo Olive mostraba a veces.

Suspiró unas cinco veces antes de atreverse siquiera a coger el pomo de la puerta. Abrió y salió sin pensarlo más. Al salir, alguien se interpuso en su camino, alguien que aún no había visto porque su cabello se lo impedía. Entonces, se lo apartó del rostro y miró hacia sus brazos, por donde ese alguien la agarraba con delicadeza, impidiendo su caída al chocar. Fue subiendo la cabeza despacio, hasta que sus ojos se clavaron en los de Dean, un Dean un tanto agobiado, pues Savannah estaba demasiado hermosa, más que cuando la vio por primera vez hacía unas horas.

—Lo, lo siento —murmuró él tragando saliva.

La soltó como si su simple contacto le quemase y se dio la vuelta para marcharse. No podía soportar no entender lo que le pasaba con ella, justamente con ella, que no podía acercarse a menos que su novia se lo dictase. Si lo hacía y Roxanne se enteraba, sería una completa locura soportarla durante días.

Lo dejó marcharse, así sin más. ¿Qué otra cosa podría hacer? Retener a alguien a quien apenas conoce, que ni siquiera sabe si puede confiar en él, no era una buena idea. Cuando lo vio desaparecer por las escaleras, se dispuso a bajar también para buscar a su tía y salir de una vez de esa casa que la ahogaba.

Una vez bajó, vio a su tía Juliette hablando con Dean, ambos estaban en la cocina y parecían discutir algo. Aunque estaba cerca y podía verlos, ya que la cocina tenía una ventana que daba al salón, no podía escucharlos, fuera lo que fuese lo que estuvieran diciéndose, era algo que no querían que nadie escuchara. Contó hasta tres antes de entrar en la cocina. Cuando llegó, carraspeó para que supieran que estaba allí y no dijeran nada de lo que pudieran arrepentirse luego.

—Savannah, cielo. Estás preciosa —expresó su tía con cariño.

Dean volvió a quedarse hipnotizado al verla, mirándola a los ojos de una manera diferente. Ambos se atraían, eso era evidente, pero ¿hasta dónde iban a llegar así? Ella no iba a dejar que él se acercase.

—Gracias, tía Juliette. Venía para saber si sigues en pie esa salida que has propuesto antes. — Una sonrisa deslumbrante se dibujó en el rostro de su tía.

Juliette asintió a la vez que se volteaba de nuevo para decirle algo a Dean.

—Por favor, Dean. No le digas que fui yo quién te lo dijo y vigílala. —Suspiró—. No quiero que vuelva a pasar.

—No te prometo nada, Juliette. Me siento agotado. —Agachó la mirada al sentirse observado por Savannah—. Pero tranquila, no dejaré que vuelva a pasar.

Savannah no entendía muy bien a qué se referían y en cierto modo, le daba igual, pero si su tía estaba preocupada, y eso era algo más que notable, tenía que averiguar qué era eso que no querían

que pasase de nuevo. Estaba claro que hablaban de Roxanne y que escondían algo, pero ¿qué? ¿Qué puede ser tan grave como para tener que vigilarla?

Su tía se acercó a ella y ambas salieron de la cocina y tras coger el bolso, salieron de la casa para después entrar en el coche. Dean se quedó ahí parado, observando cómo Savannah se iba; y él creyendo que podría pasar un rato con ella antes de que Roxanne bajase de su habitación. Aún no entendía muy bien qué era lo que sentía por esa chica misteriosa. Savannah era algo así como un rompecabezas para él y quería llegar a juntar todas las piezas para leer el mensaje que escondía; pero estaba claro que eso le iba a costar mucho más tiempo del que su novia le había dado. Sus palabras fueron; «antes de que acabe el verano la quiero fuera de esta casa y a ser posible de nuestras vidas, para siempre». A veces le dolía que su novia tuviese tanto odio en su corazón, que siendo una persona buena o, al menos, lo fuera hace años, tuviera esos pensamientos. Dean la quería, pero no la amaba y algunas veces pensaba en la posibilidad de acabar con esa relación toxica que tenían desde hacía dos años, unos años que le habían servido para madurar y no dejar que su padrastro consiguiera lo que tanto ansiaba.

En el coche, Savannah iba mirando todo a su alrededor. Tenía ganas de conocer un poco más Manhattan, pues al ser su residencia a partir de ese momento, tenía que familiarizarse con todo.

—Estás muy callada. —Juliette interrumpió su disfrute por unos instantes.

Savannah la miró y se encogió de hombros sin saber realmente qué responderle. Sentía demasiadas cosas en ese momento y tenía muchas cosas que preguntarle a su tía, pero estaba segura de que ella no le contaría nada.

—Estoy bien, tía Juliette.

—¿Entonces por qué me da la sensación de que no estás aquí? Estás ausente, Savannah, ¿es por lo que pasó antes con Roxanne? —Suspiró—. Ya no sé cómo acercarme a ella.

—Tía, creo que está claro que aquí el problema no es ella —aseguró mirándola fijamente—. El problema eres tú, pero no te has dado cuenta.

—¿Tú crees? No sé, cielo... Roxanne ha cambiado mucho desde... —Se calló de pronto, sin acabar la frase.

Savannah quería saber más, quería que su tía fuese lo más sincera posible con ella, como lo era antes, aunque solo fuera una niña cuando fue por última vez de visita.

—Tía, ¿qué fue lo que os separó? Está claro que algo ha pasado y que, sin querer, yo tengo mucho que ver —mencionó.

Notó como su tía se puso nerviosa, pues no estaba preparada para contarle nada a su sobrina, nada de lo que le dijera tendría consecuencias buenas y todo se convertiría en un caos. La vida de Savannah era tranquila ahora, pero Juliette podría hacer que eso cambiara para jodérsela, de eso estaba segura. No podía contarle nada del pasado. No debía hacerlo, pues fallaría a la promesa que hizo hacía muchos años.

Siguieron en silencio, uno muy incómodo, todo hay que decirlo. Su tía no volvió a abrir la boca, ni siquiera para hablar de otra cosa y Savannah respetó ese silencio, pues tampoco quería que el día se estropeará. Tenía muchas ganas de hacer algo así pero sintió algo de tristeza, pues le hubiese encantado pasarlo también con su madre.

Sin percatarse, Juliette aparcó el coche. Savannah miró a su alrededor; estaban en un gran centro comercial y una gran sonrisa se dibujó en sus labios, demostrándole por fin a su tía que estaba feliz por estar ahí. Para ella, era muy importante que su sobrina fuera feliz, aunque solo

fuera por unas horas; disfrutaba de esos momentos y se odiaba por haber estado tanto tiempo sin verla.

—Vamos, te va a encantar —dijo Juliette tirando de ella.

Savannah soltó una carcajada y ambas entraron al centro comercial más grande que sus ojos habían visto en su vida. Era enorme, tanto, que sus ojos no abarcaban a verlo todo. Iba a ser divertido entrar en todas y cada una de las tiendas que había e iba a disfrutar muchísimo.

Capítulo 10

Dean estaba sentado en el sofá, esperando a que Roxanne bajase de una vez. Cuando Juliette le preguntó si era él quien estaba en la habitación con ella, no podía creerlo, pues no, él acababa de llegar. ¿Por qué su novia lo engañaba y en su propia casa? ¿Con quién? Estaba claro que su relación estaba tan rota como lo estaba Dean, pero no por perderla a ella, sino porque al separarse, ya no podría ir más a esa casa y no vería a Savannah. Eso no quería que pasara, pues algo le pedía que siguiese en contacto con ella, que la conociera, independientemente de lo que su novia le había pedido.

Escuchó unos pasos y unos segundos después su novia estaba frente a él. Roxanne le sonrió, él... no podía hacerlo, estaba decepcionado.

—¿Qué te pasa cielo? —preguntó sentándose en sus piernas.

—¿Con quién estabas en la habitación cuando llegó tu madre? —preguntó clavando sus ojos en ella.

En este momento, el azul de sus ojos era muy intenso, pues el cabreo que sentía los oscurecía tanto que daban miedo. Dean era un chico tierno, cuando había que serlo. Dulce, cuando se lo permitían. Y apasionado, siempre. Roxanne lo conocía demasiado bien, así que tendría que hacer su mejor papel para que su novio creyese en ella.

—Con nadie, amor, ¿ya te fue mi prima con el cuento? —Alzó una ceja.

—¿Savannah? ¿Qué tiene ella que ver en todo esto? Además, yo ni siquiera he hablado con ella —habló nervioso y Roxanne se dio cuenta—. Simplemente lo sé y quiero que me respondas, Roxanne. ¿Me estás engañando con alguien? —Ella negó divertida.

Sí, ella ya tenía la mentira más que pensada y no se le ocurrió otra cosa que meter a Savannah en sus líos para no ser descubierta. Sabía que Dean no iría a preguntarle a ella.

—Era Mason. —Dean se levantó de golpe, provocando que ella tuviese que sostenerse con la mesa.

—¡No me jodas, Roxanne! ¿Te estás acostando con mi mejor amigo? Qué bajo has caído —vociferó.

Se sentía engañado, estúpido. No podía creer que Mason hubiera sido capaz de meterse en la cama con su novia, aunque él no estuviera enamorado de ella, seguía siendo suya.

—No, no... no me has entendido, Dean. Es cierto que Mason estaba en mi habitación, pero para que mi madre no se enterase de que estaba con mi prima. Es con ella con quién estaba, cielo. ¿De verdad has pensado que yo te podría engañar? —declaró acercándose a él.

—No puedo creerlo —negó—. Es imposible que haya estado con tu prima, Roxanne. Mason no haría eso y no veo a tu prima de esa clase de chicas que se acuesta con cualquiera sin conocerlo de nada.

Roxanne comenzó a cabrearse, todos veían a la dulce Savannah como alguien que no rompía un plato, pero ella sabía cómo era en realidad. Su prima era una usurpadora, que se quedaba con todo lo que le gustaba y su familia era una de esas cosas. La odiaba, estaba claro que lo hacía; y ahora, que le intentaba hacer creer a Dean que estaba con Mason, él tampoco lo creía. Solo llevaba un día en su casa y ya había conseguido que todos babearan por ella.

—Que yo me entere —dijo ella—. ¿No la conoces de nada y pones en duda lo que te digo y me crees capaz a mí de engañarte? Genial, Dean. Te has lucido —habló indignada.

Dean la miró, intentando creer en su palabra, pero es que realmente sabía que estaba mintiendo, pues no era posible que en ese momento Mason y Savannah estuviesen juntos porque fue cuando estaba con él en el coche, pero eso no se lo diría. Asintió acercándose a ella, fingiendo, así como lo hacía ella, demostrándole que, supuestamente, la creía a ella y no a Savannah. Ahora lo tenía todo más claro, Mason y Roxanne lo estaban engañando, pero no se lo haría ver, no aún.

Su novia quería que se acercase a Savannah, que la destrozara y lo haría, se acercaría a ella como le había pedido, haría todo lo que ella le pedía, pero con sus condiciones. Tenía claro que hacer las cosas tal y como él quería, sería el mejor modo de descubrir todo.

—Tranquila, te creo a ti. Perdóname. —La abrazó—. Tú eres mi novia y debo confiar en ti.

Tras eso, la besó con ferocidad y ella se dejó hacer, no podía ahora decirle que no le apetecía que la besara, que ya estaba satisfecha. Dean bajó sus manos a sus nalgas y las apretó como a ella tanto le gustaba. Quería sacarse a Savannah de la cabeza y creía que acostándose con Roxanne podría hacerlo, pero no, era como si se hubiese metido para quedarse ahí, en sus pensamientos. ¿Qué cojones le pasaba? Él no era el típico chico que, con solo cruzar una mirada con alguien, sentía algo especial, como si fuera la mejor chica del mundo, pero con ella... no sabía explicar qué le pasaba con ella. Se separó de su novia, agradeciendo esta que lo hiciera y la miró dubitativo.

—Quiero poner una condición para hacer lo que me has pedido en contra de tu prima. —Roxanne frunció el ceño—. Quiero que le hagamos creer que tú y yo no tenemos nada, que piense que hemos terminado.

—¿A qué viene eso, acaso te gusta?

—No, pero si le hacemos ver que no somos novios, dejará que me acerque a ella, de lo contrario es muy complicado. Tu prima es muy hermética, ¿sabes? No deja siquiera que la mire, Roxanne.

Lo que le decía tenía sentido y después de todo no era mala idea hacerle ver que ya no estaban juntos. Aunque sabía que había algo más que escondía en su petición, algo que no le diría, pero que ella presentía. De momento, harían las cosas así; ellos, a partir de ahora, ya no estaban juntos y se lo harían ver a Savannah en cuanto apareciera por la puerta.

—Está bien, acepto lo que pides. En cuanto mi prima entre por esa puerta, seré la mujer más destrozada de este planeta porque mi chico me dejó. Seguro que se acerca a mí la estúpida. —Dean rodó los ojos—. ¿Qué? ¿Acaso te molesta que la trate mal?

—Es que no entiendo por qué la odias tanto. ¿Qué pasó entre vosotras? —Se interesó.

—No es tu problema, Dean, y espero que no vuelvas a preguntarme.

Él asintió sentándose de nuevo en el sofá, donde echó la cabeza en el respaldo y suspiró unas tres veces. Roxanne se sentó a su lado y agarró su mano. Después de todo, lo quería, pues eran amigos también, se apoyaban cuando había malos momentos en sus vidas. Dean ya no pasaba por lo que vivió hacía unos años, pues su padrastro parecía estar más calmado y ella... ella seguía haciendo lo de siempre, pero sin que se enterase nadie. ¿Para qué hacer sufrir a quienes la querían de verdad?

—Por cierto, esta noche Lucy da una fiesta en su casa. Sus padres no están —anunció Roxanne poniéndose de lado para verlo mejor.

—Me parece bien, una fiesta para despejarnos un poco —murmuró cabizbajo.

—Oh, vamos, Dean. ¿Qué te pasa? Cualquiera diría que no quieres ir.

—No, claro que quiero ir. No me hagas caso, hoy no estoy en mi mejor día.

Cuando llegó antes a su casa su madre no estaba, solo estaba Landon, su padrastro. No le dijo nada, pero sí le echó una mala mirada, una que hacía tiempo que no le mostraba. Es cierto que las cosas en su casa estaban mejorando, pero no podía dejar de pensar en ese tipo y todas las cosas que hizo antes de calmarse un poco. Entonces, fue ver a Savannah y calmar ese desasosiego que sentía al salir de casa. Negó para quitarse de nuevo esas cosas de su cabeza y fingió una sonrisa para que Roxanne no se preocupase.

—¿Pasó algo en tu casa? —Negó—. Está bien, no te preguntaré si no quieres, pero ámate —pidió con una gran sonrisa.

—¿Y tú por qué estás tan feliz de repente? —Se interesó, a veces Roxanne tenía unos cambios de humor que no entendía.

—Porque se me acaba de ocurrir una idea. —Dean puso toda su atención—. Esta noche será cuando cortemos, delante de Savannah.

—Pero si ella no está invitada a la fiesta.

—Ay, Dean, parece que no me conoces. Puedo llevar a quién quiera a la fiesta y mi prima está invitada desde ya.

—¿Estás segura de que es buena idea? —Asintió—. Vale, pero por favor, no cometas locuras, Roxanne. Deja que yo haga las cosas tal y como hemos hablado, ¿sí?

—Sí, cielo. Se hará como tú dices. —Echó la cabeza en su hombro.

Dean la conocía y sabía de lo que era capaz su novia. Tenía que vigilar que en la fiesta no hiciera tonterías, no quería que hiciera sufrir a la gente solo por su propio gusto. Vale que lo que él debía hacer no le haría mejor persona, pero lo haría con cuidado, sin destrozarla como Roxanne pedía.

Las horas comenzaron a pasar y Dean almorzó con Roxanne, después de fue a su casa para descansar un rato, seguía pensando que la noche iba a ser un completo desastre y debía estar preparado. Cuando llegó a su «hogar», ese que odiaba con toda su alma, subió a su habitación sin ver a nadie y se metió en el baño para ducharse, quería relajarse antes de bajar y poder hablar con su madre para informarle de que esa noche no dormiría allí. Aunque no le hiciera falta pedir permiso, puesto que tenía veintiún años, le gustaba mantener informada a su madre de lo que hacía, solo para que no se preocupase.

Al salir del baño y vestirse con algo cómodo —aún era temprano— salió de su habitación y escuchó unos fuertes gritos en el salón. Su corazón comenzó a latir frenético, metiendo el miedo en su cuerpo. ¿Qué pasaba ahora? Ya decía él que tanta tranquilidad no era buena, y la mirada que Landon le echó no fue amigable precisamente. Dudó si bajar o no, si enfrentarlo o no, pero entonces, un golpe junto con un gemido de su madre lo alertó y solo así sacó fuerzas y bajó para encarar a ese hijo de puta.

—¡Deja de golpearla de una jodida vez! —bramó agarrándolo de los brazos.

Landon estaba golpeando a su madre, le daba patadas en el estómago, ya la tenía tirada en el suelo. El susodicho, se soltó de Dean y le pegó un puñetazo en la boca, partiéndole el labio.

—Por favor —suplicó su madre mientras intentaba incorporarse—. Deja a mi hijo.

—¡No! Esto le pasa por meterse donde no lo llaman —vociferó Landon mientras golpeaba de

nuevo a Dean.

Este estaba tosiendo en el suelo, pues no le daba tiempo a levantarse cuando era golpeado otra vez. Entonces, aprovechando que se dio la vuelta para gritarle a su madre, Dean se levantó y cogiendo una silla, la estampó en la espalda de su padrastro, dejándolo tirado en el suelo, inconsciente. Su madre caminó hasta él y tocó su mejilla con tristeza.

—Hijo, tienes que salir de aquí. —Sollozó abrazándolo.

—No, no te dejaré sola con ese hijo de puta. —Lo señaló. Su madre negaba eufórica—. No me pidas eso, mamá. No te haré caso esta vez, primero muerto antes que dejarte sola.

—Entiéndelo, Dean, cuando despierte te buscará y querrá molerte a golpes por haberle hecho esto —insistió acongojada—. Querrá matarte y no pienso dejar que hunda tu vida.

—Ni yo voy a dejar que te mate a ti, porque eso es lo que hará cuando no me vea. —Su madre iba a responder, pero él no la dejó—. No hay más que hablar y si me voy, no lo haré sin ti.

Lo que le decía su hijo era algo que le había mencionado en otras ocasiones, pues soportar los abusos de ese hombre, que solo le había traído desgracias, era algo que ya no estaban dispuestos a tolerar. Pero su madre lo quería, estaba ciega de amor por ese hijo de puta que solo le regalaba colores a su piel, unos colores que tenía que tapar con maquillaje para que nadie se diese cuenta cuando la veía. Dean ya no podía más, pero tampoco podía irse sin más, así que tendrían que seguir soportándolo.

Capítulo 11

Savannah y su tía estaban pasando un día genial, aunque ella no dejaba de pensar en su prima y en lo bien que les hubiera venido pasar ese día juntas, al menos así podrían haber hablado y aclarado ciertos puntos que las separaban.

Sobre las cuatro de la tarde y agotadas de mirar tiendas, se sentaron en el primer restaurante de comida rápida que encontraron y tras pedir algo para comer, se volvieron a quedar solas. Savannah estaba hambrienta y contenta, su tía insistió en comprarle mil cosas, ropa que estaba segura de que no le daría tiempo a ponerse porque se le quedaría pequeña o vete tú a saber.

—Que cansada estoy —mencionó su tía—. No recordaba lo estresante que era visitar tantas tiendas en pocas horas.

—Y yo jamás había ido a tantas —respondió ella con una sonrisa.

Estaba agradecida con Juliette, siempre fue tan buena con ella, tan especial. A veces la miraba y era como ver a su madre, aunque claro, se parecían tanto.

—Bueno, pues no será la última —dijo Juliette.

—No voy a dejar que me compres nada más, tía, ¿te has vuelto loca? Lo que llevo aquí. — Señaló las bolsas—. Me costará años llegar a ponérmelo todo.

Ambas soltaron una carcajada a la vez que el camarero les dejaba en la mesa los refrescos y la *pizza* familiar que habían pedido. Juliette y Savannah se parecían mucho, tanto en el estilo de vestir, como en los gustos de la comida. A veces era como si su tía fuese su madre.

—Bueno, cielo, ¿y qué vas a estudiar? —se interesó.

—Pensé que ya lo sabías. —Negó—. Estudiaré Bellas Artes, quiero pintar, me gusta pintar —murmuró.

—¿Por qué lo dices como si quisieras convencerte a ti misma?

—No, no hago eso —titubeó—. A ver, no es que intente convencerme de ello, realmente me gusta lo que hago, pero...

—Sientes que te falta algo. —Asintió agachando la cabeza—. Es normal sentirse así cuando se pierde a alguien tan querido. —Savannah volvió a mirarla—. Lo siento, no quise recordarte nada, cielo.

—No te preocupes, creo que estoy metida en una burbuja que cada vez se hace más pequeña. Me siento asfixiada.

¿Podría sincerarse con su tía sin pestañear? No sabía hasta qué punto se encontraba ella metida en ese círculo vicioso que solo le mostraba desdicha, recuerdos que no la dejaban vivir en paz y mucho menos sonreír como solía hacerlo, sin miedo a hacerle daño a nadie por ser feliz.

—No tienes por qué contarme nada si no quieres, Savannah. Sé por lo que has pasado y te entiendo —mencionó su tía para después darle un sorbo a su refresco.

Savannah se encogió de hombros y sin decir nada más, se pusieron a comer completamente en silencio. A veces un silencio oportuno sentaba bien, te dejaba pensar en muchas cosas que antes, hablando, no te podías permitir, diciendo a lo mejor algo de lo que te pudieras arrepentir. Savannah sabía que podía contarle a su tía cualquier cosa, pero no estaba preparada para hacerlo aún.

Llevaban un rato comiendo cuando a su tía le sonó el teléfono, era un mensaje y Savannah por un momento se dio cuenta de que se había puesto nerviosa. ¿Sería Roxanne? Se preguntó intentando averiguar solo con mirarla. Volvió a dejar el móvil y la miró con una sonrisa, provocando en Savannah algo de desconcierto. No, no podría ser su prima, no se pondría así después, ¿no?

—Hay que ponerte hermosa, mucho más —anunció su tía. Ella arrugó la frente—. Esta noche irás a una fiesta que da Lucy, la mejor amiga de tu prima. Creo que sería buena idea...

—No —la interrumpió—. No pienso ir a una fiesta en la que seguramente no voy a ser bienvenida.

—Savannah, ha sido tu prima la que te ha invitado. —Frunció el ceño, en realidad no dejó de hacerlo en todo momento.

—Pero es que, seguro que mi prima lo hace solo para molestarte, ya sabes cómo me trata. —Suspiró.

Su tía la miraba suplicante, pues ella sí pensaba que era algo que debía hacer. Una fiesta a su edad es algo que no puede dejarse escapar, tenía que disfrutar. Savannah no lo tenía tan claro, puesto que tenía miedo de que Roxanne hiciera algo en su contra y no quería pasar por algo así. Entonces algo le hizo ver que sí, que era buena idea, pues Mason también estaría y podría hacer lo que estuvo rondando su cabeza hacía horas.

—Está bien, iré. —Su tía sonrió complacida, pensando que había sido ella la que la convenció y no fue así.

—Pues venga, termina de comer que hay mucho que hacer.

—¿A qué te refieres?

—¿No pensarás ir a la fiesta con vaqueros? —preguntó Juliette divertida.

—¿Qué tienen de malo mis vaqueros? Además, no voy a dejar que me compres nada más —aseguró ella con seriedad.

Su tía negó encogiéndose de hombros y cuando le dio el último bocado a la *pizza*, pagó el almuerzo y tiró de ella para hacer la primera parada después de dos minutos en un centro de belleza. Allí le arreglarían el cabello, las uñas y la maquillarían. Savannah pensaba que su tía se estaba pasando, pues era una fiesta como otra cualquiera, ¿no? Pero no, ella no estaba acostumbrada a las fiestas de los niños ricos, como ella decía a veces; esas fiestas nada tenían que ver con la de Mitchell, en esta habría más personas, una piscina, *catering* y mil estupideces más. Para Savannah, eso no era una fiesta.

Dos horas después, su tía fue a recogerla, pues la dejó allí en manos del peluquero mientras ella le buscaba algo apropiado para la ocasión. ¿Un vestido tal vez? No, Savannah no era de vestidos.

Cuando su tía entró a por ella, abrió los ojos sorprendida y con una sonrisa enorme, se acercó a ella y la abrazó. Savannah era hermosa, mucho, pero ahora estaba deslumbrante.

—Estás preciosa, cielo —mencionó besando su mejilla.

—Gracias.

Ambas estaban sonriendo y a Juliette le gustaba que ella lo hiciera, pues sabía que su sobrina no lo había pasado bien en todo este tiempo, le hacía feliz que ahora consiguiera al menos una sonrisa por su parte.

—¿Qué me has comprado, tía? —Alzó una ceja.

—Ya lo verás cuando lleguemos a casa.

—Dímelo, al menos podrías darme una pista —insistió. Juliette negó.

Salieron del centro comercial ya siendo casi las ocho de la tarde. El día había sido muy divertido y Savannah pudo disfrutar de un momento en el que no tuvo que pensar en nada más que no fuera pasar las horas junto a su tía, aunque fuera probándose mil conjuntos.

Tras media hora de camino, llegaron a su casa. En el salón estaba su tío Stefan, que al verla sonrió y le dio un beso en la mejilla. No había rastro de Roxanne y ya pensó que se habría arrepentido de haberla invitado a la fiesta.

—¿Y Roxanne? —preguntó Juliette.

—Está en su habitación arreglándose, menos mal que habéis llegado porque Dean debe estar a punto de llegar —afirmó su tío.

Juliette la miró y asintió para que se fuera arriba solo con la bolsa de lo que se iba a poner. Savannah, con un gran nudo en el estómago, uno que hacía tiempo que no tenía, llegó a su habitación y sacó la ropa de la bolsa, asombrándose por momentos, pues lo que veía le gustaba. Se puso los pantalones negros ajustados y cogió la blusa roja; era transparente y cuando se la puso se miró al espejo, de frente y de espaldas, dándose cuenta de que se veía mucho más de lo que ella estaba dispuesta a enseñar y negó.

—No, no puede ser —murmuró a la vez que escuchaba unos toques en la puerta.

—Savannah, ¿necesitas ayuda? —preguntó su tía al otro lado de la puerta.

Unas estúpidas lágrimas se le escaparon, unas que no quería derramar cuando estaba tan guapa, el maquillaje se iría a la mierda y con ello el dinero invertido, un dinero que gastó su tía.

—No —dijo con la voz cargada de angustia.

Juliette se dio cuenta de ello y sin que le diese permiso, entró y la encontró mirándose al espejo con lágrimas en los ojos. No veía nada raro en ella, al contrario, estaba preciosa. Aún le faltaban los zapatos y estaba lista, pero... entonces ¿por qué lloraba?

—¿Qué te ocurre, cielo?

Caminó hasta ella y tras mirarla a ella, miró al espejo y ahí se dio cuenta del problema. Juliette puso una mano en sus labios, impidiendo así un gemido lastimero al ver algo de lo que ella no tenía constancia. La abrazó con fuerza, reconfortándola, dándole ese cariño que tanto necesitaba en ese momento, dándole un apoyo que no tuvo hacía un año. ¿Por qué nadie le dijo nada de lo que a su... sobrina le pasó? Tenía que hablar con su hermana, necesitaba una explicación, ya que estaba segura de que Savannah no le contaría nada.

—Tranquila, ¿sí? —Sollozó—. Te compré otra blusa igual de bonita que esta.

—No, no pasa nada, tía. Gracias —dijo con la voz entrecortada—. Es solo que... no quiero que nadie me mire como si fuera un bicho raro, aunque ya lo hagan sin ver... esto. —Señaló su espalda con asco.

Juliette le dio la vuelta, impidiendo así que dejase de verse en ese espejo que solo reflejaba dolor y asco, algo que ella no debía sentir.

—Savannah, eres una joven preciosa por fuera, pero esa no es tu belleza verdadera... esa está aquí. —Puso un dedo en su corazón—. Ahí eres hermosa, la más hermosa de todas. No sé qué te habrá pasado y espero que algún día tengas la confianza suficiente para contármelo.

—Gracias, tía Juliette. Algún día.

Tras sonreírle, sacó de la bolsa la otra blusa que le compró. Su tía no sabía muy bien los gustos de ella, así que le compró dos para que eligiese la que más le gustaba; esta era de encaje del

mismo color que la anterior, se la puso y lo primero que hizo fue mirarse de lado, mirando si con esa se le veía la espalda. Suspiró al percatarse de que no, esta tapaba mucho más y se sintió más cómoda.

—¿Mejor? —Asintió—. Pues venga, ponte los zapatos y coge el bolso.

Savannah sacó los zapatos de la caja y sonrió complacida, pues sí que le gustaban, eran de tacón alto y en rojo, iba muy bien conjuntada. Cogió el bolso negro y su tía le arregló el maquillaje. Se miró los pies, observando esos preciosos zapatos, provocando que las ondas de su cabello, cayeran sobre sus pechos. Una vez lista, salió de la habitación y bajó las escaleras. Estaba muy nerviosa, pues, aunque ella había ido a varias fiestas, estaba segura de que esta era completamente diferente a las que había asistido. Además, el hecho de ir con su prima y su novio hacía que sintiera mucho más nerviosismo.

Cuando puso el pie en el último escalón, todos los ojos que había en el salón, se clavaron en ella. Pero ella solo notó una mirada, solo sintió escalofríos con una. Dean tragó saliva al contemplarla, pues estaba perfecta.

Savannah lo miró, sin importarle lo que Roxanne dijera si se daba cuenta de que ambos se miraban fijamente, clavando sus azules ojos el uno en el otro. Ella se preocupó, Dean tenía el labio partido y teñido de un intenso color morado. ¿Qué le habría pasado? Fue lo primero que pensó.

De igual manera, era como si estuvieran ellos dos solos, como si no existiera nadie más que ellos. Solo cuando escucharon el carraspeo de Roxanne, ambos despertaron y miraron hacia otro lado. Savannah sonrió a su tía, que la agarraba del brazo, como si con eso evitara que se cayera, pues le temblaban las rodillas.

La fiesta iba a ser toda una aventura, solo tenía que mirar a su prima para darse cuenta de que debía tener los ojos bien abiertos, aunque con eso no pudiera disfrutar. Si no fuera por la grandiosa idea que tuvo de besar al mejor amigo de Dean, no iría a la fiesta, era más importante aclarar sus sentimientos, sus ideas y esa era la única manera.

Capítulo 12

Todos estaban en silencio, uno muy incómodo, y ya tenía ganas de salir de allí e intentar divertirse, aunque fuera algo complicado.

—Oh, Dean. ¿Qué te ha pasado? —preguntó Juliette preocupada. Él negó restándole importancia.

—Nada que tenga que preocuparte, Juliette. Estoy bien.

Volvieron a quedarse en silencio y Roxanne parecía estar muy ansiosa por salir de una vez de su casa, así que lo hizo saber.

—Bueno, ¿nos vamos? —preguntó su prima.

Savannah se extrañó de que no le dijera uno de sus comentarios desagradables.

—Sí, iros ya o llegareis tarde, chicos —mencionó Juliette.

Le dio un beso en la mejilla a su sobrina y se acercó a su hija, que también estaba hermosa, aunque solo fuera por fuera. Roxanne no dejó que su madre se acercara y cogiendo a su novio del brazo salieron de casa y Savannah se encogió de hombros para después salir tras ellos. Al llegar al coche de Dean, su prima volvió a mirarla y le sonrió.

—Hay que ver lo que hace el dinero, ¿verdad?

Ahí estaba el comentario.

—Cierto —respondió en un murmullo casi audible, pues su prima ya se había metido en el coche.

—No le hagas caso —susurró Dean en su oído, provocando algo inexplicable en ella.

Sin responderle, se metió en el coche y él caminó hasta la parte del conductor para después arrancar. Iban en silencio. Ahora odiaba tanto el silencio y antes lo adoraba. Roxanne puso música en la radio, sonaba una canción de Shawn Mendes, ya la había escuchado en otra ocasión y le encantaba: *Fallin' All In You*.

Sus ojos volvieron a clavarse en Dean, mirándolo ahora sin tener miedo a ser descubierta. Comprobó lo que tenía puesto, pues cuando lo tenía cerca, no podía dejar de mirar sus ojos y no veía nada más. Llevaba una camisa blanca, remangada hasta los codos y unos vaqueros negros, muy parecidos a los de ella y sonrió pues eso solo le demostraba que tenían el mismo gusto para vestir.

—¿Qué te hace tanta gracia primita?

La voz de Roxanne la interrumpió y ahora tendría que inventarse algo para que no supiera que se reía por el simple hecho de tener el mismo gusto para vestir que su novio. Las cosas cada vez se complicaban más y se percató de que su prima ahora la observaba más, mucho más. ¿Qué pasaría cuando llevara en su casa un mes? Estaba claro que debía ser más precavida a la hora de mirar a Dean, pero es que era algo que le costaba demasiado.

—Por nada, no te preocupes —ironizó Savannah.

—Haré como que te creo —respondió, y Savannah se encogió de hombros importándole muy poco—. Por cierto, estás muy guapa, ¿verdad que está preciosa, Dean?

«¿Por qué le pregunta a él?», pensó ella confusa. Dean asintió sin mencionar palabra, pues parecía estar teniendo una guerra interna, obligándose a no decir nada que a Roxanne le molestase.

—Gracias, tú también estás muy guapa —alagó ella también.

—Savannah —la llamó algo más seria, raro en ella—. Quería decirte que me gusta que hayas aceptado venir a la fiesta. Creo que será una oportunidad para conocernos mejor.

—Yo ya te conozco.

—Ya, y yo, pero no me refiero a como éramos antes, sino a como somos ahora. Hemos crecido, una más que otra... lo siento —se disculpó—. Me costará muchísimo no meterme contigo.

No le respondió, no podía. No confiaba en ella, nunca lo haría y tanta amabilidad venía con algo detrás, algo muy gordo. Debía fingir, así como lo estaba haciendo su prima y hacerle creer que estaba de acuerdo en lo que le decía, poniendo de su parte para que viera que ella también quería limar asperezas con ella.

—Está bien, intentaré no sacarte los ojos cuando me saques de mis casillas —aseguró Savannah provocando una risita en Dean.

Vio cómo su prima miraba a su novio y él dejaba de reírse como si estuviese haciendo algo malo. Eso era algo que no entendía y veía que su relación tenía fecha de caducidad, una muy próxima, pues nadie debería aguantar lo que él.

Un nuevo silencio se instaló en ese vehículo que los transportaban a una gran fiesta, o eso pensaba Roxanne.

Minutos después, unos muy largos, llegaron a una casa enorme. Más que una casa, parecía una mansión. Entraron a un garaje y salieron del coche cuando Dean aparcó. Al salir, la brisa veraniega chocó con su rostro, moviendo su cabello negro. Ese precioso momento era mágico y ella lo disfrutaba.

—¿Qué te pasa? —preguntó su prima.

—Nada, me gusta la brisa de verano —mencionó.

—Qué rarita eres. —Savannah se encogió de hombros importándole poco lo que pensara de ella.

Caminaron hasta el jardín, un hermoso y gran jardín. Los rosales le llamaron la atención y fue hasta ellos para olerlos. Su prima la miraba mientras rodaba los ojos. Dean la miraba maravillado, pues jamás en su vida conoció a una chica como ella. Savannah era diferente a todas las demás, era única.

—¿Quieres dejar de olisquear las flores como si fueras un perro? Así no vas a conseguir parecer diferente —pidió Roxanne provocando en ella una estruendosa carcajada—. ¿Y ahora de que te ríes?

Ese momento era para verlo. Roxanne cruzada de brazos, mirando a una alocada Savannah carcajeándose como si no hubiese un mañana. Dean, que estaba un poco más alejado, disfrutaba de esa pequeña de ojos como el océano reírse así de su novia. Era todo un espectáculo.

Roxanne se estaba cabreando y Dean se dio cuenta, así que caminó hasta ella y la agarró de la cintura para que olvidara a su prima.

—¡Está loca! —exclamó.

—No, no lo estoy —respondió tranquilizándose, aunque aún le costaba—. Primita, solo disfruto de las bellezas de este mundo.

—¿Oler las flores es disfrutar? Tú no sabes lo que es disfrutar.

—Se puede disfrutar de muchas formas. —Caminó por su lado y subió las escaleras algo más calmada.

Tras mil suspiros por parte de Roxanne y muchas sonrisas por parte de Dean, caminaron hasta ella y abrieron la puerta para después entrar en esa mansión que tenía la música tan alta que sus corazones latieron con fuerza. Había bastantes personas y entre tanta gente, ella se sentía cohibida. Dean se dio cuenta de que estaba incomoda y de que si no se ponía a su lado se perdería, así que dejó a Roxanne para ir con ella y acompañarla hasta la parte trasera donde estaban seguros de que Lucy estaba con Mason y varios compañeros más de la universidad.

—¿Estás bien? —preguntó en su oído, pues con la música tan alta no lo escucharía si lo hiciera desde su lugar.

Una corriente eléctrica la recorrió por entero, erizándole la piel por completo, poniéndola mucho más nerviosa de lo que creyó que estaba. Se suponía que estaba más calmada, pero al entrar en esa casa y ahora Dean caminando a su lado, muy pegado a ella, pues el espacio era reducido, era mucho más de lo que podía soportar.

Dean esperaba una respuesta por su parte, ella ni siquiera podía mirarlo. Era más bajita que él, pero con esos tacones era lo suficientemente alta como para poder mirar sus ojos sin tener que elevar la cabeza. Lo miró y tragó saliva, tensándose al percatarse de lo juntos que estaban. Savannah no podía soportar tanta cercanía y se alejó unos centímetros, poniendo un gran muro entre ellos.

«Está bien, esto será más complicado de lo que me esperaba», murmuró él.

Sin dejar siquiera que se quejara, cogió su mano, entrelazando los dedos y tiró de ella despacio para sacarla de allí de una vez y llegar a donde estaban todos y así también respirar, dentro no había suficiente aire para todos.

Dean no se lo estaba poniendo fácil. Ella quería alejarse y ahora le cogía la mano, tendría que hacer lo posible para que él no se acercase a menos de diez centímetros de distancia de ella.

Cuando salieron al jardín trasero, todos pusieron los ojos en ellos y sus manos agarradas. Savannah se sonrojó y se soltó de Dean con brusquedad. Nadie dijo nada, no era el momento.

—Por fin llegáis. ¿Dónde os habéis metido? —Preguntó Mason caminando hasta ellos—. Savannah, no hemos tenido el gusto de conocernos como es debido. Soy Mason. —Besó su mejilla.

Por fin le ponía nombre a ese chico. Lo miró y sonrió, era un chico muy guapo. «Aunque no tanto como Dean», pensó. ¿Por qué tenía que pensar en él ahora?

—Encantada de conocerte, Mason. —Le sonrió coqueta, algo que a Dean no le gustó.

Él no entendía por qué le molestaba que Savannah fuera tan simpática con su mejor amigo, al que no conocía. Tampoco entendía por qué tenía que importarle.

Sintió la mano de alguien y la miró. Su prima tiró de ella para llevarla hasta donde estaba su amiga para presentársela, aunque también quería presentarles a todos en general.

—Savannah, ella es mi mejor amiga, Lucy.

—Hola, Savannah. Me han hablado mucho de ti —mencionó esta con simpatía.

—Espero que hayan sido cosas buenas —ironizó, sabiendo que no era así.

—Claro, todas muy buenas. —Miró a Roxanne.

Lucy se puso nerviosa, pues no sabía que Savannah fuera así. Siempre pensó que era una chica menuda, fea y sin gracia; algo tímida, por cómo se la describía su amiga. Y no la chica que tenía delante, esta era totalmente lo contrario. Savannah era, como explicarlo. Su belleza era perfecta; sus ojos azules y las mejillas llenas de pecas le hacían parecer aniñada, aunque cuando se

maquillaba, demostraba una madurez que parecía no tener, pero que estaba claro que poseía.

—Tranquila, ahora intentamos llevarnos mejor, ¿verdad, Roxanne? —Esta asintió—. Sé que te habrá hablado pestes de mí, pero eso era antes —aseguró con algo de diversión.

Dean cada vez estaba más asombrado con ella, con su manera de ser. Le daba igual que la mirasen, le daba igual que le hicieran sentirse inferior, pues era algo imposible, ella jamás sería inferior a nadie.

—Bueno, pues, ¿quieres tomar algo? ¿Una cerveza tal vez? —Asintió—. Mason, ve a por una cerveza para Savannah.

—Encantado de ser tu camarero, preciosa. —Dean lo golpeó—. Eh ¿por qué cojones me pegas? —Se quejó este mirando a su mejor amigo.

Todos los miraron y rieron a su vez. Eran muy buenos amigos y a veces hacían cosas raras que nadie entendía, pero Roxanne sí que lo entendió y cada vez sus sospechas se hacían más claras.

—Por nada, tío. Vamos, te acompaño a por esa bebida. ¿Tú quieres una, Roxanne?

—Claro, cielo. Gracias. —Caminó hasta él y besó sus labios con posesión.

Todo lo que quería era provocar a su prima, solo con ver la cara que ponía merecería la pena ese beso tonto que no venía a cuento.

Cuando ellos desaparecieron, Lucy se encargó de presentarle al resto de los chicos. En total eran diez; Christine, la hermana de ella. Flinn, Eliot, Zoe, Cameron, Morganne, Marianne, Fred, Judith y Xio. Esta última era coreana y se hacía llamar así porque su nombre completo era prácticamente imposible de pronunciar.

Tras unos minutos, Mason y Dean volvieron con las bebidas. Mason se acercó a ella y tras susurrarle algo al oído, algo que nadie más escuchó y que provocó una risita estúpida en Savannah que jodió a Dean. Le dio su bebida y volvió a besar su mejilla. Ella ya se estaba acostumbrando a su manera de ser. Mason era un chico alocado, así como lo era ella, eran muy parecidos y eso le hacía gracia, pues ya tenía cosas en común con otro chico que rodeaba a su prima.

Las horas comenzaron a pasar, la fiesta cada vez estaba más viva y ella cada vez se lo estaba pasando mejor. Estaba sorprendida, su prima no intentó envenenarla como ella pensó que haría y le estaba dando esa tregua que le prometió. Así sería más fácil divertirse en esa fiesta, ignorando a todo el mundo... menos a Mason, que cada vez se pegaba más a ella; pronto llegaría lo que ella tenía en mente, el beso.

Capítulo 13

La fiesta estaba siendo mucho mejor de lo que esperaba. Savannah bailaba, bebía y se divertía tal y como su tía y su madre le habían pedido. Estaba en un momento preciso, en el que nada de lo que pasase en ese instante podría hacer que quisiera esconderse. Era ella, así era Savannah, una muchacha alegre que sabía cómo y cuándo dejar de lado los malos sentimientos y recuerdos que la tenían cohibida. Puede que al día siguiente cuando despertara, volviera a ser esa chica frágil que sufre por los rincones, que llora en las noches cuando un recuerdo cruza su mente, pero esta noche, ahora, era diferente.

Dean no dejaba de mirarla, de medir cada paso que daba y Roxanne estaba pendiente de todos sus movimientos. Las cosas iban a salir bien, ella lo sabía, pero su novio tenía que concentrarse para no fastidiarlo antes de tiempo.

—¿Te diviertes, preciosa?

La voz de Mason en su oído, la sacó de su trance, de esa hipnosis que la tenía completamente fuera de órbita.

Ella se dio la vuelta en cuanto sintió las manos de él cogiendo su cintura. Al hacerlo, sus ojos lo miraron precavidos, hasta que se dio cuenta de que había llegado el momento que ella estaba esperando. Mason también la miraba, no había nadie más ahí con ellos, estaba poniendo de su parte para acercarse a esa chica, a la cual no podía acercarse pues no era parte del trato que hizo con sus amigos, pero ¿quién era él para rechazar a una mujer como ella?

Savannah, por un momento, solo por un minúsculo momento, se sintió nerviosa. Pero le dio igual ser el centro de atención de muchas miradas. Era la chica nueva, la prima de Roxanne, a la que tanto criticó y ahí estaba, a punto de besar a su amigo.

Dean se tensó al comprobar que ella lo iba a besar y su amigo, ese estúpido que se dejaba engatusar por cualquier chica guapa, también estaba dejando que eso pasara.

Se fueron aproximando a la vez que Dean caminaba hacia ellos, con la intención de joder ese beso, evitando a toda costa que lo hicieran. Roxanne fue hasta él y agarro su brazo a la vez que los labios de Savannah y Mason se pegaban, besándose al fin como ella esperaba.

Con los puños cerrados a cada lado de su cuerpo, miro a su novia e intentó controlar todo lo que deseaba gritarle, pero ella se adelantó, cumpliendo así parte del plan, siendo la única que lo estaba llevando a rajatabla.

—¡Estoy harta de que me dejes en evidencia! —gritó, llamando la atención de todos y provocando así que quitarán la música.

—No sé de qué me hablas.

Las luces se encendieron y eso fue lo que separó a una Savannah aún más confundida que después de haber besado a Mitchell. ¿Por qué no sintió lo mismo? Sentía rabia y, sobre todo, temor.

—¡Sabes muy bien a qué me refiero! —Sollozó.

Savannah miró a su prima y luego sus ojos se clavaron en Dean que, por estúpido que pareciera dadas las circunstancias, también la miraba a ella.

—¡No! No tengo ni la más remota idea de por qué estás así. Estábamos bien y ahora me estás

haciendo este numerito. ¡Estoy harto de tus celos! —vociferó Dean, dándose la vuelta, evitando el contacto con ella, con Savannah.

—Ja, no me hagas reír. No sería celosa si no me dieras motivos —aseguró cogiendo su brazo para que volviese a mirarla.

Dean estaba cabreado de verdad y tenía miedo de que de su boca salieran otras cosas que pudiesen provocar algo más que una separación fingida. Esto era una estupidez, pero como siempre, terminaba haciendo lo que Roxanne quería. Estaba harto de eso.

—No puedo más —gimoteó ella—. Me he dado cuenta de que ya no me quieres —dijo secándose las lágrimas.

Él intentaba calmar sus nervios, unos muy justificados. Si seguía allí con ella, bajo la atenta mirada de todos los invitados y, sobre todo, de ella, iba a cometer una locura.

—Te dejo, Roxanne. Estoy cansado de todo esto. —Suspiró—. Este es el final.

Tras decir eso, miró a todos y a ella, y se dio la vuelta para salir de esa casa que ya lo asfixiaba. La verdad era que no podía seguir allí y ver cómo Savannah se enrollaba con su mejor amigo. Era una jodida locura sentirse así, él no tenía por qué, y mucho menos debía pensar en ella de diferente manera. Debía ceñirse al plan y hacerlo como se dictó desde un principio, olvidándose por completo de lo que su estúpida mente le dijera.

Savannah se separó de Mason, este aún la tenía agarrada por la cintura y lo que ella más deseaba era salir en busca de Dean, saber que estaba bien. Él podría necesitar a alguien, a ella, era algo que intuía, que veía en sus ojos cuando la miraba.

—Lo siento, voy a salir a tomar un poco de aire —se disculpó soltándose de su agarre.

—¿Te sientes bien? Si quieres puedo traerte un vaso de agua o llevarte a tu casa. Lo que quieras —propuso Mason con sinceridad.

Él no quería hacerle daño, le gustaba, aunque supiera que su prima sí quería destrozarla. ¿Por qué? Tampoco lo sabía, solo le dijo que la odiaba y que Savannah se merecía todo eso.

—No, solo iré a tomar el aire. No te preocupes, si necesito algo te lo digo. —Besó su mejilla, pues ya no veía conveniente besarle de nuevo en los labios.

Lo que quería averiguar, ya lo había hecho y no la ayudó en nada besar a otro chico, el beso de su amigo aún ganaba al de Mason. ¿Será que en realidad sí estaba enamorada de él? De ser así, ¿por qué desde que había visto a Dean era como si nada más existiera?

Caminó sorteando a los universitarios y adolescentes que estaban allí bebiendo sin importar el mañana y salió de la casa bajo la atenta mirada de su prima que, tras perderla de vista, miró a Mason y le sonrió con malicia. Ya comenzó el juego y estaba disfrutando muchísimo.

Cuando salió, miró hacia ambos lados, buscándolo, pero no lo encontró. Era cierto que necesitaba tomar el aire, descansar de tanta fiesta, de esos zapatos que comenzaban a crearle ampollas en la planta de los pies. Se quedó descalza, cogiendo los tacones entre sus dedos y arrastró los pies hasta uno de los bancos que había junto a los rosales. Al sentarse, recordó el día de la fiesta de su amigo. Parecía una señal, pues, aunque no eran el mismo chico ni la misma fiesta, estaba en una situación parecida.

—¿Buscabas a alguien?

La voz de Dean la sacó de sus recuerdos. Lo miró y sonrió a su vez. Él, en ese momento pensó que el tiempo se había parado. ¿Podía ser más hermosa? Era imposible.

—A ti. ¿Estás bien? —se interesó. Él se encogió de hombros.

—¿Puedo? —Señaló el banco y ella asintió, dejándole sentarse a su lado.

Se puso muy cerca, demasiado para su gusto. Poder soportarlo iba a ser una tarea difícil, ya que su simple contacto causaba algo inexplicable en ella. No dijeron nada, no hizo falta. A veces solo una mirada dice mucho y en ese momento solo necesitaban mirarse y pensar, recordar y atreverse a hacerlo sin temer a ser pillados.

—¿Por qué me estabas buscando? —se interesó finalmente él.

Intentaba que no le afectara el estar a su lado a solas, pero era algo imposible, sí que le afectaba y mucho más de lo que creyó que pasaría.

—Estaba preocupada. No me ha gustado como te ha tratado mi prima y siento que te debo una disculpa. —Frunció el ceño—. A ver, me refiero a que ella no lo hará y creo que, si lo hago yo, te sentirás mejor.

Savannah se sentía avergonzada por el espectáculo que había montado su prima hacía unos minutos. ¿Por qué lo hizo? Era fácil esperar a que terminase la fiesta y hablar con su novio en privado, pero no, a ella le encantaba ser el centro de atención y eso era algo que no iba a cambiar. Ella sentía que Dean no merecía el maltrato de Roxanne, pues por increíble que pareciera, dado que solo lo conocía de un día, le caía bien, aunque quisiera hacer ver algo completamente distinto. Algo le decía que él era diferente, que podía confiar.

—Tranquila, conozco a tu prima desde hace mucho y estoy acostumbrado. —Sonrió—. Siempre ha estado así de loca —mencionó y ella soltó una carcajada que a él le llenó el alma.

No reía a menudo y parecía estar oxidada, menos mal que Dean consiguió hacerla reír, aunque fuera un poquito.

De pronto, Savannah se puso seria, pues se puso nerviosa al sentir la intensidad de los ojos de Dean al mirarla. Su piel se erizó y solo la estaba mirando, no quería pensar si la rozara la mano solamente.

—Lo siento —se disculpó ella de nuevo.

—¿Dejarás de disculparte alguna vez? —Negó sonriendo de lado.

Miró al frente, pensando que era mejor no mirarlo más a él. Suspiró a la vez que él posaba una mano en su hombro. Savannah se tensó al notarlo y Dean se dio cuenta, pero no la quitó, quería reconfortarla, pues él estaba seguro de que ella tenía una guerra interna, recuerdos que la martilleaban a todas horas y que no la dejaban vivir. Dean solo quería hacerle ver que estaba ahí, aunque fueran unos desconocidos, él estaba ahí, con ella.

Estuvieron unos largos minutos en silencio. Savannah ya estaba acostumbrada a estar así, en cambio a Dean, no le gustaba.

—Savannah.

—Mmm —respondió sin mirarlo.

—¿Qué pasó entre tu prima y tú? —se interesó. Ella suspiró a la vez que se encogía de hombros.

En realidad, la única que podía responder a esa pregunta era Roxanne, ella aún no sabía el porqué de ese odio. Si al menos se lo dijera, podría entenderla y así dejarla en paz, aunque nunca quisiera estar con ella.

—No lo sé, nunca me ha dicho el motivo. Pensé que tú lo sabías. —Negó—. De todas formas, ya me he acostumbrado a sus desplantes, no le hago caso, la ignoro. —Sonrió—. Pero tú...

—¿Yo qué?

—Nada, olvídalo.

Savannah miró el reloj de su muñeca y comprobó que eran las tres de la madrugada, era hora de volver a casa y se iría aunque fuera sola. Dean que se dio cuenta, se levantó y le dijo que la llevaría, él también tenía ganas de irse, estaba cansado de estar en ese lugar. Quería estar a solas con ella, seguir hablando, a ser posible toda la noche, pero ahí no podían hacerlo, no cuando su «novia» podía ir a buscarlo en cualquier momento.

—¿Quieres que te lleve a tu casa? —propuso Dean. Ella asintió.

Ambos se levantaron y caminaron hasta el aparcamiento, donde, tras abrir la puerta del coche, se subieron. Él arrancó y salió de esa fiesta que lo único bueno que había tenido era haber estado con Savannah a solas, aunque fuera para hablar de cosas que no venían al caso, aunque se tiraran en silencio una hora. El simple hecho de estar a su lado era lo mejor que le había pasado.

Capítulo 14

El camino a casa fue en completo silencio. Savannah estaba a gusto, pero también avergonzada por estar con él a solas, en un sitio tan reducido, donde si no te dabas cuenta te rozaba la mano.

Dean estaba bien, tranquilo. Nunca pensó que le pasaría eso con alguien a quien acababa de conocer; solo hacía dos días que Savannah llegó a su vida y ya no quería que se alejara. Tenía miedo de sentir algo que nunca sintió, era extraño y hermoso a partes iguales. Quería ser su amigo, pero iba a ser complicado cuando él tenía que acercarse a ella por otros motivos. ¿Qué pasará si se llegaba a enterar de todo? Podría perder lo poco que había conseguido en tan solo unas horas y no estaba dispuesto a perderlo.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —Se atrevió a hablar ella.

Dean la miró de reojo, enarcando una ceja y dibujando en su perfecto rostro una sonrisa.

—Ya lo estás haciendo.

—Cierto. —Se quedó callada—. Mmm, espero que no te molestes, pero ¿qué te pasó? — Señaló su rostro amoratado.

Dean se tensó, no esperaba esa pregunta. Era algo de lo que no quería hablar, no estaba preparado para contar la mierda de vida que tenía. ¿Y si eso la asustaba?

—Nada, no te preocupes —murmuró.

—No te creo, pero si no quieres hablar, no pasa nada. —Volteó la cabeza para perder sus ojos azules en el paisaje.

La noche era demasiado oscura por esos lares, no había farolas que alumbrasen el camino y eso a ella la ponía nerviosa. Si bien sabía que solo le había hecho esa pregunta por distraerse o eso pensaba ella... en realidad, se preocupó en cuanto lo vio en casa. Su perfecto rostro, estaba teñido de otro color y el labio partido, le daba ese toque macarra que tenía cuando sonreía. Ahora, era mucho más macarra.

—Lo siento, no quise importunarte, es que... es algo...

—Complicado —lo interrumpió—. Lo sé, me pasa también. Hay cosas que preferimos guardar, no contarle a nadie para no preocupar... pero, es cierto que desahogarse no es malo, siempre y cuando lo hagas con alguien en quien confíes, que sepas que no contará nada.

—Tiene sentido. —Suspiró—. El caso es... No me gusta hablar sobre mi vida privada.

—A mí tampoco de la mía, pero... Tú y yo no nos conocemos de nada. ¿Qué mejor que hablar con alguien que no te juzgará? —preguntó ansiosa de que él respondiera.

—Hagamos una cosa —anunció—. Yo te cuento lo que me ha pasado, pero sin darte detalles y tú me dices el motivo por el que has vuelto a casa de Roxanne. ¿Te parece?

Savannah se quedó pensando por unos segundos que a él le padecieron eternos y asintió con una sonrisa. Entonces, creyó que sería mejor no volver a casa todavía, así tendrían tiempo de poder hablar, de coger confianza y conocerse un poquito mejor.

—Está bien, acepto lo que me dices.

Siguió conduciendo por un buen rato y Savannah se dio cuenta de que ese no era el camino para ir a casa. Iba a preguntarle, pero prefirió quedarse callada, pues no le importaba donde fueran, confiaba en que con él no le pasaría nada. Minutos más tardes, llegaron a un parque, ella no lo

conocía, pero le pareció fascinante. De noche, era hermoso y le hizo recordar las veces que iban al lago. No era porque en ese parque hubiese uno, sino por la sensación de paz que tenía al estar ahí, aunque también podría ser por la compañía.

Se bajaron del coche y caminaron bajo las luces de las farolas; eran tenues, muy cálidas. Savannah respiró profundamente y el olor a tierra mojada la relajó. Aunque estaban en verano, estaba nublado y habían caído algunas gotas, mojando la tierra de ese parque al que todavía no le ponía nombre.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella sentándose en el primer banco que se encontraron.

—En Central Park. —Savannah abrió los ojos sorprendida—. ¿No lo has reconocido? —Negó.

—La verdad es que, en Alabama, vivía metida en una burbuja. Mi vida allí era tan feliz...

—¿Era? ¿Por qué hablas como si ya no lo fuera?

—Porque no lo es —respondió tajante.

Era pronto para empezar con las preguntas personales y, aunque habían aceptado hacérselas, no estaba preparada para ello. Tenía que hacer un gran esfuerzo para poder sincerarse con alguien que no conocía realmente y que, sin querer, la atraía demasiado. Dean negó con una sonrisa y ella se encogió de hombros.

—Savannah, no tienes por qué contármelo todo, solo lo que hemos hablado, ¿de acuerdo? —Asintió.

—A veces me cuesta abrirme. —Se retorció los dedos de las manos.

Estaba muy nerviosa y no solo por estar a solas con él, también porque decirle el motivo que la llevó a casa de su prima, era recordar lo que pasó y, tras un año de aquello, aún no lo había superado.

—Tengo problemas en casa desde hace diez años —dijo Dean interrumpiendo sus pensamientos. Ella lo miró atenta—. Mi padre nos abandonó y mi madre, tiempo después, se volvió a casar. —Bufó cabreándose.

Solo recordar al malnacido que vivía con ellos, que le hacía la vida imposible, lo mataba por dentro, le hervía la sangre.

Savannah puso una mano en su hombro y él... él sintió que en este momento podría contarle cualquier cosa. Ella tenía el poder de tranquilizarlo, de hacerle confiar, de sincerarse. Ella tenía poder sobre él sin ni siquiera darse cuenta. Savannah estaba consiguiendo demasiado en tan poco tiempo y le asustaba que eso pasara.

—Tranquilo —murmuró ella acercándose un poco más—. Solo piensa en el peso que te quitarás de encima.

—Gracias. —La miró.

Estaban muy cerca, demasiado cerca y no podían estarlo, no tan pronto. Ella se dio cuenta y miró al frente para no perderse en sus ojos, prefería perder la vista en cualquier otra cosa que la mantuviera cuerda.

—Mi padrastro me pega.

—¿Cómo?

—Bueno, maltrata a mi madre y cuando voy a ayudarla, se desquita conmigo.

—Oh, lo siento mucho, Dean —se disculpó ella como si tuviese la culpa de aquello.

Dean le sonrió con dulzura y volvieron a quedarse en silencio, mirándose, respirando prácticamente el mismo aire, pues estaban tan cerca el uno del otro que era imposible que no

pasara. Savannah ya no tenía voluntad de alejarse de ese chico que se cruzó en su camino hacía apenas dos días. Y él ya no podía vivir sin verla a diario. ¿Qué les pasaba? ¿Era posible sentir eso tan pronto?

—No tienes que disculparte por todo lo que me pase, tú no tienes la culpa, Savannah. —Se encogió de hombros intentando entender lo que él le decía.

Para ella era complicado no sentirse culpable de la misma vida. Su mente le decía que lo era, que todo lo malo que pasara a su alrededor, dando igual de quién se tratara, era culpa de ella. Y la muerte de su mejor amiga, Olive, también sentía un gran peso, una culpabilidad que no la dejaba vivir en paz.

—Lo sie... perdón, no pretendía disculparme otra vez.

—Tranquila, no pasa nada. —Sonrió mirando al frente—. Bueno, te toca. —Ella no podía dejar de mirarlo—. ¿Por qué has vuelto a casa de tu prima si os odiáis tanto?

¿Quería responderle? ¿Podría hacerlo? Habían hecho un trato y no podía echarse atrás después de que él cumpliera.

—Mi madre me obligó. —Pasó sus dedos por el puente de la nariz—. Estaba sumida en una depresión... bueno, creo que aún sigo metida.

Ahora era él quien ponía una mano en su hombro, mostrando un apoyo que, a lo mejor, ella necesitaba. Puede que nadie le hubiera preguntado realmente: «¿estás bien?». Esa simple frase, tan pequeña y enorme a la vez. Una pregunta tan importante. Estaba seguro de que jamás la escuchó.

Los recuerdos, esos malditos recuerdos volvieron para atormentarla. El recuerdo de aquella noche, de la última noche feliz de su vida. ¿Por qué tenía que ser tan difícil pasar la página más amarga de su vida? ¿Por qué ahora cuando tenía la posibilidad de tener una vida normal, una vida llena de vida, de sueños...? ¿Por qué volvían las pesadillas? Una lágrima diminuta, una que abría paso a todas las demás que estaba reprimiendo, salía sin aviso alguno, sin pedirle permiso. Ella se la secó antes de que él se diese cuenta o eso pensaba ella, pues Dean ya la había visto.

—Si necesitas llorar, hazlo. Gritar, a veces, también es bueno —expresó sin apartar la mano de su hombro—. Conozco un sitio que a ti te vendría bien y a mí... bueno, a mí también. Si quieres podemos ir mañana o pasado.

Una sonrisa se dibujó en sus perfectos labios y él sintió cómo su corazón se apretaba, tan fuerte que dolía.

—¿Me estás pidiendo una cita? —Enarcó una ceja.

—Bueno, no, no sé.

—No te pongas nervioso, Dean. Solo era una broma. —Se carcajeó.

—Bueno, pues broma o no, al menos, te has reído. —Asintió dándole las gracias.

Estuvieron una hora más hablando, Dean no volvió a preguntarle nada más sobre lo que la tenía metida en esa depresión, ya habría momento para eso.

De nuevo se instaló el silencio en el camino, un silencio que podría significar muchas cosas. Ambos iban sumidos en sus pensamientos. Dean solo podía pensar en que ya no la vería de nuevo y no quería que eso pasara. Y Savannah... ella no podía olvidar a Olive y esa noche.

—Savannah, ¿qué harás mañana?

—Dirás hoy.

—Sí, eso. ¿Qué harás?

—Pues tenía pensado salir a correr en... —Miró la hora—. Dos horas.

Él abrió los ojos sorprendido y divertido a la vez. Se quedó pensando por unos segundos.

—Vale, pues iré contigo. Si no te importa, claro está.

—No, claro que no me importa, pero ¿podrás levantarte?

—Creo que será mejor no dormir, ¿no? —Ambos sonrieron—. Si me duermo, no seré capaz de levantarme ni para ir al baño. Soy un dormilón, lo admito.

Un rato después, llegaron. Savannah no quería irse, no quería alejarse de nuevo de él, pero no le quedaba más remedio que hacerlo. Además, en menos de dos horas volverían a verse y podrían pasar el día juntos. ¿Qué podría salir mal?

Se despidió de él con una sonrisa y Dean se bajó del coche para acompañarla a la puerta. Era una tontería hacerlo, él no era un caballero y si la acompañaba, podría querer besarla. Caminaron hasta las escaleras del porche y se miraron. Una sonrisa se dibujó en el rostro de él, provocando otra en ella. Él se acercó, demasiado y sus rostros quedaron a pocos milímetros, Dean había agachado un poco la cabeza, pues Savannah era una chica de baja estatura. Su corazón comenzó a latir frenético, demostrándole lo que solo su cercanía provocaba en ella, mucho más que cuando Mitchell la abrazó para besarla. Eran sentimientos completamente diferentes y eso solo la confundía.

Dean se acercó mucho más, hipnotizado por su fragancia floral, llena de vida, de tranquilidad. Llegó a su boca, pero no la besó ahí, sino que sus labios viajaron hasta su mejilla y ahí, depositó ese beso que ella esperó en otro lado. Se separó de ella susurrándole un «buenas noches» y se dio la vuelta para volver al coche. Ella entró en cuanto lo vio desaparecer y al cerrar, pegó la espalda a la puerta y, respirando con dificultad, subió las escaleras para encerrarse en su habitación.

«¿Qué estás haciendo, Savannah?», se preguntó a la vez que tiraba los zapatos en una esquina de la habitación.

Se tiró en la cama, aunque solo fuera para mirar al techo mientras dejaba pasar el poco tiempo que quedaba para volver a verlo. Podría intentar dormir una hora, pero no podía, él no la dejaba, sus ojos no la dejaban. Sin más, se levantó y tras coger la ropa deportiva, fue hasta el baño para darse una ducha. La necesitaba.

Capítulo 15

Por la mañana se levantó temprano, aunque llegó tarde, pues no quiso dejar solo a Dean después de haber estado hablando con él de varias cosas que nunca se habría imaginado, y que la tuvieron desvelada toda la noche, necesitaba salir a correr como siempre hacía cuando estaba en Alabama. Siempre salía sobre las siete de la mañana, ver como los días despertaban y los pájaros comenzaban a cantar avisando de que ese día iba a ser bueno, buenísimo. Al menos, eso pasaba cuando aún era feliz.

Pero mucho más bueno sería cuando se encontrase con él, porque Dean también saldría a correr con ella, así quedaron en la madrugada. Ninguno quería perderse nada del otro y se habían dado cuenta de que buscarían cualquier excusa para estar juntos. Savannah se sentía como antes, como mucho antes de la tragedia. Dean se estaba convirtiendo en esa persona importante que le faltaba, convirtiéndose en la parte que perdió. Todo anunciaba que iba a ser una bonita amistad, así como la que tenía con Olive y Mitchell, aunque con este último las cosas se torcieran un poco. De igual forma, para ella Mitchell seguía siendo su mejor amigo, y Dean... él podría llegar a serlo.

—Hola, eres muy madrugadora —dijo al encontrársela por «casualidad».

Las casualidades no existían, ella no creía en nada de eso.

—Y me lo dice el que no ha dormido por tal de ir a correr conmigo. Te recuerdo amigo mío, que anoche dijiste que eras un dormilón y que, si dormías, no corrías ni para ir al baño. — Soltaron una carcajada.

Tan temprano y de tan buen humor, eso no podía ser bueno. Esos pensamientos se le metían a Savannah en la cabeza y, aunque podía ser cierto, le daba igual, pues en ese momento no pensaba en nada catastrófico, ni malo.

Era diferente, sus pensamientos ahora lo eran, y todo gracias a Dean que, con solo tenerlo cerca, podía hacerla sentir mejor.

Por unos minutos y mientras corrían, se quedaron en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. Dean pensaba cuál sería el siguiente paso, pues se había acercado a ella lo suficiente como para que tuviera confianza. Y ella pensaba en Mitchell, en Mason y en Dean. Tres chicos y solo le quedaba por besar a uno para comprobar qué sentía, ya que besar a Mason no la ayudó en nada y seguía creyendo que podía estar sintiendo algo por su mejor amigo y eso era algo que no podía permitir, algo a lo que no estaba dispuesta.

Tras correr una hora, llegaron a un parque cercano y se sentaron en un banco. Estaban muy cansados y agitados y necesitaban recuperar el aliento. Dean la miró y por un momento se quedó embobado; era tan guapa que ni saliva podía tragar. No se había dado cuenta cuánto hasta que la noche anterior la tuvo tan cerca.

—¿Qué pasa? —preguntó ella percatándose de su mirada.

Él se encogió de hombros mientras se levantaba y caminaba hasta la fuente que había a su derecha. Savannah se levantó y lo siguió para saber que le ocurría. No era la primera vez que lo pillaba mirándola.

—Eh, Dean. Dime qué te pasa, ¿por qué me mirabas así? —Se acercó a él.

Dean estaba de espaldas a ella, mojándose las manos y la nuca en la fuente. Savannah estaba

muy cerca, cosa que hizo que él la mojase, salpicándole agua. Quería hacerla olvidar el tema de cómo la miraba. Quería pasarlo bien con ella, sin dramas, sin tener que hablar de cosas que le provocaban unos sentimientos que no entendía y que, en este momento, no estaba dispuesto a entender.

—No me creo que hayas hecho eso. —Señaló la fuente—. Más vale que tengas aliento y corras, porque pobre de ti como te coja.

Volvió a salpicarla.

—Hablas demasiado, hada —se burló.

Eso era para él, como un hada, una hermosa que, con solo mirarla, hacía que se olvidase de todo a su alrededor. Era mágico, como ella.

Savannah abrió los ojos sorprendida, era la primera vez que le decían hada y, aunque no le disgustó, en ese momento tampoco le hacía demasiada gracia. No era tan bajita como para eso, ¿no?

—¿Qué me has llamado? —preguntó acercándose a él.

Dean la miraba con chulería, con una sonrisa triunfal que pronto se le borró cuando Savannah le salpicó una gran cantidad de agua.

—Ahora será mejor que corras tú.

Y así lo hizo, pero acabó metiéndose en la fuente y él tras ella. Comenzaron un juego, uno del que no sabían las normas. Uno que no sabían cómo acabaría, si habría un perdedor, porque en todos los juegos hay uno.

Savannah reía a carcajadas, siendo esta la primera vez que lo hacía sin miedo a ser juzgada por hacer algo que no merecía. Y él no podía dejar de mirarla, de provocar cada risa de sus labios, cada carcajada extraída desde lo más profundo de su alma. A Dean le encantaba oírle reír y no iba a parar para que día a día, riera como ahora y para que nunca dejara de hacerlo.

Estaban muy cerca, demasiado, prácticamente respiraban el mismo aire y eso provocó que se miraran, que no dijeran ni hicieran nada, solo mirarse. Dean tragó saliva mientras que Savannah miraba sus ojos. Él miró sus labios, unos labios que, sin saber el porqué, se moría por besar. Dean comenzó a acercarse y ella, nerviosa, se alejó para después volver a salpicarlo. No le sería tan fácil besarla.

—Eh, para —se quejó él.

—A que no me atrapas —lo retó.

—¿Qué no? Espera y verás.

Corrió tras ella, saliéndose de la fuente. Estaban pasándolo demasiado bien como para parar. No sabían cómo después de haber estado toda la noche hablando, sin haber dormido prácticamente nada, podían estar así de activos. Estaba claro que en cuanto cayeran en la cama, dormirán hasta el día siguiente.

Sobre la una de la tarde, era hora de volver a casa. Estaban empapados, sudados y ambos apestabán. El alcohol ingerido la noche anterior ya estaba haciendo estragos en su interior.

—Creo... que... —Respiró con dificultad—. Es hora de volver —mencionó Savannah.

—Vamos, sigamos un rato más —la apremió Dean.

—¿¡Estás loco!?! —gritó casi sin aliento.

—No, bueno... no, no estoy loco —dijo pensativo.

Savannah soltó una carcajada a la vez que corría de nuevo, pero esta vez en dirección a la casa.

No estaban demasiado lejos, pero sí lo suficiente como para tardar unos diez minutos. Aunque, si iban corriendo, llegarían en menos tiempo.

—¡Eso, huye! —gritó Dean—. No dejes que te agarre.

Savannah no podía parar de reír y correr a la vez. Así se cansaba más rápido, pero si paraba, Dean la alcanzaría y a saber lo que le iba a hacer.

Cuando llegaron a la esquina en la que Dean la dejó la primera vez que la subió al coche, ella paró y puso las manos en alto a modo de rendición. Él llegó hasta ella y sin que se diese cuenta, comenzó a hacerle cosquillas, provocando que esta cayera al césped del vecino. No podía parar, estaba boca abajo y la camiseta comenzó a subirse sin querer por el esfuerzo. Entonces, Dean lo vio, lo que ella tanto escondía por asco, por no recordar, lo vio. Y cuando Savannah se dio cuenta, ya que él paró de hacerle cosquillas, se tensó y quiso levantarse.

—No, no te muevas —murmuró mientras pasaba los dedos por esa cicatriz que la dejó marcada para toda la vida—. ¿Cómo te la hiciste?

—Deja que me levante, por favor —pidió con voz estrangulada—. No me toques.

Se levantó con fuerza, con miedo y con ganas de salir de allí. No quería que él viera eso y mucho menos que la tocara. ¿Cómo se le ocurría? Quería volver a casa y que Dean no volviera a verla, que no volviera a tocarla.

Lo miraba con miedo, incertidumbre... sus ojos demostraban demasiadas cosas que él no era capaz de descifrar. Savannah se dio la vuelta sin decirle nada, pero Dean cogió su brazo para impedir que se fuera. La hizo voltearse y cuando lo hizo, sus ojos estaban llenos de lágrimas. Él no podía creer que estuviera así, que no supiera cómo ayudarla y le dolía muchísimo haber provocado eso en ella.

—Oh, Savannah. No llores, por favor —suplicó apenado—. Siento muchísimo haber provocado tus lágrimas, no era mi intención.

—No, tú no tienes la culpa, pero deja que me vaya. Ahora necesito estar sola, por favor —pidió entre sollozos.

—Está bien, pero espero que esto no estropee nuestra relación. —Ella abrió los ojos sorprendida—. Yo... me refiero a nuestra amistad —expresó nervioso.

—Claro —murmuró secándose las lágrimas—. Bueno, ya me voy. Eh... yo... hasta luego, Dean.

Y sin más, se dio la vuelta y caminó hasta la casa. Dean se quedó observándola por unos minutos, se había quedado anclado al suelo, como si no pudiera moverse. En cuanto la vio desaparecer en el interior de la casa, él se dio la vuelta para volver a la suya, aun sabiendo que sería su fin, pues su padrastro iba a estar esperándolo para matarlo por haberlo dejado inconsciente.

Unos minutos después, llegó a su casa, pero antes de entrar, suspiró unas cinco veces. Tenía que ser valiente, demostrarle a ese hijo de puta que no iba a poder con él, que era fuerte e iba a hacer todo lo posible por sacar a su madre de sus garras.

Entró en su casa despacio, pues, aunque jurase que no tenía miedo, sí que lo tenía. Landon estaba loco y era muy peligroso. Además, él sabía de lo que sería capaz.

—...Hasta que llegaste —mencionó Landon sentado en el sofá.

Lo escuchó llegar. Se levantó y caminó hasta él. Dean se quedó pegado al umbral de la puerta del salón, las manos metidas en los bolsillos del pantalón deportivo. Su padrastro se acercó a él despacio, mirándolo con un odio que jamás le había demostrado. Este no le haría nada, no ahora,

pero sí tenía preparado algo para él, algo que tenía que hacer si no quería que su madre pagase las consecuencias.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó Dean, alejándose de él.

Landon estaba muy cerca, casi rozando su espacio personal. Quería intimidarlo, se notaba a leguas que Dean le tenía miedo y eso jugaba a favor de su padrastro.

—Está dormida —siseó.

—Eso no es posible, ella a esta hora ya está despierta y haciendo mil cosas —refirió con seguridad.

—Es cierto, pero hoy se sentía...

—¿Qué coño le has hecho? —lo interrumpió empujándolo.

Landon comenzó a negar a la vez que sacaba de su espalda una pistola y la ponía frente a su rostro, asustándolo. De todas las veces que lo había amenazado, esa era la más peligrosa, pues nunca antes le puso un arma apuntando a su cabeza. Debía ir con cuidado, tratarlo bien hasta que por fin lo dejara ir. Tenía que haberle hecho caso a su madre y haberse ido, pero ¿cómo la iba a dejar sola con un hombre como él? No, eso era algo imposible.

—Baja los humos o te los bajo yo de un balazo —amenazó—. Necesito que me hagas un favorcillo —anunció con chulería. Seguía apuntando a su cabeza.

Dean lo miraba a los ojos con odio, eso era algo que no podía remediar por mucho que lo intentara.

—Tienes que llevarle la coca a tu preciosa novia.

—No pienso llevarle nada a Roxanne —dijo dando un par de pasos atrás, pegando su cuerpo a la pared.

—Creo que no te das cuenta de que no te estoy preguntando. Tienes que hacerlo quieras o no —sentenció—. O tu preciosa madre, no despertará. Además, no olvides que me has golpeado y que es mi manera de perdonarte. ¿O prefieres que te pegue un tiro en esa preciosa cabeza hueca que tienes?

No respondió, no podía. Si Landon le pedía hacer eso, debía hacerlo, aunque no quisiera... todo lo hacía por su madre. Hubo un tiempo en el que lo ayudó a hacer varios trabajos, lo obligaba a ello y después de haberlo convencido de que no iba a volver a ayudarlo, no le quedaba más remedio que hacerlo.

—Está bien, lo haré —sentenció dándose la vuelta.

—Así me gusta. Ahora descansa, tu novia lo quiere para esta noche.

Asintió y subió las escaleras para después encerrarse en su habitación. Necesitaba descansar, dormir, olvidar la mierda de vida que tenía. Odiaba su vida, odiaba las vacaciones y el verano. Nunca le gustó y jamás lo haría.

Capítulo 16

Savannah no podía creer que lo que tanto había escondido, incluso para ella, lo hubiera visto Dean. De todas las personas que la rodeaban, tenía que ser él quien viera esa parte de ella, esa marca que le recordaba aquella noche en la que no pudo salvar a su amiga.

Sin decir nada, sin saludar siquiera a sus tíos que almorzaban tranquilamente en el salón, subió las escaleras corriendo y se encerró en su habitación.

—¡Savannah, hija! —gritó Juliette subiendo las escaleras.

Tocó la puerta, pero al no obtener respuesta, entró encontrándose la acostaba boca abajo en la cama, con el rostro escondido en la almohada mientras lloraba sin consuelo. ¿Tenía que ser así de débil? ¿No aprendió nada con la pérdida, con el accidente? Savannah seguía siendo la misma niña frágil que perdió a su mejor amiga hacía un año.

Su tía se acercó a ella y se sentó en la orilla de la cama, sin decirle nada, pues sabía que en ese momento su sobrina no quería escuchar nada de nadie, con tener a alguien a su lado, le bastaba, aunque no fuera el momento.

—Tranquila, cariño —murmuró Juliette acariciando su cabello—. Todo pasará, ya lo verás.

Savannah se dio la vuelta y se incorporó. Eran tan complicado para ella estar en esa casa y así. Necesitaba a su madre, sus mimos... sus caricias y abrazos. Se había arrepentido de haber ido a esa casa, de haber dejado su hogar tan pronto. Podría haber esperado a que pasaran los meses de verano e ir a la universidad directamente, en vez de ser obligada a estar en un sitio que solo le iba a traer más dolor.

—¿Me contarás que te ha pasado? —Asintió con la cabeza gacha.

—Dean me vio la cicatriz —habló entre sollozos. Su tía frunció el ceño, incrédula.

—¿Dean, que Dean? ¿El Dean de Roxanne? —preguntó—. ¿Has estado con Dean? —Se apresuró a preguntar de nuevo.

Juliette no quería creer que eso estuviera pasando, sería devastador para su hija saber que su prima le quitó el novio.

—Sí, pero no es lo que estás pensando.

—¿Y qué se supone que estoy pensando?

—Que estoy con él, por lo cual le quité el novio a mi prima. —Juliette se sorprendió—. No es que sea bruja, pero es lógico que pienses eso.

—No me malinterpretes, cielo. Yo sé cómo eres, te conozco y estoy segura de que serías incapaz de hacerle daño a nadie, pero...

—Nada —la interrumpió—. Solo somos amigos y si me vio la cicatriz fue porque me caí mientras hacíamos *footing* y me vio la espalda —explicó tranquilizando a su tía.

No quería hablarle de ese modo a su tía, pero tampoco podía dejar que pensara lo que no era. Estuvieron hablando unos minutos más y Juliette, al ver que Savannah no tenía ganas de seguir hablando, se levantó de la cama y se fue para dejarla descansar.

Descansar, que fácil era. No podía siquiera pegar ojo, pues cada vez que los cerraba, la imagen de Olive se proyectaba en su mente. Pronto sería la misa y tenía que estar allí junto a su familia, pero no sabía si tendría fuerzas para hacerlo sola. Estaba tentada de llamar a Mitchell y saber si él

iría, al menos así, no sería tan complicado.

Tras unos largos suspiros durante más de media hora en la que se recostó en la cama mirando al techo, se quedó dormida.

Estaba tan cansada que durmió todo el día y parte de la noche. Sobre las tres de la madrugada, un grito desgarrador la hizo abrir los ojos de golpe y levantarse con tanta intensidad que se mareó. Tuvo que agarrarse a la silla del escritorio para no caer de bruces contra el suelo. Salió de la habitación y se encontró a su tía Juliette junto con su tío Stefan. Algo le pasaba a Roxanne, pero ¿qué?

—¿Qué pasa? —preguntó algo desorientada.

—Es Roxanne —murmuró Juliette.

—Ya, eso me ha quedado claro, pero ¿qué le ocurre? —Savannah caminó hasta la puerta y la iba a abrir, su tía se lo impidió—. ¿Por qué?

—No, no puedes abrir. Te prometo que te lo contaré todo, pero no abras la puerta.

—Déjmosla ahora, ya se le pasará —intervino Stefan a la vez que se encaminaba a las escaleras y las bajaba.

Juliette miró a su sobrina y agachó la cabeza avergonzada. Estaba claro que escondían muchas cosas en esa familia y era hora de poner las cartas sobre la mesa.

Savannah estaba preocupada por Roxanne, pues la escuchaba mal y solo quería ayudarla. No podía creer que sus padres pudieran dejarla así, sin hacer nada. Entonces, recordó la noche que llegó. Roxanne había llegado borracha a su casa y discutió con sus padres.

—Siéntate, Savannah —inquirió su tío con seriedad. Ella lo hizo—. Tu prima... —Suspiró.

—Es drogadicta —continuó Juliette por él.

Savannah abrió los ojos sorprendida y el miedo invadió su cuerpo, pues eso era algo muy grave y delicado y tenían que hacer algo para que su prima dejara esa mierda que podía acabar con su vida.

—No te lo hemos dicho antes porque pensábamos que lo tenía controlado. —Sollozó su tía—. Pensé que, si venías, las cosas volverían a ser como antes, pero no... Roxanne te odia y... yo no sé qué más hacer.

—Tranquila, tía. —Se levantó y la abrazó—. Yo te ayudaré, no dejaremos que se hunda más.

Desesperación, agobio, sudores fríos, mal humor y mil cosas más sentía en este momento Roxanne. Habían pasado una noche malísima y no era para menos. Los gritos de su prima alertaban a cualquiera y si no fuera porque era familia, le abriría dando un puñetazo para al menos dejarla inconsciente. Se había pasado toda la noche llamando a un tal Landon. Sus tíos no sabían quién era ese tipo, pero sí sabían lo que le pasaba a su hija.

Solo una persona podía ayudarla, salvarla de ese calvario en el que estaba metida desde hacía dos años y su tía Juliette se había encargado de llamarla. Sobre las siete de la mañana, tocaron el timbre y Juliette se levantó para abrir sin preguntar, ella sabía quién era. Savannah estaba sentada en el sillón, escuchando los berridos de su prima y cómo su tío estaba en la puerta intentando hablar con ella, Roxanne no entraba en razones.

—Menos mal que has venido, Dean.

Al escuchar su nombre se tensó, desde el día anterior no quiso hablar con él, desde que le vio la cicatriz ni siquiera quería mirarlo, pero ahí estaba, ayudando a su prima.

—Siento no haber venido antes. ¿Cómo está? —Se interesó.

—¡Necesito salir de aquí! —gritó Roxanne dando golpes en la puerta.

—¿Responde eso a tu pregunta? —Asintió a la vez que cruzaba la puerta y se encaminaba a las escaleras.

En cuanto llegó ahí, miró a su izquierda y sus ojos se clavaron en ella. Savannah se había levantado y estaba apoyada en el respaldo del sillón. Era un salón abierto y se veía todo desde las escaleras, era fácil ver a quién fuera que estuviera ahí.

Dean no le dijo nada, solo la miró y lo que ella vio en esa mirada no le gustó, pues había algo que ella odiaba, pena. Era lo que menos quería provocar en las personas, prefería mil veces que la miraran con asco. Y mucho más odiaba que fuese él quien la mirase así. ¿Por qué tuvo que verle la espalda? Estaban pasándolo tan bien.

Otro grito desgarrador los hizo reaccionar de la hipnosis en la que ambos habían caído al verse. Dean agachó la cabeza y subió las escaleras para después entrar en la habitación de Roxanne sin permiso alguno. Él podía y sabía lo que ella necesitaba, aunque estuviese mal, la vida de su madre estaba en juego y, aunque odiase cuando Roxanne se drogaba, debía darle lo que le pidió a su padrastro.

—Por fin llegas —murmuró Roxanne agachada a los pies de su cama.

Dean miró a su alrededor y todo estaba destrozado. Era la primera vez que veía así a su novia. ¿Acaso había perdido la cabeza?

—Dame lo que traes, por favor —suplicó—. Lo necesito, Dean.

Él no quería dárselo, no podía dárselo, pero... ¿Qué hacer en ese momento? Si le daba esa mierda a Roxanne, ella estaría mal y con el tiempo, podría acabar con su vida. Y si no se lo daba, la persona que iba a morir era su madre. Estaba en un aprieto.

—No puedo dártelo —respondió tajante.

Roxanne se levantó con dificultad y arrastró los pies en su dirección. Ella quería eso y lo iba a conseguir a toda costa. Su mirada estaba perdida, sus labios resecos y el semblante sin un ápice de color, era digna de la protagonista de una película de miedo.

—Dámelo, Dean.

—No.

—Si no me los das por las buenas, será por las malas y no creo que a Landon le guste que no hayas hecho bien tu trabajo. Piensa en tu madre —lo amenazó.

Dean se tensó, pues nunca pensó que Roxanne lo amenazaría también, ella no era así y debía dejar esa mierda que solo la estaba matando lentamente. Se acercó a ella con la bolsita en la mano, se la enseñó, pero no se la dio.

—En este momento soy yo quién controla todo, no me amenaces, Roxanne.

—Eres un cabrón, siempre lo he pensado.

—No hablas tú, sino la adicción —aseguró.

Caminó hasta la silla y tras recogerla del suelo, se sentó para después clavar sus ojos azules en ella. Roxanne parecía estar tranquila, pero solo estaba actuando y pensando la manera de arrebatarle a Dean la droga.

Él no se la daría, por mucho que le rogara o lo amenazara. No se la iba a dar y si tenía que tirarla por el váter para que lo viera, lo haría.

—¿Dónde te fuiste con mi primita anoche? —preguntó cambiando de tema.

—¿Para qué quieres saberlo?

—¿Te la has tirado?

—Yo no soy como tú.

Sonrió con malicia. Se levantó y se puso justo delante de él, intentaba provocarlo, pero no iba a conseguir nada de él. Dean no sentía nada, hacía tiempo ya. Ya no lo atraía, no la quería, nunca lo hizo. Para él siempre fue una amiga, la mejor de todas... hasta ahora, porque hasta eso lo cambió Savannah con su llegada. Dos días, solo dos, fueron los que necesitó para poner su mundo y sentimientos patas arribas.

Roxanne se desnudó ante él. Dean no hizo nada, solo la miró a los ojos.

—Vaya, ¿ya no te gusta lo que ves?

Dean se levantó para mirarla desde la misma altura y poder encararla.

—No, Roxanne. Hace tiempo que ya no me gusta lo que veo. —La rodeó para escapar de ella—. Lo que te dije en la fiesta fue verdad, no estaba fingiendo.

—Es por ella, por mi prima, ¿verdad? —No le respondió—. Mírame al menos cuando te hablo.

Suspiró y la miró. Lo que ella vio en sus ojos no le gustó. Nunca pensó que llegaría el momento de esa mirada. Que Dean la mirase con odio, rencor, era mucho más doloroso que verlo de sus padres, pues para ella, ellos no eran importantes.

—No me mires así, no lo soporto.

—Me has pedido que te mire —expresó en un susurro.

—Lo sé, pero no sabía que lo harías así.

—¿Así como? —Se interesó—. No, déjalo. No me respondas.

Dean se dio la vuelta para salir de la habitación, pero Roxanne se acercó a él y cogió su mano para que no lo hiciera, tenía miedo de quedarse sola. Él se giró para verla y ella se aferró a sus brazos con lágrimas en los ojos. Necesitaba ayuda, quería dejar eso que la estaba volviendo loca... quería dejar esa mierda que solo conseguía hacerle perder a las personas que más amaba.

Dean la cogió en brazos y la llevó hasta la cama y la arropó.

—¿Te quedas conmigo? —le pidió. No respondió—. Por favor.

—Está bien. —Suspiró.

Se recostó a su lado y ella echó la cabeza en su pecho. Debía tener fuerzas, pero sin él era algo complicado y no estaba dispuesta a perder a Dean. Antes muerta que quedarse sin la única persona que había creído en ella. El único que la había querido de verdad. El único que no le había mentado jamás.

Capítulo 17

Tras esa noche, vinieron algunas más. Dean se quedó todo el tiempo en la casa y para Savannah fue una tortura verlo a diario y no poder acercarse a él como los días que se vieron a solas.

Para él tampoco fue mucho mejor, pues él, además de tener que estar todo el tiempo con Roxanne, sin querer hacerlo, también deseaba su libertad para volver a ver a Savannah. Tenían muchas cosas de las que hablar, muchos momentos que vivir y no quería perderse nada de esa chica que parecía un hada. Si cerraba los ojos, la veía a ella. La soñaba y, por más que se negara, la deseaba.

Savannah ya llevaba una semana en esa casa, una semana desde que dejó su hogar para meterse en un lugar donde los secretos y las mentiras estaban a la orden del día. Nunca creyó que su familia estuviera pasando por ese mal trago, la adicción de su prima era mucho más fuerte de lo que ella pensaba y tampoco ponía de su parte.

Juliette le contó que así se ponía a veces y que después de unos días encerrada, volvía a ser la que era o eso pensaba ella, porque, en realidad, su hija no cambiaba, solo se calmaba. Dean era el único que podía controlarla, aunque no quisiera, ella solo le hacía caso a él y ese era uno de los motivos por los que Savannah prefería no acercarse más a él. Mejor alejarse a tiempo que lamentarse después por algo para lo que no estaba preparada.

Ese día se levantó temprano, con la intención de salir a correr y así poder despejarse, alejándose de esa casa por unas horas. Eso le serviría para poder soportar otro día más con Dean ahí metido.

Bajó las escaleras despacio, pues no quería despertar a nadie, era muy temprano. Lo que no sabía era que Dean estaba abajo, sentado en el sillón, esperando a que bajara, él sabía que ella lo haría en cualquier momento. Savannah no era una chica de las que duermen por horas, al contrario, a las seis de la mañana ya estaba en pie y dispuesta a disfrutar de un precioso día de verano o, al menos, intentarlo.

En cuanto sus ojos se clavaron en los suyos, ella se quedó anclada al suelo, sin fuerzas para pasar de largo sin decirle nada. En ese momento estaban a solas, podría al menos saludarlo sin miedo a ser vista por su prima; una tontería, todo hay que decirlo, porque saludar no es malo, pero con Roxanne no podía hacerlo.

Solo unos segundos se quedaron así, mirándose fijamente, sin decir ni media palabra, no había nada que decir. Ella se dio la vuelta, dejando al fin de mirarlo, habiendo cogido las fuerzas necesarias, desde lo más profundo de su ser, para poder hacerlo.

—Espera, Savannah—dijo él caminando hacia ella.

Se había quedado con la mano puesta en el pomo de la puerta, a punto de abrirla y no lo hizo. ¿Por qué, si solo quería alejarse de él de una vez por todas? ¿Por qué no podía hacerlo si él no significaba nada para ella? No tenía muy claros sus sentimientos. Podría ser una inmensa amistad lo que los unía, aunque también el deseo contenido de querer besarlo, aunque solo fuera una vez, y eso era algo que no podía controlar.

—¿Qué quieres, Dean?—preguntó volteándose para encararlo.

—Solo quería saber si podía salir a correr contigo. Porque vas a correr, ¿verdad?

—A ti no te gusta correr —rebatíó alzando una ceja.

—¿Y quién te dijo eso, pequeña hada? —se burló provocando en ella una preciosa sonrisa. Era tan fácil cuando eran ellos mismos, cuando podían mirarse, hablarse sin temer nada.

—Está bien, pero necesito silencio.

—¿Por qué? Pensé que te gustaba hablar conmigo —expresó algo entristecido.

—Y me gusta, pero hoy necesito pensar y contigo es muy complicado. Me distraes, ¿sabes?

Una sonrisa se dibujó en sus labios al enterarse de eso. Le gustaba saber que, de una manera u otra, provocaba algo en Savannah. Si al menos fuera lo mismo que ella provocaba en él, todo sería más fácil, pero no estaba tan seguro de que fuera así.

—¿Y qué es eso que te preocupa? Porque estoy seguro de que algo ronda esa cabecita tuya —se interesó, sabiendo que ella no le diría nada.

—¿Te han dicho alguna vez que eres muy cotilla? —habló mientras abría la puerta para salir al fin.

Cuando puso el primer pie en el exterior, cerró los ojos. ¿Sabéis esa sensación que te da cuando crees controlarlo todo, pero en realidad estás encerrada? Esa misma sensación tenía Savannah desde hacía más de un año. Aunque, sin esperarlo, poco a poco, ese sentimiento perturbador se esfumaba en cuanto Dean se ponía a su lado, daba igual que estuviera lejos, que no la mirase, el simple hecho de estar ahí, con él, le hacía sentir algo que llevaba tiempo sin experimentar.

Él, mientras tanto, la miraba maravillado, como si fuera lo más hermoso de ese día caluroso de verano. Había algo que Dean aún no le había dicho.

—Odio el verano —dijo de pronto, despertándola de su trance.

Savannah alzó una ceja y sonrió de lado, como si hubiese dicho un chiste malo, de esos difíciles de olvidar.

—No lo dices en serio —respondió ella con seriedad.

—Sí, te lo prometo.

Ella negó mientras comenzaba a correr. Que le hubiera dicho que no le gustaba el verano era un problema para ella, pues para Savannah era su estación del año favorita. Entonces, si a Dean no le gustaba, ¿con quién lo iba a disfrutar ahora? Allí no tenía amigos y pensaba que con él podría tener ese tipo de amistad inquebrantable que lograría alzarse ante cada obstáculo que se les presentara.

—¡Espera, Savi! —gritó provocándola.

Ella se dio la vuelta, corriendo hacia atrás y lo mató con la mirada.

—¡No me digas Savi!

—¿Por qué no, Savi?

Siguió corriendo, ignorándolo, no quería discutir con él y menos cuando le dijo que se mantuviera callado, que no quería hablar, solo pensar y no lo estaba cumpliendo.

Estaban llegando al parque de la fuente, en el que estuvieron el día que él le vio la cicatriz.

—Oh, vamos. ¡Savi, espera!

Estaba siendo muy pesado, repitiendo ese diminutivo que tan poco le gustaba. Savannah se dio la vuelta de nuevo y paró en seco, sin esperarse que Dean estuviera tan cerca y que, su parón, fuera a provocar que ambos chocaran y cayeran al suelo, uno encima del otro.

Sus miradas se encontraron muy cerca, sus labios estaban a escasos milímetros, sus narices se rozaban, provocando en ellos algo más que un estremecimiento. El calor sofocante que hacía ese

día, solo magnificó la calentura de sus cuerpos, subiendo de grados a cada segundo que seguían en esa posición. Sus respiraciones eran pesadas, demasiado para seguir cuerdos, ya habían perdido la poca cordura que les quedaba. Entonces, sin esperarlo, sin pensarlo siquiera, porque en ese momento sus mentes estaban completamente bloqueadas, Dean la besó. Sí, sus labios chocaron, provocando llamaradas en todo su ser... provocando que su alma ardiera en menos de un segundo.

Estaban como aturdidos y no podían parar, ese beso estaba siendo demasiado para ambos, demasiado para ella. Savannah no podía describir lo que sentía en ese momento, justo cuando sus labios chocaron, cuando se rozaron, era una sensación completamente nueva y llena de fuerza... una fuerza que la arrastraba, como si fuese una tormenta, llevándola a lo más profundo de esas aguas que él tenía por ojos.

Unos minutos después y por necesidad más que por ganas, se separaron. Dean abrió los ojos y la miró, una sonrisa se dibujó en sus labios al comprobar que ella seguía con los suyos cerrados. En cuanto se percató de que ya sus labios se habían alejado, Savannah los abrió y su rostro cambió e inmediatamente hizo que se quitara para levantarse.

—No, no... esto, no. —Salió corriendo para meterse en el parque.

—¡Savannah, espera! —gritó él yendo tras ella.

Pero ella no paró, no podía hacerlo. Siguió su camino, sin saber hacia dónde se dirigía, pues no conocía la zona. Prácticamente se estaba perdiendo y si no dejaba que él la alcanzara, le iba a costar volver a casa.

Cuando no pudo más, paró y se sentó en unos bancos que encontró en otro parque más alejado, ya no podía seguir corriendo. Dean llegó hasta ella, casi sin aliento y ella no podía mirarlo. Por más que quisiera, no podía, pues si lo hacía, le recordaría lo que solo un beso le provocó y no tendría voluntad para despojarse de ello.

Se sentó a su lado y posó su mano encima de la de ella, que reposaba en su rodilla derecha. Ahí, justo en ese momento, ella lo miró y él se quedó sin aliento al ver el brillo de sus ojos, un brillo que no había visto antes y que estaba seguro que provocaba él.

—Lo siento, no quería hacerlo —se disculpó—. No sé lo que me ha pasado.

—No pasa nada, son cosas que pasan —respondió—, o eso creo.

Eso último lo dijo bajito, como si no quisiera que Dean la escuchara, pero lo hizo. Suspiró y miró al frente, perdiendo la mirada en un punto fijo, pensando en lo que le hizo sentir ese simple beso, un beso que, sin creerlo, le llenó el alma. Había desbancado completamente al de Mitchell. Dean, con sus labios, había borrado completamente su recuerdo, el anhelo que ella sentía cuando llegó.

—No son cosas que pasan, son cosas que se desean y yo... —Puso ella un dedo en sus labios.

—No digas algo de lo que te puedas arrepentir, Dean. —Quitó la mano de sus labios—. Esto no ha pasado y seguiremos siendo amigos, ¿de acuerdo?

—Pero...

—¿De acuerdo? —Asintió agachando la cabeza.

¿Por qué no le dejó hablar? ¿Por qué se negaba a seguir el rumbo que había cogido esa amistad? Se suponía que ella era soltera y él también. ¿Qué había de malo? Ambos se hacían esas preguntas, pero solo ella tenía la respuesta. Solo por Roxanne, por ella no podían estar juntos, si hasta para ser amigos tenían que esconderse.

—¿Por qué no te gusta el verano? —se interesó intentando relajar el ambiente.

Él se quedó en silencio, pensando, primeramente, que esa pregunta no venía a cuento en ese momento y, segundo, buscaba la respuesta correcta o la más acertada.

—Son varios motivos los que me llevan a odiar el verano —murmuró—. Mi padre nos dejó en esta maldita estación y un año después, también en verano, mi madre llegó con su nueva pareja y él... bueno, ya sabes cómo es.

—Bueno, creo que lo que te pasó no es motivo para odiar el verano. Supongo que es solo una excusa que tú mismo te has puesto para decir, que, en realidad, odias la vida en general o a...

—Mis padres. —Asintió ella tras ser interrumpida.

Poco a poco se iban conociendo, sabiendo sus secretos, algunos, no todos. Dean nunca hablaba con Roxanne de su vida y Savannah... bueno, ella estaba sola y su mejor amigo, no sabía nada de lo que le pasó la noche que murió Olive. Solo eso escondía ella, aunque estaba segura de que su familia escondía muchas cosas, demasiadas y no estaba segura de querer descubrirlas, al menos, no estaba preparada.

Estuvieron un rato más ahí sentados, sin hablar, sin mirarse. Solo en silencio, un silencio cómodo, uno que los ayudaba a ambos a pensar, a aclarar sus ideas. Ambos estaban pensando lo mismo, en su mente solo estaba, el beso, ese beso que se habían dado y que, aunque lo negaran, había sido tan esperado.

—Creo que es hora de volver —anunció ella mirando la hora en el móvil.

—Yo no tengo ganas de encerrarme de nuevo en la habitación con Roxanne —aseguró sorprendiéndola.

—Pensé que os estaba ayudando a reconciliaros. —Dean soltó una risa nerviosa.

—Savannah, ¿siempre eres tan cortita? —Lo miró levantándose—. Déjalo, no me respondas.

Él se levantó y sin esperarla, comenzó a caminar de vuelta a casa. Y pensar que entre ellos todo comenzó como un estúpido juego del cual se arrepentía. Nunca pensó que estar con ella le iba a gustar tanto, que le iba a provocar tantos sentimientos. Dean se había dado cuenta de que estando a su lado sus días eran más llevaderos, más intensos. Le hacía sentir vivo, más vivo que nunca.

Capítulo 18

Ya hacía dos semanas que estaba allí, acostumbrándose poco a poco a las rutinas de esa familia que cada vez era más desconocida para ella. Si no fuera por Dean, no sabía que habría sido de ella.

Los encuentros a escondidas se estaban volviendo rutinarios. Todas las mañanas iban a correr juntos y por las noches Savannah iba a dar un paseo y él iba con ella. Sobre el beso, no volvieron a hablar, pero la tensión entre ellos cada vez era más fuerte, y más de una vez habían estado tentados de besarse de nuevo, pues se deseaban cada vez más.

La situación con su prima era lo que la echaba atrás, temerosa de que tuviese una recaída por su culpa ahora que estaba más estable. Por eso nadie podía saber de sus encuentros, era mejor mantenerlo en secreto. Era lo mejor para todos, aunque no para ellos.

Dean estaba cansado de seguir fingiendo que no pasaba nada entre ellos cuando ambos sabían que aquel beso había dejado huella en los dos, y que tanto él como ella querían volver a hacerlo, pero ninguno se atrevía a decir nada para no estropear la amistad que cada vez se hacía más fuerte.

Era viernes, un día demasiado caluroso y ese día no le apetecía ir a correr. Se levantó y tras darse una ducha y vestirse con una ropa más casual, bajo las escaleras y se encontró en casa a sus tíos, algo raro en ellos, pues deberían de estar trabajando.

—Hola, cielo, ¿cómo amaneciste? —preguntó Juliette con cariño.

—Bien, gracias... Esto... ¿qué hacéis aquí? —se interesó.

Tenía miedo de que fuera por algo de Roxanne, que hubiera recaído y si eso había pasado, era porque se podría haber enterado de lo suyo con Dean. Negó, desechando esa idea. Además, ellos no tenían nada, ¿no?

—Pues mañana hacemos veintitrés años de casados y nos vamos de fin de semana. Tendréis la casa para vosotras solas —informó mirando hasta la cocina.

Savannah no se había dado cuenta de que ahí estaba su prima del alma. Hacía muchos días que no se cruzaban en el pasillo, no salía de su habitación, aunque Dean ya no estaba allí, volvió a su casa por fin.

—Qué bien —murmuró ella entre dientes.

No le hacía demasiada ilusión eso de estar con Roxanne todo un fin de semana las dos solas, teniendo la casa para las dos. Seguramente ella tenía planes y Savannah, no entraba en ellos.

—Bueno, ¿ibas a salir? Te has puesto muy guapa. ¿Acaso es con un chico? —habló su tía sarcástica y ella palideció.

No pensaba que se había arreglado tanto. Unos vaqueros, una blusa de tirantes y un poco de rímel no era algo como para tener una cita, ¿no? Savannah no tenía experiencia en esos temas, pero tampoco era tonta.

—Solo voy a dar un paseo —aseguró.

—¿Con quién?

La voz de Roxanne sonó dura, demasiado seca hasta para ella. ¿Qué le pasaba? No se veían, no pasaban tiempo juntas como para tener que contarle todo lo que hacía cada día.

—Sola.

Roxanne la miraba con los ojos entrecerrados, como si con eso fuese a averiguar lo que escondía su mente, lo que estaba pensando. Sin decirle nada más, salió de allí y se encaminó a la casa de Dean. Sabía que no debía ir allí, que no era buena idea, pero quería sorprenderlo y hacer algo diferente juntos, algo que pudieran disfrutar los dos.

El camino no se le hizo demasiado largo, Dean vivía a unas cinco calles más a la izquierda, y en tan solo diez minutos llegó hasta esa casa tan grande. La verdad era que esta parecía ser la más grande de toda la urbanización y, aunque para ella era una sorpresa saber que Dean era un niño pijo de mamá, en realidad sabía que todo ese lujo no iba con él; era mucho más que dinero y coches caros. Dean era sencillo, amistoso, agradable y podría estar por horas diciendo todo lo que pensaba de él.

Temerosa de fastidiarla por ir a buscarlo hasta allí, arrastró los pies hasta la puerta y, tras unos suspiros que se le escaparon sin querer, tocó el timbre.

Unos segundos después, un tipo con cara de asesino y un cigarrillo entre sus labios, abrió la puerta. Savannah se quedó bloqueada, incluso llegó a pensar que se había equivocado de casa.

—¿Quién eres? —preguntó el tipo.

Su voz era rasgada, de esas que cuando las escuchas dan hasta miedo. Este la miró de arriba abajo, expulsándole en la cara el humo en cuanto le dio una calada al cigarro. Savannah dio un paso atrás sin responderle aún.

—¿Qué pasa, muñequita, te comió la lengua el gato?

—Eh, yo... ¿Está Dean? —titubeó nerviosa.

—¿Eres su nueva putita? —habló mientras daba un paso al frente, acercándose a ella.

Savannah no sabía qué hacer y rogaba por que Dean estuviera en casa. Ahora se arrepentía de haber ido a buscarlo, tenía que haberle mandado un mensaje antes.

Landon cada vez estaba más cerca y ella en el filo de las escaleras, ya no podía irse más atrás, pues podría caerse si no miraba.

—¿Has venido a que te dé coca, como la anterior novia de mi hijastro? —Frunció el ceño sin llegar a entender a qué se refería con la anterior novia—. Sí, seguro que la conoces. Se llama Roxanne.

—¿Usted es el cabrón que le vende la droga a mi prima? No puedo creerlo. —Bufó cabreándose—. ¿Y Dean lo sabía?

—Muñequita, Dean es quién se la pasa cuando ella no puede venir.

Savannah comenzó a negar, no podía creer que eso fuera cierto. ¿Cómo podía Dean darle droga a su prima cuando lo que tenían que hacer era ayudarla para que lo dejara? Aunque, claro, por eso pasó tanto tiempo con ella, porque era quien se la daba. No, eso no podía estar pasando.

Savannah quería irse, salir corriendo de allí y olvidarse de que una vez piso aquella casa, pero cuando Landon vio sus intenciones, la cogió del brazo y la llevó hasta el interior de la casa, importándole muy poco sus gritos y sus quejas. Estaba asustada, mucho a decir verdad, y no sabía lo que ese hombre pretendía hacerle. Ahora era cuando Dean debía aparecer, pero al parecer, no estaba en casa y eso complicaba un poco las cosas.

—¡Suéltame! —gritó.

Y la soltó, pero cuando ya la tenía acorralada en la casa. Su respiración se volvió pesada, le temblaban las rodillas, sentía miedo.

—Tranquila, muñequita, no te voy a hacer nada, a menos que no hagas lo que yo te pida — anunció, provocando en ella un estremecimiento.

—No, no pienso hacer nada de lo que me pidas —dijo—. Deja que me vaya, por favor.

Negó haciendo sonidos con la boca, anunciándole que ese no era su plan.

—Lo siento, pero no.

—¿Qué es lo que quieres?

—Así me gusta. —Caminó hasta ella y cogió su barbilla con una mano apretándola con fuerza.

Le estaba haciendo daño y cada vez veía más complicado salir de allí sin un rasguño. Si ese hombre era como Dean le había descrito, podría golpearla a ella o, podría hacerle otra cosa. El temor que le provocaban sus pensamientos no la dejaba tranquilizarse y cada vez estaba más ansiosa por salir de allí, por respirar aire puro. Era la primera vez que prefería estar bajo el agua del lago, ahogándose, que frente a ese tipo.

—Esta noche tu prima dará una fiesta y como Dean se niega a llevarle el pedido que me ha hecho, se lo llevarás tú y pobre de ti cómo no se lo entregues —amenazó. Ella asintió mirando hacia abajo porque hasta mirarlo le daba miedo—. ¿Me has entendido?

—Sí.

—¡No te oigo!

—¡Sí! —vocífero.

La soltó y caminó hasta la mesa donde había unos paquetitos de tamaño medio. Landon los cogió y volvió hasta ella de nuevo para darle esa mierda.

Cuando se los dio, ella los cogió temerosa, incrédula de que estuviese haciendo eso. ¿En qué momento se vio en esa tesitura? No podía darle la droga a su prima, si ella recaía y sus tíos se enteraban de que ella había sido la culpable, la echarían sin miramientos y, aunque eso no le preocupaba del todo, no le gustaría perder a su tía Juliette.

Estaba confundida, sin saber qué hacer. Miraba la mercancía que debía entregarle a su prima, pensando de qué manera hacerlo, dónde guardarla. Ella no llevaba bolso y si un policía la pillaba con esa cantidad, podría ir a la cárcel.

Landon al ver que no se iba, que seguía allí pasmada, mirando la coca, la cogió del brazo con fuerza y la arrastró hasta la salida.

—¡Vete de una vez, muñequita!

—¡Espera, espera! —Paró—. ¿Cómo me la llevo? No traigo bolso ni nada donde poder esconderlo.

La miró de arriba abajo y bufó cabreado.

—Maldita maña que tenéis las niñas de campo, nunca lleváis encima nada —exclamó.

—¿Cómo sabes que soy de campo?

—Si fueras una pija como tu prima, llevarías un bolso de marca.

No le respondió. ¿Para qué? No valía la pena. Landon dio vueltas de un lado al otro, estaba ansioso de que esa niña se fuese de su casa de una vez; esperaba una visita importante y no podían verla en la casa, no podían ver a quién usaba para las entregas, cuando le dijeron que tenían que ser personas de confianza y no cualquier persona cercana al cliente.

Comenzó a ponerse nervioso, miraba la hora cada dos segundos y sus ojos inyectados en sangre la miraron. Savannah palideció, pues para ella, se acercaba el fin de su existencia. La cogió del pelo enfurecido y la arrastró hasta el salón de nuevo. Antes de poder reaccionar, le dio un

guantazo, tan fuerte, que la tiró al suelo.

—¡No, por favor! —suplicó—. ¡Déjame!

Sus suplicas le importaban una mierda a ese malnacido que lo único que quería era dinero, ganarlo a toda costa. Además, era un maltratador que en cuanto se veía acorralado, su única manera de calmarse, era golpeando.

—¡Suéltala! —gritó Dean.

Cogió un jarrón que tenía su madre en la mesa de la entrada y se lo rompió en la cabeza, volviendo a dejarlo inconsciente. Dean no sabía quién era la persona a la que Landon, estaba golpeando, y cuando este cayó al suelo y la vio, su cuerpo se estremeció y se tensó a partes iguales, fue como si fuese arrastrado por una tormenta y chocara contra unas rocas afiladas. Fue como si un montón de cuchillos se clavaran en su espalda.

—¿Sa...Savannah? —Se agachó, poniéndose de rodillas a su lado.

Ella estaba asustada, ni siquiera se había percatado de que él estaba con ella, de que la había cogido en brazos y la llevaba al sótano, donde él se escondía cuando ese hijo de puta se ponía así. Estaba en *shock*, no reaccionaba... tenía tanto miedo, que pensó que aún la estaban golpeando. Dean se sentó en el sofá con ella encima de sus piernas y la acunó como el que acuna a un bebé que se despierta en la madrugada por una pesadilla. Se sentía culpable y pensó, que, si no hubiese llegado a tiempo, no habría podido pararlo.

Capítulo 19

No sabía cuánto tiempo llevaban ahí encerrados ni cómo iban a hacer para salir de la casa sin ser vistos por su padrastro y los mafiosos que había invitado a jugar al póker. Ese día era de esos en los que tenías que salir de allí y no volver en días, pues las cosas se desmadraban demasiado.

Savannah se había tranquilizado, aunque aún no era capaz de abrir los ojos. Dean acarició su mejilla roja por el golpe, color que anunciaba que le saldría un bonito morado, y estuvo tentado a besarla. Y, la tentación, pudo más que la amistad. Se acercó a ella y sin pedir permiso, sin pararse a pensar pues sabía que si lo hacía pararía, la besó. Savannah sintió sus labios, esos labios que ya conocía, que se habían grabado a fuego en los suyos y solo los había probado una sola vez. ¿Cómo era posible reconocer unos labios que creía olvidados? Supuso que era difícil de olvidar algo que deseaba tanto.

En ese momento en el que la tenía entre sus brazos, llorando descontroladamente, siendo mucho más frágil de lo que un día creyó que sería, se daba cuenta de que sentía algo más que cariño por ella... era una sensación inexplicable, pero no podía verla llorar y mucho menos se atrevía a pensar en perderla. Era muy importante para él, mucho más de lo que esperaba y ahora tenía miedo, mucho miedo. Estaba demasiado cerca, solo lo separaban milímetros de perderla. Sabía, que después de esto, las cosas no serían iguales, pero lo peor sería, cuando se enterara de lo que Roxanne le había pedido que hiciera y que, por cobarde, no había sido capaz de confesarle todavía. Porque él ya no estaba jugando, incluso podría llegar a creer que nunca jugó, no podría hacerlo.

Al separarse, ella abrió los ojos y lo miró. Sus ojos, esos ojos que siempre tenían un brillo especial, esa chispa que la hacía parecer un hada, como alguien que no es de este mundo. Era tan hermosa, eso pensaba Dean.

—Te dije que esto no podía volver a pasar —murmuró ella y su respuesta fue besarla de nuevo.

Se estaba volviendo adicto a sus besos, a esos labios carnosos que cada vez le provocaban más y más.

—Lo siento —respondió con los labios aun pegados.

Pasó las manos por su cintura, apretándola más a su cuerpo. Ese beso se estaba volviendo intenso, demasiado intenso. Se estaba volviendo ardiente y en pocos segundos se quemarían. En pocos minutos, si no paraban, harían algo de lo que después, podrían arrepentirse.

Ella sacó fuerzas de donde ya no le quedaban y se separó de él. Se soltó de sus brazos, de esos brazos que le provocaban escalofríos, que le provocaban un deseo irrefrenable... algo que no podía parar y que además no quería parar. Deseaba estar con él, lo deseaba a él, pero era imposible y se negaba a tener un lío a escondidas con el exnovio de su prima.

—No puedes seguir haciendo esto, Dean. No es correcto —se quejó ella caminado de un lado al otro, nerviosa.

—¿Por qué? Deseo hacerlo cada vez que estoy contigo. ¿Qué de malo tiene que desee besarte a cada segundo de mi triste vida? Tú eres lo único que me hace levantarme día a día, Savannah.

No podía creer que él, precisamente él le estuviese diciendo eso. No solo complicaba las cosas, sino que ahora no tenía voluntad para decirle que no. ¿Por qué tenía que sentir eso por él?

Se miraban en silencio, ansiando acercarse, anhelando sus besos de nuevo y Dean, comenzó a acercarse justo en el momento en que un disparo se escuchó en el piso de arriba. Savannah corrió hasta sus brazos, escondiéndose entre ellos, asustada como nunca, pues no estaba acostumbrada a eso.

—¿Qué coño estará pasando ahí arriba? —Se preguntó—. Voy a ver qué ha pasado. Tú no te muevas de aquí y si escuchas un nuevo disparo, te escondes lo más que puedas, Savannah. Haz todo lo que sea, pero que no te vea nadie. ¿Podrás hacerlo? —le pidió con la voz llena de súplica. Ella negaba mientras sus ojos se le llenaban de lágrimas.

Dean agarró sus mejillas con ambas manos, y tras secarle las lágrimas con la yema de sus dedos, la besó de nuevo y, esta vez, ella no se apartó y no lo haría, pues lo necesitaba. Al separarse, él pegó su frente a la de ella, con los ojos cerrados porque tenía miedo de mirarla y saber que no podría dejarla.

Sin más, se dio la vuelta y subió las escaleras para saber qué estaba pasando. Abrió la puerta del sótano despacio, sigiloso, no podía dejar que lo pillasen infraganti, pues se suponía que ellos no estaban allí. No escuchaba nada y parecía no haber nadie. Caminó hasta la sala, donde se suponía que estarían los mafiosos y al único que vio, tirado en el suelo mal herido, fue a Landon.

Caminó hasta él y le dio la vuelta para ver si aún seguía vivo y, para su desgracia, lo estaba.

—Dean, ayúdame —murmuró con dificultad.

Tenía una herida de bala en el estómago y, la verdad, era bastante grave.

—¿Cómo? Solo puedo llamar a la ambulancia y que ellos se encarguen.

—No. —Tosió—. Tienes que sacarme la bala tú —pidió y él negó.

Dean se levantó y tras llamar a la ambulancia, sabiendo que esta vendría con la policía al ser herida de bala, se dio la vuelta, pero antes de irse, Landon lo llamó.

—Este será el fin de tu madre, Dean. Si no me ayudas a escapar, nunca sabrás donde está —lo amenazó, provocando que se diera la vuelta.

—¿Qué coño estás diciendo? —Lo asesinó con la mirada caminado de nuevo hasta él.

—Perdí... —Suspiró e intentó coger una bocanada de aire—. Jugando al póker, la perdí y se la han llevado.

Dean apretó los puños a cada lado de su cuerpo e importándole muy poco que estuviese herido, le pegó una patada en las costillas.

—¡Eres un maldito hijo de puta! —vociferó.

Savannah lo escuchó y se asustó tanto, pensando que algo le pasaba a él, salió de su escondite y subió las escaleras para luego salir del sótano e ir en su busca. Le daba igual ponerse en peligro si con eso podía ayudar a Dean. Lo encontró en la sala pegándole patadas al malnacido de su padrastro. Caminó hasta él cautelosa y, con solo posar su mano en su brazo y que él la sintiera, paró en seco, dándose cuenta de la gran locura que estaba cometiendo. Podría haberlo matado, aunque, en realidad, ya no sabía si cuando llegase la ambulancia, seguiría vivo.

Minutos después, el sonido de las sirenas los alertó y él agarró su mano con fuerza.

—Salgamos de aquí —expresó tirando de ella para después salir de la casa por la puerta de atrás.

Caminaron de prisa, demasiado rápido y no era para menos, pues sabía que ahora Landon iría preso. Aunque, eso no era lo que le preocupaba, sino saber dónde estaba su madre. Saber que estaba con esos tipos, que lo único que hacían era matar a personas que no hacen lo que ellos

quieren, le ponía la piel de gallina.

—Espera, Dean. Necesito descansar —pidió casi sin aliento.

—No, no podemos. Seguramente ya habrán encontrado el alijo de coca que tenía en casa y me llamarán para hacerme preguntas —decía mientras tiraba de ella para parar lo más lejos posible de la casa.

—¡No, espera! —gritó y así paró—. No puedes irte, si huyes les estarás dando la razón. Creo que deberías ir a declarar en su contra, denunciarlo por malos tratos —expresó ella calmadamente.

Dean la miró y se cabreó al ver su rostro amoratado por culpa de ese hijo de puta. Se quedó pensando unos segundos lo que ella le dijo y tenía razón, pero ¿cómo hacerlo?

Savannah estaba consiguiendo que se sintiera protegido, por primera vez en la vida se sentía en paz, en su hogar y eso solo se lo estaba regalando ella. Caminó despacio hasta ponerse frente a ella, lo más cerca posible. Casi respiraban el mismo aire. Dean rozó la nariz con la suya y subió sus manos para acariciar sus mejillas, tocando con delicadeza lo que Landon le había hecho.

—Es un hijo de puta —declaró lleno de odio—. No tendrías que haber ido a la casa. ¿Por qué lo hiciste?

—Quería darte una sorpresa, se suponía que te iba a llevar a pasar el día de diferente manera... sin salir a correr.

—¿Cómo... una cita? —Negó con seriedad—. ¿Por qué niegas lo que sientes, lo que sentimos?

—En este momento no siento nada, Dean.

Sus ojos se abrieron llenos de sorpresa, no se esperaba esa respuesta.

—No estás hablando en serio —respondió—. Noto como te estremeces cuando te toco y lo que provocan mis besos, porque... yo siento lo mismo —insistió.

Savannah no estaba segura de confiar en él. Ella lo conocía, sabía que era buena persona, incapaz de hacerle daño a nadie y también sabía lo que pasó con ese hombre, pero... eso no descartaba la posibilidad de que le hubiera llevado la droga a su prima y si eso era cierto, sus mundos iban a coger diferentes caminos.

—Savannah, ¿qué ocurre? Dímelo, por favor.

—¿Es cierto que tú le llevaste la coca a mi prima? —preguntó. Mas, él no respondió, no podía hacerlo—. Responde Dean, solo así podré seguir confiando en ti.

Se vio acorralado y de nuevo tenía esa sensación, el miedo que recorría su cuerpo al creer que podía perderla. Desde que conocía a Savannah, siempre tenía esa maldita sensación y no le gustaba, no le gustaba para nada.

—Sí, es cierto... pero no es lo que piensas. —Abrió los ojos.

Por un momento pensó que le diría que no, que no había sido capaz de hacerlo. Se dio la vuelta con la intención de marcharse, pero no la dejó hacerlo, no sin antes aclararle todo.

—No te vayas, al menos, déjame explicártelo y si después de eso sigues queriendo marcharte, lo entenderé y no te molestaré más. —Asintió—. Mi padrastro me obligó a llevarle la coca a Roxanne, me dijo que si no se la llevaba mataría a mi madre.

—Lo siento, pero de igual manera, no tenías que hacerlo y eso es algo que no puedo...

—Déjame terminar, por favor —la interrumpió—. Cuando llegué allí y vi a Roxanne, no pude dárselo y la tiré, no se la di Savannah... no pude hacerlo —declaró sintiendo como, poco a poco, se ahogaba—. Tienes que creerme.

Se acercó a ella y la abrazó, Savannah se dejó hacer, dejó que Dean pasara sus brazos alrededor de su cintura y la pegara a su cuerpo. Los latidos de su corazón tenían mucha fuerza y eso solo le mostraba lo asustado que estaba y lo que seguía sufriendo por todo lo que había pasado.

¿Creía en su palabra? Claro que creía y estaba segura de que jamás desconfiaría de él, por muchas piedras que se cruzaran en su camino, ninguna le haría caer, ninguna le haría dudar.

—Te creo, Dean —murmuró.

En ese momento se sintió feliz y todo gracias a ella, a esa hada que había irrumpido en su vida de una manera mágica, de una manera fuerte y devastadora. Aunque, por mucho que ella lo creyera y que estuvieran bien juntos, eso no quería decir que él pudiera bajar la guardia, pues el miedo a perderla estaba ahí y no se iría jamás, no hasta que ella supiera toda la verdad.

Capítulo 20

Estuvieron paseando por los alrededores casi toda la mañana y, tras eso, decidieron ir a comer a un restaurante cercano a la urbanización. Iban tranquilos, lo estaban en ese momento, y Savannah en lo único que podía pensar, era en lo que su tía le diría cuando le viese la cara, se iba a asustar. Entonces recordó que su tía se iba y que su prima, daba una fiesta. Paró en seco y lo miró.

—¿Qué ocurre? —Se preocupó él.

—Mis tíos se van de fin de semana. —Frunció el ceño—. Roxanne da una fiesta esta noche, yo tenía que llevarle la coca que tu padrastro le había preparado, por eso me pegó, porque...

—Te negaste. Muy propio de él —respondió, terminando la frase por ella—. ¿Y qué hacemos ahora? Roxane estará como loca esperándolo, porque seguramente ella no sabía que eras tú quién debía de llevársela. —Negó—. Entonces lo único que podemos hacer es ir a esa fiesta y controlar que no cometa una locura.

—No sé si eso será buena idea, seguramente no le gustará que yo esté allí.

—Me da igual, yo estaré a tu lado y no dejaré que te trate mal.

—Eso será peor, Dean. —Bufó exasperado—. Ya sabes que no quiero que ella sepa nada de nuestros encuentros y mucho menos de los...

—Besos.

Ella se quedó en silencio, pues él sabía que a eso se refería. No podía permitir que su prima supiese nada de ellos, ya que seguramente usaría eso en su contra al comprobar que se había enamorado de su exnovio, porque, aunque Savannah lo negara, aunque no supiera el significado de la palabra amor, aunque no se hubiera enamorado jamás, sabía qué era lo que sentía por él.

—Savannah. —Cogió sus manos—. Yo no quiero esconderme y mucho menos podré dejar que ningún otro hombre se acerque a ti... eres demasiado importante para mí, mucho más de lo que pueda explicar.

—Lo siento, pero esto no puede ser. Además, en una semana me iré y no sé cuándo volveré.

—Me iré contigo, a dónde sea que vayas —aseguró sin titubear.

Ella negó, no podía dejar que fuera con él, pues eso solo iba a complicar más las cosas. Además, no quería que se enterase de lo que pasó, de cómo dejó que su mejor amiga muriese atrapada en ese vehículo.

—No, Dean.

—¿A dónde vas? Al menos podrías decirme eso. —Silencio—. Pensé que no teníamos secretos, que nos lo contábamos todo.

«Que irónico, ¿no? Yo diciéndole eso cuando guardo un mayor secreto», pensó.

¿Por qué lo complicaba todo? ¿Por qué tuvo que hacerle caso a su madre? Tenía que haberse quedado en su casa, esperando a que llegase el momento de irse a la universidad o, mejor aún, podría haberse ido con Mitchell a su apartamento.

Dean la instó a que respondiera, encogiéndose de hombros mientras la miraba con ese brillo tan especial. Era una blanda y él lo sabía.

—Vuelvo a mi casa. En una semana es el aniversario de la muerte de mi mejor amiga y le harán una misa, debo estar. —Frunció el ceño.

En todo el tiempo que habían estado juntos, no le contó nada sobre la muerte de su mejor amiga. Entonces lo entendió, por eso tenía depresión, por eso ella era así de hermética. Estaba seguro de que Savannah también había sufrido mucho en la vida y le gustaría hacer que dejara de hacerlo. Le encantaría verla sonreír toda la vida, mostrándole su mejor rostro, esa alegría que desprendía, solo con él.

—Pues iré contigo, hada. Creo que te haré falta. —Alzó una ceja y ella sonrió—. Por fin, pensé que no me sonreirías en todo el día.

Se acercó a ella y, sin pedirle permiso, tomándose toda la libertad del mundo, importándole muy poco que estuviesen cerca de la casa de Roxanne, la besó... despacio, con dulzura, con una dulzura que la volvía loca. Al separarse, él sonrió y se dio la vuelta para encaminarse a la casa de Roxanne.

Cuando llegaron, Dean entró primero, no tuvo que tocar el timbre, pues la puerta estaba abierta. Roxanne cuando lo vio, caminó hasta él. Lo miraba mal y eso no era bueno. Savannah entró unos segundos después.

—Pensé que no vendrías a verme más —se quejó nada más verlo. Luego miró a su prima—. ¿Y a ti que te ha pasado? Parece que te ha atropellado un autobús.

—Más o menos, así ha sido.

—¿Habéis llegado juntos? —preguntó Roxanne sabiendo la respuesta—. Va, me da igual. Dean, ¿me has traído lo que te pedí? —preguntó sin tapujos.

Savannah al escucharlo, alzó una ceja, pero no le diría nada. En ese momento le daba igual que se drogase, porque si eso era lo que ella quería, ya era mayorcita.

—No, no te traje nada. Ya sabes que yo no te voy a traer nada.

Roxanne cambió su cara, se había cabreado.

—El estúpido de tu padrastro me aseguró que tú lo traerías —afirmó rechinando los dientes.

—Pues lo siento, pero él en este momento está en el hospital, le han pegado un tiro —respondió con tranquilidad.

—¿¡Tú sabes lo que le he pagado a ese hijo de puta!? —gritó fuera de sí.

Dean no respondió y se fue a la cocina a tomarse un vaso de agua. Hablar con Roxanne le provocaba sequía en su interior. Ella fue tras él y Savannah, aprovechó para subir a su habitación y mirarse al espejo. No sabía siquiera como tenía la cara. Cuando llegó, se metió en el baño y se miró al espejo. Se asustó, pues ese morado no se quitaba ni con maquillaje. También estaba la hinchazón del pómulo. Solo esperaba que en una semana se le hubiera quitado, si no, su madre sería capaz de ir hasta Manhattan para buscar al malnacido que le pegó a su pequeña.

Salió del baño y se metió en su habitación, encerrándose en ella, necesitaba tranquilidad, aunque estaba segura de que esa noche iba a tener de todo menos eso. La música ya estaba encendida y no podía creer que la fiesta comenzara tan pronto, solo eran las cinco de la tarde.

Cogió su móvil y buscó el número de su mejor amigo, hacía tiempo que no hablaba con él y lo echaba de menos. Bueno, en realidad, echaba de menos su vida, esa que se fue a la mierda el año pasado.

Ey, Mitchell. ¿Cómo estás? No he sabido de ti

Esperó unos minutos y ya se iba a integrar en la fiesta cuando le llegó la respuesta.

Hola, Savi. Es cierto, hace días que no hablamos.
¿Cómo estás? Tengo muchas cosas que contarte

Mejor te llamo

No esperó respuesta y lo llamó. Mitchell le cogió el teléfono enseguida.

—Hola, ahora sí... dime todo lo que quieras.

Ambos soltaron una carcajada que Dean escuchó, pues justo en ese momento estaba a punto de tocar su puerta cuando la escuchó reír. No quería escuchar, más bien, se iba a ir, pero le pudo la curiosidad.

—He conocido a alguien y creo que me he enamorado.

—Oh, vaya.

—¿Por qué lo dices así? ¿Acaso te molesta?

¿Le molestaba? No, claro que no.

—No, qué va. Es solo que me ha sorprendido. —Suspiró—. No sé... no entiendo mucho el significado del amor, pero si me besas hace tres semanas y me dices que estás enamorado de mí y ahora resulta que te has vuelto a enamorar, ¿no crees que eres un poco indeciso? Y perdona que sea tan clara, pero no lo entiendo.

Habló de prisa, como siempre cuando estaba nerviosa. Dean lo escuchó todo, percatándose de que no era el único que la había besado. Hasta su mejor amigo la besó antes que él.

—Es cierto, tienes razón. Mis sentimientos hacia ti no han cambiado, pero creo que ella puede hacer que te olvide. Y no te lo tomes a mal, eres mi amiga y eso no lo cambiará nadie, pero sí necesito enamorarme de otra persona.

Su amigo tenía razón y ella había actuado como una niña consentida a la que cuando le quitan su juguete favorito arma un berrinche. Había actuado como Roxanne.

—¿Irás a Alabama?

—¿Y tú?

—Yo pregunté primero.

—Sí, iré. No puedo dejar de ir.

—Yo también iré, así que supongo que allí nos veremos.

Tras un rato de conversación, se despidió de él y dejó el móvil en la mesilla a la vez que se levantaba. Caminó hasta la puerta, y antes de salir Dean corrió hasta el baño para no ser descubierto. No podía creer lo que había escuchado. Ahora solo tenía en su cabeza que Savannah no quería que él fuera porque estaría el otro. ¿Quién será? Se preguntó a sí mismo.

Al salir de la habitación, estuvo tentada a volver para encerrarse, pues no estaba segura de sí sería buena idea acudir a una fiesta a la cual no estaba invitada. Lo sopesó unos instantes, hasta que se decidió y bajó las escaleras. Aún no había demasiadas personas, pero ya estaban bebiendo como locos, como si esa noche fuese la última de sus vidas. Con eso ya sabía que la fiesta iba a ser un completo descontrol.

Las horas comenzaron a pasar y la fiesta se estaba desmadrando. Savannah no volvió a ver a Dean, aunque sabía que estaba allí, su prima se lo había dicho cuando se cruzó con ella.

Tuvo que darle las gracias a Mason por haber estado con ella en todo momento, ya que su prima

no le presentaba a nadie y se sentía completamente desplazada. En alguna que otra ocasión, vio a más de uno metiéndose coca en el baño; eso no podía estar pasando. Debía llamar a la policía, pero tenía miedo de que también se la llevaran a ella por estar allí.

Por un momento, observó todo a su alrededor, quería convencerse de que no buscaba a Dean, pero en realidad sí, eso era lo que hacía, buscarlo. Y lo encontró, estaba al otro lado de la casa, hablando con Roxanne, se les veía muy pegados, cosa que no le gustó. Pero no podía hacer nada, ni ir a reclamarlo, y mucho menos cuando ella se negaba a ser algo más que una amiga para él.

Miró a Mason y lo sacó a bailar, cansada de ser siempre la estúpida a la que le hacían daño. Ahora iba a empezar a disfrutar de la fiesta.

Bebió, claro que lo hizo, y mucho además, y también hizo algo de lo que, estaba segura, por la mañana no se iba a acordar.

Hubo un momento de la fiesta, en el que ya no sabía ni dónde estaba. Sintió como alguien la cogía en brazos y subía las escaleras con ella para después, dejarla en su cama. Sintió unos labios en su frente, esa persona se quedó con ella unos segundos y después, dejó de sentir ese calor que desprendía, para sentir frío, mucho frío.

Capítulo 21

Se levantó con un terrible dolor de cabeza. La idea de su prima de hacer una fiesta en casa cuando sus padres no estaban fue buena al principio, pero en cuanto comenzaron a beber y a decir cosas de las que ahora probablemente se arrepentían, ya no lo era tanto. Puso los pies en el suelo y sus manos fueron directamente a la cabeza, le dolía como si la estuvieran dando con un martillo a cada segundo.

—Juro que no volveré a beber —murmuró levantándose.

Un mareo la hizo tambalearse a la vez que arrastraba los pies hasta la puerta. Salió de su habitación, de esa que llevaba ocupando desde hacía tres semanas. Se moría de ganas por volver a casa y, en realidad, en una semana se iría. Solo esperaba que Dean fuera con ella como le dijo, aunque ella se negara.

Caminó hasta el baño, menos mal que lo tenía cerca, de no ser así, no podría ir. No llamó por si había alguien, total, si lo hubiera, cerraría el pestillo, ¿no? Fue hasta el lavabo y se lavó la cara a la vez que escuchó el sonido del agua de la ducha. Se quedó anclada al suelo.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó, pero no obtuvo respuesta.

El agua seguía cayendo y se fijó en las cortinas, viendo una silueta varonil.

—Sé que hay alguien y voy a abrir la cortina...

—¡No! No la abras. Soy yo —la interrumpió.

—¿Dean?

—Sí.

Savannah se quedó anclada al suelo, pues en ningún momento se esperó que fuera él la persona que se estaba duchando. ¿Cómo era posible? Eso solo podía significar que él había dormido allí y que había estado con su prima.

—¿Me pasas la toalla? —preguntó sacando la mano.

Ella se la pasó sin responderle, no podía. Dean salió y la miró a los ojos, pero Savannah miraba al suelo. En ese momento ni siquiera quería mirarlo. ¿Por qué? No lo sabía. Solo de pensar que había estado con Roxanne, después de todo lo que habían hablado, del vínculo que había nacido entre ellos, era como si la estuviese engañando, algo absurdo, todo hay que decirlo, pues ellos no eran más que amigos. Aunque Savannah, estaba sintiendo algo más por él y no podía decirlo, Dean no podía llegar a enterarse.

En cuanto él salió de la ducha, ella se dio la vuelta para salir, pero Dean no se lo permitió.

—Espera, Savannah. Puedo explicarlo, ¿vale? —La voz le salió apagada, estrangulada más bien.

—No, claro que no. Tú no tienes por qué explicarme nada —respondió avergonzada—. Has pasado la noche con mi prima y ya está. Tú y yo... no hay un tú y yo. No somos nada Dean —afirmó mirándolo por fin.

Lo que él vio en sus ojos no le gustó. Que Savannah lo mirase con decepción, tocó una parte de su corazón, ese que comenzaba a latir por ella, sin darse cuenta siquiera. Savannah se había convertido en alguien muy importante para él y no podía perderla.

—Pero...

—Pero nada —lo interrumpió.

—¿Quieres dejarme hablar!?! —le gritó—. Por favor —murmuró ahora—. Es cierto, pasé la noche con ella, pero no es lo que parece. Savannah, tienes que creerme.

—Dean, te vuelvo a repetir que no tienes que darme explicaciones —insistió acongojada.

—Pero es que no quiero perderte, por favor —suplicó temeroso de perderla.

Una parte de él le decía que ese era el fin de Savi y Dean. El fin de una preciosa amistad que estaba por dar el siguiente paso para ser algo más. El fin de todos sus planes, los que incluían la escapada con ella a Alabama. No podía dejar que fuera sola, no cuando estaba superando todo lo que le pasó el pasado año. No podía dejar que afrontase sola lo que se le venía encima y él quería estar con ella.

—No puedes perder a alguien que no has tenido, Dean.

Se dio la vuelta y salió del baño para después encerrarse en su habitación por el resto del día. No podía creer que Dean hubiese jugado con ella, porque sabía que, si él volvía con Roxanne, su amistad, sus encuentros, esos que cada vez se volvían más intensos por esos besos robados por parte de él, incluso sus saludos, se perderían y no volverían a hablarse.

De igual manera, no entendía por qué se ponía así si ellos no eran nada. Siempre fue consciente de que Dean y Roxanne podrían volver en cualquier momento, pero era algo que no aceptaba o no quería aceptar. Ella comenzó a sentir algo por él, algo que nunca sintió antes. ¿Qué haría ahora? No podía simplemente hacer como si nada después de lo que sentía.

Sin pensarlo, cogió el móvil y comenzó a escribirle un mensaje a Mitchell. Necesitaba hablar con un amigo de verdad, uno que sabía que no la iba a fallar y no la iba a dejar tirada por la primera falda llamada Roxanne que se cruzase en su camino.

Hola, Mitch. ¿Cómo estás? Te echo de menos

Estuvo leyendo y releendo el mensaje como si lo que hubiera puesto fuera algo que tenía que haber pensado antes. Suspiró cabreada a la vez que se recostaba en la cama boca arriba.

De pronto, unos toques en la puerta la interrumpieron y estuvo tentada de no abrir, pero la voz apagada de Dean le hizo daño en su ya dolorido corazón. Se levantó y arrastró los pies hasta la puerta para después dejar que él entrase. Aún le dolía la cabeza, demasiado a decir verdad, y todo lo que estaba pasando era mucho peor.

—Savannah, por favor. Mírame —suplicó con la voz apagada.

Ella no quería mirarlo, pues si lo hacía, lo perdonaría y lo dejaría pasar, como si nada hubiese pasado. Pero para Savannah, las cosas entre ellos ahora cambiarían, lo tenía bastante claro.

—No puedo y no sé qué haces aquí. Si mi prima te ve aquí...

—Me da igual lo que diga Roxanne. Entre ella y yo no hay nada —la interrumpió, provocando que ella lo mirara al fin—. No me has dejado hablar antes y me he visto en la obligación de forzarte a escucharme ahora. ¿Te crees que si yo hubiese tenido algo con tu prima estaría aquí ahora? —Se encogió de hombros.

Dean caminó hasta ella, poniéndose demasiado cerca, haciendo que Savannah se pusiera nerviosa. Su respiración se volvió pesada, su pecho no dejaba de subir y bajar con una rapidez que asustaba. Él la miró, percatándose de lo que provocaba en ella, afirmándose a sí mismo que él sentía exactamente lo mismo. ¿Qué les pasaba? Su relación de amistad había cambiado de rumbo,

llevándolos a otra calle, a otra dirección y ahora, con el miedo metido en el cuerpo, no quería perder ese rumbo, pues se perdería sin ella.

—Yo... yo no puedo perderte, Savi. Tu amistad es muy importante para mí. Tú, eres importante para mí —recalcó eso último sin dejar de mirarla a los ojos.

—Es que...

—Por favor, no hagas que tenga que obligarte. Además, no tienes más amigos, ¿no?

Y justo antes de que ella respondiera, el móvil le sonó, avisándole de un mensaje. Era la respuesta de Mitchell. Dean la miró y la instó a cogerlo, pues comenzó a mirar a la cama, donde había dejado el móvil. Se dio la vuelta y al abrir el mensaje y leerlo, una sonrisa se dibujó en su rostro, provocando un sentimiento en Dean que antes no había experimentado. Porque quién quisiera que fuera esa persona, conseguía hacerle sonreír de esa manera; era porque era alguien especial e importante y sentía celos, muchos celos.

Hola, Savi. Yo también te extraño mucho. Estoy deseando que llegue la semana que viene para verte y abrazarte

—Parece que es alguien importante —habló intentando llamar su atención. Ella asintió—. Entonces me voy, así te dejo algo de privacidad para hablar con tu novio.

Y tras decir eso, salió de la habitación sin dejar que ella siquiera reaccionase. Savannah se quedó paralizada sin saber qué hacer. Y, en ese momento, prefirió que Dean creyera eso antes que tener que discutir de nuevo. Era lo mejor para ambos, así ninguno sufriría por el desplante del otro.

Se sentó en la cama pensando, dándole vueltas a la cabeza. ¿Por qué tenía que ser tan difícil? Estaba segura de que Dean no era un mentiroso, pero entonces ¿por qué no era capaz de creerlo ahora? Además, la manera en la que se había ido, no le gustó, tampoco quería que creyera que tenía algo con otro, pues no era así.

Se recostó en la cama y su cabeza latía a la vez que recordaba algunas cosas de la noche anterior, la noche de la fiesta. Su prima se pasó de copas y en una ocasión, se acercó a ella y le dijo algunas cosas que no entendía.

Savannah bailaba sin miramientos, estaba borracha, de no ser así no sería capaz de moverse de esa manera. Dean la miraba a lo lejos, pendiente de cada movimiento de cadera y de cada caricia que su mejor amigo, Mason, le regalaba sin que ella diera permiso. Él sabía que no estaba bien, la conocía. Mason la apretó a su cuerpo mientras reía. Besó su cuello y sin esperarlo, eso provocó que Roxanne fuera hasta ellos. Dean fue tras ella, pues la conocía y sabía de lo que era capaz. Además, estaba borracha y drogada. Aún no sabía cómo consiguió la droga y por eso no se atrevía a dejarla sola, no quería que se drogase más de lo que ya estaba.

—Eh, tú —mencionó tocando el hombro de Mason con fuerza.

Este se dio la vuelta y la miró de arriba abajo a la vez que agarraba a Savannah para no dejar que se le escapara.

—¿Qué quieres, Roxanne? —pregunto arrastrando las palabras—. Ah, ya sé. Vienes a buscarme

porque Dean pasa de ti. ¿No? Como siempre, te metes en mi cama cuando él no piensa ni besarte.

Dean frunció el ceño. ¿De qué cojones estaba hablando su mejor amigo?

—¡Cállate, imbécil! Lo estás jodiendo todo —afirmó esta cabreándose.

—Oh, qué pena... Pero si estás aquí. —Señaló a Dean—. Lo siento, hermano. Me he follado a tu novia mientras tú andabas jugando con la pueblerina.

El primer impulso de Dean fue golpear a su amigo, partiéndole la nariz. No lo hizo por enterarse de que con quién su exnovia lo engañaba era con su mejor amigo, sino por haber dicho eso de Savannah. Eso le jodió mucho más que saber que su novia era una puta.

—¿Qué coño haces, Dean? —habló Roxanne poniéndose frente a él mientras lo empujaba.

—Nada que a ti te interese. ¿Te crees que soy tan estúpido de no saber que me engañabas desde hace tiempo? Que no te dijese nada no significa que sea gilipollas, Roxanne, y por mí, os podéis ir los dos al infierno —aseguró dándose la vuelta para volver a la cocina, aunque en realidad lo que necesitaba en ese momento era salir de allí.

Savannah tuvo un momento de lucidez y eso le ayudó a percatarse de todo lo que, en tan solo unos minutos, había pasado. Miraba a su prima avergonzada, como siempre. Era lo único que podía sentir por ella.

Roxanne se dio cuenta y se acercó a ella para señalarla con el dedo, echándole la culpa de todo lo que había pasado.

—Todo esto es tu maldita culpa, si no hubieses venido, mi vida seguiría siendo mía y no tendría que compartir nada con una niña que no se da cuenta de nada —expresó de mala manera—. Mi madre está loca si piensa que voy a dejar que entres en mi vida como si nada, antes prefiero que se largue ella contigo, así seréis la madre e hija perfecta, la que nunca será conmigo.

Y tras eso, se dio la vuelta y se fue en busca de Dean, dejándola completamente descolocada. ¿Qué habría querido decir con eso? No la entendía y tampoco tenía intención de hacerlo nunca, pero si de algo estaba segura, era de las mentiras que esa familia no era capaz de desvelar.

Capítulo 22

Tenía que buscarlo, hacerle ver que sí creía en él, que no pensaba que la había engañado con su prima. El haber recordado lo que pasó en la fiesta, le hizo ver que Dean decía la verdad y que nunca estuvo con Roxanne, no al menos como ella pensó en un primer momento.

Se levantó como un resorte de la cama y salió de la habitación para ir en su busca. Iba a bajar las escaleras, cuando escuchó ruido en la habitación de su prima. No se iba a dar la vuelta, no iba a mirar nada en lo que no estaba interesada, pero, sin querer, se dio cuenta de que la puerta estaba entreabierta y la curiosidad pudo con ella. Caminó hasta la puerta y los vio, miró el interior de esa habitación. Comprobó lo que su mente no aceptaba, lo que su corazón no quería aceptar.

Dean y Roxanne se besaban apasionadamente, tumbados en la cama. Entonces un sollozo hizo que él se separase de Roxanne y la viera. Negó levantándose de la cama y ella reaccionó para salir corriendo escaleras abajo.

—¡Savannah, espera! —gritó bajando tras ella.

Roxanne sonrió complacida, pues había conseguido lo que ella quería, aunque aún no tenía todo lo que en un primer momento pensó. Su intención siempre fue hacerle daño a Savannah, aunque con eso también se lo hiciera a los que la querían. Dean, su madre y... nadie más.

Salió de la casa y comenzó a correr, importándole muy poco que ese día fuese un día malo, que las nubes estuvieran en todo su esplendor, a punto de caer las primeras lluvias de verano.

—Savannah, por favor. —Cogió su brazo y la paró.

La había alcanzado, aunque pensó que no lo haría, lo hizo. Se dio la vuelta y con toda la fuerza que creía que no tenía, le pegó una bofetada que le hizo doblar la cabeza hacia la derecha. Dean no se lo esperaba, aunque sabía que se lo merecía. Pero el dolor que sintió en la mejilla, no era nada comparado con lo que sentía su corazón.

Lo hizo así, lo tuvo que hacer así. Estaba cansado de seguir engañándola y de no poder decirle la verdad. Lo había pillado besándose con Roxanne, pero todo fue un juego, algo con lo que ahora tenía que lidiar. No quería hacerlo así, pero lo prefirió a seguir estando con ella sin poder decirle todo lo que había estado haciendo.

—Lo siento —se disculpó.

—No, tú no sientes nada, nunca lo has sentido. —Pasó las manos por su rostro—. He sido una tonta, una maldita tonta que ha dejado que te metas en mi puñetero organismo sabiendo que, los chicos como tú sois todos iguales. —Dean iba a hablar, pero ella no lo dejó—. No, ni se te ocurra decirme nada más. Eso se ha acabado, Dean, y no pienso dejar que me sigas haciendo más daño.

—Pero déjame explicártelo, por favor —suplicó perdiendo las fuerzas que le quedaban.

Unas gotas comenzaron a caer sobre ellos, había comenzado a llover. Así era más fácil llorar, no tendría que sentirse débil ante él, ante una persona que solo piensa en caer con la persona que peor lo trata.

—¿Sabes que es lo peor? —Negó—. Que sigues detrás de una persona que está contigo porque vives en la misma casa que el camello que le vende la droga —afirmó.

Él no respondió, no podía pues tenía razón en lo que decía y no podía recriminarle nada. Si pensó que saber que había sido un cornudo todo este tiempo le iba a doler más que perder a

Savannah, estaba equivocado. Incluso los golpes que su padrastro le dio dolían menos que saber que la chica de la cual se había enamorado sin percatarse, lo dejaba, aunque en realidad no llegaron a tener nada.

La posibilidad de dar el siguiente paso juntos ya no era posible y todo lo había jodido él. ¿Por qué? Ni él mismo lo sabía. Solo pensaba en ella, en que fuese feliz, sabiendo que él no era la felicidad que ella necesitaba o, al menos, eso creía.

—No sé qué decirte. —Agachó la cabeza, avergonzado—. Yo, yo...

—No digas nada, Dean —lo interrumpió—. Tú no tienes la culpa, la tengo yo.

—No, no es así. He sido un hijo de puta contigo —respondió—. Y yo... tengo que contarte una cosa... necesito que me escuches, aunque después de eso no quieras volver a verme. —Bufó—. Total, ya no tengo nada más que perder. Lo único que me importaba de mis días, lo único que me hacía las horas más felices, era pasar tiempo contigo, junto a ti, y ya ni eso tendré.

—No quiero saber nada más, Dean —murmuró—. Mañana me iré, volveré a Alabama y me quedaré allí hasta que empiece la universidad. —Él comenzó a negar, intentando acercarse a ella.

Le dolía demasiado. No quería perderla, estaba luchando en contra de todo para no hacerlo y al final la perdió de la peor manera. ¿Por qué siempre tenía que dejarse llevar por las estúpidas ideas de Roxanne? Al fin se daba cuenta, a su exnovia le gustaba joder a los demás y, aunque siempre pensó que a él sería incapaz de fastidiarle, se había equivocado.

—No quiero que te vayas así. —Cogió sus manos—. Déjame explicártelo todo y si después de eso sigues pensando igual, te dejaré en paz. Te lo prome...

—¡Deja de prometer cosas! —gritó—. No soy una estúpida y sé lo que he visto. No te voy a reclamar nada, pues no me interesa lo que hagas con tu vida personal, pero no me mientas, porque no soporto las mentiras. Y lo siento, prefiero que lo dejemos aquí.

Se dio la vuelta y caminó, caminó demasiado, sin mirar atrás. Por un momento pensó que él iría tras ella, pero no lo hizo y en parte lo agradeció.

Era en estos momentos en los que estar en su hogar, era la solución. No iba a esperar al siguiente día, se iría ahora mismo. ¿Para qué alargar la agonía? Las cosas no iban a cambiar y no iba a escuchar lo que tuviese que decirle. Ella sabía lo que sus ojos habían visto y nunca creyó que ver a Dean besándose con Roxanne le haría tanto daño. Si cuando llegó le hubiesen dicho lo que le esperaba allí, no se lo hubiese creído.

Volvió a la casa y su prima estaba en la cocina. No la miró, no le habló, ¿para qué? No había nada que decir. Subió las escaleras y metió en la maleta todo lo que en su día ella llevó, dejando allí lo que su tía le compró. No quería nada, no se llevaría nada. Cerró la maleta y antes de irse sacó de su bolso el cuaderno, ese que no usó desde que llegó a esa casa. Arrancó dos hojas, una para su tía y la otra para Dean. No sabía el motivo que la llevó a pensar en escribirle algo cuando podía hacerlo por mensaje, además, estaba segura de que nadie se la daría.

Para Juliette.

Hola tía, siento mucho que mi despedida sea así y créeme cuando te digo que no había pensado en ningún momento irme sin despedirme de ti al menos, pero las cosas han sucedido así y necesito irme antes de que mi corazón sufra más. Serás la única que sepa mis sentimientos, unos que me ha costado aceptar. Me enamoré de alguien que no era mío y que nunca lo será. Así que me voy y no sé si volveré. Cuidate mucho y no dejes que Roxanne acabe con tu vida así como intenta acabar con la suya.

Besos, Savannah.

Dejó la carta encima de toda la ropa que ella le compró, doblada encima de la cama y tras echarle una última mirada a esa habitación que tantos recuerdos le traía, no solo de este tiempo, sino también de cuando era niña, salió de allí. Bajó las escaleras; su prima estaba en la puerta, esperándola.

—¿Te vas? —se interesó. Asintió—. ¿Por qué?

—No te interesa.

—Por favor, Savannah. Sé que he sido un poco cabrona contigo, pero eso no tiene por qué hacer que te vayas —expresó con seriedad.

—Ojalá fuera tan fácil... pero no lo es, así que prefiero marcharme.

La rodeó y abrió la puerta para irse de una vez.

—Te has enamorado de Dean, ¿verdad? —Se quedó quieta—. Siempre lo supe, me di cuenta de que te gustaba desde el primer día. —Silencio—. Siento mucho que esto acabe así, de verdad que me habría gustado tener otra relación contigo, pero entre nosotras hay motivos muy fuertes que nunca dejarán que logremos mirarnos con cariño.

—Mejor para ti —murmuró y, esta vez, salió de allí sin mirar atrás.

Cogió su móvil y, ya en la calle, lloviendo a mares, llamó a un taxi. Entonces, un coche paró frente a ella, un coche que ella conocía. Dean había parado justo delante de sus narices para llevarla a la estación. No iba a dejar que se mojase más.

Se bajó del coche y caminó hasta ella y, en silencio, cogió su maleta y la metió en el coche sin esperar queja de ella.

Savannah se había quedado quieta, muda y no sabía cómo encajar todo lo que pasaba a su alrededor, era surrealista.

—Sube al coche —pidió con calma.

—¿Tantas ganas tienes de que me vaya que me llevarás tú?

Esa pregunta no la pensó, la soltó sin más.

—Sube al coche —repitió—. ¡Sube al coche!

—¡Vete a la mierda! —gritó ella.

No podía creerlo, eso no estaba pasando. ¿Por qué se comportaba así? Dean se acercó a ella y, sin decirle nada, sin pedirle permiso, la besó ferozmente. No podía dejar que pasara ni un minuto más sin saborear esos labios que cada vez deseaba más. La abrazó, pegó su cuerpo contra su pecho, apretándola con fuerza, intentando meterla en su alma, aunque, en realidad ya estaba ahí, pero no se daba cuenta.

«¿Por qué tenía que ser tan rematadamente tentadora?», pensó. Aún seguía besándola, después de varios minutos en los que no se dieron cuenta de que pasaba el tiempo, seguía con sus labios pegados sin tener la fuerza de voluntad que ambos creían tener para separarse. Y cuando lo hicieron, se quedaron con los ojos conectados, mirándose como si fueran extraños.

—No quiero perderte. Sé que te lo he dicho demasiadas veces ya, pero es la verdad —murmuró pegando su frente a la de ella.

La lluvia no la dejaba ver demasiado bien, pero sabía que Dean estaba llorando. Ella también lloraba. Era doloroso pelearse con alguien a quien quieres, dejar a alguien a quien amas.

—Y yo...

—Y tú, ¿qué? Habla, Savi, no te calles nada.

—No quiero hablar ahora. Solo, ya que te has empeñado, llévame a la estación —pidió y lo rodeó para después meterse en el coche.

Él se quedó ahí, por unos segundos y se dio cuenta de que alguien los estaba mirando. Miró al frente; Roxanne lo había presenciado todo. No le dijo nada, ¿para qué? Ahora no la escucharía y prefería no volver a hacerlo.

Se dio la vuelta y se subió en el coche, arrancó y se encaminó a la estación para dejar allí a su hada, a esa hada que se empeñaba con volar lejos de él, lejos de todo lo que él quería darle.

Tras varios segundos en silencio y varios suspiros, alargó el brazo hasta la radio y la encendió. Savannah lo miró de reojo; él se había percatado. De pronto, una canción que ella conocía muy bien, comenzó a sonar y podía jurar que era el peor momento para escucharla, aunque también podía ser una señal. Miley Cyrus, *The Climb*.

*I can almost see it
That dream I'm dreaming but
There's a voice inside my head saying
You'll never reach it,
Every step I'm taking,
Every move I make feels
Lost with no direction
My faith is shaking but I
Gotta keep trying
Gotta keep my head held high
There's always gonna be another mountain
I'm always gonna wanna make it move
Always gonna be an uphill battle
Sometimes I'm gonna have to lose
Ain't about how fast I get there
Ain't about what's waiting on the other side
It's the climb*

Cerró los ojos mientras la escuchaba, recordando demasiados momentos de su vida. Ahora tenía que añadirle otro más a esa canción y era la amarga despedida que tendría en menos de diez minutos con el único chico que había sido capaz de entrar en su corazón, con tanta fuerza, que no podría olvidarlo nunca.

Capítulo 23

Estaban llegando, la hora de la despedida cada vez estaba más cerca. Dean solo le daba vueltas a la cabeza, pensando la manera de retenerla. Necesitaba gritarle todo lo que sentía, lo que había conseguido en solo tres semanas. Consiguió más que ninguna otra, más de los que su propia prima había conseguido en años. ¿Cómo lo hizo? Ni siquiera él lo sabía.

Cuando llegaron a la estación, Dean aparcó, pero ninguno se bajó del coche. Aún llovía demasiado, pero no era eso lo que la retenía en el interior de ese vehículo.

—Nunca quise venir aquí y hubo momentos en los que quería marcharme, pero no podía hacerlo, no cuando tú me alegrabas cada día —murmuró ella sin mirarlo—. Ahora. —Suspiró—. Ahora necesito irme, alejarme de ti.

—Pero ¿por qué? —preguntó, y ella lo miró con una ceja alzada—. Entre Roxanne y yo no hay nada. Sé que has visto como nos besábamos, pero no, Savannah... ella no significa nada para mí y, aunque parezca mentira, yo para ella tampoco.

—Te juro que quiero creerte, pero en este momento es complicado lograrlo... por eso necesito alejarme, para pensar y poder poner mi cabeza en su sitio.

—¿No tiene nada que ver el chico con el que has estado hablado? —Frunció el ceño—. Está enamorado de ti y ahora os vais a ver. ¿Quién no me dice a mí que en realidad te vas por él?

—¿Has estado espiándome? —Negó y se encogió de hombros a su vez—. No puedo creerlo. —Se carcajeó—. No tengo por qué darte explicaciones, pero te informo de que Mitchell, es mi mejor amigo desde que tengo uso de razón y lo único que nos une, es el recuerdo de nuestra mejor amiga muerta —dijo eso último con un gran nudo en el estómago.

Al no recibir ninguna respuesta por su parte e importándole muy poco la tormenta, salió del coche y sacó la maleta del maletero. Miró por la ventanilla por unos segundos, esperando a que reaccionara, pero no lo hizo y eso solo provocó que saliera corriendo hasta el interior de la estación. Con lágrimas en los ojos, caminó hasta el mostrador y compró el primer billete que había para Alabama, por suerte, el autobús salía en media hora. La tortura acabaría por fin.

Cuando pensó que él se había ido, escuchó su voz. Ya estaba a punto de entrar en el área de pasajeros, pues era la única manera de aceptar que se iba y que no había vuelta atrás.

—¡Savannah, espera!

Paró en seco y se dio la vuelta para encontrarse con un Dean empapado y corriendo hacia ella. Cuando llegó, la abrazó, solo eso. No quería besarla porque sabía que, si lo hacía, no podría dejar que se fuera y entendía que ella lo necesitaba. Se separó y la miró.

—Te pido perdón por todo lo que te hice, aunque no me creas. Todos los días que he pasado contigo han sido verdad, al menos, para mí lo ha sido y no cambio nada de lo que ha pasado entre nosotros, pues me has cambiado la vida. —Se secó las lágrimas—. No soy así, nunca lo he sido. Nunca he tenido que ir detrás de una chica, hasta en eso me has hecho cambiar.

—Intentaré perdonarte el tiempo que esté en mi casa.

—Eso me alienta, ¿irás al lago? —Se interesó. Ella negó—. Deberías ir, es la única manera que tienes de pasar página y dejar los recuerdos de tu amiga en algo bonito y no en un duelo constante.

Ella asintió agradecida y tras darle un beso en la mejilla, porque tenía miedo de besarlo en otro

lado, se dio la vuelta y se marchó, dejando allí algo más que un recuerdo. Dejaba su corazón, su alma y todos esos besos que aún les faltaban por darse.

Unos minutos después, estaba subida en el autobús de camino a casa, de camino a su casa, de la que no tuvo que haber salido nunca, pues no tendría ese problema ahora.

Las horas comenzaron a pasar y estaba llegando la noche. Aún no había avisado a su madre de que en unas horas estaría de vuelta, así que pensó en mandarle un mensaje para que cuando se despertara, lo leyera.

Mamá, estoy en un autobús de vuelta a casa, llegaré por la mañana. Te mandaré otro mensaje cuanto esté llegando. Te quiero

Guardó el móvil y decidió dormir un poco, aunque la idea de quedarse despierta toda la noche, la tentaba, pues tenía ganas de dibujar. Sacó el cuaderno de su bolso y dibujó lo primero que se le vino a la cabeza. Trazó cada línea con sumo cuidado, dibujó cada curva, cada peca y el resultado iba a ser el que tenía en su mente.

Unas horas después, y ya agotada, miró el dibujo y sonrió, pues se había dibujado a ella, al menos, como ella se veía. En el dibujo sonreía, algo que no hacía en realidad, se le veía feliz. Entonces, se recostó y solo unos segundos después, cerró los ojos, quedándose dormida al fin.

La luz del sol comenzó a molestarla, traspasando sus ojos, despertándola de inmediato. Un bostezo involuntario se escapó de sus labios a la vez que cogía el móvil y comprobaba la hora y se fijaba en que tenía una respuesta de su madre. Abrió la aplicación y lo leyó.

Pero ¿estás bien? Espero que no te haya pasado nada, cielo. No te preocupes, te espero aquí con los brazos abiertos

Sonrió, pues tenía la mejor madre del mundo. Al llegar a la estación, lo primero que hizo fue mandarle un mensaje a su madre para decirle que ya había llegado. No sabía si ella la estaría esperando o no, si no había llegado a tiempo para recogerla cogería un taxi y listo. Pero la respuesta de su madre fue un grito al otro lado, la había visto llegar y se moría de ganas por abrazar a su hija. Savannah salió corriendo, con la maleta a cuestas y, cuando llegó, abrazó a su madre como si llevase años sin verla. La había echado muchísimo de menos, mucho más de lo que esperaba.

—Mi niña, mi preciosa Savannah. ¿Cómo estás? ¿Cansada? ¿Has comido? —Asintió con una gran sonrisa.

No recordaba lo bonita que se veía su pequeña al sonreír y le extrañaba que lo hiciera. Hacía un año que no la veía así de risueña.

—Estoy bien, mamá.

—No, no lo estás. ¿Por qué has vuelto una semana antes? ¿Lo sabe tu tía?

Ella rodó los ojos, odiaba que su madre la conociera tan bien.

Salieron de la estación en silencio, ninguna dijo nada más y Savannah no quería contarle a su madre el motivo que la llevó a volver una semana antes de lo acordado. Se montaron en el coche

y, al ser casi la hora de almorzar, fueron al restaurante de Jeffry. Solo hacía tres semanas que no pisaba aquel lugar y ya lo miraba con extrañeza, como si fuese una persona nueva allí. Este, al verla, caminó hasta ellas y le dio un fuerte abrazo y un beso a Savannah.

—Que bien que estés de vuelta, Savannah, se os echa de menos por aquí. —Asintió encogiéndose de hombros.

Entonces Savannah se quedó perpleja al ver como Jeffry besaba a su madre en los labios, dándole una muestra de cariño que antes no había visto. Al separarse, ambos la miraron y ella asintió con una sonrisa. No le disgustaba que su madre rehiciera su vida con alguien que siempre la miró con amor, con un amor tan puro como el que ella sintió alguna vez por ese hombre que decía ser su padre.

—¿Lo de siempre? —preguntó él intentado tranquilizarse.

El haber besado a esa mujer delante de su hija lo puso demasiado nervioso, pues pensó que la pequeña Savannah se negaría a que ellos tuviesen una relación. Ambas asintieron a la vez que iban hacia la mesa, su mesa. Cuando se sentaron, Savannah suspiró al ver el grabado que aún seguía ahí, en la silla de madera: S + O + M = FOR EVER.

Su madre se percató de lo que su hija miraba y lo tocó con la yema de sus dedos, y sonrió al recordar algunos momentos en los que ellos se unían cuando eran unos niños. Estaban tan unidos y se querían tanto que no lograba superar que una parte de esa amistad, de ese amor, ya no estuviera entre ellos.

—¿Estás triste? —Asintió y una lágrima rodó por su mejilla llena de pecas—. Es normal que lo estés, cariño y no es malo, al contrario... pienso que llorar, gritar... es signo de que está aquí y, aunque duela, gracias a ti y tus recuerdos, ella seguirá entre nosotros.

—La echo tanto de menos, mamá. —La abrazó.

—Lo sé, lo sé.

Los segundos pasaban con rapidez y Jeffry llegó con la comida. Se sentó al lado de Savannah y la cobijó entre sus brazos como el que abraza a una hija. Él era el tío de Olive y la pérdida de su sobrina había sido muy dura para muchas personas, incluida Savannah.

Esa semana iba a ser muy dura para ella y sus familiares, pues solo faltaba eso, una semana para que hiciera un año desde que los dejó, desde que esa noche decidió marcharse para siempre. Habían preparado una misa, algo que no era buena idea, pero que sus padres necesitaban.

Cuando consiguió que se calmara, Jeffry miró a Isabelle y esta le dio las gracias por portarse así con su hija. Él le guiñó un ojo y dejó que ambas comieran tranquilas, necesitaban ese momento entre madre e hija.

—Gracias, Jeffry —expresó Savannah antes de que este se marchara.

—No tienes por qué dárme las. Siempre que me necesites, estaré aquí. —Asintió y las dejó.

Pasaron un buen rato en el que dejaron en segundo plano los recuerdos que solo le traían tristeza, eso siempre iba a estar ahí, pero necesitaba desconectar y con su madre lo estaba consiguiendo. Hubo un momento en el que pensó que sería bueno tener allí con ella a Dean, pues lo echaba mucho de menos y, aunque su despedida no fue la mejor, aún sentía un hormigueo en sus labios, aún recordaba esos labios que le costaba mucho trabajo olvidar. Era prácticamente imposible cuando quería seguir besándolo, cuando quería que los besos de Dean, fueran solo para ella.

Sobre las cinco de la tarde, decidieron ir a casa, Savannah estaba agotada y necesitaba dormir

algo, pues el viaje en autobús, fue demasiado largo.

Al llegar, ella se fue a su habitación y tras dejar la maleta en el suelo, se fue hasta el baño para ducharse.

Estaba bajo el chorro de agua, pensando en todo lo que pasó en esas tres semanas. Cuando llegó a casa de su tía, nunca llegó a imaginar que iba a suceder todo aquello. Enamorarse no entraba en sus planes y hacerlo del novio de su prima, mucho menos, pero ahí estaba, con la frente pegada a los azulejos, con lágrimas en los ojos y, ¿por qué? Por recordar los besos de él, los ojos de él y todo lo que tuviese que ver con él. Dean se había metido en su corazón, en su alma y tenía miedo de no tener la voluntad suficiente para olvidarlo.

Aunque no era la única que estaba así, pues un Dean frustrado, conducía a más de cien por hora, de camino a un lugar completamente desconocido para él, pero que tenía más que decidido que quería... que debía ir. Alabama estaba a menos de cuatro horas de distancia, llevaba conduciendo unas diez horas. Sí, estaba agotado, demasiado, pero eso no importaba cuando sabía que al tenerla frente a él todo tendría sentido, todo habría valido la pena.

Capítulo 24

Savannah dormía, soñaba, y el único protagonista de esos sueños era él. Dean se metía en su mente con tanta fuerza que le iba a ser imposible olvidarlo. Aunque, en realidad, no quería, pues siempre decía que en esta vida las cosas pasan por algo y que los recuerdos son los que te mantienen vivo, tu mente seguirá viviendo si aún los tiene.

BIENVENIDOS A ALABAMA. Leyó a su derecha y al otro lado, un cartel que ponía: LAGO GUNTERSVILLE.

Inmediatamente pensó en ella, en su pequeña hada. Solo hacía horas que no la veía y la echaba de menos, tanto, que no pudo aguantar las ganas de ir en su busca, cumpliendo su palabra. Él iba a estar con ella en estos momentos y no la dejaría sola, aunque lo echara de su lado.

A pocos metros de la entrada a Alabama, comenzó a ver casas; una en particular llamó su atención, el color anaranjado de su tejado le hizo sonreír. En ese lugar se respiraba otro aire, otro ambiente y era algo que le gustaba. Llegó al centro y paró en la puerta de una hamburguesería que se llamaba: HAWKS AND GUNTERSVILLE. Aparcó con la intención de entrar y, además de comer algo, preguntar por ella. Estaba seguro de que ahí tenían que conocerla. Al entrar, el olor a dulce entró en sus fosas nasales y justo en ese momento pasaba una camarera con dos tortitas con miel y nueces. Toda una delicia que provocó que su estómago rugiera. Caminó hasta la barra y un hombre bastante alto y de unos cuarenta años lo atendió.

—Hola, forastero. ¿Qué quieres tomar? —preguntó este.

—Hola, pues la verdad es que lo que lleva aquella camarera tiene muy buena pinta. —Sonrió —. Uno de esos.

—Por supuesto. —Apuntó en la pantalla del ordenador—. ¿De dónde eres? —se interesó.

No es que fuese un cotilla, pero resultaba raro recibir clientes tan jóvenes que no fuesen de allí mismo y este chico concretamente no le sonaba de nada.

—Soy de Manhattan —respondió.

—¿Y qué te trae por aquí? Disculpa que te pregunte tanto sin presentarme. Soy Jeffrey, el dueño del local. —Extendió la mano y seguidamente Dean la estrechó.

—Soy Dean. Vine buscando a una chica, una amiga.

Inmediatamente Jeffrey pensó en Savannah, pues era demasiada casualidad que justamente viniese buscando a una chica, alguien de Manhattan, donde ella había pasado, tres semanas. No le dijo nada, esperó a que él le preguntara, pues estaba seguro de que lo haría.

—Se llama Savannah Lowell; es bajita, morena, ojos azules y un rostro de hada precioso.

Jeffrey se quedó perplejo al ver cómo le brillaban los ojos a ese muchacho al describir a la hija de su novia. Ese chico estaba enamorado y se le notaba demasiado. Sonrió y asintió dándole a entender que sabía de quién estaba hablando. Dean suspiró aliviado, pues ya estaba nervioso buscando la manera de encontrarla, ya que eso era algo de lo que ellos jamás habían hablado. ¿Dónde vivía? Solo sabía que era de Alabama y que allí estaba «el mejor lago de todo el mundo», en palabras de ella.

—Claro, sé quién es y la conozco desde que nació. Prácticamente somos familia —respondió Jeffrey.

—Que bien, no sabe el peso que me acaba de quitar de encima. Ya me veía llamando puerta por puerta buscándola. —Ambos soltaron una carcajada. A Jeffrey le caía bien.

Unos minutos eran los que llevaban hablando y Jeffrey lo llevó a una mesa libre para que pudiese comer, ya que sus tortitas estaban listas. Dejó en la barra a la camarera y se sentó con Dean para hablar con él, quería conocerlo mejor y saber las intenciones para con Savannah.

Dean le dio el primer bocado a la tortita y gimió, pues estaba de muerte. Jeffrey sonrió complacido, para él saber que la comida que vendía en su hamburguesería gustaba a sus clientes era importante y le hacía muy feliz.

—¿Está bueno? —Se carcajeó.

—De muerte —respondió poniéndose la mano delante de la boca, pues la tenía llena.

—Bueno, ahora dime, ¿para qué buscas a Savannah? —Dean lo miró divertido.

Eso solo le demostraba que para ese hombre Savannah era importante y que le haría un tercer grado. Necesitaba saber los motivos que lo llevaron a buscar a esa pequeña que le robó el alma.

—Es mi amiga y... es una larga historia.

—Tengo tiempo.

—Vale. —Suspiró—. En estas tres semanas que hemos pasado juntos se ha convertido en alguien muy importante para mí, me contó el motivo que la traía de vuelta aquí y me ofrecí a acompañarla —explicó, pero Jeffrey no se quedó satisfecho con esa respuesta.

—¿Y por qué no viniste con ella?

—Mmm, tuvimos una pelea y me pidió que no viniera con ella. —Agachó la cabeza, avergonzado—. Le aseguro que no quiero hacerle daño, todo lo contrario. Yo... le tengo mucho cariño.

—Está bien, tranquilo. No tengo por qué meterme en las cosas que le pasen a Savannah, pero si me entero de que le partes el corazón, te buscaré yo a ti, ¿entendido? —Asintió Dean, tragando saliva—. Pero de buen rollo —afirmó con una sonrisa—. Al entrar en Alabama, ¿viste una casa con el tejado anaranjado? —Asintió—. Esa es su casa.

Dean abrió los ojos sorprendido y una sonrisa se dibujó en sus labios. Jeffrey le dio una palmada en el hombro mientras se levantaba y lo dejaba comer tranquilo antes de que partiera de nuevo para ir a buscarla. Pero no pasaron ni dos segundos cuando Dean ya estaba en la barra pagando lo que había comido y saliendo mientras gritaba un «gracias».

Ya en su coche, arrancó y dio media vuelta para volver a la entrada de Alabama para ir a esa peculiar casa que tanto le gustó cuando la vio. Cinco minutos después, llegó. Se quedó mirándola desde fuera, sentado aún en su coche. No sabía cómo ponerse ante ella después de lo sucedido. ¿Y si lo echaba? Cabía la posibilidad de que eso ocurriese, pero en ese momento no le importaba demasiado. Savannah podía ser testadura, demasiado a decir verdad y eso fue lo que le gustó de ella.

Con el corazón a mil por hora y tras suspirar unas cinco veces, salió del coche y se encaminó a la puerta de esa casa tan particular, tanto como lo era su dueña. Cuando llegó, las manos le sudaban, estaba nervioso y necesitaba estar tranquilo. Antes de tocar el timbre por fin, la puerta se abrió y una mujer alta, de unos cuarenta años se puso ante él. Era guapa, mucho y pudo deducir que era la madre de Savannah pues, a pesar de tener los ojos de diferente color, se parecían.

—Hola, ¿quién eres, te has perdido? —preguntó Isabelle con extrañeza.

—Eh, yo. Lo siento. Busco a Savannah —respondió—. Soy Dean, un amigo de Manhattan. —

Extendió la mano e Isabelle se la cogió.

Ella no dejaba de mirarlo, lo conocía, sabía quién era él y no entendía qué hacía buscando a su hija. ¿Para qué?

Dean se puso más nervioso aún, el hecho de que la madre de Savannah lo mirase así, no presagiaba nada bueno y no quería que se llevase una mala impresión de él, no cuando sería incapaz de hacerle daño a su hija.

—Eres el Dean de Roxanne, ¿no? —Frunció el ceño incrédulo.

—Soy Dean, pero no soy de Roxanne, señora.

—Lo siento, no pretendía importunarte. Quería decir que eres el novio de mi sobrina. —Él negó—. ¿A no? Vaya, lo siento. Hace mucho que no sé nada de ella y lo último que mi hermana me dijo fue que su hija tenía novio y que se llamaba Dean.

—Sí, es cierto, pero ya no estamos juntos. Savannah, ¿está? —quiso saber. Intentó cambiar de tema.

—Sí, claro. Pasa, seguro que estás cansado.

—Gracias.

Ambos pasaron y Dean miró todo a su alrededor. Le gustó eso de entrar en casa de Savannah y ver sus fotos colgadas en las paredes. Le gustó el olor a hogar que desprendía cada pedazo de madera de aquel lugar. Paró un momento cuando vio un dibujo, era uno muy bonito y leyó el nombre de la autora: Savannah Lowell. Se sorprendió al enterarse de que ella dibujaba, otra cosa que se había callado; el dibujo era un lago, muchos árboles alrededor y una tarima de madera que servía para que pudiesen entrar más al fondo sin tener que meterse en el agua. Era precioso.

—¿Te gusta? —preguntó Isabelle. Asintió—. Oh, perdona. Ni siquiera me he presentado. Soy Isabelle.

—Mucho gusto.

Estaba siendo muy amable con él y eso consiguió que se relajase por unos minutos, no sabía lo que duraría. Isabelle le preguntó:

—¿Quieres tomar algo?

—Agua está bien.

Isabelle fue a la cocina y sirvió un vaso de agua helada. En Alabama hacía mucho calor y estando en el mes de julio, mucho más. Salió con el vaso en la mano y se lo dio. Dean se lo bebió de un trago, estaba sediento. Isabelle caminó hasta las escaleras.

—Voy a llamar a Savannah, ella se quedó dormida, llegó cansada. —Dean asintió.

Su madre subió las escaleras, dejándolo a él solo sentado en aquel sofá de color azul con manchitas en amarillo. La decoración de la casa era cálida y el ambiente, hogareño. Le daba sensación de paz y no le importaría vivir en una casa así, con alguien especial. Sonrió pensando en Savannah. Aún no entendía cómo pensaba esas cosas con la edad que tenía, se volvió loco.

Por un momento se imaginó lo que sería verla dormir, contemplar sus mejillas sonrojadas y sus labios carnosos entreabiertos. Se moría por besarla de nuevo.

Isabelle entró despacio en la habitación de su hija que aún seguía dormida. Tenías las persianas bajadas y sonrió al percatarse de que parecía una oruga con las sabanas enredadas a su cuerpo. Había encendido el ventilador, poniéndolo a sus pies, pero no era suficiente para enfriar su habitación. Se sentó en la orilla de la cama y acarició su mejilla con cariño, provocando que ella se removiera; al tener el sueño ligero no había que gritarle para conseguir despertarla.

—Hola, cielo, ¿has dormido bien? —se interesó su madre.

—Mmm, sí. ¿Qué horas es? —Se desperezó mientras un bostezo involuntario se le escapaba entre sus labios.

—Son casi las nueve.

Se incorporó, quedando sentada en su cama y miró a su madre. La notaba nerviosa, algo extraño en ella.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Abajo tienes visita. —Frunció el ceño—. Eh, sí. Dean está sentado en el sofá.

Savannah se levantó como un resorte y comenzó a caminar de un lado a otro, nerviosa. No podía ser, no podía creerlo.

—¿Estás segura de eso? —Asintió nerviosa.

Su madre se extrañó, aunque conocía demasiado bien a su hija y sabía que entre ellos había algo más que una simple amistad. No le gustaría saberlo, no le gustaría que su hija sufriera por culpa de un chico como ese, como los que dejan a las chicas embarazadas y las dejan tiradas, así como le pasó a... suspiró al recordar lo que pasó hace más de dieciocho años.

—Hija, tranquila, ¿sí?

—No, es que no... no sé. Lo siento.

—¿Estás así por algo en particular? —Negó sin poder responder a eso—. Mejor pregunto de otra manera: ¿Tienes algo con el exnovio de tu prima, Savannah?

Eso sí que no podía responderlo. ¿Cómo hacerlo? Ni siquiera sabía lo que eran en realidad. Isabelle, con solo ver el rostro de su hija, el silencio nervioso y el brillo de sus ojos, ya sabía la respuesta. Su hija estaba enamorada de ese chico y por primera vez en su vida, tenía miedo de verdad, miedo a verla de nuevo sufrir, aunque esta vez fuera por amor.

Capítulo 25

¿Cómo ponerse delante de Dean después de la despedida que tuvieron hacía unas horas? Su madre seguía pendiente de todos sus movimientos y es que, con tan solo mirarla, ya sabía lo que estaba pensando.

—¿No piensas bajar? —mencionó Isabelle.

Savannah se encogió de hombros sin poder articular palabra, no podía hablar y no sabía qué decir. Resopló tantas veces como le fue posible y abrió la puerta para después salir de su habitación. Su madre se fue a la suya, no bajaría, le dejaría ese espacio que ahora necesitaban para aclarar las cosas. Ella confiaba completamente en su hija y se lo quería demostrar de ese modo.

Savannah arrastró los pies hasta las escaleras y, temerosa, bajo escalón por escalón, suspirando y moviendo las manos a su vez. ¿Por qué se comportaba así? Esto era de locos. Al llegar abajo, vio a Dean de pie, mirando unas fotos de ella que colgaban de la pared. Una sonrisa se le dibujó en ese momento, pues, aunque no quisiera, le emocionaba que él hubiera ido a estar con ella. Caminó hasta él en completo silencio, observando cada movimiento, fijándose en su espalda marcada. Nunca lo había mirado así, tan fijamente, sin que él se percatase de ello. Sin querer, tropezó con una silla y él se dio la vuelta.

Sus ojos se clavaron en ella, en toda ella. Savannah tragó saliva, de todas las veces que se miraron esta era diferente y le hizo sentir cosas diferentes. Sintió como un fuego interno subía desde sus pies hasta lograr teñir de rojo sus mejillas. Se había sonrojado de una manera escandalosa y Dean sonrió a la vez que un suspiro se escapaba entre sus labios.

—Hola —murmuró él.

—Hola —respondió ella.

¿Qué les pasaba? Parecía que llevaran mucho tiempo sin verse o que acabaran de conocerse. Dean caminó hasta ella y cogió sus manos, se llevó una de ellas a los labios y depositó un dulce beso, uno que provocó en ella un estremecimiento. Tiró de ella y la obligó a sentarse a su lado.

—Siento haber venido, pero... no podía dejarte sola en este momento —se excusó.

—No estoy sola. —Miró al frente—. Además, mi amigo Mitchell también estará —mencionó ella, provocando que a Dean le diesen ganas de vomitar.

—Lo sé, ya lo sé —siseó molesto.

Savannah se dio cuenta de eso y no le importó, al contrario, ahora era ella la que jugaría con él, así como lo hizo él con ella. No le gustaban las venganzas, pero en estos casos, es bueno dar a las personas de su propia medicina. Era algo que no pensó, pero que, al ver cómo había reaccionado, vio como una buena idea.

Lo miró de reojo, pues en teoría quería ignorarlo un poco, no hacerle ver lo que provocaba en ella, aunque fuese algo imposible. Con solo un roce su piel se erizaba y ni hablar de cuando sus labios se juntaban; con sus besos, Savannah creía que moriría y reviviría al instante... sentía como si cayera por un precipicio, pero solo eso, caer y caer, sin llegar a ningún fondo. Dean cogió de nuevo su mano izquierda y la apretó, odiaba que Savannah estuviese así con él y odiaba a Roxanne por obligarlo a besarla para que ella lo viese. ¿Por qué tenía que hacerle caso? Siempre terminaba

haciendo lo que le pedía, fuera lo que fuera.

—Savannah. —No lo miró—. Savi... mírame, por favor —suplicó con la voz llena de angustia.

Lo miró y en ese momento, se dio cuenta de que ese juego a ella no le iba a salir bien, no era mala persona y eso solo les salía a las personas que estaban acostumbradas a jugar con los sentimientos ajenos.

Dean la miraba suplicante, con ganas de poder hablar con ella sin discusiones, sin tener que recordar que su «novio» iría allí en solo unos días. Él se dio cuenta de que tenía solo una semana para poder conquistarla, para conseguir que confiase en él, que le diera la oportunidad de mostrarle que era un buen chico y, sobre todo, que la quería... La quería como un auténtico gilipollas y no se dio cuenta hasta que la vio marcharse de ese modo. Solo una lágrima de ella provocaba dolor en él.

—¿Hasta cuándo estarás cabreada conmigo? —mencionó él sorprendiéndola.

—No estoy cabreada, pero si decepcionada. Pensé... —Suspiró—. Pensé que éramos amigos y que no nos ocultábamos nada, pero me negaste lo de Roxanne y luego os vi.

—¿Estás segura de que es solo por eso?

—¿A qué te refieres? —preguntó nerviosa, sabiendo ya la respuesta.

—A que puede que estés celosa.

Savannah se levantó y lo escrutó con la mirada mientras ponía los brazos en jarras. Se hizo la indignada, fingió demasiado bien o eso pensó ella. Dean se levantó y se puso a su lado para luego, sin que ella se lo esperara, abrazarla fuerte, metiéndola en lo más profundo de su ser. Eran tan fácil su vida desde que ella llegó a ella que se había acostumbrado demasiado rápido y eso lo asustaba, el miedo a perderla cada vez era más poderoso.

—Dean —murmuró—. Me estoy ahogando —se quejó.

—Oh, lo siento... no pretendía.

Al alejarse, solo los separaban unos pocos milímetros. Se miraban con un amor que les asustaba a ambos, pero eran tan cabezotas, que no reconocerían sus sentimientos. Dean por miedo. Savannah por no saber amar. Una vez dijo que el amor era algo así como el viento, no puedes verlo pero sí sentirlo. Era algo así como el sol, calienta de manera sofocante, obligándote a zambullirte y solo cuando estás bajo el agua, te puedes permitir olvidar por unos segundos.

Dean fue acortando las distancias, hipnotizado por sus ojos, esos ojos que parecían océanos en plena tormenta. Savannah tenía unos ojos que provocaban sentirse ante un abismo, uno del que no puedes escapar. Para él, ella era mágica, un hada o una sirena.

Un carraspeo cercano los separó antes de que sus labios se pegaran como si fuesen imanes.

—¡Mamá! —exclamó avergonzada—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Lo suficiente para saber que estáis sedientos. ¿Un jugo de naranja? —se interesó alzando una ceja. Ambos asintieron mirando sus pies—. Savannah, hija, ¿por qué no llevas a Dean a la hamburguesería de Jeffrey, así coméis algo y le enseñas un poco todo esto?

—No creo que sea buena idea —murmuró Savannah.

—Y, ¿por qué no? —insistió su madre.

—Eso, ¿por qué no? —intervino él con diversión.

Sabía lo que le molestaba que la pusieran entre la espada y la pared, pero era la única manera de poder acercarse. Savannah no se lo estaba poniendo fácil, y aunque ya sabía que eso podía pasar, era algo que dolía sobremanera.

—Está bien.

Dean la escuchó bufar pasándose las manos por el rostro a su vez. Era muy cómica y estaba seguro de que se lo iba a pasar en grande el tiempo que estuviesen allí.

Su madre les dio el jugo de naranja y se lo tomaron en silencio. Isabelle los miraba expectante, comprobando de esa manera sus sospechas. Se gustaban demasiado y podría jurar que sentían algo más que una simple atracción. Su hija era preciosa y Dean... no podía negar que era un muchacho muy guapo, aunque estaba segura de que su hija no solo se fijó en eso, para ella tenía que ser mucho más que una cara bonita.

Sobre las diez de la noche, salieron de casa y Dean caminó hasta su coche para ir a la hamburguesería, Savannah lo miró con los brazos cruzados y una sonrisa burlona.

—¿Qué te hace tanta gracia, hada? —preguntó con la puerta del coche abierta.

—¿Dónde te crees que vas?

—A la hamburguesería de Jeffrey —afirmó haciendo una mueca de disgusto.

—¿En coche? —preguntó en tono burlón—. Dean, estamos cerca de Jeffrey. Además, me conozco esto como la palma de la mano y callejeando se llega rápido. —Suspiró negando—. Anda cierra el coche y vamos caminando.

—Pero, Savannah, ¿también me harás correr aquí? ¿No crees que ya me torturaste bastante? —Negó regalándole la sonrisa más bonita que había visto en su vida.

—No seas quejica y muévete. Y no, no vamos a correr, ¿sabes lo que es caminar?

—No, que va. —Entrecerró los ojos.

Ambos soltaron una carcajada mientras comenzaban su camino. Era una noche cálida y a Savannah le encantaba pasear por esas calles poco concurridas a esas horas. Allí se conocían todos y nadie era capaz de dañar a nadie. Era el lugar perfecto donde echar raíces.

Savannah tenía claro que en cuanto acabase los estudios, volvería a Alabama. No era chica de grandes ciudades y allí estaba en casa, era su hogar. Solo esperaba que el hombre que la quisiera compartiera los mismos sueños o, al menos, compartir un poco de los suyos.

—Ahora en serio, Dean, ¿por qué has venido? —preguntó ella de pronto.

Este se tensó, no estaba preparado para hablar de eso ahora y, parecía fácil decirle a una chica lo que sentía y más cuando se está tan seguro, pero no era igual con ella, con Savannah debía ir despacio. Eso fue lo que le gustó de ella, que no era como Roxanne; que le importaban los demás. Era diferente y eso fue lo que lo enamoró.

—Está bien, me has pillado. —Frunció el ceño—. Como no me quisiste escuchar, pensé que aquí no te quedaría más remedio, pues no tenías más lugares a los que escapar, ¿no?

Parte de lo que dijo era cierto, pero solo una pequeña parte.

—Venga, Dean, no hace falta que me recuerdes que me mentiste. Pero da igual, si has vuelto con mi prima, pues yo feliz por vosotros —mintió descaradamente. No se le daba bien el sarcasmo y Dean soltó una carcajada—. Está bien, no seré feliz por vosotros. Mi prima no te merece y me jodió veros después de todo lo que ha pasado entre nosotros. Llámame tonta si quieres, pero es lo que pienso.

Dean se paró en seco, pensando la manera de declarar lo que su corazón escondía. ¿Habría alguna manera de decir lo que se siente sin necesidad de utilizar las palabras? ¿Habría alguna manera de hacerle ver a esa chica tan testaruda que el chico al que ella creía imposible había caído irremediabilmente a sus pies?

Se acercó a ella, acortando la poca distancia que había entre ambos y, sin pensarlo siquiera, pues de hacerlo no hubiera tenido el valor de mostrar lo que su alma le gritaba desesperadamente, cogió sus mejillas con ambas manos y, tras un suspiro que le llegó al alma, la besó con dulzura, con tanta dulzura que pensaron que estaban entre algodón de azúcar.

Savannah se dejó llevar, no podía hacer otra cosa, ella ya no era dueña de su corazón, de su alma, ni siquiera lo era de sus labios; le pertenecía a él, y Dean lo tomaba todo, guardándolo en lo más profundo de su corazón herido, de su interior oscurecido por los palos que la vida le dio. Un interior que, poco a poco, se estaba llenando de una luz brillante, que alumbraría hasta su noche más oscura.

Esa era la única manera de decirle lo que sentía, de declarar lo que sus labios no se atrevían a pronunciar. Dean y Savannah, se estaban enamorando. ¿O lo estarían ya? Realmente no lo sabían a ciencia cierta, pues ninguno sabía lo que era el verdadero amor, aprenderían juntos y lucharían juntos. Era lo único que importaba: estar juntos.

Capítulo 26

El beso se volvió intenso, demasiado para soportarlo. Savannah pasó los brazos por su cuello, acariciando su corto cabello, pegándolo más si cabía. Dean la apretó contra su cuerpo, mostrándole lo que provocaba en él con solo el roce de sus labios. Ambos estaban excitados y no tenían voluntad para parar algo que deseaban tanto. ¿Qué harían tras ese beso? Las cosas se iban a complicar o eso pensaban ellos.

Al separarse sus ojos brillaban con intensidad, el poder que tenía ese beso era demasiado fuerte y los haría caer en algo que estuvieron evitando. Caerían en los brazos del otro, enamorados y deseosos de sentirse piel con piel.

—Siento haberte besado, pero cada vez me cuesta más no hacerlo —murmuró él pegando su frente a la de ella.

Savannah cerró los ojos, respiraba con dificultad, ambos lo hacían.

—No... —Se alejó.

Savannah comenzó a caminar, tenían que llegar a la hamburguesería de Jeffrey, estaba hambrienta y estaba segura de que Dean también lo estaba. Él no dijo nada más y la siguió. Caminaron durante cinco minutos más y llegaron al local donde, nada más entrar, Savannah fue hasta su mesa. Se sentó en silencio y él hizo exactamente lo mismo. ¿Qué haría ahora si ella no quería ni mirarlo? La vio tocando unas letras grabadas en la madera de la mesa con delicadeza, como si fuese algo importante. Entonces se percató de sus mejillas, ambas estaban rojas a la vez que mojadas por unas lágrimas que parecía haber estado reprimiendo.

Dean leyó las letras y no entendía muy bien cómo unas iniciales podían provocar esa tristeza en ella, estaba claro que Savannah tenía aún muchas cosas que contarle, solo así podrá entender su dolor y el encierro que tenía en sí misma, el mismo que no la dejaba mostrar sus verdaderos sentimientos.

—¿A qué tienes miedo? —preguntó él de pronto, obligándola a mirarlo al fin.

Savannah iba a responder a la vez que Jeffrey llegaba hasta ellos y los interrumpió. El dueño del local se dio cuenta de que no llegó en el mejor momento, pero ya estaba allí.

—Lo siento —se disculpó—. Veo que conseguiste encontrarla, muchacho —mencionó sorprendiéndola. Dean asintió con una sonrisa fingida—. Bueno, ¿qué vais a tomar?

—Yo lo de siempre —murmuró ella.

—Yo lo mismo que ella.

Jeffrey se carcajeó, cosa que preocupó a Dean.

—¿Estás seguro de que quieres lo mismo que ella? —Se encogió de hombros.

—¿Acaso come insectos? —Negó y se dio la vuelta sin parar de reír.

La miró a ella para que le aclarase qué era lo que comía, pero Savannah se reía también y no podía siquiera responderle. Le gustó verla reír después de todo y no le importó comer insectos si con eso ella le regalaba la mejor de sus sonrisas. Ya estaba grabando a fuego cada una de ellas, recordando el significado.

—Me gusta verte así —expresó él. Ella dejó de reírse y lo miró—. Oh, no... no dejes de reír solo porque te dije eso.

—No es por eso, Dean.

—Entonces ¿por qué es? Savannah, hay cosas que aún necesito que sepas y creo que también tienes cosas que decirme. —Se encogió de hombros a la vez que un suspiro se le escapaba de entre sus labios.

A Dean incluso le gustaban sus suspiros y era una chica que lo hacía muy a menudo.

—Es cierto, tenemos cosas de las que hablar, pero ahora no es el momento —aseguró—. Disfrutemos de una cena entre dos amigos...

—Entre dos amigos que sin darse cuenta se han enamorado —la interrumpió para terminar la frase por ella.

No estaba seguro de que fuese eso lo iba a decir, pero él dijo lo que sentía y ella se sonrojó, así que también pensó lo mismo. Dean sonrió de lado.

Unos minutos después, Jeffry llegó con dos refrescos y un plato llenó de patatas gajo con la salsa especial de la casa. Savannah lo recibió con una sonrisa y cogió la primera patata sin esperar a que esta se enfriara.

—¿Te das cuenta de que esta es la primera vez que cenamos juntos? Podría haber sido nuestra primera cita, ¿no te parece?

—Come y calla, Dean —dijo ella sin mirarlo.

Este se carcajeó y, sin apartar sus ojos de ella, cogió una patata y se la metió a la boca. No pasó ni un segundo cuando un grito desgarrador salió de sus labios y ahora era ella la que se carcajeaba como una loca, mientras se agarraba la barriga. Sabía lo que iba a pasar y aun así dejó que él probase las patatas; estas llevaban una salsa echa con chile y picaba mucho. Ella lo soportaba porque llevaba años comiendo eso, le encantaba el picante, pero Dean, él no pudo soportarlo y se bebió el vaso de refresco de un trago. Claro está que el refresco no le quitaba el picor.

—¡Joder! ¿Qué cojones llevan las patatas? —exclamó un poco alterado—. ¿Quieres dejar de reírte? —Le pidió.

—Está bien, lo siento. No sé por qué te pones así, tampoco es que pique demasiado.

—¿¡Qué no pica demasiado!? —gritó poniéndose las manos en la cabeza—. Es cierto, no pican, arden... la boca me arde.

Ella lo miró con pena y se levantó para ponerse en la silla que estaba a su lado. Dean seguía bebiendo y no se percató de la proximidad de Savannah hasta que sintió su mano en la de él. Miró a su derecha, sus labios estaban cerca, sus narices se tocaron y sintió su respiración. Dean tragó saliva al comprobar como ella lo miraba y sintió que el corazón se le saldría por la boca en cualquier momento.

Savannah respiraba con dificultad, aunque ella quería alejarse, seguir con su vida fuera cual fuera, no podía... deseaba a cada instante estar a su lado, besar sus labios y, ahora más que nunca, sentir su aliento chocar con su piel. Dean provocaba demasiadas cosas en ella y el deseo era una de esas sensaciones.

Él aprovechó ese momento para acercar sus labios y besarla con premura. Y fue la primera vez que ella también deseó eso, de la misma manera en la que lo estaba haciendo. Cada vez les costaba más aguantar sin besarse.

Estaba hecha un lío, no porque no supiera lo que sentía, sino porque tenía miedo de aceptar algo que le iba a traer de nuevo dolor a su vida. En cuanto se enterase su prima, haría lo posible por fastidiarla y, realmente, no estaba segura de que él sintiera lo mismo o de que fuera tan fuerte que

nada ni nadie los pudiera separar.

Se separaron en cuanto se dieron cuenta de que no estaban en el lugar indicado. Savannah se sonrojó y él acarició su mejilla.

—Siento mucho no haberte dicho que las patatas tenían chile. —Abrió los ojos sorprendido—. No pensé que no pudieras soportarlo.

—Ya veo que eres mucho más dura de lo que pareces. —Se encogió de hombros—. ¿Cómo puedes comerte esas patatas?

—Muchos años de práctica. Además, me encanta el picante. —Sonrió y volvió a su sitio para seguir comiendo patatas.

Jeffry llegó con dos buenas hamburguesas que con solo mirarlas babeabas. Tenían muy buena pinta, pero Dean no se atrevía a probar bocado por miedo a que eso también tuviera chile.

—Tranquilo, esto no pica —mencionó Jeffry.

—¿Me lo prometes?

—Te lo juro.

Jeffry iba a irse, pero Savannah lo paró.

—Jeffry, es mejor que traigas dos batidos, ya sabes que los refrescos y el chile no son buena combinación. —Este asintió y se dio la vuelta para marcharse.

Los dejó solos de nuevo y tras mirarse, soltaron una carcajada que resonó en todo el local, provocando las miradas curiosas de los demás clientes. Unos minutos después, Jeffry les llevó dos batidos de vainilla y así, comenzaron a comer. Dean siguió probando las patatas, aún le costaba aguantar la quemazón, pero ahí estaba, haciéndolo por ella, por conocer cada faceta de su hada.

Las horas comenzaron a pasar y no se percataron, pues estaban siendo unas de las mejores que habían pasado juntos. Cuando terminaron de comer y reposar, se levantaron y tras pagarle la cena a Jeffry, salieron de allí para volver a casa. Era ya casi la una de la madrugada y, la verdad, a ella no le apetecía ir a casa, así que dieron un largo paseo, mostrándole a Dean sus lugares favoritos.

Se sentaron en un parque cercano, no era igual que el de Manhattan, pero al menos serviría para charlar mientras miraban las estrellas y, esa noche, el cielo era perfecto y hermoso, aunque no tanto como ella. Dean la miraba mientras que Savannah tenía la mirada perdida en el cielo. Sacó su móvil y, sin que ella se diese cuenta, le sacó una foto. Ella aún no sabía nada de él, solo lo peor de su vida; de su «hogar» Savannah solo conocía el lado oscuro de Dean, pero, ¿qué había del lado bueno?

—¿Me acabas de sacar una foto? —Asintió—. ¿Me la dejas ver? —Negó—. ¿Por qué?

—Porque seguro que me la borras y no quiero que lo hagas —refirió él.

—Oh, no. Confía en mí, solo quiero verla... además, yo no borro nada que no es mío.

Le extendió el móvil y ella abrió los ojos sorprendida, había capturado en ella cada esencia. Le gustó mucho la imagen, la postura, incluso el brillo de sus ojos.

—¿La retocaste?

—No, aún no, ¿por qué? —se interesó con extrañeza.

—Porque es demasiado buena, no parezco yo —expresó en un hilo de voz.

Dean se acercó a ella, pegándose más a su cuerpo. Solo los separaban unos milímetros y ya sentía el deseo de abrazarla, besarla, pero no se atrevía, ¿y si lo rechazaba? Aunque era cierto que antes fue ella quién se le acercó con deseos de ser besada por él. Estaban, cada uno, luchando con

ellos mismos por aguantar la tentación de hacer algo más, de tener algo más. Aunque llegaría ese momento en el que no podrían más.

—No creo que haga falta retocarla. —Lo miró con una ceja alzada—. Eres hermosa, tal y como eres. —Ella negó con media sonrisa—. ¿Por qué no aceptas que eres hermosa?

—Porque no es cierto... puedo ser una belleza por fuera, pero, por dentro, soy horrenda. —Frunció el ceño a la vez que se cabreaba con ella por decir eso.

—No puedes decir eso y mucho menos de ti. Eres la mejor persona que conozco y no creo nada de lo que has dicho. —Ella esbozó una sonrisa que a él le llenó el alma.

¿Cómo podía decir algo así de ella? Esa pregunta taladró su mente y no entendía nada, ¿acaso Savannah escondía algo? Aún no le contó nada de ella, nada que le hiciera pensar algo así de ella y creía que, aunque le contase algo, no lo pensaría.

—No debes creer todo lo que ves.

—Mejor cuéntamelo y así podré aceptar lo que me dices.

Ella volvió a clavar esa mirada intensa en él, esa noche oscura, provocaba que los ojos de ella, se vieran mucho más penetrantes, como si estuviese intentando averiguar lo que pasaba por su mente. Dean tocó su mejilla con delicadeza, mostrándole apoyo, dándole esa confianza que ella creía que no tendría en él y, que le estaba demostrando cada vez más. Él era ese chico que entró en su corazón y, aunque no hubiese nada entre ellos, al menos sabía que sería un buen amigo y eso no lo cambiaría por nada en el mundo. Llegó el momento de contarle sus secretos, sus recuerdos, esos que la desmoronaba a cada segundo y que, gracias a él, esos segundos se convirtieron en minutos, incluso, a veces, en horas.

—Es muy difícil sincerarse con alguien que aún te esconde cosas, ¿no crees? —Él sonrió negando.

—Te contaré todo lo que quieras... después de ti. —Savannah bufó, demostrándole lo nerviosa que estaba.

—Está bien, te diré todo lo que pasó... lo que pasó para que se me metieran en la cabeza estos pensamientos que no te gustan.

No sabía cuántos suspiros llevaba, ni cuantas veces se había retorcido los dedos. Estaba nerviosa, asustada y sabía que después de contarle todo, él se iría y eso no lo iba a soportar, pero era mejor ser sincera, aunque con eso lo perdiera para siempre.

Capítulo 27

Un silencio enloquecedor, se instaló entre ambos. Savannah pensaba y pensaba, le daba demasiadas vueltas a la cabeza. Era complicado echar el tiempo atrás y recordar momentos que mantenía escondidos en lo más profundo de su mente y de su corazón. Y el simple hecho de, siquiera, pronunciar el nombre pasado, daba miedo. No era divertido y costaba, costaba demasiado.

Dean esperaba ansioso, no por morbo de saber lo ocurrido, sino porque sabía que eso lo uniría más a ella, de una manera u otra, sentiría que ambos estaban conectados. Contarle a la persona que amas todo lo que en tu vida has pasado era algo complicado, pero liberador.

—No sé cómo comenzar —murmuró ella un poco nerviosa—. Tengo miedo de que después de esto, no quieras volver a verme —aseguró con un gran nudo en la garganta.

Dean se acercó a ella y pasó un brazo por sus hombros para después pegarla a su pecho. Solo quería darle la seguridad que necesitaba, que supiera que estaría con ella, pasase lo que pasase.

—No creas que me voy a asustar de tu pasado, Savi, el mío es mucho peor. En todo caso quién debe tener miedo, soy yo.

Ella lo miró, conectando sus ojos como siempre pasaba cuando se miraban, era tan fuerte la conexión que parecía no haber nadie más que ellos. A veces eso, daba miedo, la abrumaba demasiado, pues nunca había tenido la sensación de pertenecerle solo a una persona, así como lo sentía ahora.

Se incorporó unos segundos y respiró hondo creyendo que así se calmaría y encontraría ese valor que perdió aquella noche de verano, aquella noche que perdió algo tan importante como una gran amistad, la mejor de toda su existencia.

Iba a hablar cuando el sonido de su móvil los interrumpió, anunciando una llamada entrante. Miró el número, era su madre.

—¿Qué pasa mamá? —preguntó con tranquilidad.

—Savannah, tienes que venir... ha pasado algo.

Se puso en pie en cuanto escuchó la voz de su madre. Parecía aterrada y tenía miedo de que pasase algo grave, algo como lo que sucedió hacía un año.

—Voy enseguida.

Colgó e hizo que Dean se asustase y preguntara qué pasaba, pero ni ella misma lo sabía. Solo les quedaba llegar a casa y enterarse. Sus pasos eran muy ligeros, y ya estaban cerca de la casa. Savannah estaba acostumbrada a correr y Dean, él desde que ella lo obligó, también. Cuando llegaron, la puerta de su casa estaba abierta y por un momento, sintió pánico, uno tan fuerte que no la dejaba avanzar. ¿Qué le pasaba?

—Eh, Savannah, ¿qué ocurre? —preguntó preocupado.

—Mi madre no está aquí —murmuró—. No puedo entrar ahí —expresó agónica, asustada.

—Pues entraré yo. Es muy raro que tu madre deje la puerta abierta, ¿no crees? Además, es posible que solo la dejase así para que no tuvieses que tocar el tim...

—Tengo llaves, Dean —lo interrumpió.

—Entonces ¿qué ocurre? ¿Acaso sabes lo que pasa? —Ella se encogió de hombros mientras

sentía como unas minúsculas lágrimas recorrían sus mejillas—. Eh, eh. No llores, sea lo que sea tendrá solución. Ven aquí. —La abrazó, la arropó entre sus brazos y la acunó como si fuese una niña perdida.

Dean no entendía nada, pero sabía que algo pasaba y tenían que averiguar lo que era. Mientras ella seguía así, mojando la camisa de él con sus lágrimas. Entonces, cuando parecía estar más tranquila, su móvil volvió a sonar, pero esta vez, lo descolgó Dean.

—¿Quién es?

—Dean, ¿dónde está mi hija?

—Estamos fuera, en la puerta de casa.

Mientras hablaba con Isabelle, Dean comenzó a caminar despacio hacia el interior de la casa. Savannah se quedó fuera, tenía miedo de entrar y aún no sabía por qué. Entonces, cuando él entró, un «¡sorpresa!» se escuchó y las luces de la casa se encendieron y la madre de Savannah salió junto con un joven de unos veinte años. Ambos lo miraron y Dean alzó una ceja, se había cabreado.

Savannah al escuchar el grito, fue hasta la casa y entró. Miró a su madre y luego miró a su acompañante. No podía creer lo que sus ojos veían... su tío Eliot estaba frente a ella tras ocho años de no saber nada de él. Bueno, en realidad no era su tío, sino el primo de su madre, pero siempre lo trató como si lo fuese.

A Savannah se le dibujó una sonrisa en su hermoso rostro, algo que tranquilizó a Dean sobremanera y corrió a los brazos de ese hombre que tanto la quería, como si fuese una hija.

—¡Tío Eliot! —gritó ella abrazándolo.

Isabelle los observaba con cariño y algo más que eso, Dean se percató y sabía que esa visita no solo venía de paso. A él le encantaba sacar de contexto cualquier cosa o situación y casi nunca se equivocaba.

—Mi pequeña Savannah, cuanto te he echado de menos. —Este la recibió con cariño.

—¿Dónde has estado tanto tiempo? —se interesó cuando se separaron.

Eliot y ella caminaron hasta el sofá y se sentaron. Él la miraba con un brillo especial en los ojos, la quería muchísimo. Mientras tanto, Isabelle llamó a Dean para que la ayudase a preparar unas bebidas, quería dejarlos a solas y esta era la mejor manera. No muy convencido, caminó con ella hasta la cocina y ahí la madre de la chica de la cual se había enamorado lo miró de una manera extraña, una manera que a él no le gustó y sabía que algo pasaba, pero ¿qué?

—Escucha, Dean... —Suspiró, algo que Savannah hacía demasiadas veces—. Está claro que sientes algo por mi hija y ella por ti, pero eso no quiere decir que puedas quedarte en esta casa el tiempo que te plazca. No me gustas, eso quiero que lo tengas claro, no por ti, apenas te conozco, pero el simple hecho de que hayas estado con mi sobrina es algo que me choca contigo.

Dean abrió los ojos sorprendido, no entendía a qué venía esa declaración ahora, creyó que le había caído bien, pero al parecer no fue así y se sintió engañado en cierto modo.

—Lo siento, creo que se ha llevado una mala impresión de mí y se equivoca —respondió él fingiendo una tranquilidad que no tenía—. Es cierto, estuve con su sobrina, pero en cuanto conocí a Savannah tuvimos una conexión tan fuerte que me di cuenta de que la relación que tenía con Roxanne era falsa, algo que ambos creamos pero que no era real. No sé si me entiende.

—Te entiendo perfectamente, pero mi hija ya ha sufrido bastante y no quiero que vuelva a hacerlo y algo me dice que contigo lo hará —mencionó preocupada.

Dean la entendió, pero no podía dejarla ni aunque se lo rogase. Había conseguido acercarse a ella de un modo que no creyó que lograría y ahora, en este momento en el que estaban más unidos, no se iba a marchar sin más. Se dio cuenta de sus sentimientos por ella y de que estos eran más fuertes que los que un día sintió por otra persona, por Roxanne. Le hizo ver a Isabelle eso, pero ella no estaba muy por la labor de aceptar aquello.

Esa conversación se estaba alargando demasiado y no llegaban a un acuerdo. Isabelle tenía su idea y Dean no iba a lograr cambiarla, aunque viese con sus propios ojos lo que él le juraba.

Prepararon unos refrescos y ambos salieron de la cocina y se sentaron al lado de Eliot y su hija. Esta estaba emocionada de tener a alguien tan importante en su vida, a ese alguien que un día pensó que no volvería a ver y que aquí estaba de nuevo, abrazándola como siempre.

—¿Cuánto tiempo te quedarás, Eliot? —se interesó Isabelle.

—Pues aún no lo tengo decidido, pero creo que esta vez es para siempre —afirmó él alegrando mucho más a Savannah.

—Que bien que estés aquí, tío. Aunque en unos meses yo no estaré. —Este frunció el ceño—. Estudiaré en Manhattan.

—Oh, ¿en serio? ¿Y qué estudiarás?

—Arte, quiero pintar. Me encanta.

Eso le ayudó a Dean a saber al fin su pasión, lo que ella tanto amaba. La pintura para Savannah era muy importante, tanto como la familia y sus amigos. A él le gustó saberlo y, miró de nuevo a la pared, recordando que había visto ese cuadro que ella había pintado. Un lago precioso, estaba seguro de que era el lago que ella tanto amaba o amó.

Savannah siguió contándole a su tío lo que amaba la pintura y se levantó un momento y subió a su habitación. Unos segundos después bajaba con un cuaderno entre sus manos. Dean dedujo que sería donde pintaba y así era. Empezó a mostrarle a su tío lo que había pintado y este lo miraba maravillado. Cuando terminó de verlo, se lo pasó a Dean con una sonrisa en su rostro para que él también lo viese. A él le encantaba verla así, su sonrisa más perfecta marcada en su rostro y esos preciosos ojos emocionados por mostrar algo que ella tanto amaba.

—Oh, Savannah, son preciosos. Tienes mucho talento —mencionó Dean mientras pasaba las páginas.

El dibujo que más le gustó, fue el de ella, porque sabía que era ella. Las pecas de su nariz la delataban. Entonces, llegó a un dibujo que, aunque estaba perfectamente trazado, a él no le gustó. Ponía Mitchell y unos corazones alrededor de este. Era el rostro de un chico, uno que, sin conocerlo, ya le caía mal. No preguntó, ¿para qué? Prácticamente sabía quién era él.

Le devolvió el cuaderno un poco cabreado, pero no se lo demostró, aunque Isabelle, sí que se percató de su ceño fruncido y la rabia de su mirada al comprobar quién era ese tal Mitchell. Y eso a ella, le serviría para separar a su hija de ese muchacho que no le inspiraba confianza, al menos no por ahora.

Sobre las tres de la madrugada, estaban algo cansados. Savannah iba a ir a dormir, pero antes ayudó a Dean a instalarse en la habitación de invitados. Su tío tenía su casa al lado y no se quedaría allí. En cuanto él se marchó, ellos subieron al piso de arriba.

Isabelle ya se había acostado, pues en tan solo cuatro horas debía levantarse para ir a trabajar; era dependiente en un supermercado y la encargada de abrir las puertas a los empleados. Podríamos decir que era la encargada del lugar cuando los jefes no estaban.

Mientras que Dean se cambiaba, ella fue al armario donde guardaban la ropa de cama. Unos segundos después, entró a la habitación sin tocar y pilló a Dean sin camiseta, solo le dio tiempo a ponerse unos pantalones.

—Oh, lo siento. Ahora vuelvo cuando termines —titubeó con las mejillas rojas.

Dean sonrió de lado mientras caminaba hasta ella y, tras coger su mano, tiró de ella para meterla en la habitación.

—No tienes por qué irte, no cuando deseo tanto tenerte conmigo —susurró en su oído.

Savannah no se percató de cuando él la aferró a su cuerpo. Dean tenía las manos en su cintura y ella no era capaz ni de mirarlo. Suspiró haciendo reír a Dean y levantó la mirada, pues mirar hacia abajo, tampoco la ayudaba cuando él estaba desnudo de cintura para arriba. Esas vistas no eran de ayuda, claro que no. Al mirarle a los ojos, comprobó que sus ojos se habían oscurecido y eso le provocó lo que hizo, pegar sus labios a los de él.

Había momentos en los que no pensaba con claridad y este era uno de esos miles de momentos. Dean provocaba en ella algo que ni siquiera entendía, ¿cómo hacerlo si todo esto era nuevo para ella? Nunca se enamoró y mucho menos sintió la necesidad de sentir la piel de alguien pegada a la suya. Necesitaba sentir a Dean, de una manera u otra, le daba igual, solo, lo necesitaba.

Capítulo 28

Uno, dos, tres, cuatro y miles de besos eran los que se daban. No podían separarse y era algo que debían hacer, no estaban en el mejor lugar para dar rienda suelta a ese deseo que los envolvía desde que se conocieron.

Ambos buscaban la voluntad para alejarse y dejar de devorarse en ese momento, ya llegaría el día en el que tuvieran ese tiempo, ese deseo aceptado y esa relación que no podrían parar, que en realidad ya no podían parar. Savannah lo aferraba a ella, acariciaba su espalda mientras que él apretaba su cuerpo con fuerza, mostrándole la excitación que tenía en ese instante.

Dean besaba sus labios con ferocidad. Ella demostraba inseguridad. Él, quería enseñarle y ella se negaba a esperar. Porque su aliento chocaba con el suyo, mezclándose entre sí... porque sus besos eran solo para ella.

—Tenemos que parar —expresó ella entre besos—. Si mi madre nos pilla.

—Cierto, pero... no puedo. —La besó más—. Ojalá no sintiera la necesidad de besarte a cada segundo, así todo sería más fácil.

Al final, decidieron que ese no era el lugar y si no paraban iban a terminar haciendo algo más que darse unos simples besos. Aunque, para ambos, no tenían nada de simples. Con solo el roce de sus labios ya sentían la necesidad de desnudarse y tocarse por todas partes. Solo de pensarlo, se les erizaba la piel.

Tras despedirse de una manera que no olvidarían, ella salió de la habitación de Dean para irse a la suya. Caminó con sigilo, pues no quería que su madre, que supuestamente estaba dormida ya, se despertara y la pillara saliendo de esa habitación. Entró en su habitación y encendió la luz y al darse la vuelta, pegó un repullo, ahí estaba su madre.

—¡Joder, mamá! Me has asustado —exclamó Savannah caminando hasta el armario.

—¿Dónde estabas? Has tardado mucho en venir —se interesó esta.

Savannah frunció el ceño, su madre nunca le hacía ese tipo de controles, nunca le preguntó nada de lo que hacía.

—Estaba en el baño —mintió quitándose los pantalones para ponerse el pijama.

—Mientes, acabo de estar ahí. ¿Estabas en la habitación de ese chico? —preguntó apresuradamente. Savannah la miró con los ojos entreabiertos.

—¿A qué se debe este tercer grado?

Isabelle se levantó y caminó hasta ella para poder mirarla bien, pues para ella, su hija había cambiado. Ya no era su pequeña, esa que no cometía locuras como meterse en la habitación de un chico, de un invitado, y que encima es el exnovio de su prima. ¿Qué le había pasado a su niña? Ella no era así.

—¿Qué pasa mamá? —dijo Savannah en un hilo de voz.

Su madre tenía la mirada inexpresiva, algo que la preocupó.

—No quiero que te acerques a él y mañana lo quiero fuera de esta casa —sentenció sin darle tregua a Savannah.

—Pero...

—Nada, no lo quiero aquí.

Savannah terminó de ponerse el pijama y se sentó en la cama. No la entendía, ella nunca fue así. ¿Qué le pasaba a su madre? Unas estúpidas lágrimas hicieron de las suyas. No quería que Dean se fuera, quería... necesitaba tenerlo a su lado, cerca, lo más cerca posible. Tenía que hacerle entender a su madre lo que ese chico provocaba en ella, lo que sentía por él.

—Yo lo quiero, mamá —declaró en un hilo de voz.

Isabelle abrió los ojos sorprendida, eso no se lo esperaba. Pensó que era un capricho, que eso se acabaría en cuanto el verano los separase para ir cada uno a su universidad. Ella guardaba la esperanza de que su hija y él no se vieran e hicieran sus vidas.

—No puedes estar hablando en serio. —Caminó hasta ella y se sentó a su lado—. Hija, ese chico no te conviene.

—¿Por qué? Tú no lo conoces.

—¿Y tú sí? Solo hace tres semanas que sabes que existe y ahora resulta que lo quieres. No, Savannah, el amor no es así. El amor es un sentimiento poderoso que crece en tu interior como si fuese una flor recién plantada y solo regándola día a día florece para hacerse más fuerte. No puedes decirme que en tres semanas lo quieres, porque no te creo.

Su hija se quedó pensativa, su madre tenía razón, no podía negarlo, pero estaba segura de sus sentimientos y estos eran tan fuertes como si llevaran regando la maldita flor durante años.

—Sé a qué te refieres, es lo que yo siento, y si no lo crees eres tú la que no sabes qué es el amor —expresó agotada—. Mamá, si Dean se va, yo me iré con él.

Isabelle se levantó, sintiéndose, por primera vez, decepcionada por Savannah. La creía más inteligente y cayó con el peor hombre de la tierra. ¿Cómo pudo enamorarse del exnovio de su prima? Y lo que es peor, estaba segura de que ese amor comenzó estando él con Roxanne y eso... eso no lo podía tolerar. Antes de salir de su habitación, se dio la vuelta, pues tenía que dejarle las cosas claras.

—¿Desde cuándo las cosas que antes eran importantes para ti pasaron a un segundo plano en tu vida? Pensé que venir a la misa de Olive...

—No digas su nombre —la interrumpió, por ahí sí que no pasaba.

—¿Te duele que la mencione, pero te da igual perderte su misa para irte con él? ¿Quién eres tú y que has hecho con mi hija? —insistió intentando razonar con ella.

—Las cosas no son así mamá y estás siendo injusta conmigo. Sabes lo que me duele todo esto, el estar aquí y saber que solo faltan seis días para el «aniversario». —Hizo el gesto de las comillas con los dedos—. De la peor noche de mi vida. ¿Crees que es fácil levantarse todas las mañanas y saber que por mi culpa ella está muerta?

Estaba siendo muy dura con ella. Las lágrimas no dejaron de mostrar lo que sentía en ese momento, con esa conversación. Ella sabía que esa semana iba a ser dura y por eso justamente necesitaba a Dean a su lado, porque él le regalaba lo mejor de su persona y le demostraba que sí tenía que llorar, pues lloraba, y si no lo sentía, no lloraba, así de simple. Dean le hacía las horas de su angustiada vida, más fácil.

A Isabelle le dolió que su hija fuese tan dura con ella misma, pero tenía razón, ella siempre tenía razón. Sin decirle nada más, se dio la vuelta y salió de su habitación para encerrarse en la suya, tenía que madrugar y tan solo le quedaban unas pocas horas para dormir.

Savannah se quedó ahí, sentada en la cama, con la mirada clavada en el mismo punto desde que su madre salió de la habitación. No la entendía y mucho menos entendía que le sacase el tema de

su mejor amiga. Desde un tiempo, ella no recordaba esos momentos en los que pasaba con Olive y todo gracias a Dean, pero su madre se encargó de que esa noche no durmiese, pues los recuerdos la estaban matando y las lágrimas, no la dejaban tranquilizarse, no cesaban. Quiso reemplazar el recuerdo doloroso, por uno más bonito y divertido, pero le era imposible y cada vez que la sonrisa de Olive se metía en su mente, esta se transformaba en lágrimas, sangre y muerte.

—¡Olive! —gritó Savannah en cuanto escuchó el estruendo a pocos metros de su casa.

Su amiga acababa de dejarla tras una noche de fiesta y se fue, aunque ella le pidiera que se quedara a dormir allí esa noche. Pero Olive era testaruda y un poco loca, llevaba un poco la vida al límite y eso la llevó contra ese árbol estando ebria.

—No, por favor —murmuró negando.

Estaba recostada en su cama, intentaba quedarse dormida, pero le estaba costando, pues los recuerdos la perseguían. Quería olvidar aquello de una vez, pero era complicado.

Corrió hasta ella, hasta el coche de su mejor amiga y al llegar este estaba en llamas. No podía creerlo. Lo primero que pensó fue sacarla ella misma, llegó hasta el coche y este estaba boca abajo.

—Savi. —Tosió por el humo—. Ayúdame.

—Aguanta, Oli, yo te sacaré.

Savannah se acachó y metió su cuerpo por la ventanilla para quitarle el cinturón de seguridad, algo raro en ella, pues nunca se lo ponía. Pero esa noche salió con Savannah y esta siempre la obligaba a ponérselo. Le estaba costando demasiado llegar a la hebilla para poder soltarla y el humo no ayudaba. Savannah necesitaba respirar unos segundos y volver a entrar, ya se estaba mareando. Al intentar salir, no se percató de que la ventanilla del coche estaba rota, por lo cual, tenía un pedazo de cristal clavado que no vio al meterse y que le rajó la espalda, provocando que cayera al suelo. La sangre brotaba por la herida, era demasiado profunda y alguien, una persona que no vio, la arrastró por el suelo, alejándola del coche que estaba a punto de explotar. Ella quedó inconsciente, aunque en unos instantes de lucidez, vio volar por los aires el coche donde estaba su amiga.

—No, no... ¡No!

No sabía en qué momento un recuerdo se convirtió en pesadilla, se había quedado dormida. La puerta de su habitación se abrió y un Dean muy asustado corrió hasta ella y la acunó. Savannah lloraba, lloraba como si jamás lo hubiese hecho. Ese fue el peor instante de su vida, ver morir a su amiga y que ella no pudiese hacer nada, era algo que no podía afrontar.

—Tranquila, cariño. Solo fue una pesadilla —murmuró en su oído con cariño, con una dulzura que provocó en ella escalofríos.

La apretó contra su pecho, metiéndola en lo más profundo de su alma, de su corazón. Sus sollozos lo mataban, era como si miles de cuchillas entraran en su interior y lo rajasen para

afuera, abriéndolo en canal. Era doloroso ver que ella, siendo tan risueña, hermosa y con un carácter que muchas chicas quisieran tener, tuviese esos momentos de debilidad que la convertían en una niña perdida, en alguien que necesitaba que la salvaran, que la cuidaran y que le dieran todo el amor de este mundo.

Justo en ese momento, Isabelle salía de su habitación para irse a trabajar. Al haber estado en la ducha, no escuchó los gritos de su hija. Entonces salió y pasó por la puerta de la habitación de ella y vio como Dean la abrazaba con cariño mientras le susurraba cosas bonitas al oído. Eso le gustó, aunque se preocupó porque si su hija estaba así, solo significaba que volvía a tener pesadillas, las mismas que había tenido durante un año completo desde la muerte de Olive. Desde que despertó en el hospital recostada de lado porque tenía la espalda mal. Tuvieron que operarla y eran demasiados puntos los que le pusieron, fue una herida muy fea.

Isabelle, se dio cuenta de que su hija, a partir de este momento, nunca más iba a estar sola ni se sentiría así, pues Dean estaba ahí y eso era algo que valoraba. Había pensado mal de él desde un principio por miedo a que le hiciese daño a su hija, pero tenía claro que eso no iba a pasar. Así que se dio la vuelta y se fue a trabajar con la tranquilidad de dejar a su pequeña en manos de ese chico que le demostraba tanto amor.

Capítulo 29

En ese momento daba igual los minutos que pasaran, daba igual que saliera el sol anunciándoles un nuevo día y si se hacía de noche tampoco importaba, solo ellos importaban. Para Dean, solo ella importaba.

—¿Estás más tranquila? —preguntó en un susurro.

Tenía miedo de despertarla, pues no sabía si se quedó dormida entre sus brazos. Llevaba minutos sin escucharla, los sollozos habían cesado, pero aún la sentía tensa, dolorida, como si la pesadilla que tuvo fuese como recibir una paliza. Savannah alzó la mirada, separando al fin su rostro del pecho de él y lo miró. Dean sintió como si su corazón se quebrara en pedacitos al verla así, sus ojos tristes decían cosas indudablemente fuertes y ella no lo merecía.

—Siento mucho el espectáculo —se disculpó.

—Oh, no... no tienes por qué. Además, fue una pesadilla...

—Una horrible pesadilla —lo interrumpió.

Se quedó pensativa, recordando de nuevo lo que no debía. ¿Por qué le pasaba esto? Algo fallaba en su vida, pero no lograba entender el qué. ¿Acaso era una señal? ¿Acaso Olive trataba de decirle algo?

Desde que murió, ella no salía de su casa. El único camino que hacía, era al instituto y vuelta al encierro, solo eso. Entonces algo cruzó su mente, algo que llevaba tiempo que no hacía y que, conociendo a Olive, juraría que eso era lo que ella quería. Se levantó como un resorte y caminó hasta su armario.

—Tengo que ir al lago —mencionó con premura.

Dean frunció el ceño, no entendía nada. ¿Se había vuelto loca? Solo pasó unos minutos desde que dejó de llorar y ahora quería salir a ese lago que tanto dolor le causaba.

—¿Cómo, ahora? —Asintió—. Pero ¿por qué tanta prisa?

—Tengo que cerrar el capítulo de mi vida y es allí donde debo hacerlo. —Suspiró y se relajó unos segundos cuando vio la perplejidad en el rostro de Dean—. Tú no lo entiendes, pero desde hace un año no he sido capaz de olvidar aquella noche.

—¿Cómo voy a entender algo que no sé? —Ella negó agachando la cabeza—. No digo que quiera saberlo, eso es algo que solo tú puedes decidir.

—Te lo contaré, prometo que lo haré, pero ahora te necesito, Dean. —Él sonrió—. Que tú estés aquí es importante y quien me ha hecho coger fuerzas para hacerlo. Solo te pediré un favor.

—Lo que quieras.

—Cuando me veas la...

—¿Espalda? —Asintió.

—No la mires como si fuese la cosa más asquerosa que has visto en tu vida. Es algo que me ha marcado y que no puedo borrar y no me siento cómoda en bikini delante de nadie y hoy... me pondré delante de ti.

Dean se levantó y se puso frente a ella, acarició su mejilla y la abrazó, pasando sus manos por la espalda, tensándola sobremanera. Él quería demostrarle que esa cicatriz, no le asqueaba, que no le importaba que la tuviese y que no le importaría verla, tocarla y hasta besarla. Estaba

enamorado de ella, no de su físico. Su interior era mucho más valioso que sus pecas en la nariz.

—Quiero que sepas, que no me iré de tu lado ni te miraré mal cuando vea tu piel. Me encantas y me daría igual que tuvieses mil cicatrices si soy yo quién te las cura. Mis besos pueden ser el bálsamo para esas heridas, Savi.

—No me gusta que me llames Savi. —Sonrió—. Pero necesito ese bálsamo... necesito que me cures, Dean.

Él la abrazó de nuevo, solo hizo unos minutos que no la tenía entre sus brazos y ya necesitaba tenerla así, aferrada a su cuerpo, a él. Se volvieron adictos el uno a la otra y se necesitaban con demasiada, con ansias. Sus labios buscaron los de ella y los rozó con delicadeza, dándole solo un poquito de lo que tanto deseaba. Tenía miedo de que la madre de Savannah los viera y se cabreara con su hija, eso no se lo perdonaría. Ella se dio cuenta de que estaba tenso y se separó de él unos milímetros.

—Tranquilo, mi madre se fue a trabajar. Ella se levanta muy temprano.

Dean se quedó pensando unos segundos, ya que, si su madre se fue temprano, podía haberlos visto cuando él estaba abrazándola por la pesadilla. Y si eso era así, ¿por qué Isabelle no le dijo nada? Se fue sin más, sin preguntar lo que le pase a su hija, dejándola con ese chico que tanto le disgustaba. Porque, aunque Isabelle le dijese a Dean que le caía bien, él no la iba a creer. Solo tenía que mirarla para saber que ese chico que llegó de improviso a su casa, a su hogar, donde ella tenía metida a su pequeña en una burbuja, llegó sin más. Y encima, era el exnovio de su sobrina. Es lógico que no le guste demasiado.

Unos minutos después, ella cogió el bikini y se fue al baño para cambiarse y dejó que Dean también se pusiera el bañador. Iban a pasar el día en el lago, incluida la noche, así que tenían que ir preparados. Eso era lo que Savannah hacía en verano, su madre prácticamente no le veía el pelo, pero era feliz por ella, porque su hija era feliz.

Cuando terminaron, se encontraron en la escalera a punto de bajar. Sonrieron y Dean se quedó perplejo al verla; llevaba el pelo recogido en un moño mal hecho, con algunos mechones sueltos tapándole sus bonitos ojos. Bajó la mirada para observarla bien y se había puesto unos *shorts* negros, con una camiseta blanca cogida al cuello, únicamente para tapar el bikini, pues se transparentaba toda.

—¿Te gusta lo que ves? Si quieres puedes hacerme una foto, así no se te borrará de la mente, podrás verla cuando quieras —se burló de él.

—Tranquila, haré fotos. —Le enseñó la cámara. Ella frunció el ceño—. Hay cosas que aún no sabes de mí, hada.

Savannah se mordió el labio inferior a la vez que sintió como le ardían las mejillas, se había sonrojado y solo le dijo eso. No quería imaginar lo que sentiría con otras pequeñas muestras de Dean.

Bajaron las escaleras y tras preparar algunos bocadillos se fueron. Tenían el lago cerca, aunque debían meterse por el bosque, así que como había una carretera pequeña, se fueron en el coche de Dean. Savannah tenía pensado dormir allí, a la intemperie, viendo las estrellas dibujadas en el cielo, para así poder dibujar ella también.

Cinco minutos después, estaban aparcando. Un suspiro llamó la atención de él, miró a su derecha y se fijó en ella. Savannah estaba llorando, estaba tan emocionada que no pudo remediar echarse a llorar; eran tantos los recuerdos, tantos los momentos vividos en ese lago, que le

costaba ir así, sin más, y además hacerlo sin ellos. Olive... ella no estaba... y Mitchell, solo faltaban cinco días para verlo. Menos mal que tenía a Dean para estar con ella.

—Yo estoy contigo —murmuró justo lo que ella estaba pensando.

Él salió del coche y caminó hasta la puerta del copiloto para después abrir la de Savannah y que por fin se decidiera a bajar. Entonces hizo algo que sorprendió a Dean, se quitó las deportivas y puso los pies en la arena; necesitaba sentir el calor de su lugar favorito.

—Me gusta como piensas —aseguró Dean quitándose también él las deportivas.

—Cuidado forastero, tus pies no están preparados para esta arena. —Él frunció el ceño.

—¿A qué te refieres? —preguntó a la vez que un grito salía de lo más profundo de su garganta —. Ah, quema... quema.

Savannah se carcajeó mientras caminaba tranquilamente. Ella también sentía el calor de la arena, pero eran tantos años pisándola y un año entero deseando volver a hacerlo que no le importó no estar preparada para ello. Dean volvió a ponerse las deportivas, aunque las llenase de arena por dentro; caminaron hasta la orilla donde, sin que él se lo esperase, ella se quitó la ropa, quedándose en bikini, sin importarle la cicatriz. Aunque, realmente, estaba tan conectada al lago, que no se percató de que él estaba tras ella, mirándola, más bien, devorándola.

Savannah corrió hasta el lago y se metió sin pensarlo, sumergiéndose por completo. Dean sonrió e hizo lo mismo, tras quitarse la camiseta y las deportivas, se metió con ella.

Dean se sumergió y abrió los ojos, quería verla abajo y al hacerlo, se encontró con que ella estaba haciendo lo mismo. Salieron y sonrieron a la vez que él la cogía y ella enroscaba las piernas alrededor de su cintura. Era la primera vez que la sentía así, piel con piel y mucho más cerca que de costumbre.

—Me gusta verte así —anunció él.

—Así, ¿cómo?

—Conmigo, de esta manera. Nunca pensé que tú y yo estaríamos en este precioso lugar y... de este modo. —Tragó saliva, nervioso.

—Yo no habría venido de no ser por ti —expresó con un nudo en la garganta—. Te has convertido en alguien muy importante y no sé qué habría hecho si tú no estuvieras conmigo.

Dean no lo podía creer, ¿Savannah le estaba diciendo lo que él creía estar escuchando? Pensó que llegó el momento de sincerarse, de decirle lo que sentía por ella, pues sabía que ella sentía lo mismo.

—Savannah yo... —Puso un dedo en sus labios.

—Sé lo que quieres decirme y espero que lo hagas, pero ahora prefiero otra cosa —dijo coqueta. Él la miró con los ojos entreabiertos—. Prefiero hacer esto. —Lo besó.

Savannah pegó sus labios a los de él de una manera arrebatadora, provocando en él algo inexplicable, algo que nunca antes había sentido. El deseo se volvía cada vez más fuerte y tenía miedo de no poder parar con ella, de no querer hacerlo. Necesitaba sentirla de un modo diferente; desnudarla era su cometido, abrasarla con su fuego mientras él se quemaba con el que ella emanaba; ese era su pensamiento.

Dean paseó sus dedos por la espalda de ella mientras que se devoraban. Sus lenguas se hicieron prisioneras de ellas mismas, ninguna le daba tregua a la otra y no pensaban descansar, pues así se sentían en completa libertad.

Se separaron unos milímetros, unos minúsculos milímetros. Dean miró sus ojos, clavó esos

océanos, en los suyos y se enamoró mucho más, percatándose de lo que su corazón sentía por ella, lo que latía al tenerla cerca. Nunca antes se enamoró, nunca antes tuvo la necesidad de estar con alguien como la tenía con ella.

—¿Sabías que te amo? —preguntó él sorprendiéndola.

Savannah abrió los ojos desorbitadamente a la vez que sus mejillas se tornaban en rojo. No podía creer que él le estuviese diciendo algo tan fuerte como un «te amo»... eso para ella era mucho más de lo que se esperaba. Sabía qué responderle, pero no encontraba las palabras adecuadas, para ella era todo nuevo, pues nunca había sentido por nadie lo que ahora sentía por él.

—Di algo, por favor —pidió suplicante.

—Yo, yo... —Unas estúpidas lágrimas mojaron sus mejillas, mezclándose con el agua pura de ese perfecto lago—. Yo, también te amo, Dean.

Este expulsó todo el aire que estaba conteniendo. Por un momento pensó que ella no sentía lo mismo y que le daría la patada en cualquier momento, pero no, no fue así, se equivocaba. Subió una de sus manos a la mejilla de la chica a la que amaba, de la chica que le robó el corazón, arrancándolo de cuajo para quedárselo ella, y la acarició borrando todo rastro de lágrimas en su perfecta piel. Besó su nariz con cariño para después bajar y besar sus labios, aunque esta vez con más dulzura de la que sabía dar.

Si hace tres semanas le hubieran dicho que ese momento iba a pasar, se habría reído en la cara de quien se lo dijera. Cuando la vio por primera vez no imaginó que se iba a enamorar de ella, y cuando Roxanne le pidió aquello que tanto le dolió al percatarse de que algo comenzaba a sentir, tampoco lo hubiese hecho. Estaba claro que el karma existe, tenía que enamorarla y acabó enamorado él.

Capítulo 30

Esa tarde se estaba convirtiendo en la mejor de sus vidas. El haberse declarado los sentimientos sirvió para que ambos se sinceraran, contando cosas que aún no sabían muy bien cómo hacer.

Muchas cosas tenían pendientes y ese día sería el elegido. Tras todos esos besos y caricias que se dieron en el lago, salieron de este y cogieron las mochilas para comer, pues ni siquiera habían desayunado. Se sentaron en unas toallas que pusieron en la arena y ahí, con el sol calentando sus cuerpos, comenzaron a comer entre risas y miradas llenas de amor.

—Espera, espera. No te muevas —pidió Dean mientras se levantaba y sacaba de su mochila una cámara de fotos—. Así, mira al frente, al lago. —Ella lo hizo divertida—. Eso es, perfecto.

Volvió a sentarse a su lado y quiso ver las fotos que le hizo, pero se negó.

—¿En serio no me dejas ver mis fotos? —preguntó indignada.

—No hasta que estén editadas. Lo siento, pero cuido mucho mi trabajo.

—¿Tu trabajo? ¿Eres fotógrafo?

—Quiero serlo... para eso estoy estudiando. —Miró al frente, perdiendo sus ojos en el lago mientras suspiraba—. Hemos hablado tantas veces y nunca te he dicho lo que estoy estudiando. En realidad, pocas personas lo saben.

—¿Y eso por qué? ¿Acaso te avergüenzas de ello?

—No, claro que no. Adoro fotografiar cualquier cosa bella que se cruce en mi camino —pronunció mirándola a ella de nuevo. Savannah se ruborizó.

Volvieron a quedarse mirándose. Dean grababa a fuego cada una de sus facciones, incluso podría decir que contaba las pecas de su nariz. Parecía tener unas treinta, eran muy pequeñas, pero perfectas y hermosas como ella.

—Bueno, ahora me toca a mí. —Se levantó y sacó su cuaderno junto con un lápiz de grafito.

Savannah se sentó frente a él, obligándolo a mirar al lago. Quería dibujarlo, perfilar ese perfecto rostro que para ella era tan hermoso. Dean estaba emocionado, ansioso y solo quería abrazarla y besarla. Ya sabía como dibujaba y lo hacía muy bien. Ahora deseaba ver el dibujo.

—¿Ya? —preguntó a los pocos minutos.

—No y no te muevas... y no hables, me desconcentras —pidió ella.

—¿Puedo respirar?

—Ja, ja, ja. Muy gracioso. Sí, respira, pero no demasiado.

Soltaron una carcajada, pero la risa de Savannah duró poco, pues volvió a concentrarse en lo que hacía. Trazó cada línea con amor, perfilando cada arruga invisible de la piel, perfeccionando su perfilada nariz, sus gruesos labios. Era simplemente hermoso y, sin duda, el mejor dibujo que hizo en mucho tiempo. Unos largos minutos pasaron y Dean se movía incómodo, no estaba acostumbrado a estar tanto tiempo en una misma posición.

—¿Ya? —repitió la pregunta.

—Solo me queda una última cosa —aseguró ella firmando el dibujo—. Ya, ya puedes moverte.

Dean la miró y se levantó para verlo, eso tenía que verlo. Pero Savannah no le iba a dejar, así que se levantó también para guardarlo en su mochila de nuevo. No se lo pondría fácil.

—Oye, ¿no me dejarás verlo? —preguntó él intentando quitárselo de las manos. Ella negó divertida—. ¿Por qué no?

—No hasta que esté editado —se burló y soltó una carcajada.

Él negó se dio la vuelta para ir a por su cámara. Si ella quería ver las fotos, le enseñaría su favorita. Con la cámara en la mano, volvió hasta ella y se la extendió. Savannah no sabía si cogerla o no, era su trabajo y primero tenía que ser editado. Se moría de ganas por verla, pero no lo haría.

—¿No quieres verla? —Negó extendiéndole el dibujo.

—No, entiendo que es importante para ti, ya me la enseñarás cuando esté editada.

Sin ver el dibujo, se acercó a ella y, tras agarrar sus manos con las suyas, la besó como tanto quería, como tanto anhelaba. Solo había pasado una hora desde que sus labios estuvieron pegados y ya era como si le faltase el aire, como si no pudiese respirar. Se estaba volviendo adicto a sus labios, a ella y tenía miedo de lo que podía pasar si Savannah se enteraba de lo que él, Mason y su prima hablaron al segundo día de su llegada. Una parte de él quería contárselo y asegurarle que la amaba, aunque no lo creyera. La otra parte, esa llena de miedos, no se atrevía, pues no quería perderla para siempre. En ese tiempo aprendió algo muy importante de Savannah: no le gustaba los mentirosos, las personas que se hacen pasar por algo que no son, que te demuestran algo que solo es un espejismo. No podía contárselo, por ahora no.

El beso se estaba volviendo intenso, mucho más que el que se dieron en el lago. Dean dejó caer la cámara y ella soltó el dibujo, cayendo este a la arena. La cogió en brazos y Savannah enroscó las piernas alrededor de sus caderas, rozando así sus sexos, provocando en ellos una sensación inexplicable, algo que no podrían controlar. Caminó con ella hasta llegar a las toallas donde, sin pensarlo claramente, se agachó y la dejó tumbada sobre ellas. Dean la miró desde arriba, el sol iluminaba sus ojos, calentaba sus mejillas, coloreándolas de un rosado perfecto, el mismo color de sus labios.

—Eres hermosa, hada —declaró con la voz ronca.

Estaba excitado, demasiado y ella lo sabía. Pero, aunque nunca vivió un momento así, lleno de besos, de caricias y de fuego interno, deseaba que pasara, deseaba que fuese con él.

—Ámame, Dean —pidió en un hilo de voz.

Él abrió los ojos sorprendido, ella no era de esas chicas que se acuestan con cualquiera, aunque él ya no lo fuera. Se agachó, pegando su cuerpo al de ella, rozando de nuevo su piel con la de ella. Todo estaba llegando a un límite tan poderoso que no sabría cómo pararlo, como frenarlo. Sus manos comenzaron a descender desde su estómago, pasando por su cintura, acariciando sus caderas y perdiéndose entre sus piernas. Un gemido lastimero se escapó de sus labios cuando Dean rozó su sexo en un intento desesperado de sentirla aún más.

—Ya lo hago, Savi. Ya te amo.

Y tras decir eso, pegó sus labios, besándola con fervor, con una ferocidad que no conocía de él, que nunca antes llegó a utilizar. Savannah abrió su boca, dejando acceso a su lengua, deseando entrelazarla. Subió sus piernas hasta enroscarlas de nuevo en él. Dean se pegó aún más, haciendo fricción contra su sexo, moviéndose despacio, intentando volverla loca, como lo estaba él. Sus manos viajaron de nuevo por su piel y llegó hasta sus pechos, se separó unos milímetros y la miró para luego descender hasta posar sus océanos en esas pequeñas montañas preciosas que estaban tapadas por la tela del bikini. Volvió a mirarla a los ojos y ella asintió dándole permiso, dejándole

que hiciera con ella lo que quisiera, lo que deseara, pues ella, deseaba lo mismo.

Con su permiso, posó una mano temblorosa sobre uno de sus pechos y después, metió un dedo para apartar la tela. Ella suspiró nerviosa, ansiosa a su vez; se estaba muriendo por dentro de la agonía que sentía en ese momento. Dean posó sus labios sobre él y lo besó con delicadeza, provocando que ella arquease su cuerpo, temblorosa. Lo necesitaba aún más de lo que pensaba.

Los segundos se volvieron minutos y cada vez pasaban más deprisa. Dean se separó de ella unos instantes y fue hasta su mochila para coger un preservativo, si llegaban donde estaban a punto de llegar quería estar preparado. Eso antes que cometer una locura, y era capaz, pues no pensaba con claridad cuando estaba con ella.

Cuando volvió, Savannah se había quitado la parte de arriba en un intento de sorprenderlo, pero sus manos estaban encima de sus pechos, avergonzada de hacer eso, ella no era así, tan rápida.

—No te tapes, nunca lo hagas delante de mí —murmuró él, impresionado.

Se agachó de nuevo y le abrió las piernas con suaves caricias.

—No tenemos por qué hacerlo, Savi. Puedo esperar —aseguró.

—Yo no quiero esperar, quiero hacerlo... necesito que me hagas el amor, Dean.

No esperó mucho más, lo deseaba con tanta intensidad que le daba miedo. Sus dedos fueron hasta los lazos de la parte de abajo del bikini y lo desanudó despacio, provocándola. Una sonrisa se dibujó en sus labios cuando ella lo ayudó a desnudarla. Tras eso, él se bajó el bañador, quedándose completamente expuesto ante ella. No le importó y a ella tampoco. Sus ojos viajaron desde su torso hasta esa zona que Savannah, nunca antes había visto, pues era su primera vez. En un susurro se lo confesó y él, con todo el amor, le hizo el amor con una delicadeza que la mató, convirtiéndola en polvo de estrellas, siendo mágico el momento. Era un hada, un hada que, con su magia, logró enamorar a Dean, a ese chico que no creía en el amor.

—Dean —murmuró. Él la miró—. Te amo.

—Yo también te amo, Savannah.

Después de esa preciosa declaración, llegaron a un mundo donde no cabían los malos recuerdos, solo su amor, solo los minutos u horas que ellos pasaban juntos, besándose, amándose o, simplemente, mirándose.

El sol calentaba sus cuerpos y por un momento, estuvo bien quedarse abrazados en la toalla, después de haberse amado, pero hacia demasiado calor y así, desnudos, corrieron hasta el lago y se zambulleron juntos. Al subir, él la cogió y la abrazó. Juraría que era un sueño y si lo era prefería seguir dormido, seguir soñando.

Sin duda, estaba siendo el mejor verano de su vida, él estaba consiguiendo eso. Cuando pensó que el día que pisó la casa de su prima iba a ser el fin de su verano, de ese verano en solitario, estaba equivocada. Y recordó lo que Olive le dijo una vez, unas palabras que iba a recordar siempre: «El verano no tiene por qué acabar... nada de lo que hagas podrá hacerte olvidar ese momento en el que te sentías perdida. Busca la manera de disfrutar cada momento de tu vida».

El día estaba apagándose demasiado deprisa, estaban agotados y justo en ese instante, estaban recostados sobre las toallas, mirando al cielo que estaba a punto de enseñar las bonitas estrellas.

—Savannah, ¿cómo te hiciste la cicatriz? —quiso saber.

Hacía tiempo que quería preguntarle eso, pero no se atrevía, temeroso de llevarse una negativa. No quería importunarla, solo saber más sobre ella, incluso sus peores recuerdos, esos que aún no había tenido la valentía de contarle.

Savannah suspiró dándose cuenta de que había llegado el momento de sincerarse con él, lo amaba y nadie mejor que él para entender sus miedos. Se incorporó, dejando ante sus ojos la cicatriz, estaban desnudos, tapados con una colcha que ella llevó, ya que pretendían quedarse a dormir.

—Fue la noche en la que murió Olive.

—¿Quién era ella?

—Mi mejor amiga, como una hermana. Nos conocíamos desde que tengo uso de razón y nos hicimos inseparables, luego llegó Mitchell y la amistad fue de tres. Pasábamos unos veranos increíbles en este lugar que, de no ser por ti, no habría tenido el valor de pisar de nuevo. —Se abrazó las piernas—. Una noche, esa noche... salimos las dos solas, «noche de chicas» gritaba ella como una loca. —Sonrió al recordarlo y prosiguió—. Bebimos, mucho y ella conducía. Me llevó a casa y yo le pedí que se quedase conmigo esa noche, pero ella se negó, así era ella...

Se quedó unos segundos en silencio, si doloroso era recordarlo, peor lo era contarlo, sacarlo al fin de su corazón. Dean puso una mano en su espalda y, por primera vez, no sintió asco de que alguien le tocara esa parte de su cuerpo que tanto odiaba. Él, al percatarse de ello, llevó sus labios hasta ese lugar, besándole la cicatriz con dulzura, sanando esa huella que la dejó marcada para siempre. Savannah no se lo esperó, pero tampoco se apartó y sus ojos se llenaron de lágrimas. Estaba enamorada, demasiado y sabía que él, también lo estaba.

Capítulo 31

Ahora que había sido capaz de comenzar, no podía dejarlo a medias, así que él se recostó de nuevo y ella posó la cabeza en su pecho. Dean comenzó a acariciar su brazo despacio.

—Me quedé esperando a que se marchara y, cuando ya dejé de ver su coche, me disponía a entrar en casa, pero un estruendo me asustó y lo primero que hice fue gritar su nombre y correr en su busca... nunca me imaginé que iba a ser tan doloroso ver el coche, en el que iba una parte tan importante de mi vida, envuelto en llamas, se había chocado contra un árbol.

—¿Necesitas descansar? No es bueno revivir tantos recuerdos dolorosos, Savi —se apresuró a decir él. Ella negó y prosiguió. Lo necesitaba.

—Necesito sacarlo todo, solo así podré superarlo —afirmó—. El coche estaba boca abajo y yo me agaché para entrar por la ventanilla para quitarle el cinturón y poder sacarla, pero el humo no me dejó y tuve que salir para coger aire. Entonces pasó, la ventanilla estaba rota y se me clavó un pedazo de cristal en la espalda, cortándome la piel en cuanto yo saqué mi cuerpo. Fue un corte tan profundo y perdía tanta sangre que me desmayé. Sentí como alguien me arrastraba lejos del coche que estaba a punto de explotar y mis ojos se abrieron unos segundos, justo cuando el vehículo explotó.

Sus lágrimas cada vez eran más espesas y sentía como si el corazón se le fuera a salir por la boca. Tenía un gran nudo en el estómago e incluso náuseas. Había sido demasiada información de golpe, demasiados recuerdos dolorosos. Dean la apretó contra su cuerpo, metiéndola en lo más escondido de su alma, en lo más profundo de su ser.

—Fuiste muy valiente, mi hada —expresó él orgulloso—. Y lo único que has conseguido contándome esto, es que te ame más.

Las horas fueron pasando y llegó la noche. Estaba siendo un día increíble y esa noche, sin duda, iba a ser preciosa. Las estrellas salieron, dejándolos maravillados por tan bello espectáculo. Era perfecto y no querían que acabara. Estaban metidos en una burbuja y el temor de que esta estallase en su cara cuando despertaran de su sueño perfecto, estaba ahí, latente.

Su madre, al llegar a casa, la llamó, pero Savannah estaba tan ocupada pasando un día de ensueño, que ni siquiera lo escuchó. Entonces pensó y llegó a la conclusión de que su hija podía estar en el lago, siempre iba allí, pero desde la muerte de Olive, no lo había pisado. Estaba tentada de ir en su busca, pero no se atrevía. Entonces, tocaron su puerta y corrió a abrirla para comprobar si era ella y cuál fue su sorpresa, Mitchell estaba frente a ella, con una sonrisa de oreja a oreja y con ganas de ver a su amiga. Una idea cruzó la mente de Isabelle, lo mandaría a él al lago en busca de su hija; así, de paso, le daba un escarmiento por no avisarla de que dormiría fuera y con ese chico. No es que se preocupara, Dean ya no le caía tan mal como al principio, pero era una madre dedicada y necesitaba saber dónde estaba su única hija.

—Mitchell. No te esperaba hasta dentro de unos días. ¿Cómo estás? Pero pasa, hombre.

Isabelle lo dejó pasar y caminaron hasta el salón donde se sentaron para poder conversar.

—Bien, quise adelantar mi viaje para pasar más tiempo con Savannah, la echo mucho de menos —aseguró el moreno con una sonrisa en sus labios—. ¿Dónde está Savannah?

—Ella no está aquí, pero creo que está en el lago. —Frunció el ceño—. Está con un amigo de

Manhattan que vino para estar con ella en estos momentos tan duros.

Saber que estaba con alguien no le gustó, él había llegado antes para poder pasar el suficiente tiempo con ella y convencerla de que se fuera con él, de que tuviesen la vida que él tanto soñaba. Seguía enamorado de su mejor amiga y no creía que eso fuese a cambiar nunca, un sentimiento así no desaparece de la noche a la mañana.

—Oh, pensé que estaba sola. Es decir, que no...

—Tranquilo, te entiendo. A mí también me chocó, pero ese chico la quiere, se nota a leguas que es así —afirmó Isabelle con un poco de retintín en sus palabras.

—Y ella, ¿lo quiere? —Asintió provocando en él un vacío en su interior.

Escuchó cómo su corazón se iba quebrando, despacio y dolorosamente, en unos minúsculos pedacitos que iba a ser tarea difícil recomponer.

Iba a ir a buscarla para decirle que había llegado, pero no creyó que fuese lo correcto si ella estaba acompañada de alguien tan especial, así que tras despedirse de Isabelle, se fue a su casa; por la mañana intentaría ver las cosas desde otra perspectiva. Savannah nunca le dio esperanzas y eso era algo que él no era capaz de ver ni de aceptar. Hoy, al saberla con otro... otro que había conseguido lo que no consiguió él, le dolió darse cuenta de que tenía que aceptar que ella nunca se fijaría en su mejor amigo.

Isabelle, cuando se quedó sola, le mandó un mensaje a su hija, al menos quería que le respondiera para quedarse tranquila o iría a buscarla. Estaba acostumbrada a que hiciera eso, pero no después de tanto tiempo.

Savannah, me imagino que estás en el lago con Dean, podrías haberme avisado al menos. Bueno, solo te escribo para que sepas que Mitchell volvió y que vino a buscarte

Subió las escaleras para entrar en su habitación y poder descansar algo. Hacía días que no dormía bien y todo gracias a una llamada que recibió de su hermana Juliette. Las cosas con Roxanne cada vez estaban peor y temían que cuando volviera a perder los papeles le confesara todo a Savannah y, después de tantos años, no podían permitirlo. Se desnudó y se puso un camisón para acostarse y justo cuando lo iba a hacer, recibió la respuesta de su hija.

Lo siento, mamá. Tienes razón

Leyó el mensaje a la vez que le llegaba otro más.

Me alegro de que Mitchell haya llegado, mañana iré a verlo. Gracias por avisar, te quiero

Sonrió dejando el móvil en la mesilla y se acostó. Por un momento, solo por unos instantes, dejó la mente en blanco, algo inusual cuando se tenían tantas cosas en las que pensar, tantos recuerdos. Suspiró a la vez que se pasaba las manos por el rostro, exasperada.

Tras unos largos minutos que se le hicieron eternos, se quedó dormida. Todos dormían. Savannah y Dean también, bajo el manto de estrellas, enredados entre la colcha, con las piernas cruzadas entre sí y pegados piel con piel.

Mitchell desde que se enteró de que estaba en el lago con otro, no pudo soportarlo y, cuando sus padres descansaban, él salió a hurtadillas de su casa y cogió el coche de su padre para ir al lago. Tenía que ver con sus propios ojos la verdad; tenía que ver que ella estaba con otro que no era él, en su lugar favorito, ese que un día prometieron que no compartirían con nadie más que con ellos mismos. ¿Desde cuándo había cambiado todo? Él mismo se respondió en cuanto el recuerdo de Olive cruzó su mente. Aún dolía, aunque no quería demostrarlo, también le dolía.

Llegó a los diez minutos y aparcó lejos para que no escuchasen el coche, seguramente ya estarían dormidos, pero Savannah tenía el sueño muy ligero y podría llegar a escucharle.

Aunque, ya no sabía si seguía siendo ella, la chica que llevaba amando en secreto desde hacía mucho tiempo. Se bajó del coche y caminó por el sendero que llevaba al lago, era un lugar oscuro, pues no tenía farolas que la alumbrasen, sacó su móvil del bolsillo y encendió la linterna para poder ver mejor. El corazón le latía con fuerza y temía ver algo que lo fuese a destrozar aún más.

En cuanto llegó, apagó la linterna y caminó despacio, con sigilo, temeroso de ser visto o escuchado. Lo último que quería era asustarla. Vio un coche y dedujo que sería de su acompañante y, a pocos metros, estaban acostados. Él la abrazaba por la espalda y la tenía muy bien pegada a su cuerpo. Sintió envidia, pues quería ser él quien la abrazase así, pero no podía ser y ya había perdido la esperanza que le quedaba.

Se quedó por unos minutos más, observándolos y no supo qué hacer, pues se había quedado paralizado. Le gustaría despertarla, pero era una locura que le costaría su amistad. Solo le quedaba fingir que se alegraba por ella, pero en realidad odiaba no ser él el elegido. Se dio la vuelta dando por concluido el espionaje y volvió a su coche para luego volver a su casa e intentar dormir. Al día siguiente tenía que ver a su mejor amiga y mostrarle su sonrisa más perfecta.

Por la mañana, el sol comenzó a calentar muy temprano y la luz del día los hizo despertar. Savannah se dio la vuelta y tras darle un beso a Dean, lo abrazó sintiéndose plena por primera vez en su vida. Despertar con la persona a la que amas era más de lo que esperaba.

—Buenos días, preciosa. ¿Has dormido bien? —se interesó él. Ella asintió con una sonrisa.

—Mejor que nunca, ¿y tú?

—Mmm, no sé... —Sonrió burlón—. Ha sido la mejor noche de toda mi vida —susurró en su oído, mandándole descargas a todo su cuerpo con su aliento golpeando su cuello.

Le erizaba la piel con solo sentirlo así de cerca. Con solo escuchar un susurro... con un simple beso fugaz. Ambos se levantaron y comenzaron a prepararse, era hora de volver a casa y ducharse, tenían arena hasta en... bueno, ya podéis imaginar donde.

Cuando estuvieron listos, caminaron agarrados de la mano y subieron al coche. Dean arrancó, echándole una última mirada a ese lago que le mostró a la verdadera Savannah; y si la primera que conoció le gustó, a esta la adoraba. Fue algo que le gustó, conocer sus puntos débiles, sus cicatrices y secretos. Conocer su pasado.

Dio la vuelta y se metió en la carretera de nuevo para volver a casa de Savannah. Por el camino, Dean puso la radio y bajó el volumen para ir disfrutando de un poco de música. La mañana había amanecido llena de luz, anunciando que sería un buen día, de esos que hay que disfrutar y si es con la persona correcta, mejor.

—Dean —lo llamó—. Hay una cosa que no te he dicho. —Frunció el ceño y la instó a proseguir—. Mitchell, mi amigo. —Asintió—. Antes de marcharse se me declaró.

Paró en un semáforo, dio gracias por ello porque el simple hecho de enterarse de eso lo puso de mal humor y quiso mirarla para que lo supiera. Apiñó los labios a la vez que apretaba el volante con fuerza.

—¿Te has enfadado? —se interesó ella, estaba preocupada.

—No, claro que no. A ver, no me hace gracia saber que el mejor amigo de mi novia está enamorado de ella, pero...

—¿Qué has dicho? —Una sonrisa se dibujó en los labios de Savannah.

—¿Que no me he cabreado? —preguntó sabiendo que no era a eso a lo que se refería. Negó.

—Lo otro.

—¿Qué eres mi novia? —Asintió—. Es cierto que aún no te lo he pedido, un detalle que se me escapó.

Savannah alzó las cejas algo disgustada, fingía demasiado bien.

—Pues hasta que no me lo pidas, no soy tu novia, ¿entendido?

—Espera, ¿qué? ¿De verdad me estás diciendo que no eres mi novia después de la noche tan espectacular que hemos pasado? —Se encogió de hombros.

Dean diviso un aparcamiento al ponerse el semáforo en verde y paró ahí. Se quitó el cinturón y se volteó para ponerse de lado, quedando frente a ella. Savannah sonrió emocionada y sus ojos demostraban algo más que amor, era mucho más que eso.

—Bueno, ¿y que sugieres al respecto?

—No sé, tú sabrás.

Lo estaba disfrutando muchísimo y sabía que, en parte, él también. Con una sonrisa que la mató a cada segundo, se acercó a ella, quedando sus rostros a milímetros de distancia.

—Savannah Lowell, ¿me haría el honor de ser mi novia?

Sabía que estaba siendo un poco cursi y que, incluso, en esta época no se estilaba pedirlo así, pero fue algo que le salió del alma, del corazón y todo lo que hiciese por ella, por verla sonreír y por hacerla feliz, merecía la pena. Con una sonrisa triunfal asintió, pero él no la besó, no hasta que lo dijese.

—¿Me has hecho la cobra? —preguntó divertida. Dean asintió—. ¿Por qué?

—No me has dicho que sí.

—¡Oye! Claro que te lo dije.

—De eso nada, solo has asentido, pero no he escuchado de tus labios esa bonita palabra. Un sí. ¿Tan difícil es para ti?

—Está bien. Sí, Dean... quiero ser tu novia.

Y entonces la besó, la deseó y la devoró. No podía parar y ya odiaba tener que volver a su casa, pues ahí no podría besarla tanto como quería y mucho menos hacerle el amor como ya necesitaba. Tenía que comportarse para que su madre lo aceptara sin poner impedimento. Amaba a su hija y se lo haría ver.

Capítulo 32

Cuando llegaron a casa, se encontraron a Isabelle en la cocina preparando el desayuno. Los esperaba, sabía que estaban a punto de llegar, su hija siempre que iba al lago llegaba temprano. Dedujo que tendrían hambre, así que, nada más entrar en la cocina y saludar, los puso a desayunar.

—Mmm qué rico está, mamá. Muchas gracias —expresó lamiéndose la mermelada de los labios.

Ese acto hizo que a Dean le latiese el corazón frenético y si no se controlaba, iba a cometer una locura. Estuvo tentado de ser él quién lamiera sus labios.

—Y a ti, ¿te gusta?

La voz de Isabelle lo sacó del trance en el que se metió por culpa de su hija. La miró y asintió para después bajar la mirada a su plato. Las tostadas con mermelada de arándanos no eran su fuerte, pero se lo comería para agradar a Isabelle.

—Dean, mientes fatal —intervino Savannah—. Si no te gusta, puedo prepararte otra cosa.

Este miró a Isabelle temeroso de comprobar una mirada de desaprobación, pero lo que encontró fue una sonrisa burlona, se estaba riendo de él.

—No tienes que comer algo que no te guste solo para caerme bien —dijo divertida.

—Gracias, la verdad es que no me gusta la mermelada de arándanos.

—Ya nos habíamos dado cuenta. Tu cara ha cambiado en cuanto la has probado.

Soltaron una carcajada a la vez que escucharon el timbre de la casa. ¿Quién sería a esas horas? Savannah miró la hora en el móvil y este marcaba las diez de la mañana. Quien quiera que sea, ha madrugado.

Isabelle fue a abrir y Mitchell entró sin ser anunciado. ¿Para qué? Prácticamente estaba es su casa, pues eran muchos años los que llevaba pisándola, siendo el mejor amigo de Savannah.

—Buenos días, Mitchell —dijo Isabelle alzando la voz con la intención de que su hija se diese cuenta.

Savannah y Dean se miraron. Él alzó una ceja mientras un bufido salió desde lo más profundo de su garganta. Ella, para que no se enfadara, se levantó y le dio un beso en los labios a la vez que Mitchell, entraba en la cocina y los pillaba de lleno. Le hirvió la sangre al ver cómo besaba a otro y se moría de ganas por cogerla del brazo y apartarla de ese tío que había llegado para arrebatársela a su chica. «Pero ¿qué chica?», pensó. Carraspeó para que supieran que no estaban solos y se alejaron sorprendidos, pues el beso se estaba volviendo intenso.

—Hola, Mitchell. ¿Cuándo has llegado? Te he echado de menos. —Lo abrazó con cariño.

Era su mejor amigo y eso no iba a cambiar. A Dean ese simple roce no le hizo ni pizca de gracia, estaba celoso.

—Yo también te eché de menos, Savi —dijo este mirando a Dean por encima del hombro de ella.

—Mira ven, quiero presentarte a alguien. —Tiró de él—. Él es Dean, mi novio.

Este se sintió orgulloso de que Savannah lo presentara como tal, aunque su madre se hubiese enterado en ese mismo momento, al entrar en la cocina.

—Él es Mitchell, mi mejor amigo. En realidad, mi único amigo —eso último lo dijo en un

susurro que pensó que nadie había escuchado.

—Encantado —dijo Dean extendiendo su mano para que el otro la estrechase, cosa que no llegó a hacer—. Bueno... sin apretones.

Savannah suspiró y le echó una mala mirada a su mejor amigo, ¿de qué iba? No le diría nada ahora, pero tenían una conversación pendiente. No iba a dejar que tratase a su novio como si fuese un extraño, para ella, no lo era.

Isabelle que se dio cuenta de la tensión entre ambos jóvenes, se acercó a ellos y los sentó a cada uno en una silla. Su hija la miró y le susurró un «gracias» que solo escuchó su madre, los otros dos estaban tan ensimismados en ellos mismos, que no se percataban de nada.

—Mitchell, ¿has desayunado? —Este negó con una sonrisa.

—¿Eso es mermelada de arándanos? —mencionó señalándolo. Isabelle asintió con una sonrisa y Dean rodó los ojos a su vez—. Me encanta y lo echaba de menos.

—¿No hay mermelada de arándanos en Atlanta? —se interesó Dean intentado hacerlo quedar mal.

Savannah le dio un pellizco por debajo de la mesa para que no entrase al trapo; su amigo era el ojito derecho de su madre y tenía las de perder. Dean se quejó haciendo que los demás se enterasen e Isabelle miró a su hija con la boca apiñada y una ceja alzada. Savannah se encogió de hombros como si con ella no fuera la cosa.

—No, no hay. Además, me gusta la que hace Isabelle.

—Entiendo.

Eso fue lo único que Dean pudo responder, se sentía incómodo y no veía la hora en la que volviesen a Manhattan, donde nada ni nadie los podría separar. Bueno, tendrían que lidiar con Roxanne y eso no se limitaría a unas simples miradas con un estúpido que creía tenerlo todo.

Un silencio sepulcral se instaló en esa cocina y no quedaba otra que seguir desayunando. Mitchell no dejaba de mirar a Savannah, la veía más hermosa si cabía y más... más mujer. El cambio de ciudad le había venido muy bien; solo llevaban sin verse unas semanas, no quería imaginar lo que sería verla después de años. Negó desechando esa idea de la cabeza, pues eso no era una opción para él. Iba a conseguir que ella se fuese con él a Atlanta.

Mitchell seguía matándolo con la mirada y eso a Savannah no le gustó, así que se levantó e hizo que su amigo saliese con ella un momento al jardín. Necesitaba hablar con él a solas.

—¿Se puede saber qué te pasa con él? —preguntó en cuanto apareció.

—¡Vaya! Qué directa.

—Déjate de rodeos, Mitch.

—No me llames así —se quejó ofuscado—. No me pasa nada, es solo que me cae mal.

—¿Por qué? No lo conoces de nada —expresó ella confundida.

Su amigo intentó acercarse. Pero ella no lo dejó.

—Por favor, Savi. Déjame explicarme. —Se encogió de hombros—. Vine antes porque pensé que estos días me servirían para convencerte de que te vinieras conmigo a Atlanta, pero...

—Pero ya te diste cuenta de que eso no pasará, ¿cierto? —Iba a responder, pero no lo dejó—. Mira, Mitchell. Me siento alagada, de verdad, pero no puedes tratar a una persona que no conoces de nada de ese modo solo porque esté conmigo. Si tú te echases novia, yo querría ser su amiga —aseguró apenada.

No le gustaba la situación con su mejor amigo, pues la última vez que se vieron, se dieron

algunos besos y eso, por mucho que quisieran olvidarlo, no podrían. Savannah estuvo muchos días confundida y solo cuando Dean la besó, aclaró esa duda que tenía acerca de Mitchell.

—No me gusta para ti, es todo —mintió.

—Lo siento, pero eso lo decido yo. —Se dio la vuelta para entrar de nuevo—. Solo te pido que, por favor, seas amable... solo estaremos aquí unos días y después no volverás a verme si no quieres.

Eso fue lo último que le dijo antes de entrar en la casa. Mitchell se quedó anclado al suelo al escuchar esas palabras que tanto daño le hicieron de la persona que amaba. Su amiga le estaba dando una patada que le dolió más que la primera despedida. Ahora tenía claro que ella no quería nada con él, pero no podía desistir en su empeño de acercarse a Savannah y si para eso tenía que fingir amabilidad con Dean, lo haría... lo haría, por ella.

Las horas pasaban sin parar, sin dejarlos respirar apenas. Isabelle se había propuesto pasar tiempo con ellos, recordar buenos momentos y conocer mejor a Dean. Había resultado ser un chico muy agradable con el que poder hablar de cualquier cosa, además, se notaba lo que sentía por su hija y eso le gustó.

Así, día tras día pasaron ese tiempo. Mitchell quería estar a solas con ella, poder hablarle de ellos, de lo que él seguía sintiendo y de lo que, según él, sabía que Savannah sentiría si le dejaba acercarse a ella. Pero, todos los días en los que intentó pedirle pasar una única tarde juntos, siempre encontraba evasivas por su parte. Y la entendía, claro que lo hacía.

La noche antes a la misa, Savannah se sentía mal, muy mal, pues esa noche era cuando salieron, la noche que se emborracharon y su amiga murió. Se encerró en su habitación por horas, ni Dean conseguía entrar para ver qué tal estaba y estaban todos preocupados, incluido su tío Eliot. Hubo un momento en el que estaba tan cansada, que se quedó dormida y esa tarde calurosa de verano, ocurrió lo peor que le podía pasar: una terrible pesadilla. Parecía tan real, como si estuviera frente a todo.

Por fin una noche de chicas. Hacía tanto tiempo que querían hacerlo, pero no se atrevían por no hacer daño a Mitchell, pero es que había cosas de las que delante de un chico no podían hablar y esa noche sería su noche.

Savannah estaba esperando en la puerta de su casa a que Olive llegase para recogerla. Primero irían a cenar a la hamburguesería de su tío y después, a un garito nuevo que abrieron en el pueblo. Estaban seguras de que habría muchas personas que no conocían y eso las emocionaba sobremanera. Estaban cansadas de hablar siempre con las mismas personas. El sonido de un claxon la despertó de su ensoñación.

—Hola, preciosa. ¿Preparada para pasarlo bien!? —gritó como una posesa.

Savannah soltó una carcajada a la vez que entraba en el coche y le daba un beso a su mejor amiga en la mejilla. Esta subió el volumen de la radio y, cómo no, por casualidad, *The Climb* comenzó a sonar. Savannah siempre pensó que Olive tenía contacto con los de la radio y que los llamaba para que, cuando estuviesen juntas, sonase su canción favorita. Esa canción hablaba del ascenso, de lo que luchamos para subir y alcanzar nuestros sueños. Era algo así como: Siempre va a haber otra montaña. Siempre vas a querer hacer que se mueva. Siempre va a ser una batalla

difícil. A veces, vas a tener que perder. No se trata de la rapidez con la que llegues. No es sobre lo que está esperando al otro lado. Es la subida. Era seguir o anclarnos en algo que no queremos. Era conseguir nuestros objetivos para ser felices... era mantenerte fiel a tus sueños.

Se removió en la cama de manera exagerada. Empezó siendo el más bello sueño, uno en el que podía ver y recordar el rostro de su amiga, de su hermana. Tras un año sin verla, sin escuchar su risa, esa risa tan ridícula que tenía, pero que te obligaba a reír con ella; esos ojos negros que parecían de otro color cuando estaba feliz por cualquier cosa. Porque así era Olive, una chica feliz con lo que la vida le ofrecía. Tenía unos padres maravillosos, una hermana que, aunque no se supo nada de ella cuando su hermana se fue, sabían que estaba bien. Ahora vivía en Londres, pues pidió una beca de Derecho allí y necesitaba tanto irse, olvidar el dolor que sintió cuando esa noche la despertaron diciéndole que su hermana pequeña había muerto en un accidente de tráfico con su coche, fue como un balde de agua helada sobre la cabeza. El día anterior recordó que discutió con ella porque no quería prestarle el vehículo, pero al saber que iría con Savannah se lo prestó y fue la peor decisión de toda su vida.

Capítulo 33

Quería despertarse de una vez para dejar de soñar, estaba segura de que ese sueño se iba a convertir en pesadilla en cuestión de segundos. No era lo mismo recordarlo que vivirlo de nuevo en sus propias carnes. Sentía cada bache de la carretera como si en realidad estuviese allí. Su cuerpo estaba en la cama, dormía, pero su cerebro, su alma, estaban en ese coche que estaba a punto de estrellarse contra el estúpido árbol que, gracias al padre de Olive, talaron a los dos meses de la muerte de su hija.

—¿Te lo has pasado bien? —preguntó Olive arrastrando las palabras.

Se bebieron algunas copas, ambas eran menores de edad, gracias a ese carné falso que Mitchell les consiguió a las dos para que pudiesen entrar en el bar de moda.

Se suponía que Olive no iba a beber, pero ahí estaba, conduciendo despacio porque tenía una cogorza de cuidado. Savannah bebió menos, pero no sabía conducir, así que le tocaba rezar para no tener un accidente de tráfico. Estuvo parte de la noche convenciendo a su amiga para que dejase de beber, pero era tan testaruda y, según ella, esa noche no podían desaprovecharla, que no le hizo caso y siguió a lo suyo.

—Me lo he pasado genial, ya lo sabes —expresó Savannah preocupada.

—Pues no lo parece, Savi. Cualquiera diría que no te gusta salir. —Soltaron una carcajada, Olive había dado en el clavo.

Savannah era una chica de casa; le encantaba encerrarse en su habitación y, mientras escuchaba música, dibujar lo primero que se le venía a la cabeza. Minutos más tarde, llegaron a la puerta de la casa de Savannah. Esta miró a Olive y le pidió que se quedase con ella esa noche, que por la mañana estaría más fresca para poder llegar a su casa. Se negó, obviamente.

—Por favor, Oli... quédate. Te prometo que no roncaré.

—Pero si tú no roncas. —Rieron—. Además, si no le llevo a mi hermana el coche, me matará. Tiene que ir a trabajar en un par de horas y no creo que si me duermo esté disponible en ese tiempo.

Savannah, en ese momento, pensó que tenía razón, pero aun así se preocupó y no quería que se fuera así.

Cansada de suplicar, se bajó del coche y esperó a que Olive arrancase y cogiese la curva para entrar ella en casa. Estuvo a punto de hacerlo, pero un estruendo la alarmó y lo primero que hizo fue gritar:

—¡Olive!

Salió corriendo en su busca, pues estaba segura de que había sido ella. Una luz rojiza alumbraba toda la calle lateral y cuando Savannah llegó hasta esa calle, se asustó, pues la luz, era fuego, el coche se había incendiado. Se apresuró en llegar para poder ayudarla, iba a ser una tarea difícil, pues estaba volteado boca abajo.

—Ya voy, Olive. Aguanta.

Se agachó y miró a su amiga; esta tenía los ojos abiertos y llenos de miedo. Savannah sin

pensarlo, entró por la ventanilla del coche para ayudarla a salir, pero el cinturón de seguridad estaba atascado y era imposible quitarlo. El humo cada vez las envolvía más, impidiéndole respirar con normalidad. Savannah necesitaba aire para poder seguir y también buscar algo con lo que cortar el cinturón. Pero cuando intentó salir, no se percató de que la ventanilla estaba rota y un cristal que sobresalía puntiagudo se clavó en su espalda y al salir le rajó parte de esta. Savannah cayó al suelo desplomada, el dolor era intenso y perdió el conocimiento en cuanto sintió que la sangre brotaba de su piel.

El fuego estaba propagándose, quemando otros vehículos que estaban estacionados frente a sus casas. Entonces, sintió que alguien tiraba de ella, agarrándola por los brazos. Esos instantes fueron los únicos en los que tuvo fuerzas para volver a abrir los ojos, quería saber quién estaba con ella, pero en cambio, lo que primero miró, fue el coche en el que su amiga aún estaba encerrada, estallar por los aires. Algunas lágrimas brotaron de sus ojos y perdió el conocimiento de nuevo.

—¡Olive! —gritó abriendo los ojos de golpe.

Comenzó a llorar mientras se incorporaba en la cama. La puerta de su habitación se abrió y Dean, que no había dejado de esperar a que ella abriese la puerta, entró dándole una patada a la misma. En cuanto la vio convulsionando por las lágrimas y la angustia que tenía instalada en su cuerpo, se sentó en la orilla de la cama y la atrajo hasta él para poder abrazarla, cobijarla de cualquier otra pesadilla que intentara meterse en su preciosa cabecita. La acunaba, acariciaba su espalda con dulzura y así, poco a poco, consiguió calmarla.

—¿Estás bien, hada? —preguntó preocupado.

Savannah alzó la cabeza y lo miró. Dean sintió cómo su corazón se quebraba con solo ver la tristeza en sus ojos; el azul de su iris se había oscurecido y demostró la debilidad que en ese momento sentía.

—No, no estoy bien. Fue mi culpa, murió por mi culpa. Si yo la hubiese obligado a quedarse en casa, si yo hubiese conseguido hacerlo ahora estaría aquí conmigo, con nosotros. ¿Por qué tuvo que ser tan terca? ¿Por qué no me hizo caso, Dean? Era tan feliz con su vida —mencionó recordando.

—Tú no tienes la culpa, Savannah. Tú lo intentaste, pero ella no quiso.

—Pero podía haber insistido más y no lo hice, dejé que se marchara aun sabiendo que estaba borracha. —Negó levantándose de la cama.

Comenzó a cambiarse de ropa. Tenía la intención de salir e ir a un lugar que hacía tiempo que no pisaba.

—¿Dónde vas? —se interesó él.

—A su casa... necesito ir a su casa.

—Te acompaño. No pienso dejarte sola en esto. —Ella negó.

—Tengo que hacerlo sola, ¿sí? Es algo que debí hacer tras su muerte y no hice. Ahora me siento culpable por ello.

Dean no estaba muy convencido de eso, pues ya era tarde y esas calles estaban muy solitarias. Pero ella era de allí y conocía a la gran mayoría. Además, la casa de Olive no estaba tan lejos de

su casa y llegaría en tan solo unos minutos.

—Déjame al menos llevarte. No entraré contigo... así me quedaré más tranquilo, por favor — suplicó. Ella sonrió con dulzura y asintió.

Ambos salieron de la habitación y bajaron las escaleras para salir de la casa. Savannah buscó con la mirada a su madre, pero no la encontró.

—No está, salió hace una hora con Jeffrey. Estabas dormida. —Asintió.

Entonces se acercó a él despacio y, pegándose a su cuerpo, lo besó. Estaban solos y tenían que aprovechar el momento, aunque solo fuera por unos cortos minutos, aprovecharían al máximo el tiempo que tuviesen para estar juntos. Dean agarró su cintura y la apretó contra él con dulzura. Savannah cada vez se metía más adentro de su corazón y era consciente de lo difícil que iba a ser el día que su historia de amor se tambaleara y se separaran. No quería pensar en ello cuando la tenía con él, pero a veces era inevitable y en cuanto pisaran Manhattan, las cosas se complicarían. Pensó en quedarse allí para siempre, pero no podía y la realidad estaba cada vez más cerca de ambos.

Al separarse, Savannah se dio cuenta de la mirada inexpresiva de él. Quiso saber, pero Dean negó encogiéndose de hombros, restándole importancia a sus pensamientos, esos que no podía contarle a ella por más que quisiera.

Salieron de la casa y se subieron al coche de Dean, este arrancó y con las indicaciones de Savannah, llegaron a casa de los padres de Olive en menos tiempo del esperado. Suspiró unas cinco veces, las manos le sudaban y temblaba como una hoja a punto de caer. Sabía que debía hacerlo, pero una cosa era pensarlo y otra ponerla en práctica.

—Vamos, tú puedes. Yo te esperaré aquí el tiempo que sea necesario —aseguró él dándole fuerzas. Savannah le dio un beso fugaz en los labios y salió del vehículo.

Se puso delante de esa casa que tantos recuerdos le traía y que llevaba un año sin pisar. Arrastró los pies hasta la entrada y sin pensarlo tocó el timbre; sabía que si se paraba a pensarlo no sería capaz de ponerse ante ellos.

Escuchó unos pasos acercándose y unos segundos después, Parker, el padre de Olive, abrió la puerta. Este al ver a Savannah, comenzó a llorar y la abrazó como el que ve a su hija de nuevo. Un año había sido demasiado tiempo y ella, para esa familia, siempre fue una más, una hija más de la que cuidar. No supieron hacerlo con Olive y eso los mataba día a día por dentro.

Entraron y cerraron la puerta tras de sí. Chloe estaba en la cocina preparando té, siempre le gustó y le relajaba para poder conciliar el sueño.

—Mira, cielo, quién está aquí —anunció Parker entrando en la cocina.

Chloe se dio la vuelta e hizo exactamente lo mismo que Parker al ver a Savannah. Las lágrimas eran de alegría por volver a verla después de un año, pero no podían evitar sentir algo de dolor, pues esa visita no era como las de antes, cuando iba para estar con su hija. Olive ya no estaba y su familia aún, después de tanto tiempo, no lo aceptaba.

—Hola, cariño. ¿Cómo has estado? Te hemos echado mucho de menos —expresó Chloe abrazándola.

—Bien, he estado en casa de mi tía en Manhattan, obligada por mi madre. —Sonrieron—. No quería salir y mucho menos vivir —murmuró y suspiró a su vez.

Parker le dio un apretón en el hombro para que viese que no estaba sola. Era algo normal, ellos lo sabían muy bien. Prácticamente habían perdido a sus dos hijas, esa familia unida que eran,

murió también. Meghan, la hermana mayor de Olive, se fue dos días después de su muerte. Tenían la esperanza de que su hija entrara en razón y volviera, al menos para la misa de Olive. No hablaban con ella desde hacía meses y estaban preocupados por ella.

—Sé que esto es muy duro, pero te agradezco que estés aquí. —Suspiró mientras servía el té—. Se nos hará más fácil despedirnos al fin. —Savannah frunció el ceño sin entender a qué se refería con despedirse al fin—. Aún tenemos las cenizas aquí en casa.

—¿Estáis hablando en serio? ¿Cómo es posible que aún no la hayáis dejado marcharse? No podéis seguir reteniéndola como si estuviese viva. Olive se fue para siempre y eso es algo que, por mucho que nos duela, es una realidad.

Se había cabreado con ellos. No entendía eso de seguir teniendo a su hija en casa como si siguiese viva. ¿Qué pretendían, tenerla para siempre? Chloe lloró al escuchar las palabras de Savannah, pues, aunque no le gustaron, tenía razón y debían arreglar ese asunto, solo así podrían pasar página de una vez por todas.

—Tienes razón, Savannah. Es cierto que queríamos hacerlo, pero tú dejaste de venir y eras tú la que... —Silencio—. Realmente no sabemos cómo decirte esto.

—¿El qué?

—Unos días después de su muerte, entramos en su habitación para guardar las cosas; fue muy duro y no pudimos hacerlo. Su habitación sigue tal y como la dejó. —Sollozó destrozada—. Entre sus cosas, encontramos un diario en donde escribía todos los días y ahí te mencionaba a ti en todo momento. Por eso, creemos que eres tú quien debe esparcir sus cenizas en donde creas que sea el lugar idóneo para su descanso.

Savannah se secó las lágrimas que en ese momento comenzaron a mojar sus mejillas y tras una larga bocanada de aire, se acercó a ella.

—¿Puedo subir a su habitación? —Asintió y salió de la concina.

Sabía que no era lo correcto, que no era la mejor idea que había tenido. Entrar en la habitación de su mejor amiga después de tanto tiempo sin pisarla... Los recuerdos la iban a destrozarse por completo y cuando saliera de ahí, no sabía cómo iba a estar.

Capítulo 34

Subió las escaleras despacio, como si no quisiera llegar arriba, a su habitación. Era la primera puerta nada más subir, en cuanto llegó, suspiró. Con manos temblorosas, cogió el pomo y lo viró para abrir la puerta. En cuanto esta se abrió y ella puso el primer pie dentro, su olor entró en sus fosas nasales y fue como echar el tiempo atrás, como si se hubiese metido en una cámara del tiempo, llegando a tres años antes. Los recuerdos se hicieron visibles, proyectándose frente a ella como si estuviese viendo una película. Era algo que la hizo sonreír, pues todo lo vivido con Olive fue lo mejor de su vida y así la quería recordar.

Entró y cerró la puerta tras de sí, caminó hasta su cama y se sentó en ella. Miró todo a su alrededor y sí, efectivamente, estaba tal y como lo recordaba, no se había movido nada de su sitio. Miró la mesilla y sobre esta, el diario que le dijo su madre. Savannah lo cogió ansiosa de saber sus pensamientos, pero también temerosa de conocer algún secreto de su amiga que no le gustase. Aunque, en realidad, sabía que eso sería imposible.

Verano 2016

Querido diario, esta noche estoy tan emocionada que no soy capaz ni de escribir, pero si no cuento esto a alguien, me corroerá por dentro y acabaré volviéndome loca.

Savannah sonrió con lágrimas en los ojos. Siguió leyendo, quería saber la emoción de su amiga.

Cometí una locura la cual nadie y, especialmente Savannah, puede saber. No pensé que pasaría y en realidad, nunca creí que Mitchell se hubiese fijado en mí. Y es que, ¿cómo era posible que el chico más guapo del pueblo me quisiera a mí?

Frunció el ceño sin poder creerse todo eso. ¿Olive y Mitchell? No, eso tenía que ser una broma. Y si eso era así, ¿por qué nunca se lo dijeron, a qué tenían miedo? Eran los mejores amigos y le escondieron algo tan importante como algo así.

Esta noche ha sido mi primera vez y ha sido precioso. Mereció la pena la espera, pues Mitchell fue el mejor. Me demuestra sus sentimientos día a día. Solo hay algo que no me gusta y es tener secretos con mi mejor amiga, pero si ella se enterara, nuestra relación se irá a la mierda y eso no puedo permitirlo... prefiero dejar a Mitchell que perderla a ella.

Si estuvo reteniendo las lágrimas, con esa aclaración, no pudo contenerlas más y se echó a llorar como si la hubiese perdido ese mismo día. Tuvo una relación con Mitchell y por no perderla a ella lo dejó, porque estaba segura de que llegó a eso.

Tras una hora en la que no dejó de leer el diario, salió de la habitación dejando este en la mesilla de nuevo, no se lo llevaría, pues, aunque leyó algo, era privado y sus secretos seguirían siéndolo. Bajó las escaleras de nuevo y caminó hasta la sala donde Chloe y Parker estaban sentados hablando. Savannah dio por finalizada la visita, ya no le quedaban fuerzas para seguir allí y quería descansar para el día siguiente y las emociones que la esperaban... Iba a ser un día muy más duro y tenía que estar preparada.

—Nos vemos mañana, cielo —dijo Chloe. Ella asintió saliendo de allí.

Dean aún la esperaba en el interior del coche y en cuanto la vio, salió para abrazarla, estaba seguro de que en ese momento era lo que necesitaba y así era, claro que lo necesitaba.

—Ya, tranquila cariño. Estoy aquí... estoy contigo —murmuró él en su oído mientras acariciaba

su espalda, dándole esa fuerza que tanto necesitaba.

—Gracias, sin ti esto no lo hubiese soportado —respondió.

Se separó de ella y tras secar sus lágrimas, cogió su mano y se subieron al coche para volver a casa. Esa era la idea, pero Savannah no quería encerrarse de nuevo, quería ir al lago para desconectar un poco... para poder echar al agua los recuerdos que en ese momento la estaban martirizando.

Dean cogió el desvío y se metió en la carretera pequeña que daba al lago. Era un lugar oscuro, pero precioso por la noche y a él también le gustó la idea de estar con ella a solas sin madres acechándolos a cada segundo para no dejarle ni besarla en la mejilla. Sonrió al recordar la semana que Isabelle les había dado. Además, Mitchell también estuvo demasiado tiempo metido en la casa de ella y eso no le gustó a Dean. Al llegar, se quedaron unos largos minutos encerrados en el coche, aún no estaba preparada para salir. Tenía la mirada clavada a un punto perdido, sin poder apartarla de ahí, como si estuviese hipnotizada.

—Savannah. —Tocó su brazo—. Savi, hada.

Ella lo miró y fingió una sonrisa que a él le pareció lo más falso que había visto en su vida.

—¿No tienes nada mejor? —preguntó divertido. Ella se encogió de hombros—. Oh, vamos... una hermosa sonrisa que me deslumbre.

—No me quedan —se quejó haciendo pucheros.

Dean río, estaba tan enamorado de esa pequeña hada con pecas que se le pasaban los días volando. Ya llevaba allí una semana y en todo ese tiempo, no se comunicó con nadie. Él también tenía problemas, su madre no aparecía y era algo que, aunque le preocupaba, tampoco podía limitar su vida a buscarla, pues si estaba con esos tipos, es porque ella lo había permitido desde un principio. Debió echar de su vida al hijo de puta de su marido, solo así su vida habría cambiado, pero nunca lo escuchó y se jodió la vida. ¿Por qué iba a dejar que se la jodieran a él también?

—Vamos a dar un paseo —anunció Dean.

Savannah asintió y él salió del coche a la vez que ella abría la puerta. La noche era fresca, pero no demasiado. Las estrellas de esa noche alumbraban más que la última vez que estuvieron allí y eso le mostraba algo que no se atrevía a decir.

Dean cogió su mano y pasearon por el muelle de madera, metiéndose más al fondo de esas aguas, pero sin mojarse. Le gustó pasear por ahí con ella, era tranquilizador. El lago Gunterville era grande, y por esa zona podían disfrutar de un pedacito de él.

—¿Estás mejor? —se interesó parando a mitad del muelle para mirarla.

—Ahora sí —aseguró acercándose a él.

Ahora estaban solos y lo iban a aprovechar. Savannah lo besó con pasión, con ese deseo retenido durante tantos días. Dean la recibió, abrió su boca y sus lenguas se dieron ese calor que emanaba con fuerza. La abrazó, la pegó contra su pecho, donde quería meterla para siempre, de donde no quería que saliera jamás. Se le metió en el alma en el mismo momento en el que posó sus ojos en ella. Los segundos pasaban, se hicieron minutos y se convertirían en horas de un momento a otro. No podían parar de besarse, de comerse, de amarse como ya lo hacían. Se separaron un momento, necesitados de aire. Dean pegó su frente a la de ella y suspiró. Ambos seguían con los ojos cerrados.

—Savannah yo... —Una lágrima rodó por su mejilla—. Tengo algo muy importante que contarte

—dijo mientras abría los ojos.

Ella frunció el ceño, pues lo vio preocupado y no le gustó. Iba a hablar cuando escucharon la voz de Mitchell llamando a Savannah. No estaban solos y no sabían realmente desde cuándo. Su amigo caminó hasta ellos y cuando los tuvo enfrente miró a Savannah, pero está tenía la mirada inexpresiva y llena de desconcierto. Lo que había descubierto hacía apenas una hora no le había gustado y se lo haría saber a su mejor amigo.

—Dean, ¿puedes dejarnos a solas un momento? —preguntó sin apartar la mirada de él. Su novio frunció el ceño, pero haría lo que le pidió.

—Está bien, te espero en el coche.

Le dio un beso en los labios para hacerle ver a Mitchell que seguían juntos y se fue, los dejó a solas como ella le había pedido.

Cuando tuvieron a Dean lo suficientemente lejos como para no escuchar lo que tenía que hablar con él, lo miró y bufó. Mitchell se quedó anclado en el sitio; tenía la sensación de que ahí la cosa estaba mal y esa conversación iba a ser muy tensa.

—¿Cuándo pensabas contarme que tú y Olive estuvisteis juntos? Y más aún... ¡Ella perdió la virginidad contigo! ¿Os gustó reiros de mí? —dijo cada palabra con una sensación de ahogo, como si necesitase una bomba de aire para respirar.

Su amigo no supo qué responderle y tampoco se atrevía a mirarla. Sus ojos estaban en sus pies. Estaba avergonzado de aquello, pero no porque no sintiera nada por Olive, sino por haberle ocultado la relación a Savannah.

—Lo siento —se disculpó.

—¿Eso es lo único que me vas a decir? ¡Joder! —exclamó—. ¿Crees que me ha gustado enterarme por un diario de que las dos personas más importantes de mi vida estuvieron saliendo y que, por mi culpa, lo dejaron? —Negó.

—Siento que te hayas enterado así y siento haberte ocultado mis sentimientos por Olive.

Solo había una cosa en la mente de Savannah que necesitaba aclarar, solo para poder pasar página de una vez y dejar de ver a su amigo como a una persona que lo complicaría todo. Necesitaba tener una vida con Dean sin nadie que intentara chafar ninguno de sus planes... necesitaba ser feliz de una jodida vez y solo aclarando algunos temas, podría serlo.

—¿Qué sientes por mí, Mitchell? ¿Son ciertos tus sentimientos?

—Yo, no... no sé —titubeó.

En realidad, no lo sabía. Hubo un momento de su vida en el que pensó que había olvidado a Olive, que sí amaba a Savannah, pero esta noche, todo lo que sentía, ese fuego que emanó en su interior el día que besó a su mejor amiga, la noche que le dijo que la quería, se le convirtió en humo con solo unas palabras. Olive fue el gran amor de su vida y cuando murió, quiso olvidarla demasiado rápido, pues el sufrimiento era más fuerte que cualquier dolor físico. Prefirió alejarse de todos y vivir la vida sin preocupaciones, hasta que se dio cuenta de que era el camino incorrecto.

—Ni siquiera sabes lo que sientes, Mitchell —expresó ella cabreada—. Vienes aquí, pensando que puedes conquistarme, pensando que dejaré a Dean por ti y todo sin conocer tus propios sentimientos. ¿Estás loco? —Intentó acercarse a ella y agarrar su mano—. No, no me toques... nunca más vuelvas a tocarme.

—Perdóname, Savi —se disculpó—. Y tienes razón, he sido un gilipollas y merezco todo lo

que me estás diciendo. Te contaré todo, pero por favor, ¿puede ser en otro momento? Esta noche no es la mejor.

Ella se calmó y entendió lo que él decía; tenía razón. Esa noche era la última que pasarían en Alabama y lo que menos quería era discutir y recordar cosas que le harían daño a ambos.

Savannah le echó una última mirada antes de darse la vuelta y encaminarse al coche, donde Dean la esperaba ansioso. Mitchell se quedó ahí, sin poder moverse, con el corazón en un puño, sabiendo que su amistad estaba rota y pensando que nunca más volvería a ser lo mismo.

Llegó al coche y entró en él. No miró a Dean, no dijo nada; él arrancó y salieron del lago para volver a casa, ya era hora de dormir y despertar en un día que no iban a poder olvidar. Ahora sí estaba preparada para lo que venía, para esa misa que tanto odió durante meses, para recordar que al día siguiente haría un año de su velatorio. Un año de infelicidad y eso se acabó, a partir de ahora, su sonrisa deslumbraría de nuevo.

Capítulo 35

Se pasó la noche en vela, pensando en lo que Mitchell le dijo, en lo que leyó y en lo que ella misma creía. No los culpaba, al contrario, le hubiese gustado saber de primera mano que sus amigos estaban enamorados, ella se hubiera sentido feliz por ellos. Pero, como siempre, tomaron la decisión por ella. Nunca le gustó que la trataran como si fuese de cristal por miedo a que se rompiera, sin percatarse de que, con las mentiras, la rompieron más.

Por la mañana, el despertador sonó sobre las diez de la mañana, hora que ella misma programó para no quedarse dormida, aunque en realidad no había pegado ojo en toda la noche. Se la pasó dando vueltas, pensando y buscando respuestas donde no las había.

Se levantó a la vez que Isabelle entraba en la habitación para comprobar si ya se había despertado.

—Buenos días, cariño. ¿Cómo dormiste? —se interesó su madre acercándose a ella.

—He tenido noches mejores —respondió pasándose las manos por el rostro—. ¿Y Dean?

—Está en la cocina preparando tostadas con mermelada de arándanos. —Isabelle puso los ojos en blanco. Ambas soltaron una carcajada—. Al final parece que le gusta y todo.

Se sentó con ella en la cama y acarició su largo cabello. Este había crecido tanto que le llegaba a la cintura y nunca lo había tenido tan largo.

—Quiero cortármelo —dijo de pronto.

—¿Cómo?

—El cabello... quiero cortármelo. —Isabelle sonrió asintiendo.

Le gustó que su hija pusiera de su parte para superar el gran bache que atravesó su familia y la de Olive. Fue algo que dolió a demasiadas personas y muchos aún la seguían llorando.

Se levantó sin decirle nada y salió de la habitación de su hija y fue al baño donde guardaba las tijeras y unos segundos después estaba de vuelta. La hizo sentarse en la silla del escritorio y comenzó a cortar el cabello. Savannah eligió cortarlo por los hombros, necesitaba ese cambio drástico, verse diferente, sentirse diferente; comenzaría por el cabello. Su siguiente paso, un tatuaje. Tenía claro lo que quería y en cuanto llegase a Manhattan, se lo haría. Cuando su madre terminó de cortar el cabello, Savannah se levantó y se miró al espejo. En un principio se veía extraña, pues toda su vida lo llevó largo y más tras el accidente, lo usaba para tapar la herida cuando se ponía alguna blusa que pudiese transparentarse. Pero hoy, eso ya no era problema para ella y ya no le importaba que vieran su cicatriz. Y todo gracias a Dean, si no hubiese sido por él, si no lo hubiera conocido, aún estaría estancada en el pasado, en los recuerdos y habría cometido demasiados errores. Aunque, qué sería de esta vida sin esos errores que te hacen feliz.

—Estás preciosa, cariño. —La abrazó por la espalda y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias, mamá —habló nerviosa—. Quiero darte las gracias —murmuró mirándola por el espejo—. Este año sé que has sufrido mucho por mi culpa y te prometo que no quería que lo pasaras tan mal, pero...

—Tranquila, cielo —la interrumpió—. En primer lugar, no tienes por qué agradecerme nada, soy tu madre y estoy para eso... estoy para cuando te caigas, te daré la mano y te ayudaré a levantarte y si vuelves a tropezar estaré contigo. Siempre lo estaré —aseguró.

Savannah se dio la vuelta y la abrazó fuerte, con mucha fuerza. Amaba a su madre y no podría enfadarse con ella, aunque quisiera. Tenía suerte de tenerla con ella y de que fuera tan buena y comprensiva, así es como debe ser una madre.

—¿Preparada para enseñarle tu nuevo *look* a tu novio? —Asintió con una sonrisa.

—Sobre ese tema...

—No pasa nada. He visto cómo te mira, cómo te trata y eso solo me demuestra que te quiere de verdad. Y si tú lo quieres, pues yo lo acepto, solo quiero que seas feliz.

Su madre salió de la habitación para dejar que se vistiera. Eligió ponerse unos pantalones negros y una blusa oscura. Por respeto a Olive y su familia. Sería la última vez que se pusiera esa odiosa ropa que tanto sufrimiento le reportaba, así, sin más. Peinó su cabello y dio gracias porque este fuera liso, de lo contrario tendría que estar peinándolo con secador o plancha. Tras maquillarse un poco, salió de su habitación y bajó las escaleras para desayunar, solo faltaba una hora para la misa.

Mientras se iba acercando, escuchaba como su madre y su novio hablaban animadamente y reían por algún chiste malo de Isabelle. Savannah sonrió al llegar a la puerta y verlos así, llevándose bien, como ella quiso desde un principio. Dean se percató de su presencia y se dio la vuelta. Y, cuando la vio, su boca se desencajó, pero le duró unos segundos porque después, se levantó y con una sonrisa, cogió sus mejillas y besó sus labios con cariño. Al separarse, Isabelle los miró con cariño, comprobó que sus ojos tenían un brillo especial, uno que solo vio una vez y no fue en él. ¿Sería verdad que Dean la amaba tanto como decía?

—Estás preciosa, mi hada —declaró.

—Gracias.

—¿A qué se debe el cambio? —preguntó divertido.

—A la vida. Quiero un cambio en mi vida y he comenzado por aquí. —Señaló su cabello—. El siguiente paso, un tatuaje.

—¿En serio? —dijo su madre. Ella asintió—. ¿Y qué te harás?

Savannah fingió que pensaba, pero en realidad sabía lo que se haría. Dean cogió su mano y fueron hasta la mesa para desayunar.

—Me haré un sol —habló sentándose.

—¿Y qué significa para ti ese sol? —intervino su novio maravillado.

No podía dejar de mirarla, de contemplar su belleza. Si con el cabello largo ya estaba hermosa, con él corto lo estaba mucho más, pues podía ver con más libertad su rostro, su cuello y esas pecas repartidas por su nariz.

—Simboliza la vida, el renacimiento y la fertilidad. También simboliza el poder, la perseverancia y un nuevo comenzar, es decir, dejar el pasado atrás. Justo lo que yo quiero, lo que necesito —explicó con tranquilidad.

Su madre asintió comprendiéndola, aunque sabía que nunca iba a olvidar a Olive. Pero, en cierto modo, necesitaba una nueva vida, algo por lo que luchar, algo que la hiciera abrir los ojos a la realidad. Isabelle pensó en algunas cosas que podrían ayudarla a seguir y una de esas cosas, era contarle los secretos familiares. Savannah, tenía dieciocho años y pronto cumpliría los diecinueve. Ya era mayorcita para entender algunas cosas que se hicieron cuando ella era pequeña, todo se hizo por su propio bien. Isabelle tenía miedo, pero una parte de ella le decía que había llegado el momento.

Tras desayunar, salieron de casa para ir hasta la iglesia del pueblo para la misa de Olive. A ella le preguntaron si diría algunas palabras y, aunque en un principio se negó, pensó que sería bueno expresar algunas cosas que dolían, y decirlas podría ayudarla a superarlas.

Entraron en la iglesia y fueron a sus asientos. Miró hacia la primera fila y se percató de que Chloe y Parker no estaban solos, Meghan estaba con ellos. Su hija mayor, su única hija ahora, había aparecido después de muchos meses. Fue la primera en levantarse y decir unas palabras antes de que la misa comenzara.

—Buenos días a todos. —Carraspeó—. En primer lugar, quiero agradecer en nombre de mi familia el que estéis hoy, en un día tan duro, con nosotros.

La iglesia estaba en tensión y ya se escuchaban llantos por algún rincón. Savannah estaba conteniendo las lágrimas, pues debía ser fuerte por todos y por ella misma. Miró a todos buscando a Mitchell, pero no había llegado. ¿Dónde estaría? Se preocupó, aunque se hubieran peleado seguía siendo su mejor amigo.

—No sé cómo empezar a hablar de ella, pues es muy duro para mí. —Sollozó—. Lo único que me sale en este momento es pedirles perdón a mis padres por haberlos abandonado en un momento tan difícil en nuestra familia... sé... sé que lo hice mal y que estáis enfadados conmigo, pero es que no podía quedarme aquí y ver como mi vida seguía y la suya no. ¿Cómo se supera eso? No pude, necesitaba irme y fue lo que hice.

Chloe y Parker se levantaron para abrazar a su hija. Savannah seguía reteniendo esas lágrimas que sabía que iba a derramar en cuanto subiera al altar a hablar de su mejor amiga.

El sacerdote comenzó con la misa, que duró más o menos media hora. Entonces llegó el momento de que su única y verdadera amiga subiera y contase algo de Olive. Dean la miró y apretó su mano para darle fuerzas y se levantó bajo la atenta mirada de todos los allí presentes. Caminó despacio y subió para luego clavar sus azules ojos al frente, mirando a todo y a nada.

—Esto es muy difícil para mí —comenzó a decir—. ¿Cómo ponerse aquí arriba, con una foto de mi mejor amiga a mi lado y contar algo de ella que no me haga llorar? Es absolutamente imposible —expresó con lágrimas en los ojos.

En ese momento, la puerta de la iglesia se abrió y un Mitchell destrozado entró a la iglesia que no quiso pisar el día del velatorio de su novia en aquel entonces. Aún había cosas que aclarar, cosas que confesar, pero ya llegaría el momento. Caminó hasta ella y subió al altar para darle el apoyo que en su día no le dio.

—Ahora será más fácil —titubeó él emocionado. Ella asintió.

—Cuando pierdes a alguien tan importante en tu vida, piensas que no volverás a seguir adelante, que no serás capaz de vivir sin esa persona, pero no es así. En realidad vives, pero con la angustia marcada a fuego en tu piel, en tu alma. Todos queríamos a Olive, algunos la amaban y todos sufrimos su muerte. Hoy hace un año de ese triste día y aún puedo escuchar su risa mientras cantábamos nuestra canción favorita.

Chloe y Parker estaban emocionados al escuchar a Savannah, y Meghan miraba a Mitchell, pues siempre supo que su hermana y él estuvieron juntos.

—Yo, hoy... sigo llorando su pérdida, sigo pensando que la vida es injusta, pero no sufro tanto. Sé que Olive ahora es un ángel, una estrella en el cielo, y que nos cuida desde lo más alto —expresó emocionada—. Si ella estuviera aquí, nos diría que nos riésemos, que viviésemos y pasásemos esa página en nuestra vida que se quedó atascada. Yo la conocía bien y estoy segura de

ello. —Suspiró—. Solo me queda decirle a su familia, que aquí me tienen para lo que haga falta y que, aunque no sea lo mismo, pues no se puede reemplazar a una hija, yo seré lo que necesiten.

—Gracias —murmuró Chloe mandándole un beso a Savannah.

Mitchell la abrazó y le dio un beso en la mejilla. Bajaron y ella caminó hasta su sitio y se sentó al lado de su novio. Este la abrazó reconfortándola y tras eso, le dio un beso fugaz en los labios.

La misa duró diez minutos más y todos se levantaron para poder marcharse a sus casas, a seguir con sus vidas y olvidar este día pésimo. Estando fuera, Chloe se acercó a Savannah y tras darle un abrazo enorme, le entregó las cenizas de su hija. Estaba segura de que ella sabría qué hacer con ellas.

Si Savannah pensó que ese día ya no iba a llorar más, estaba equivocada, le quedaban algunas lágrimas más que dejar en ese pueblo, en ese lago, pues ya sabía dónde esparciría los restos de su mejor amiga, de su hermana.

—Gracias por confiar en mí —dijo ella dándole un beso a Chloe.

—No, Savi. Gracias por haber sido el apoyo de mi hija durante toda su vida. —Tocó la urna y le dio un beso despidiéndose de ella—. Ya es hora —la apremió.

Savannah se dio la vuelta y le pidió a Dean que la dejara hacer esto sola con Mitchell, era algo importante para ellos, puesto que eran los amigos inseparables, los que podían contra el mundo y ese mismo mundo les mandó esa prueba que, sin querer, tenían que aceptar. Su novio aceptó y la dejó ir con su mejor amigo para el lago, donde pasarían parte de la mañana.

Capítulo 36

Llegaron al lago y se sentaron en la parte donde había césped, era donde le gustaba a Olive sentarse mientras observaba las vistas. Le encantaba pasar horas y horas ahí, sentada en la misma postura. Ellos hicieron lo mismo, pasaron un buen rato ahí, sin decir nada y mucho menos mirarse.

—Savi —la llamó Mitchell de pronto—. Quiero decirte que amaba a Olive y creo que aún lo hago. Es cierto que cuando te besé, pensé que lo que sentía por ti era igual de fuerte, pero me estaba engañando. Solo buscaba la manera de seguir con mi vida y olvidar esta presión que me comprime el pecho.

Ella lo miró al fin y sonrió con cariño, demostrándole que nunca podría enfadarse con él, era su mejor amigo, su único amigo y no lo iba a perder por algo que pasó hacía más de un año. Lo quería, lo quería demasiado y eso no iba a cambiar por muchos espejismos que él tuviera. Lo abrazó y le dio un beso en la mejilla. Mitchell la apretó contra su pecho y lloró, se desahogó como nunca, como necesitaba y no había hecho hasta ese momento. Savannah acarició su mejilla, secando esas lágrimas que ahora hacían de las suyas.

—Lamento mucho todo, Mitch. Nunca pensé que te diría esto, pero me alegro de haberte recuperado.

—Hay algo más que no te he dicho. —Lo miró de nuevo—. La noche del accidente, yo escuché el estruendo y salí de mi casa corriendo para saber qué había pasado. Nunca pensé encontrarte en el suelo desangrándote y a ella a punto de morir. Tenía que elegir a cuál de las dos salvaría y te elegí a ti. —Savannah abrió los ojos sorprendida.

Entonces, sus ojos se llenaron de lágrimas de nuevo y abrazó a su amigo otra vez. Ella siempre creyó que alguien la arrastró lejos del coche, pero una parte de ella, le decía que solo fue un sueño, que en realidad no pasó, que fue fruto de la inconsciencia que tenía en ese momento.

—¿Por qué no la salvaste a ella? —preguntó entre sollozos.

—Porque no quedaba tiempo. Si intentaba sacarla a ella, moriríamos los tres. Fui egoísta, antepuse mi vida a la de ella; yo fui el culpable de su muerte —declaró sin parar de llorar.

Ahora lo entendía todo. El cambio tan brusco que tuvo su amigo. Sabía que algo le pasaba, que no tenía que ser nada bueno y por fin se enteraba. Él se culpaba de la muerte de su novia, de la chica a la que amaba y prefirió salvarse él y salvar a su mejor amiga que a ella. Savannah apretó su mano, dándole confianza, fuerza.

—No lo fuiste, Mitchell. Me salvaste a mí, no a ti, y te lo agradezco... de no ser por ti, ahora estaríamos muertas las dos.

Tras unos minutos en los que ninguno paró de llorar, de hablar y aclarar ciertos temas, se levantaron y abrieron la urna para esparcir las cenizas de Olive en el lago, en su lugar favoritos, donde habían pasado tantas horas los veranos. Con su muerte, eso terminó, esa costumbre, se acabó y no volverían a disfrutarlo igual. Entre los dos, le dieron la vuelta e hicieron un movimiento hacia la derecha para que el viento se lo llevara.

—Adiós Olive, volveremos a vernos. Te quiero, hermana —se despidió Savannah.

—Es difícil despedirme de ti, pero llegó el momento. Te quise y siempre te querré. Volveremos a vernos —repitió las palabras de su amiga.

Ese día era caluroso, pero el viento que hacía, ayudó a que las cenizas fueran cayendo en diferentes puntos del lago. Ambos sonrieron cuando, sin explicación alguna y sintiendo como si alguien los abrazaba, un escalofrío recorrió el cuerpo de ambos, pero no sintieron miedo, al contrario, se fueron con una paz inexplicable.

Por fin acababa ese día. Savannah pensó que sería mejor dormir allí por esa noche y al amanecer, salir de Alabama dirección a Manhattan. No era algo que le hiciera demasiada ilusión, pero tenía pensando instalarse en un apartamento que buscaría en esos días. Solo faltaba mes y medio para que comenzaran las clases y no quería que la pillase el toro.

Sobre las doce de la noche, Dean y ella subieron para acostarse; su madre ya llevaba rato en su habitación. Savannah caminó hasta la habitación de su madre para despedirse de ella, pues no pensaba despertarla tan temprano siendo su día libre. La puerta estaba entreabierta y se percató de que hablaba con alguien por teléfono. No era una cotilla, pero la curiosidad mató al gato.

—No, Juliette. Creo que ha llegado el momento de contarle la verdad, ya es mayorcita.

Unos segundos en silencio le hicieron suponer que su tía le estaba respondiendo.

—Claro que la quiero, es mi hija. Bueno, al menos, así lo siento yo.

Savannah frunció el ceño sin comprender muy bien a qué se refería su madre. Siguió escuchando y no sabía que esa noche iba a ser de esas en las que la vida, ponía otra piedra en su camino y una de las gordas.

—Yo la quiero, pero creo que es hora de que le digas la verdad... que le digas que eres su madre. Savannah lo entenderá, créeme.

No pudo seguir escuchando, pues eso no podía ser verdad. Le abrió la puerta de par en par, pegando con fuerza contra la pared para que se diera cuenta de que estaba allí. Isabelle pegó un repulso a la vez que se daba la vuelta asustada, miró a Savannah y los ojos de esta mostraban de todo menos amor. Se había enterado y de la peor manera. Sus ojos se anegaron de lágrimas y tras decirle a su hermana que la llamaría más tarde, colgó para poder hablar con su hija. Savannah salió corriendo sin poder seguir mirándola a la cara, a los ojos, esos que tanto apoyo le dieron. Bajó las escaleras y fue hasta el salón, donde se sentó y escondió la cabeza entre las piernas.

—Savannah, cielo —murmuró su madre acercándose a ella.

Se sentó a su lado y puso una mano encima de su espalda. Savannah se tensó al sentir su contacto, pues en ese momento no quería ni verla ni hablar y mucho menos escucharla.

—Déjame en paz. No me toques —expresó alejándose de ella.

—No, hija.

—No, por lo visto no soy tu hija —se burló—. ¿Os habéis divertido?

—¿Cómo?

—Os habéis burlado de mí, de mis sentimientos. ¿Os creéis con derecho para hundirme la vida? No tenéis ni idea de lo que habéis hecho al ocultarme esta gran mentira. Toda mi vida pensando que eras mi madre, que tenía la mejor madre del mundo y resultaste ser una farsante —escupió cada palabra como si fueran dardos—. ¿Qué eres para mí entonces? ¡Eh! ¿¡Qué cojones eres para mí!? —gritó fuera de sí.

Isabelle lloraba sin parar y las lágrimas no la dejaban hablar. Escuchar a la que fue su hija durante dieciocho años decirle esas cosas, era peor que recibir palizas del que era su marido hacía veinte años. La vida le regaló la posibilidad de ser feliz de nuevo, le dio una vida a la que cuidar por culpa de una madre que no tuvo el coraje de luchar por su hija, de aceptar el error y

hacerle ver a Stefan que era suya y que nada ni nadie se la iba a arrebatar, pero no fue así, lo dejó todo por él, por la familia que tenía... y le dejó a su hermana esa pequeña de ojos azules que llenaría su oscura vida de luz. Savannah tenía que comprenderlo, tenía que perdonarla; lo que hizo no fue por nadie más que por ella. Prefirió tenerla engañada toda la vida a que su madre se la llevase con ella y que su esposo la tratase mal por ser una bastarda, por ser una hija fuera del matrimonio.

—Lo siento, déjame explicarte... por favor, Savannah —suplicó secándose las lágrimas.

—No, en este momento no puedo ni mirarte a la cara.

Se dio la vuelta y pasando por delante de ella, subió las escaleras para encerrarse en su habitación. Se tiró en la cama y escondió el rostro en la almohada, donde gritó y lloró sin cesar, sin poder parar. No durmió en toda la noche y sobre las cinco de la madrugada, despertó a Dean para salir de allí de una vez, sin despedirse de nadie, sin hablar con nadie. No podía siquiera mirar esa casa en la que tantos recuerdos dejaba. Su madre no era la que decía ser. Su tía, era quién debía haber ejercido de madre. Ahora, no quería a ninguna cerca de ella y solo deseaba empezar la universidad y olvidarse de todos.

Dean no le pidió explicación, pero sabía que algo no iba bien. El camino fue largo y pesado, pues ninguno hablaba.

Sobre las doce de la mañana, comenzó a recibir llamadas. No miró ninguna, sabía quién era.

—¿No piensas responder a ninguna llamada? —preguntó Dean preocupado por ella. Negó sin mirarlo—. Savannah. —La llamó—. Mírame.

No lo hizo. Habían parado en una gasolinera a repostar y estirar las piernas. Dean llevaba conduciendo muchas horas y aún le quedaba lejos la llegada a casa. Savannah tenía la mirada perdida y, sin poder retener más las lágrimas, se echó a llorar. Él se acercó a ella y la abrazó. Sabía que estaba mal, que algo le pasó, pero ¿qué? No le decía nada nada, no le explicaba nada y él solo quería ayudarla.

—No es mi madre, no es mi madre —decía entre lágrimas desgarradoras.

—¿Cómo? —No lo podía creer—. ¿De qué estás hablando, cariño?

No le gustaba verla así de destrozada y mucho menos que estuviese guardando cosas que solo le hacían daño. Necesitaba que se abriese con él y que le contase lo que necesitara.

—Isabelle, no es mi madre. Me enteré anoche por casualidad, ni siquiera tuvieron el coraje de contármelo —gimoteó mientras se secaba las lágrimas.

—¿Y quién es entonces? ¿Por qué hablas en plural?

—Es Juliette, mi tía. —Dean frunció el ceño—. Sí, Roxanne es mi hermana. Ahora lo entiendo todo —siguió hablando—. Por eso ella me odia tanto, porque sabe lo que somos y no lo ha soportado. Y yo que pensaba que era porque... es así. Dios, qué engañada he estado toda mi vida. Qué sola me siento en este momento.

—Ya, ya. Tranquila. —La abrazó de nuevo—. No estás sola, Savannah. Yo... óyeme bien, yo estoy contigo y siempre lo estaré.

Dean estaba preocupado, ahora menos que nunca podía enterarse Savannah de lo que planearon en un principio, antes de enamorarse de ella como un auténtico gilipollas. Tendría que hablar con Roxanne, pues estaba seguro de que ella sería capaz de contárselo si con eso la hundía mucho más. Nunca supo el motivo de su odio hacia esa hada preciosa y, ahora que él sabía cómo era, no lo entendía. Savannah no tenía nada que ver con Roxanne, con su familia, ella es buena y todo eso

debía agradecerse a Isabelle, es la que le enseñó los valores de esta vida y se lo haría ver a su novia, no podía dejar que odiara a su madre por un error del pasado, un error que seguro que tenía explicación.

Media hora después y una vez que se tranquilizó, volvieron al coche y Dean arrancó. Ahora quería llegar sin tener que parar, era importante hacerlo, cuanto antes llegaran, antes podría arreglar el problema.

Una hora más tarde, Savannah se quedó profundamente dormida, estaba cansada y el haber llorado tanto, agotaba a cualquiera. Paró un momento en otra gasolinera, muy cerca de Manhattan. Cogió su móvil y tras haber memorizado el número de teléfono de Isabelle, la llamó. Esta lo cogió enseguida pensando que podía ser su hija.

—¿Savannah?

—No, Isabelle. Soy yo, Dean.

—Oh, hola Dean. ¿Dónde está ella?

—Te llamo para decirte que Savannah me lo contó todo... —Se quedaron en silencio unos segundos—. Tranquila, no te juzgo, al contrario. Quiero que sepas que te ayudaré.

—¿Por qué? No fui buena contigo al principio.

Era cierto, no lo fue, pero tampoco fue mala y lo aceptó.

—Eso es pasado, al igual que lo que pasó. Es solo que no quiero que tu hija, porque es tuya, viva con una familia rota. Savannah se merece algo mejor y esa eres tú.

Los lloriqueos de Isabelle se escucharon al otro lado, emocionada por las palabras de ese muchacho que amaba tanto a su pequeña. Fue injusta con él y resultó mejor de lo que había prejuzgado. Dean era bueno, nada que ver con el joven de un mes atrás, nada que ver con ese muchacho que estaba con Roxanne.

Savannah, lo hizo cambiar y si echaba el tiempo atrás volvería a dar ese gran paso, el paso de besar sus labios por primera vez, siendo este un beso inolvidable.

Capítulo 37

Se quedó unos segundos con la mirada perdida, con los ojos clavados en la pantalla del móvil. Le dolía mucho la situación, no quería que Savannah sufriera, pero era inevitable, ya lo estaba haciendo. Iba a entrar en el coche cuando el nombre de su mejor amigo comenzó a parpadear, era una llamada. Le extrañó esa llamada y más después de haberse enterado de la infidelidad de Roxanne con él.

Estuvo tentado de no responder, pero Mason nunca lo llamaba a no ser que fuese algo importante, así que descolgó.

—¿Qué quieres Mason?

Su voz sonó más dura de lo que realmente quiso.

—¡Vaya! ¿Ahora me hablas así? ¿Dónde quedó ese «colega» o «hermano»?

—Se fue a la mierda el día que me enteré de que te tirabas a mi novia, capullo.

Mason soltó una carcajada dándose cuenta de que Dean nunca se enfadaría con él, por muchas cosas que pasaran entre ellos. Es cierto que haberse acostado con Roxanne no fue la decisión acertada, pero pasó y ya no había vuelta atrás. Ahora solo le quedaba recuperar a su mejor amigo.

—Lo siento, tienes razón. Ese es un tema que tenemos que hablar cuando estés aquí, pero no te llamo por eso, Dean.

Se puso serio, más de lo normal, y era inusual que Mason estuviese serio.

—Estás de suerte porque estoy llegando. Pero, dime, ¿qué ocurre? Te noto preocupado.

—Siento lo que te voy a decir. Tu madre está en el hospital... la policía fue a tu casa, pero al no encontrarte, buscaron a alguien cercano y acabaron en la mía. No sé qué habrá pasado, de hecho, ni siquiera sabía que se la habían llevado, ¿por qué no me dijiste nada?

Saber que su madre había aparecido hizo que respirase de nuevo con tranquilidad. El tiempo que no supo de ella fue una angustia, aunque gracias a Savannah, no lo llevaba tan mal. Con todo lo que pasó en Alabama, ni siquiera pensó en ello. Al menos ahora sabía que estaba bien, pero en el hospital.

—Lo siento, pero fue antes de irme... Necesitaba marcharme y eso hice. Gracias por decírmelo, Mason.

—Fuiste a por ella, ¿verdad?

Dean suspiró consciente de que ahora su amigo sabría a dónde había ido y que tendría que declarar lo que sentía por esa chica que ahora dormía en su coche.

—Sí.

—¿Te enamoraste de ella, Dean?

—Para qué quieres saberlo, ¿eh? ¿Se lo contarás a Roxanne?

—Eso es un sí, ¿cierto? Se suponía que no debías enamorarte, ese no era el trato.

Dean se pasó la mano por el rostro, la conversación se estaba volviendo pesada, algo que ya no tenía sentido. No quería que nadie se metiese en su vida y mucho menos que se creyera con derecho de criticar sus sentimientos, unos tan sinceros como lo eran sus palabras. Le importaba una mierda lo que los demás pensarán, él solo quería estar con Savannah. Sin responderle nada a su amigo, le colgó y tras meterse el móvil en el bolsillo del pantalón, se subió de nuevo al coche y

arrancó para volver de una vez. Tenía que llevar a Savannah a su casa para que descansara y después iría a ver a su madre al hospital. Tenían muchas cosas de las que hablar y ese era el momento de hacerlo.

Después de tres horas más de camino, Savannah abrió los ojos y se despertó. Leyó el cartel que ponía; Bienvenidos a Manhattan y sintió una presión en el pecho que prácticamente no la dejaba respirar. Dean se percató y cogió su mano para después apretarla.

—Sé que no es fácil para ti volver a casa de tu tía... —Se quedó en silencio—. Lo siento, no sé cómo decirlo ahora.

—No te disculpes, tú no tienes la culpa. Pero sí, tienes razón, no estoy preparada para ponerme frente a ella en este momento —aseguró con un gran nudo en la garganta.

—Te propongo una cosa. —Ella puso toda su atención—. ¿Te vienes a vivir conmigo? Es decir, a mi casa... mientras te buscas otra cosa, no sé. Déjalo... olvida lo que he dicho, no sé ni cómo se me metió en la cabeza...

Savannah soltó una risita nerviosa mientras se mordía el labio inferior. ¿Vivir con Dean? Era algo que no le disgustaba del todo, pues despertar a su lado cada mañana era algo que quería hacer desde que amanecieron en el lago.

—Está bien, Dean. Acepto quedarme contigo —lo cortó.

Se puso tan nervioso y le dijo todo tan rápido que no se dio cuenta de que se estaba riendo. Cuando escuchó eso, soltó todo el aire que retenía y, parando en un semáforo, la besó, importándole muy poco que el cinturón le apretase el pecho... solo necesitaba sentir sus labios, besarla hasta desfallecer, hasta sentir ahogo, hasta pensar que se moría y separarse obligado para poder respirar.

El tiempo estando juntos pasaba volando, casi sin llegar a procesarlo y solo cuando escucharon el claxon de los demás coches, se separaron. Soltaron una carcajada al mirarse y él, en ese momento se derritió, miró sus labios y darse cuenta de que él era el responsable de que los tuviera así, hinchados, rosados y deseosos de volver a ser besados.

—Será mejor que vayamos a casa —sugirió él. Ella asintió.

Por el camino, no volvieron a decir nada, iban en completo silencio, pero no era incómodo, sino todo lo contrario. Estaban a gusto juntos, daba igual que no se dijeran nada, que no mantuvieran una conversación. A veces, se dice mucho más sin necesidad de palabras.

Media hora después estaban llegando a casa de Dean, este dejó el coche aparcado en la puerta, pues pensaba salir de nuevo a ver a su madre. Dejaría a Savannah para que se duchase y descansara, el camino había sido muy largo. Sacaron las maletas del maletero y entraron en la casa.

Al entrar, recordaron lo que pasó la última vez que estuvieron allí, el golpe que Landon le dio a Savannah y que se llevaron a su madre. Ahora, al menos, podría respirar al saberlo a él en la cárcel, era lo que se merecía, estar lo que le quedara de vida entre rejas por todo lo que hizo. Savannah caminó despacio, observándolo todo y llegó al salón, recogió las sillas que aún estaban tiradas. Dean se acercó a ella y la abrazó por detrás para después depositar un beso en su hombro, provocando un estremecimiento por su parte.

—Déjalo, ya lo recogeremos más tarde —afirmó besando ahora su cuello.

Estaba feliz de tenerla con él en su casa, sabiendo que iba a vivir allí y que, si se lo planteaba, vivirían juntos cuando comenzara la universidad. Parecía una locura, pues solo se conocían desde

hacía poco más de un mes, pero para él, Savannah era muy importante, se le metió en el puto organismo, adueñándose de todo a su paso, hasta de su propia vida. Le dio la vuelta y la besó con pasión, con deseo, con ferocidad. Sus labios la quemaban, provocando que un fuego interno saliese, creando llamaradas entre ambos.

—Te quiero, Dean —declaró entre besos.

Él no podía más, la deseaba, la necesitaba... era adicto a ella, era como si un jodido imán lo atrajese, lo atrapase y no lo dejara escapar. La alzó y ella enroscó las piernas alrededor de sus caderas, Dean la pegó a la pared, apoyándose así para poder tocar su cuerpo con libertad. Pasó sus manos desde su cuello, acariciándolo con ternura, hasta llegar a sus pechos, despojándolos de su ropa, dejándolos expuestos para poder saborearlos. Esa adicción cada vez era más fuerte, más grave, pero no le importaba, no le importaba morir de una sobredosis de Savannah... sería la mejor muerte.

Con la ayuda de ella, se quitó la camiseta. Savannah pasó los dedos por su torso, trazando círculos, haciendo que su piel se erizara. La abrazó, sintiéndose así completo, ambos cuerpos pegados, la suavidad de ella lo envolvía, lo arropaba.

Poco a poco, lo que quedaba de ropa, fue desapareciendo, esparcida por el suelo del salón, quedándose desnudos completamente. Dean caminó con ella hasta el sofá y tras ponerla sobre él, con toda la delicadeza y con todo el tiempo del mundo, la besó... los labios de Savannah ya no eran de ella. Su cuello se convirtió en un lienzo, pues él dibujó con su lengua los más bellos dibujos, como si fuese él el que pintaba y no ella. Savannah memorizaba cada momento, cada movimiento y grababa a fuego en su mente, cada beso que Dean le regalaba.

—Eres lo más hermoso que tuve el placer de conocer —murmuró él ahora encima de ella.

Sus cuerpos se unieron en uno solo, entrelazándose. La miró desde arriba, observando lo bella que podía llegar a ser con las mejillas rojas y los labios hinchados por sus besos. Ahora, en este momento, es cuando Dean llegaba a creer en la magia, en las hadas, pues tenía una bajo su cuerpo, bajo su piel. Otras veces, podría llegar a ser una sirena y él un marinero perdido, uno que ancló en su puerto, que encontró a la sirena más hermosa, la que le demostraba que se podía quedar en un solo lugar, sin necesidad de buscar más... había llegado a su hogar.

Savannah sintió cómo caía irremediabilmente en un mar sin fondo, que se hundía y luego era rescatada por ese chico perdido. No podía creer lo enamorada que estaba y temía que no fuese real y que despertase de ese sueño.

Exhaustos, se quedaron dormidos, pues amarse de la manera en la que se amaban, a veces era agotador. Y unos minutos después, Dean se levantó, tenía que irse. Se vistió y arropó a Savannah con una colcha y le dejó una nota para que supiera dónde había ido y, sobre todo, que lo esperase para cenar, pues para esa hora ya estaría de vuelta.

Minutos después, salió de la casa y se montó en el coche en dirección al hospital que su amigo le había dicho. Tenía claro que después de la visita a su madre, tendría que ir a la policía para que le dijese qué había pasado. Tenía miedo de encontrar a su madre peor de lo que creía.

De pronto, le llegó un mensaje. Estaba parado en un semáforo y lo miró; era de Roxanne. No quería leer nada que viniera de ella, nada que pudiese estropear su relación con Savannah. Lo borró sin leerlo y siguió su camino, ya habría tiempo para eso.

Llegó al Bellevue Hospital Center, condujo hasta el aparcamiento y aparcó el coche para después salir de este y buscar a su madre. Tenía ganas de verla, de saber que estaba bien. Él la

quería demasiado y tenía miedo de perderla.

Al entrar en el hospital, caminó hasta recepción y se paró mirando a la chica que estaba tras el mostrador.

—Buenas noches. La señora Debbie Dallas, ¿en qué habitación está?

La muchacha de pelo rojizo alzó la mirada y tras saludarlo, miró de nuevo a la pantalla para buscar la habitación.

—Sí, ella está en cuidados intensivos. —Dean frunció el ceño—. No soy quién para informarle de su estado, solo puedo decirle donde está.

—Está bien, gracias.

Dean se dio la vuelta y se encaminó hasta la zona de cuidados intensivos para preguntar. Su corazón latía demasiado rápido y es que saber que su madre estaba en ese lugar solo incrementaba su preocupación. Entró en la zona en cuanto la encontró y buscó a un médico, los encontró en una sala a la entrada de ese sitio que lo ponía nervioso.

—Buenas noches, busco a Debbie Dallas. Soy su hijo.

—¿Eres Dean? —Asintió—. Acompáñame. Soy Héctor, su médico y me gustaría hablar contigo antes de que entres a verla.

—Pero ¿está bien? —preguntó con la voz angustiada.

—Tranquilo —dijo—. Pasa.

Entraron en una consulta y se sentaron. El médico ojeó unos informes y él cada vez estaba más ansioso por saber sobre el estado de su madre.

—Bien, Dean. Tengo que ser lo más sincero contigo. —Asintió con el ceño fruncido—. Tu madre está muy grave, hemos tenido que operarla para parar un derrame que tenía en la cabeza. Ha recibido demasiados golpes y... bueno, no sabemos el tiempo que le queda.

Sus ojos se aguaron al momento, no podía ser cierto... su madre no podía estar muriendo, no ahora cuando por fin podrían ser felices sin el desgraciado de Landon.

—No puede ser... quiero verla, por favor. —Se levantaron y salieron de nuevo.

Una enfermera le dio a Dean la ropa que debía ponerse para entrar en esa zona, pues todo estaba esterilizado y no se podía entrar directamente de la calle. Tras ponérsela, miraron desde la ventana que tenía en el interior para comprobar a los pacientes.

—¿No se pondrá bien? —preguntó con un hilo de esperanza.

—No, lo siento. Solo un milagro podría salvarla.

Entró en la habitación con el corazón a mil por hora, caminó hasta la cama donde el cuerpo de su madre reposaba completamente inerte y era cierto, solo con ver su rostro blanquecino y sus ojos cerrados, podía corroborar lo que el médico le dijo, solo un milagro podría salvarla.

Capítulo 38

Dean se sentó en la orilla de la cama y cogió su mano con delicadeza. Su madre dormía o estaba sedada. No lo tenía claro. De pronto, comenzó a removerse despacio, muy despacio y, poco a poco, fue abriendo los ojos. En cuanto vio a su hijo, ese brillo que él creía perdido se iluminó en sus ojos inexpresivos en ese instante.

—Hijo... has venido —expresó con dificultad.

—Claro, mamá, ¿por qué no iba a hacerlo? Pero, por favor... no hables, te hace mal. —Movi6 la cabeza en negativa.

—No, ahora que estás aqu6 necesito despedirme de ti, cari6o.

—No, claro que no. No te vas a despedir de m6, mamá. Tienes que ponerte bien y volver a casa conmigo.

Se qued6 con ella todo el tiempo que fue necesario, intentando que no hablase, pero su madre era m6s terca que una mula; 6l ten6a a qui6n parecerse. A Debbie cada vez le costaba m6s hablar y respirar, y su vida se estaba apagando. Se apagaba, lentamente.

Mientras tanto, le confes6 que dej6 todo en manos de un abogado para que pudiese disponer del dinero de la familia, ese que ten6a a buen recaudo, por el que soport6 tantas palizas de su marido. Era su patrimonio y solo era suyo. Una hora despu6s, su madre se fue, lo dej6, destrozado y con miles de cosas por hacer juntos. Sali6 de la habitaci6n de su madre tras despedirse de ella. Mir6 por la ventana el cuerpo sin vida de la mujer que lo dio todo por convertirlo en el hombre que era hoy. Llor6. Llor6 como nunca y necesitaba a Savannah para poder soportarlo.

Ella, se despert6 y se desperez6 a la vez que se sentaba en el sof6. Mir6 hacia ambos lados, buscando a Dean, pero no lo encontr6, en cambio diviso en la mesa de centro una nota, la cogi6 y ley6, dibujando una sonrisa en sus labios: «Mi hada, cuando despiertes, no estar6. No te cont6 pues no quer6a preocuparte, pero ir6 al hospital. Encontraron a mi madre y tengo que ir a verla. En cuanto compruebe su estado, volver6 y t6 y yo, tendremos nuestra primera cena viviendo juntos. Te amo, mi hada».

Se levant6 y busc6 el ba6o para darse una ducha y vestirse, a6n estaba desnuda, tal y como 6l la dej6. Record6 sus besos por toda la piel, eriz6ndosele al instante. Cuando encontr6 el ba6o, se meti6 bajo el chorro de agua fr6a, pues hac6a un calor sofocante. Termin6 y se puso unos *shorts* y una camiseta de manga corta, pein6 su cabello, sec6ndolo un poco con el secador y se calz6. Justo cuando comenz6 a bajar las escaleras para volver al sal6n y esperar a Dean, el timbre de la casa son6. Por un momento pens6 en no abrir, ya que 6l ten6a llave y se supon6a que nadie sab6a que ella estaba all6. Pero la insistencia de la persona al otro lado era pesada, as6 que camin6 hasta la puerta y la abri6.

Savannah se qued6 muda, anclada al suelo. Roxanne, su prima... su hermana, estaba frente a ella y no parec6a feliz de verla.

—¡Vaya! Mira que r6pido te metiste en su casa, aunque claro, as6 de r6pido te metiste en su cama, ¿no? —escupi6 esta entrando sin permiso.

—¿Qu6 quieres, Roxanne? —pregunt6 pesarosa.

—¿As6 recibes a tu hermana? —La escrut6 con la mirada—. No me mires as6, Savannah,

¿pensaste que yo no lo sabía? Aunque, a decir verdad, esto te servirá para que te des por enterada de una vez. Mi odio hacia ti es solo por ser hermanas.

—Y si me odias tanto, ¿qué haces aquí? Dean no está, si viniste a verlo a él.

Roxanne sonrió con malicia y ya sabía Savannah que no, que fue a verla a ella y que, desgraciadamente, las cosas iban a ser muy duras. Su ahora hermana era mala y se lo demostraba con palabras hirientes, con actos horrendos que solo demostraban la persona que era.

—Que ilusa, vine a verte a ti. Me he enterado de tu relación con mi chico, perdón, con tu novio.

—Roxanne, al grano.

—Está bien, tienes razón. Las malas noticias es mejor decirlas de golpe para que sean menos dolorosas, ¿no?

Caminó hasta el salón y se sentó agotada. Solo llevaba allí unos minutos y ya la estaba fastidiando. ¿De verdad la odiaba tanto? ¿Por qué? Nunca le hizo nada, no la trató mal ¿Qué problema tenía con ella? Roxanne la siguió y se puso frente a ella, miró al suelo, dándose cuenta del estropicio que tenían. Además, encontró un sujetador en el suelo y lo cogió con dos dedos y se lo tiró a la cara cabreada.

—Eres patética, te has enamorado de un chico que no te quiere. —Savannah frunció el ceño—. ¿De verdad pensaste que un muchacho como él se fijaría en ti? —La señaló—. Solo fuiste una apuesta, Savi... una muy divertida, todo hay que decirlo.

—No es verdad —susurró Savannah.

—Sí que lo es. ¿Sabes qué es lo peor? Que tú lo sabías desde el principio. No querías acercarte a él porque era mi novio, pero cuando nosotros terminamos, si le dejaste entrar en tu vida. Fue todo un montaje, nunca terminamos y ahora... —Se carcajeó—. Ahora estás aquí porque él no sabía que serías un lastre, nunca le dije que eras mi hermana y claro, no te va a dejar tirada.

—¡Eso no es posible! ¿Por qué me odias tanto? ¿Qué te hice?

Savannah se sentía mareada, todo lo que Roxanne le estaba diciendo tenía sentido, pero no podía creerlo. Dean le demostró en ese corto tiempo lo mucho que la amaba; aunque, ¿sería verdad que todo fue una farsa? No, no... no podía ser verdad y tenía que aclararlo, tendría que decirle en su cara que no lo era.

—Tú me quitaste el amor de mi madre y ahora querías quitarme el de mi novio. ¡Ninguna estúpida me quita lo que es mío! Y así aprendes que conmigo no se juega. Te engañé, te destrozamos y ahora, puedes irte por dónde has venido. No te necesitamos aquí y Dean... él me lo agradecerá.

Se dio la vuelta para marcharse, pero Savannah se levantó y la interceptó antes de que lo hiciera, la cogió del brazo y la pegó a la pared con los ojos inyectados en sangre. Estaba harta de ser siempre la estúpida que salía dañada, de ser la tonta a la que humillaban. No iba a dejar que eso pasara de nuevo y Roxanne lo iba a ver con sus propios ojos.

Esta comenzó a gritar y removerse, pero Savannah estaba fuera de sí, fuera de control. La cogió del pelo con la intención de arrastrarla, pero nunca se imaginó lo que su hermana le soltó.

—Suéltame, estoy embarazada. —Savannah paró y la miró—. Estoy embarazada, Savannah.

La soltó y cayó al suelo, sentándose cerca de la pared, donde dejó reposar la espalda. Hubo un momento en que quería encerrar la cabeza entre sus piernas, olvidándose de todo, de lo que pasó y de lo que estaba perdiendo en cuestión de segundos.

—Siento mucho haberte hecho esto, pero ya no hay marcha atrás. Preparamos la apuesta el

mismo día que llegaste, solo para pasarlo bien... nunca creí que te afectaría tanto. —Savannah alzó la mirada.

—¿En serio? Déjame que lo dude. —Soltó una risita agónica—. Vete, por favor...

—Pero...

—¡Que te vayas! ¡Ya hiciste bastante! —Se levantó—. Querías joderme la vida y ya lo conseguiste... ahora, vete a la mierda, Roxanne y por favor, no vuelvas.

Esta salió de la casa y ella volvió a arrastrar su cuerpo por la pared hasta que quedó sentada. Ahí estuvo sentada por una hora, tiempo en el que pensó mil cosas que decirle a Dean, pero también la manera de irse antes de que él llegase. No quería mirarlo ni hablarle, le iba a doler gritarle que esto se había acabado, que nunca más serían nada. Entonces, se levantó para coger sus cosas e irse a la vez que la puerta se abría y Dean entraba destrozado y con ganas de abrazarla.

Savannah estaba en el primer escalón para subir a la habitación donde dejó su maleta y Dean, al verla, caminó hasta ella. Cogió su brazo para hacerla voltear y ella se tensó y se soltó como si su simple contacto la quemase.

—Savannah, ¿qué pasa? —se interesó.

Se preocupó en cuanto sintió que ella estaba allí, pero en realidad no lo estaba. No era la misma chica que dejó acostada en su sofá después de haberle hecho el amor.

—¿Y todavía tienes el coraje de preguntarme? —Se dio la vuelta y lo miró con los ojos anegados en lágrimas—. ¿Hasta cuándo tenías pensado seguir engañándome? ¡Dime! ¿Te has divertido follándote a la virgen, a la tonta de Savannah?

Cada palabra que salía de su boca, era más dura que la anterior, más dolorosa. Dean comenzó a negar, percatándose de por qué lo decía y no, no quería que eso pasase así, él quería contárselo, aclararle que no fue como le habían contado... que esta vez sí la habían engañado.

—Déjame explicarte, por favor. —quiso acercarse. Ella se alejó.

Creó un muro entre ambos, uno tan fuerte como el amor que sentía por él, uno difícil de romper... así como su amor, nunca iba a olvidarlo. Quería odiarlo, detestarlo sería más fácil que amarlo y darse cuenta de que no era correspondida, que solo fue una burla, algo que comentar con sus amigos cuando ella se marchara.

Dean cayó de rodillas con lágrimas en los ojos, pues en el mismo día había perdido a su madre y a la mujer de la que se había enamorado sin darse cuenta. Ella no lo miró, no podía. Subió a la habitación y tras coger la maleta, bajó de nuevo, encontrándose en el mismo lugar y posición. Él, al escuchar sus pasos, alzó la mirada y vio su maleta. Se levantó como un resorte, no la dejaría marcharse así.

—No te vayas, por favor. —La abrazó por la espalda—. Necesito que me creas, que me escuches. Yo te amo de verdad, Savannah, en eso no he mentido.

—Lo siento, pero no creo ni una palabra.

—¿¡Por qué!? Jamás te demostré un sentimiento diferente al que ves, te amé desde el primer día que te vi.

Ella se carcajeó, siendo esta la carcajada más dolorosa que le habían provocado. Se soltó de su agarre y sin decirle nada más, salió de esa casa, salió de su vida y de sus brazos. Ahora estos se sentían vacíos, más que nunca.

Savannah caminó, se alejó de allí, temerosa de que la siguiera, de que fuera tras ella cosa que no quería que pasara. No sabía a dónde ir, pues a casa de su tía... de su madre no podía ni quería

ir. No tenía fuerzas para lidiar con eso el mismo día en el que se había enterado de que su novio, en realidad, había jugado con ella. Unas estúpidas lágrimas salieron de sus ojos, demostrándole el dolor que eso provocaba en ella y, aunque era algo que siempre pensó, no quería aceptarlo, pues se enamoró.

Las horas comenzaron a pasar a toda prisa y solo le quedaba llamar a Mitchell para que fuese a buscarla, pero él estaba en Atlanta. Le mandó un mensaje pidiéndole que fuese a recogerla Central Park, ahí estaría sentada en el primer banco. Su mejor amigo se asustó, no eran horas para estar en un parque, pero le prometió que llegaría lo antes posible. No le quedaba más que esperar allí y rogando que a Dean no le diese por buscarla.

Mientras tanto, Dean se quedó anclado, sin saber qué hacer y mucho menos dónde ir a buscarla. Aunque ¿para qué buscarla si ella le había dejado claro que no quería saber nada de él? Tenía que hablar con Roxanne y gritarle el odio que sentía por ella. Si pensó que solo jodería a Savannah, estaba equivocada, también lo jodió a él.

Capítulo 39

Mientras tanto, Juliette esperaba a su hija y a su marido. Ya todo se había destapado, ese gran secreto que un día escondieron, porque sabía que iba a atacar a su familia, ya se sabía y se moría de ganas de hablar con su hija y explicarle el porqué de haberla abandonado, de hacerle creer que era su tía cuando en realidad era su madre.

Estaba en la cocina esperando, tomándose una copa de vino, intentaba calmar los nervios. Cuando su marido llegó y fue a buscarla allí, se acercó a ella y le dio un beso en los labios, ella no se movió, ni siquiera quería que la tocara, pues él tenía gran parte de culpa de que todo había pasado así.

—Savannah ya lo sabe —anunció de pronto.

Stefan se sentó frente a ella con una ceja alzada, importándole una mierda que esa niña supiese la verdad. Ya sabía que Juliette era su madre, ¿y qué? Nada iba a cambiar, ¿o sí?

—¿Y qué piensas hacer? —se interesó este.

—Luchar por su perdón. —Soltó una carcajada cargada de amargura.

—¿En serio? O sea, ella se entera y los demás nos jodemos, ¿es así como quieres que nuestra hija deje las putas drogas? —escupió cabreado.

Juliette se levantó y caminó hasta él con la mirada llena de furia, de odio. Nunca amó a su marido, nunca quiso estar con él, le demostró que no sería feliz en esa familia y, aun así, por su hija, se quedó y dejó todo atrás.

—No puedes echarme la culpa a mí de eso, Stefan.

—Cometiste un error, no me echas la culpa a mí ahora de eso —replicó al borde de los nervios.

—Sí, es cierto. Cometí el error de dejar al hombre que amaba y a mi hija por ti, por alguien que solo mira por el dinero y la posición social. Has convertido a nuestra hija en un calco tuyo. ¿Podrás vivir con ello? Porque yo estoy cansada de luchar por una familia que no me valora y no pienso perder más tiempo lejos de Savannah, ya lo permití una vez, no volverá a pasar.

Se dio la vuelta para salir de esa casa que tanto odiaba. Tenía que buscar a su hija y pedirle perdón, decirle que estaba con ella, que nunca más la iba a abandonar, pero ¿por dónde comenzar? Solo podía preguntarle a una persona, Dean era el único que debía saber dónde encontrarla, ¿no?

—¡Eso, vete... lárgate como hiciste hace diecinueve años, pero esta vez, no vuelvas! —gritó su marido enfurecido.

Juliette lo miró de nuevo, pero esta vez le mostró un sentimiento diferente, sus ojos estaban llenos de compasión, una que él no merecía.

—Espero que seas capaz de hacerle ver a nuestra hija que la salida a todo no son las drogas. Y pase lo que pase, yo no quiero saber nada —declaró con lágrimas en los ojos—. Es hora de luchar por una hija que abandoné por tu maldita culpa.

Tras eso, salió de su casa para después meterse en el coche e ir a casa de Dean, solo esperaba que él supiera donde estaba su hija, quizá estuviera con él.

Condujo durante unos minutos, pues Dean no vivía lejos. Cuando llegó, la puerta de la casa estaba abierta, le extrañó que estuviese así a esa hora, ya era tarde. Aparcó en doble fila, pues el coche de Dean estaba aparcado ahí mismo y salió de este para dirigirse a la puerta.

—¿¡Dean!? —lo llamó en voz alta.

Dean estaba sentado en el primer escalón que daban al piso de arriba, donde se sentó cuando la vio marcharse, ahí llevaba casi una hora. Se levantó y caminó para ver quién era. En cuanto se puso frente a Juliette, la miró mal, aunque realmente, ella no tenía culpa de que él fuese un capullo integral.

—Hola, perdona que te moleste tan tarde —se disculpó acercándose a él—. ¿Estás bien? —se interesó al ver su rostro.

Tenía los ojos hinchados de haber llorado y su semblante mostraba una pena que nunca antes le había visto. Dean volvió a sentarse en el escalón, ¿para qué ir al salón o a la cama? Esa noche no iba a dormir, sería la más larga de toda su existencia. Lo único que quería era que el día acabase de una maldita vez. En realidad, la vida podía acabar aquí y ahora. Para él ya todo estaba perdido sin ella, sin Savannah... La cagó, cometió el error de enamorarse de la apuesta, de esa chica que tenía que destruir y acabó siendo él la víctima.

—La perdí —murmuró de pronto.

—¿A quién?

—A Savannah, la perdí. —Gimoteó de nuevo.

Juliette se acercó a él y lo abrazó, como si fuese su madre, esa mujer que también había perdido.

—También perdí a mi madre... hoy es el peor día de toda mi vida.

Las lágrimas no lo dejaban hablar y agradeció a Juliette que estuviese con él en ese momento tan duro, al menos, se sentía arropado por algo parecido a una madre. En esos instantes de la vida, cuando se pierde al amor de tu vida, es cuando una madre debería estar para apoyarte, pero la suya ya no estaba.

—Tranquilízate y cuéntame que ha pasado, ¿quieres? —Asintió sorbiéndose la nariz.

Se levantó y caminaron hasta el salón, donde se sentaron en el sofá. Por un momento, se quedó mirando a ese lugar donde la amó horas antes. Era doloroso recordar algunos momentos y ese, era uno de ellos. Savannah se metió en su organismo y ahora era imposible sacarla de ahí y no sabía cuándo lo iba a conseguir.

Con la mirada fija al frente, evitando mirar a Juliette porque le recordaba a ella: sus ojos, sus labios, incluso su cabello. Ahora entendía el porqué de tal parecido, porque era su madre.

—Mi madre murió hace apenas unas horas. —Se secó las lágrimas.

—Lo lamento mucho, Dean. —Negó con la cabeza.

—Y Savannah. —Suspiró—. Ella me dejó al enterarse de lo que tu hija me pidió hace un mes, cuando ella llegó aquí.

Juliette frunció el ceño, no sabía a qué se refería. Aunque claro, ella nunca sabía las cosas que su hija hacía.

—¿Qué te pidió? —Se quedó en silencio—. Dean, tienes que decírmelo. Si es algo que haya dañado a su hermana, yo tengo que saberlo, ¿lo entiendes? —Asintió avergonzado—. Sé cómo te sientes, pero si la quieres tanto como he podido observar, tienes que ayudarme.

—Yo la amo —declaró.

—Lo sé, me he dado cuenta.

—Me propuso una apuesta. Yo tenía que enamorar a Savannah y luego dejarla, hundirla. —Se pasó las manos por el rostro—. Y me siento la peor mierda de este mundo, permití que esto pasara

y me enamoré de ella. Nunca debí aceptar lo que Roxanne me pidió.

Juliette se cabreó con su hija, ella sí sabía que eran hermanas y aun así siempre había querido hacerle daño, le daban igual las consecuencias de sus actos, siempre iba a ser la misma.

Se levantó para prepararle una tila a Dean, necesitaba relajarse, estaba muy nervioso. Juliette conocía esa casa muy bien, pues ella y Debbie fueron amigas cuando sus hijos eran más pequeños. Todo eso cambió cuando ella volvió a casarse con el desgraciado que le hundió la vida y ahora, ¿para qué? Para morir sola. Le apenaba muchísimo que su amiga hubiera muerto y no dudó un segundo en ofrecerle apoyo a su hijo, pero ella también estaba buscando a su hija y tenía que irse de una vez para encontrarla antes de que fuera tarde, antes de que se marchara lejos y no supiera dónde encontrarla.

Cuando tuvo preparada la tila, volvió al salón y la puso en la mesa, delante de él. Dean la miró y negó echándose hacia atrás.

—¿Por qué me ayudas? Deberías estar cabreada conmigo por hacerle eso a Savannah —expresó un poco más tranquilo.

—Creo que en un principio sí que lo ibas a hacer, pero no pensaste en que te podías enamorar de ella, ¿me equivoco?

—Nunca quise hacerlo, realmente me acerqué a Savannah porque había algo de ella que me llamaba, que me atraía. Le hice creer a Roxanne que solo era por la apuesta y en realidad ya me había enamorado.

Pasaron unos largos minutos en silencio, sin saber qué decir. Ni siquiera podía pensar en la posibilidad de que Savannah se hubiera ido con su madre a Alabama, pues estaban seguros de que ese sería el último sitio al que iría. Bueno, el penúltimo. El último sería la casa de Juliette.

—¿Tienes una ligera idea de donde está mi hija? —preguntó ansiosa. Él negó.

—Hace mucho que se fue, seguro que le pidió a su amigo Mitchell que la recogiera o algo.

—¿Y tienes su número? Dime que sí, por favor. —Negó de nuevo.

Bufó exasperada, se despidió de él y salió de esa casa para buscarla por cielo y tierra. Tenía que encontrarla y no iba a desistir.

Condujo por las calles cercanas, por la urbanización y no le quedó otra que salir más allá, alejarse más de la zona. Ella sabía los gustos de su hija, era muy hermética y cuando necesitaba soledad, silencio y, sobre todo, tranquilidad, solo buscaba lugares que le dieran todo eso. Comenzó a mirar en los parques que se iba encontrando, parando algunas veces, bajando del coche otras y gritando su nombre en todas. Hasta que llegó a Central Park, aparcó el coche y se bajó. Estaba desesperada y ya no sabía dónde más buscar, llevaba dos horas y nada. Entonces la vio, sentada frente al lago, mirando al frente y llorando como nunca antes la había visto.

Se le encogió el corazón en cuanto la escuchó maldecir por todo lo que le había pasado en tan poco tiempo. Caminó apresuradamente, pero con sigilo, no quería asustarla... solo quería hablar con ella, ansiaba ser escuchada por su hija, solo así podría decirle todo lo que pasó y podría pedirle perdón, aunque sabía que era algo complicado de conseguir.

—Savannah —murmuró tras ella.

Ella se tensó al escuchar la voz de su tía... madre. ¿Cómo la diría ahora? Ni siquiera sabía cómo acercarse a ella ahora que se enteró de la verdad.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sin mirarla.

Juliette no supo que responderle. ¿Qué le diría? No tenía idea de cómo empezar. Y Savannah,

no tenía fuerzas para salir corriendo y dejarla con la palabra en la boca, ¿para qué huir cuando el pasado siempre la iba a encontrar?

Su madre caminó hasta ella y se sentó a su lado con una distancia prudencial. Aunque deseaba abrazarla y decirle que todo estaba bien, que iba a salir bien y que ella estaba a su lado, no podía... tenía miedo a su rechazo. La miró de reojo y se percató de su mirada, esos ojos tan bonitos estaban llenos de tristeza y se sentía culpable por ello.

—Dime lo que tengas que decir y vete, por favor —expresó con un gran nudo en el estómago.

—Yo, eh... yo.

—Si no tienes nada que decir, me gustaría estar sola.

—Hija.

Al escuchar eso se tensó y la miró con los ojos llenos de rabia, una rabia que nunca en su vida sintió por nadie, ni siquiera por Roxanne, después de todo lo que le hizo, de todo lo que le dijo como si ella fuese un trapo que se ensucia y tiras a la basura. No, estaba cansada de ser ese trapo.

—¿Hija? No, yo no soy tu hija. Nunca más vuelvas a llamarme así. —Se levantó con la intención de largarse de allí.

—No, espera Savannah... no te vayas, por favor —dijo al tiempo que se ponía en pie también—. Perdóname, no hice las cosas como debía y tú fuiste la única víctima de todo esto.

—Ya estoy cansada de ser la víctima. Harta de que se rían de mí. —Sollozó—. ¿Sabes lo que es enterarte de que la mujer que me arropaba por las noches, que me abrazaba cuando tenía pesadillas... no es mi madre? ¿Sabes lo que es enterarte el mismo día de que tu novio en realidad no te quiere, que fuiste una apuesta para él? No, qué cojones vas a saber si tú eres la culpable de una gran parte —escupió con la voz entrecortada.

Juliette entendía todo lo que ella le decía, es más, lo aceptaba. Lo que más le dolía era que no podía hacer nada para remediar el dolor que su corazón sentía en ese momento. Si por ella fuera, se prestaría a sentir su dolor por Savannah. Se prestaría a dar su propia vida por su hija.

Capítulo 40

Sus miradas estaban conectadas. Una miraba a la otra con rencor, y Juliette, con miedo a perder a su hija de nuevo. Se ganó su confianza como tía, como la tía guay que le daba consejos de chicos, pero ahora... ahora Savannah no podía ni quería verla.

—Lo siento, Juliette. En este momento no tengo fuerzas para seguir hablando contigo y no sé si algún día podré. Necesito tiempo para procesar todo lo que ha pasado —expresó algo más calmada.

Escuchar que la llamaba Juliette le dolió, fue como si le arrancasen el corazón de cuajo y se lo tirasen a los tiburones. Quiso acercarse de nuevo, intentar hablar, pero Savannah tenía claro lo que le dijo y no dejó que lo hiciera. Entonces pensó, si no quería escuchar nada de esa gran mentira que les hundió la vida, al menos le hablaría de Dean e intentaría que fuese con él de nuevo. No se perdonaba que Roxanne le hubiera hecho eso, no después de comprobar lo que ese muchacho sentía por ella.

—Vale, te dejaré en paz, pero antes tienes que escucharme.

—No quiero.

—No te hablaré de mí, lo prometo. Es de Dean de quién quiero hablarte. —Savannah se carcajeó—. Sé lo que ha pasado, pero quiero que sepas que él no ha tenido la culpa, fue Roxanne la que hizo todo.

—¿No me digas que él no ha tenido culpa! Él me enamoró y ahora que, ¿eh? ¿Qué pasa ahora? ¿Cómo hago para arrancármelo del corazón, del alma? Consiguió de mí lo que quiso, todo. —Las lágrimas volvieron a hacer su aparición—. Y ahora que ya se suponía que íbamos a estar juntos sin miedo a lo que Roxanne dijese, me entero de que fui una apuesta.

Lloró. Lloró como si fuese la última vez, como si le arrancasen la vida entera, como si se le escapase de las manos la felicidad. Juliette, importándole muy poco lo que Savannah sentía hacia ella en ese momento, se acercó a ella y la cobijó entre sus brazos, metiéndola en esa burbuja invisible que la ocultaba de todo, que la salvaba de cualquier cosa. Savannah se dejó abrazar, necesitaba ese abrazo desde que salió de Alabama y, aunque necesitaba a su madre, no podía negar lo que era más que evidente, ella quería a Juliette como si lo fuera, siempre lo fue realmente.

—Tranquila, mi cielo, no llores más. Yo estoy contigo, yo estoy contigo y te juro que no volveré a dejarte sola.

Tras unos largos minutos en los que siguió en los brazos de su madre, se alejó despacio, no porque quisiera que la soltase, sino porque necesitaba irse. Era cierto que podía llegar a perdonarla, pero el olvido era más complicado que el perdón.

—Lo siento, pero no puedo seguir aquí. Necesito irme un tiempo y pensar —declaró con sinceridad.

—Lo entiendo, créeme que lo entiendo y te dejaré el tiempo que necesites, que sea necesario.

—Gracias. Mi amigo tiene que estar al llegar y me gustaría quedarme sola —anunció sentándose de nuevo en el banco.

Juliette se acercó a ella y tras darle un beso en la cabeza, se alejó, dejando su corazón con ella.

Nunca pensó que intentar recuperar a su hija iba a ser tan duro, aún le quedaban cosas por decirle, por contarle, pero no era el momento y le daría el tiempo que fuera necesario.

Savannah vio como ella se marchaba, como se subía a su coche y desaparecía en la oscuridad de la noche. No la culpaba, de veras que no, aunque tampoco podía jurar que ella fuese inocente de nada. La abandonó, la dejó con su tía, eso era Isabelle, su tía y no su madre. Era todo tan confuso, tan extraño. Quería hablar con ella, con Isabelle, decirle que no le guardaba rencor, pues de no ser por sus cuidados... ¿qué habría sido de su vida? Se quedó con un bebé que no era suyo. ¿Dónde hubiese acabado si no? Ahora que lo pensaba fríamente, Isabelle solo se encargó de darle el cariño que una madre debía darle a una hija; ella fue su madre y nunca iba a dejarla.

Unas horas después, Mitchell llegó a donde ella le dijo. Se bajó del coche y corrió hasta ella para abrazarla, porque eso era lo que necesitaba. En cuanto su mejor amigo la arropó entre sus brazos, se desahogó de nuevo, en realidad no contó las veces que lo había hecho ya, las veces que había llorado.

—Ya no estás sola, Savi... yo sí estoy contigo y no te dejaré —murmuraba él con cariño.

Su amor por ella era completamente sincero; su amistad para él era lo más importante y no iba a dejar que nadie le hiciera daño nunca más. La cuidaría como se merecía y si tenía que encerrarla para que no le diese ni el aire, lo haría sin miramientos.

—Vámonos, es hora de descansar.

Con su ayuda, se levantaron y caminaron hasta el coche para luego poner, de nuevo, camino a su apartamento. Para ir a por ella, aceleró demasiado, tenía que llegar, sabía que estaba sola. Pero para volver, iría más despacio, ya no había nadie que lo esperase; ya estaba con él y nunca más estaría sola, no mientras estuviese a su lado.

Dos días habían pasado desde la última vez que se vieron. Que Dean no hubiera ido a buscarla, era algo que, en cierto modo, no le gustaba. Pensó que al menos iría a verla, que le juraría que todo había sido una mentira y que siempre la amó, pero no estaba tan segura de eso.

Estaba en casa de Mitchell y, aunque su mejor amigo le dijo que podía quedarse el tiempo que quisiera, no podía y estaba buscando un piso para compartir, pronto empezaría las clases, en pocas semanas; ella deseaba que comenzaran ya. Era la primera vez en su vida que odió el verano con todas sus fuerzas. Ya podía irse por donde había venido y entrar el otoño, este era una estación más triste y más acorde con el ánimo de ella.

Agradeció que su amigo no le hiciera preguntas, no era el momento aún de poder soltar todo lo que su corazón aún retenía. La herida estaba abierta y si gritaba con todas sus fuerzas, se abriría en canal, hiriéndola más.

Pero ese día era diferente, tenía que serlo. Se levantó dispuesta a espabilar, a dejar de lamentarse por algo que no tenía futuro, por un amor que en realidad era una mentira, siempre lo supo, pero ciega de sí misma no quiso verlo. Entonces, su móvil sonó y, al no conocer el número, lo descolgó.

—¿Quién es?

—Savannah, soy yo, Roxanne.

Alzó una ceja incrédula, no podía creer que ella estuviese llamándola. ¿Qué se creía? después de todo lo que le dijo.

—¿Qué quieres? Más vale que sea algo importante, porque quiero colgarte en este momento.

—No, no, por favor. Sí es importante. Es sobre Dean.

—No quiero escuchar nada de él.

—Espera, por favor. No sé si sabes que su madre murió y que hoy será el entierro. Te lo digo por si quieres venir para estar con él.

La voz de Roxanne, por primera vez sonó diferente, sincera. ¿Qué había cambiado? ¿Será que el embarazo había hecho que su duro corazón se ablandase? Si eso era así, no le importaba lo más mínimo.

Se quedó en silencio, pensando en él, en el dolor que seguro que estaba sintiendo por la pérdida de su madre, pero no podía ir. Hacerlo era como darle un puñetazo a su orgullo, dejar que siguieran pisoteándolo y no estaba dispuesta a seguir aceptando humillaciones. Además, no estaba preparada para ponerse frente a él.

—Lo siento, pero no puedo. Adiós.

Y colgó. Mitchell pasaba por su habitación y la escuchó maldecir a la vez que escuchaba que algo chocaba contra la pared con fuerza. Entró sin decirle nada y la vio sentada en el suelo, abrazada a sus piernas mientras lloraba de nuevo. Se agachó con ella y la abrazó, así era desde que llegó.

—¿Qué ocurre? Pensé que estabas mejorando —murmuró él.

—¿Mejorando? ¿Cómo voy a mejorar algo que ya no tiene mejora? Me engañaron, me hicieron creer que me amaban y me tiraron a la basura. ¿Hay arreglo para eso? No, yo creo que no —escupió cabreada, herida.

Su amigo la miró comprendiendo. Sabía que él tenía algo que ver en todo lo que le pasaba, pero no se atrevió a preguntar y ahora no había que ser un lince para darse cuenta de que Dean había sido un cabrón con ella, tal y como él pensó desde un principio.

—¡Tienes que olvidarte de él, Savannah! Un chico como ese no es para ti. Ellos lo quieren todo y si no lo consiguen, dañan a cualquiera y es lo que ha hecho contigo —siseó Mitchell dañando a su mejor amiga.

No era momento de reclamarle nada, pues ella solo tenía la culpa de una cosa y era de haberse enamorado de un chico que lo único que hizo, fue hacerle daño. Había sido tan fácil para él que no lo veía posible. ¿Cómo una persona que te jura amor eterno, que te hace el amor por primera vez, te hace tanto daño? Solo fue una apuesta para él y ya consiguió lo que quería.

—No es fácil olvidar a alguien con quién olvidabas todo —refirió entre sollozos—. Él me enseñó a vivir de nuevo. Me ha enseñado el significado del amor y la amistad... me lo enseñó todo. ¿Cómo voy a olvidarme de él? ¡No es tan fácil! —exclamó saliendo de la habitación y del apartamento de su amigo. Necesitaba dar un paseo.

Caminó por las calles de Atlanta con la intención de buscar un parque. No conocía demasiado el lugar, pues desde que llegó no había salido del apartamento de Mitchell. Necesitaba un respiro, aclarar sus ideas y allí no lo iba a conseguir. Solo había un lugar que podía hacerle ver la verdad y no estaba en Atlanta.

A dos calles más lejos de donde estaba, encontró un parque y se sentó en el primer banco que vio. Suspiró al hacerlo y respiró hondo, intentando serenarse, algo imposible en esos días y menos ahora que Roxanne le dijo lo de la madre de Dean. Que no quisiera saber de él, no quitaba que no le doliese saber que estaría pasándolo mal en ese momento. Si no hubiese sido tan capullo con ella, ahora estarían juntos.

En un intento de empezar a mejorar su estado de ánimo, cogió su móvil y marcó el número de

Isabelle, estaba segura de que se lo iba a coger y, dos tonos después, así lo hizo.

—¿Savannah, eres tú? —habló emocionada.

—Sí, mamá. Soy yo.

Que la hubiera llamado mamá solo quería decir que no había perdido a su hija. En realidad, siempre supo que no la perdería.

—¿Cómo estás, cariño? Te echo de menos, mi niña. Necesito hablar tantas cosas contigo.

—Y lo harás, mamá. Te llamaba para decirte que cogeré el primer autobús que me lleve a Alabama, vuelvo a casa y no creo que salga de allí en mucho tiempo —aseguró con lágrimas en los ojos.

Y eso hizo, cuando terminó de hablar con ella, regresó al apartamento de su mejor amigo para informarle de que se iba y claro... necesitaba que la llevase a la estación. Mitchell no quería que se fuera aún, pues sabía que eso iba a ser un atraso para ella, para su recuperación, pero ella no pensaba igual y tras abrazarla con cariño, la llevó a donde quería. Aunque no sin antes asegurarle que allí tenía su casa y que podía volver cuando quisiera. Solo quería que fuera feliz, que llegara esa felicidad que se merecía.

Sí, eso necesitaba y eso iba a buscar, solo que no estaba donde ella creía, donde pensó que la tendría. La felicidad está en uno mismo, donde elija estar es igual. La felicidad está donde menos se lo espera y ella, la iba a encontrar.

Capítulo 41

La despedida en la estación fue tan trágica que hasta rieron. Parecía que no iban a volver a verse y Savannah entendía las lágrimas de su mejor amigo.

La decisión de volver no solo era por ella, sino por su madre. Ambas necesitaban un tiempo juntas, aunque solo llevasen separadas poco más de un mes. Parecía que llevasen años, pues nunca antes se habían separado. Savannah decidió aplazar los estudios de Arte por un año más, aunque empezase el curso con retraso no le importaba. Ese tiempo lo cogería para reencontrarse, saber quién era y qué quería. Se perdió entre los brazos del amor, entre las sábanas de seda de una pasión que no entendió hasta que no probó los besos del hombre indicado. Nunca se enamoró, nunca sintió que su corazón latiera tan fuerte que pensaba que se le iba a salir por la boca. Nunca antes había susurrado el nombre de alguien cuando le hacían el amor. Dean entró en su vida, en su organismo... en su alma y ahora... ahora solo le quedaba olvidar y recordar quién era antes de conocerlo a él.

—Te quiero muchísimo, Savi —declaró este sin dejar de llorar.

—Oh, vamos Mitch. Parece que no volveremos a vernos. Sabes que voy a estar en Alabama, ¿verdad? —Asintió con una sonrisa.

—Es que no me creo que hayas decidido aplazar los estudios un año más. Savannah, el arte es tu vida o, al menos, siempre lo fue. ¿Qué ha cambiado? Es decir, ¿por qué has cambiado? Dibujas como nadie y el mundo necesita conocerte —expresó orgulloso de ella.

—La decisión está tomada, ¿vale? Necesito hacer esto y necesito tu apoyo. ¿Lo tengo? —Asintió dándole un abrazo—. Lo sabía, gracias.

«Pasajeros de la línea Av/63 St, dirección Alabama. Diríjense al autobús», escucharon por el altavoz. Había llegado la hora de marcharse, de volver a su hogar con su madre, y de donde no tenía que haber salido nunca. Le dio un último abrazo a Mitchell y besó su mejilla. El apoyo que tenía de él era muy valorado por ella y eso solo conseguía que lo quisiera más.

Savannah se dio la vuelta y caminó hasta la zona de autobuses, metió la maleta en el maletero y subió al vehículo. Los pasajeros aún estaban subiendo y, mientras tanto, sacó su móvil y se puso los auriculares para escuchar música. En ese momento necesitaba escuchar su canción, la única que la sacaba de la realidad, de esa realidad que la destrozaba por momentos. *The climb* era y sería siempre su canción favorita, aunque pasaran mil años, así seguiría siendo.

Quince minutos después, ya estaban saliendo de la estación, miró por la ventana y vio a lo lejos a su amigo, que aún seguía allí, con la esperanza de que no se marchara. Savannah le mandó un beso y él lo cogió para después posarlo en su pecho.

Mientras tanto, en Manhattan había un entierro, uno que le dolía demasiado a una sola persona, una que se sentía completamente solo desde que ella se fuera, desde que lo dejara por su culpa, por su estúpida y maldita culpa. Dean estaba destrozado y, aunque había un montón de personas en el velatorio, seguía sintiéndose solo.

—Dean, ¿estás bien? —La voz de Roxanne lo sacó de su hipnosis.

Ahí estaba, delante del ataúd de su madre, mirándolo fijamente pensando que ella saldría de esa caja de pino que le daba escalofríos. Volteó la cabeza y miró a la que fue su novia durante mucho

tiempo con un odio que nunca creyó que sentiría por ella.

—Olvidame, Roxanne —masculló.

No volvió a decirle nada y se dio la vuelta para sentarse con su madre. Desde que le dijo a Savannah que estaba embarazada algo en ella había cambiado. Nunca pensó que su hermana la iba a mirar de esa manera; no era rencor, no era odio... Savannah la miró con compasión y eso era algo que nunca iba a olvidar.

Cuando la vio llorando por culpa de la apuesta, algo dentro de ella se removió, su corazón dio un brinco y un sentimiento extraño la atenazó. ¿Sería posible que después de hacerle daño como quería le diera pena? ¿Será que comprobar el sufrimiento de su hermana le dolió? No estaba segura de que albergase algún tipo de amor en su corazón, pero tampoco podía decir que verla llorar la divirtiera, al contrario, le dolió y justamente por eso la llamó para decirle lo de la muerte de Debbie, la madre de Dean, porque sabía que él la necesitaba, porque, aunque le jodía que él se hubiera enamorado de ella, que hubiera sentido más de lo que un día pensó que sentiría por ella, le hizo ver la verdad: que él nunca la iba a amar y menos después de eso.

—Mamá —la llamó. Juliette la miró ceñuda—. Tenemos que conseguir que Savannah y Dean vuelvan a estar juntos.

—¿Ahora te interesa que sean felices? —ironizó.

—Es que siento que no he sido justa y que me he pasado —murmuró—. Nunca pensé que diría esto, pero me dolió verla sufrir y me siento mal... muy mal —declaró acongojada.

—Eso se llama conciencia. Y yo que pensaba que no tenías de eso —se burló su madre cabreada.

Roxanne la miró apenada, avergonzada y sintió que en parte también tenía la culpa de haber perdido a su madre, de que ahora ella no la tratara como antes. Todos los desplantes, se los merecía. ¿Qué haría ahora estando embarazada? Aún no se lo había contado a nadie, solo a Savannah. Ni siquiera se lo contó al padre del bebé.

—Mamá, estoy embarazada —declaró en un hilo de voz.

Juliette abrió los ojos sorprendida y la miró. Roxanne también la miraba y sus ojos se llenaron de lágrimas. Su madre no pudo evitar arroparla entre sus brazos, al fin y al cabo, eso era... su madre y le dolía lo que le pasara a su hija... a sus hijas.

Se levantaron y salieron de allí, necesitaban una charla de madre e hija. Juliette necesitaba saber más y Roxanne, contarle mucho más. Frente al cementerio había una cafetería y allí entraron. Se sentaron en la primera mesa libre que encontraron y un camarero fue a apuntar lo que querían. Cuando se quedaron solas, se miraron y Roxanne comenzó a llorar.

—Hija, tranquila. Sé por lo que estás pasando —aseguró Juliette. Roxanne asintió comprendiéndola.

—Lo sé; por eso mismo ahora entiendo muchas cosas. No debe ser fácil quedarte embarazada de alguien a quien no amas. En mi caso, no amo a Mason, sino a Dean, pero él está enamorado de mi hermana y no puedo hacer nada. —Sollozó—. Aún no le dije nada a Mason y, en realidad, no quiero tener este hijo con él. Prefiero tenerlo sola.

—No estás sola, ¿sí? Yo estaré contigo.

—Pero mamá... yo te hice daño, te humillé, te maltraté... ¿por qué sigues a mi lado? —se interesó ella sin poder dejar de llorar.

—Te quiero, Roxanne. Soy tu madre, es lo que hacemos las madres.

Su hija se levantó para sentarse a su lado y así poder abrazarla, siendo este el primer abrazo sincero que le daba en años. A veces necesitamos en la vida escarmientos para recapacitar, para darnos cuenta de que nos estamos equivocando con los pasos que hemos dado. Eso le pasó a Roxanne, se dio cuenta de que el camino que había cogido no era el correcto y ahora tenía que enmendar su error.

Tras media hora en la cafetería, hablando únicamente de Savannah y de todo lo que había pasado y, sobre todo, de lo que debían hacer para que las cosas volviesen a la normalidad, se levantaron y fueron a estar con Dean. Entraron de nuevo en el cementerio pero ya había acabado todo.

Dean estaba sentado aun en el mismo lugar; era hora de que Roxanne fuese a hablar con él y le pidiese perdón. Tenía que convencerlo de que debía buscar a Savannah. Se sentó a su lado sin decirle nada.

—¿Otra vez aquí? Creo haberte dicho que te olvides de mí —escupió hiriéndola.

—Dean yo... quiero pedirte perdón, de verdad. Sabes que eres muy importante para mí, que más que un amigo, siempre has sido como un hermano —expresó acongojada—. Mi error fue enamorarme de ti aun sabiendo que nunca me amarías y sé que la culpa de que nunca haya conseguido entrar en tu corazón es solo mía por mi manera de ser.

—¿Y te has dado cuenta de eso ahora? Has tardado demasiado. —ironizó.

—Solo quiero que sepas que eres un tonto.

—Y ahora me insultas. ¿Qué más Roxanne?

—Eres un tonto por no ir a buscar a mi hermana y luchar por ella. En todos estos años en los que te conozco, nunca te había visto tan feliz y, aunque se suponía que estabas fingiendo, en realidad siempre supe que no era así.

Dean tragó saliva, él conocía muy bien a Roxanne y por primera vez en su vida, sus palabras eran sinceras. ¿Qué había cambiado en ella? Se preguntó al tiempo en que clavaba sus ojos en los de ella. Vio un atisbo de verdad y eso le gustó, pues hacía años que no lo veía.

—Ella no quiere saber nada de mí. —Aceptaba resignado.

—Eso es mentira. Ella te ama y si vas a buscarla y le dices lo que sientes, te perdonará.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque la conozco, es mi hermana.

Era la primera vez que decía esas palabras sintiendo orgullo de que lo fuera. Savannah era su hermana y eso nadie lo podía cambiar. Solo le quedaba aceptarlo y eso ya lo había hecho.

Dean sonrió, pues un hilo de esperanza se clavó en su pecho. Se levantó como un resorte y comenzó a caminar en dirección a la salida con la intención de comenzar su búsqueda. Roxanne se levantó también feliz por él, por fin un poco de alegría.

—Pero espera, hombre. Primero tenemos que saber dónde está. Lo único que sé, es que hace dos días que se fue con Mitchell, pero no sabemos dónde vive.

—Yo sí —aseguró emprendiendo camino de nuevo.

Salieron del cementerio; fuera estaba Juliette esperándolos, tenía una sonrisa marcada en el rostro y eso solo demostraba que ella consiguió información antes que ellos. Se iba a encargar de llamar a Isabelle mientras que Roxanne convencía a Dean y estaba segura de que consiguió mucho más de lo que esperaba.

Se acercaron a ella ansiosos por saber y Juliette volvió a sonreír emocionada.

—Va de camino a Alabama. Ya he hablado yo con Isabelle y le he contado todo. En un principio no quiso que fueras, pero después de explicarle que todo había sido un error y aceptando ella misma que tú amas a Savannah, te ayudará para que os veáis a solas. —Dean la abrazó con lágrimas en los ojos—. Solo tienes que llamar a Isabelle para que te diga el siguiente paso. Ve y trae de vuelta a mi hija.

—Gracias. —Besó su mejilla.

Después se acercó a Roxanne y tras darle un beso en la mejilla, la abrazó y agradeció su ayuda.

A Dean solo le quedaba una carta por jugar. Lo estaba echando a suertes. Podría salir bien o terminar regresando a casa solo y destrozado. Solo esperaba que fuese la primera opción y volviera a su hogar con la chica de la que se había enamorado, de la que no podría olvidarse si ella no lo aceptaba a su lado.

Recordó el momento en el que la vio cuando entró en el baño. Solo hacía unas semanas de eso y ni siquiera se percató del tiempo. Cuando estaba con ella iba todo rápido, a una velocidad de vértigo y eso era lo que a él lo enamoró... lo que le hizo ver que ella sería la única que tendría la fuerza de entrar en su pecho y quedarse ahí para siempre. Savannah fue la única con el suficiente coraje para enseñarle que él no era el rey de este mundo y que, hasta una chica como ella, podía hacerle caer de rodillas.

Capítulo 42

Dean se montó en su coche y arrancó. La adrenalina recorrió su cuerpo en cuanto se metió en la autovía en dirección a Alabama. Ahora el camino era largo, pero haría todo lo posible por llegar lo más pronto que pudiera.

Savannah seguía escuchando música. Había cerrado sus ojos una hora, intentando meterse en su propia mente para buscar en lo más profundo de esta y encontrar la manera de olvidar todo lo que la dañaba. Tonta de ella, eso no iba a pasar.

Los segundos pasaban lentamente. Solo unas horas los separaban. ¿Qué pasaría cuando volvieran a verse?

Y mientras seguían de camino, ninguno podía dejar de pensar en el otro. Ella lloraba aún por la mentira. Él por el deseo de verla y abrazarla. Le pediría perdón de rodillas si hacía falta. La amaba y no iba a volver sin ella, de eso estaba completamente seguro. Nunca en su vida sintió tal necesidad... deseo mezclado con amor. Y una pasión desenfrenada que los volvía locos al uno por el otro.

Muchas horas después, con un camino largo hasta llegar, Dean recibió la llamada de Isabelle. Se suponía que era él quien debía llamarla, pero se le adelantó.

—Hola, Isabelle.

—Dean, ¿te falta mucho por llegar?

—No, estoy a media hora, ¿por qué?

—Cuando llegues vete directo al lago, Savannah ha llegado y se fue allí nada más poner los pies en Alabama. Sé que tardará, así que tienes todo el tiempo del mundo para conseguir que te escuche.

—Gracias, Isabelle.

—Solo te pido que la hagas feliz... no quiero volver a ver a mi hija de esta manera. Está destrozada.

Saber eso le partió el alma en dos; su dolor era también el de él. Su corazón latía dolorido y todo por haberle hecho daño él mismo. Savannah merecía a alguien que la amara de verdad, que la respetara y le hiciera olvidar. Ese tenía que ser él, Dean debía ser el elegido para eso.

—Te prometo que la haré feliz. Gracias, Isabelle.

Colgó y aceleró para llegar lo antes posible al lago, ese lugar era mágico y Savannah no se daba cuenta de que la magia que ese sitio escondía la aportaba ella misma. Para Dean, ella era magia, ella era un hada... una sirena hermosa que lo llamó para estar a su lado. Esta vez no iba a desaprovechar la oportunidad que se le brindaba. Esta vez iba a ser totalmente sincero con ella.

El tiempo pasó, llegó el momento. Dean aparcó fuera de la carretera, pues ella podía escucharlo llegar. Se bajó del coche con el corazón acelerado y caminó apresurado hacia el interior del pequeño bosque que lo llevaba a su destino. Cuando llegó, al fondo, en la zona más rocosa, estaba sentada ella. Se dio unos instantes para observarla; la mirada cristalina clavada en el agua, su cabello al viento y sus mejillas sonrojadas. Era el paisaje más hermoso que había visto jamás. La única pega, su rostro era triste y él era el causante.

Emprendió camino y, con sigilo, llegó hasta ella y se sentó a su lado. Aún no se había

percatado, solo se dio cuenta cuando él suspiró agobiado. Savannah lo miró y se sorprendió, aunque una parte de ella se emocionó y se le llenó el pecho de una sensación extraña, lleno de un amor poderoso que aún no tenía el valor de echar de su alma.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella en un susurro.

—Vine a por la chica que amo, ¿la conoces? Es bajita, cabello negro y los ojos más bonitos que he visto en toda mi jodida vida —expresó acojonado.

—No, no sé quién es ella y no creo que aquí la encuentres —dijo duramente.

Dean suspiró a la vez que una sonrisa ladeada se dibujaba en sus labios.

—No lo creo. Es más, estoy seguro de que ya la encontré.

—¿A sí? Pues suerte con ella, tiene un humor de perros —habló algo relajada.

Estaba tan cansada que no tenía fuerzas ni para discutir. Aún no podía creer que lo tuviese delante, que hubiera sido capaz de conducir tantas horas para verla, para buscarla. ¿Por qué? ¿Cuál era ahora su cometido? Si lo que pretendía era hacerle más daño, podía irse por donde había venido. Sus pensamientos no la dejaban disfrutar de ese momento en el que Dean intentaba acercarse, declararle su amor y pedirle perdón por todo lo que le había hecho.

—Sé que he sido un hijo de puta contigo y que merezco que me partan la cara, pero eso no va a conseguir que mi corazón deje de latir frenético cada vez que te tengo cerca, Savannah —declaró con la voz entrecortada.

—¿Y por qué me hiciste eso cuando se suponía que me amabas tanto?

Esa era una de las preguntas que necesitaba gritarle, pero solo se la dijo claramente, en un susurro temeroso. Ella misma tenía miedo de que otra vez le enseñaran el poder del amor, el poder de dañar a una persona enamorada.

—No lo pensé... me dejé llevar por una estupidez que solo me alejó de ti —explicó—. Es cierto que Roxanne me pidió que te enamorara y luego te dejara, pero ninguno contó con que yo me enamorase de ti. Porque eso fue lo que pasó, mi hada. Me enamoré de ti pensando que eras tú quién te enamorarías de mí.

Agobiada se levantó y comenzó a caminar, Dean fue tras ella y ambos caminaron en silencio por la orilla del lago. Savannah subió el pequeño escalón de madera que la llevaba al muelle. Quería llegar al final y sentarse en el filo de este para poder meter las piernas en el agua, eso la relajaba y ahora lo necesitaba más que nunca. Era muy complicado pensar con claridad cuando tenía delante al dueño de sus pensamientos.

Se sentó y él hizo lo mismo. Ambos se habían quitado los zapatos y metieron los pies en el agua; estaba fresca, y seguramente meterse en ella por completo sería buena idea, a lo mejor con eso conseguía ablandarla.

Sin pensarlo, se quitó la camiseta y se tiró al agua en pantalones. Savannah se quejó por haberla salpicado y lo miró maravillada, pues el atardecer lo mostraba más hermoso de lo que ya era.

—Báñate conmigo, Savi —se burló de ella mientras le salpicaba más agua.

—Ni lo sueñes y no me llames Savi.

—¿Por qué no, Savi? —repitió cabreándola.

Sinceramente no sabía si lo que estaba haciendo lo iba a ayudar, pero tenía que intentarlo.

—No vayas por ahí...

Cogió su brazo y la tiro al agua con él. Savannah no se lo esperó y cuando salió a la superficie lo fulminó con la mirada, pero él, ni corto ni perezoso, la cogió en brazos y la tiró de nuevo.

—¿¡Estás loco!?! —gritó fuera de sí—. Eres un cretino, un gilipollas y te odio.

Sus palabras eran falsas, pero a él le dolieron como si no lo fueran. La miró apenado, avergonzado y eso le hizo sentirse mal a ella, muy mal.

—Sí, soy todo eso... y sí, estoy loco, pero por ti. ¿¡Es que no te das cuenta!?! ¡La cagué!, ¿vale? Fui un estúpido que hizo lo contrario a lo que debía. Me enamoré de ti por eso y creo en el maldito karma que lo lía todo.

El silencio no era la respuesta que necesitaba y estaba perdiendo las esperanzas con ella. Pensó que iba a ser fuerte para soportar todo lo que tuviese que gritarle, pero no estaba preparado para su mirada llena de odio. Además, ya le había dicho que lo odiaba. ¿Qué más podría soportar?

Tenía que intentarlo por última vez, jugarse de verdad la última carta... y si después de eso, su respuesta era no, volvería a su vida tal y como era antes de que ella irrumpiera en ella para ponerlo todo patas arriba.

Savannah nadó hasta el muelle y se sostuvo en la madera. Quería salir del agua cuanto antes, estaba a punto de caer de nuevo en las redes del amor y no podía dejarle entrar en su corazón para que lo terminara de destrozar, esta vez no le dejaría hacerlo. Él no le quitaba la vista de encima y, despacio, nadó hasta ella y se puso cerca, muy cerca, solo a unos milímetros de sus labios, esos que tanto echaba de menos, que tanto deseaba. Savannah tragó saliva imitándolo a él que también lo había hecho.

—Perdóname, por favor. Dame la oportunidad de vivir a tu lado todos estos momentos. — Ambos respiraban con dificultad—. Sé esa parte que tanto he odiado en mi vida y que tú has llenado de una bella locura. Necesito que seas eso que deseo, eso que pensé que no necesitaba. Sé mi verano en un día de invierno... en todos los inviernos de nuestra vida, porque quiero estar contigo para siempre, Savannah.

Esas palabras le llenaron el alma, ella sabía lo que él odiaba esa jodida estación, ese calor abrasante y esos meses que solo le traían recuerdos deprimentes. Que él le dijera eso, fue más de lo que podía soportar y su respuesta, no sería con palabras, no le salían... no podía siquiera decir una sílaba. Pasó los brazos por encima de sus hombros y acercó sus labios a los de él, fundiéndose en un beso desesperado, uno que sí llevaba promesas guardadas, unas promesas que solo ellos mismos iban a ser capaces de cumplir.

Solo dos días sin besarla y podría jurar que ese beso era el mejor que le dio. Savannah lo apretó contra su cuerpo mientras que lo abrazaba con sus piernas alrededor de sus caderas. Dean no podía creer que eso estuviese pasando de verdad, que ella le hubiera perdonado la mayor estupidez que había cometido en toda su vida.

Se separaron unos milímetros y él pegó la frente a la de ella. Sus ojos se encontraron y ella comenzó a llorar, pero esta vez no eran lágrimas de tristeza y mucho menos de miedo, todo lo contrario, eran de alegría; de una inmensa alegría que había ocupado todo su cuerpo en cuestión de segundos.

—Te amo, Savi —declaró con lágrimas en los ojos—. Aposté tu amor y me enamoré de ti... esta vez apuesto contigo que nunca más te dejaré.

—Trato hecho —respondió con una pequeña sonrisa—. Te amo y esta vez no tengo miedo de gritarlo. Te amo, Dean, mucho más allá de lo que pensé que era el amor, porque yo no lo conocía hasta que tú llegaste a mi vida.

—Me alegro de haber estado en el momento justo para ser yo quién te lo haya enseñado.

Le hablaba mientras acariciaba su espalda, esa espalda marcada por un recuerdo, por un triste recuerdo que le enseñó a valorar la vida y esta era muy corta para estar cabreada con el mundo.

Sí, cometían errores, pero ¿quién no lo hacía? Ella misma también cometió sus errores, unos que pagó muy caros, pero aprendió que hasta de eso se aprende y eso sí se lo enseñó él.

¿Es posible enamorarse de la persona equivocada, de la prohibida? Los recuerdos entraron en su mente, proyectándose en su mente como una película que tenía que ver. El día que llegó a casa de su tía Juliette, de esa mujer que ahora parecía ser su madre. Fue un caos, entrar en ese baño y ver medio desnudo al novio de su prima, siendo este el chico más guapo que había visto en su vida. Sintió un cosquilleo que la recorrió entera y huyó despavorida cuando se dio cuenta. En ese momento pensó: «¿Qué fue eso?». El amor había entrado en su organismo como si estuviesen donándole sangre, como si, poco a poco, ese chico se metiera en su interior sin permiso, irrumpiendo en su tranquila vida para ponerla patas arriba, sin darse cuenta de que ella misma había hecho lo mismo con él.

Los unió un verano, una estación odiada por él, amada por ella. Los unió una apuesta, algo que a él le enseñó que podía enamorarse de verdad. Algo que a ella le enseñó que hasta cuando se ama, se sufre. Pero, el lazo que los unía a veces era imposible de explicar... Algunos vínculos desafían la distancia, el tiempo y la lógica... porque están predestinados.

El verano no tiene por qué acabar, todo lo que hagas en tu vida tiene consecuencias, incluida las que te regalan los mejores momentos de tu vida. Un amor encontrado, un corazón atado y un verano para el resto de sus vidas, porque hasta esos amores, pueden durar toda la vida.

Epílogo

Tres años después

El tiempo pasó volando, tres años es mucho tiempo, pero poco cuando se está con la persona que amas. Savannah pasó de solo tener una madre, a tener dos madres, un padre, una hermana y al mejor novio que se podía tener.

Tras la reconciliación, Savannah y Dean se quedaron un par de días con Isabelle, había muchas cosas de las que hablar y el momento de aclararlo llegó. Su madre no se podía creer que ella estuviese allí y, sobre todo, que la dejase explicar todo. Sabía cómo era Savannah y justamente por eso le sorprendió. Podría llegar a ser muy testaruda y el dolor que sintió con aquella mentira, era algo difícil de perdonar.

Juliette, su madre, tras una fuerte discusión con su esposo, Stefan, volvió a Alabama. Roxanne solo tenía un año, pero era tal la necesidad de volver a respirar, de vivir, que no lo pensó y estuvo unos meses alejada de ellos. Allí conoció a Eliot, un muchacho que se enamoró de ella y ella de él. Fue un amor puro, de esos que no se olvidan y de ahí nació la preciosa Savannah. Sí, Eliot no es un primo de su madre, sino su propio padre. Ella no lo podía creer, tanto tiempo creyendo otras cosas, incluso que no tenía padre y resultó todo lo contrario.

¿Y por qué no se llevó a su hija consigo cuando volvió con Stefan? Fue una de sus preguntas y esa respuesta, fue la peor, la que más le dolió. El esposo de su madre no la quería en su casa, en su hogar... para él era una bastarda, una hija fuera del matrimonio y la obligó a dejarla con Isabelle.

Savannah se dio cuenta de que no fue toda la culpa de su madre, pero no podía perdonarla; tenía que haber luchado más por ella. Le dolió saber que no hizo nada en dieciocho años para recuperarla y lo mismo pensó de su padre. ¿Por qué nunca le dijo que lo era? Había ciertas cosas que no tenían respuestas y ella, la verdad, no quería saber nada más.

Ya no le quedaban fuerzas para seguir luchando por un odio que no sabía sobrellevar. Aceptó que tenía dos madres y que las amaba. Las perdonó o, al menos, comenzó a hacerlo. Y después de pasar esos días con Isabelle, había llegado el momento de marcharse, de hacer una nueva vida al lado de su novio. Decidieron irse a vivir juntos a un apartamento cerca de la universidad y, así, pasaron los años más perfectos de sus vidas. Nadie los molestaba, nadie más estaba entre ellos. Solo él y ella. Dean y Savannah.

Dean acabó enamorado de los veranos y cada año viajaban a Alabama y visitaban el lago Guntersville, donde pasaban las horas y no se daban cuenta. Y, ese año, no podía ser diferente, aunque llegaron unos días más tarde de lo planeado. Siempre viajaban allí a principio de verano, ahora, a finales, pues era el cumpleaños de Savannah y querían darle una fiesta sorpresa. Llevaba tres años sin ver a Mitchell y ese era uno de sus regalos.

—Aún no entiendo por qué este año vamos tan tarde —se quejó algo enfadada.

Iban de camino a Alabama, todos esperaban ya en el lago, donde harían la fiesta. Quería que fuese algo especial, pues no solo iban a celebrar su cumpleaños. Estaban llegando ya y Savannah cada vez estaba más nerviosa, Dean no sabía guardar secretos y si lo hacía... acabaría descubriéndolo de una manera u otra. No podía esconderle nada a su chica.

—Ya te lo he dicho, tu madre no estaba y se supone que quieres verla, ¿no? Además, no sé de qué te quejas; he pedido permiso en el trabajo para estar más tiempo, ¿no te parece buena idea? —Negó apiñando los labios mientras que él paraba en un semáforo—. Oh, vamos. No me digas que no te gusta eso de pasar todo un mes conmigo encima en ese lago, bajo la luz de la luna —murmuró en su oído para después darle un pequeño mordisquito en su cuello.

Eso solo consiguió que se le erizase todo el cuerpo y se proyectara en su mente. Era extraño, pero Dean sabía cómo ponerla nerviosa, aunque ella también aprendió a hacer lo mismo con él.

Los coches de atrás comenzaron a pitar en cuanto el semáforo se puso en verde, estaban tan conectados con sus labios pegados, dándose ese calor que emanaban en exceso, que no se daban cuenta de lo que pasaba a su alrededor.

—Creo que debemos seguir —dijo ella con los labios aun pegados a él.

—¿En serio? Ya me estaba acostumbrando a este beso. —Puso cara de perro y ella soltó una carcajada.

—Oh, vamos... si tenemos todo un mes para eso, ¿recuerdas? —ironizó.

Dean la miró con los ojos entrecerrados y arrancó de nuevo maldiciendo por lo bajo para no ser escuchado.

Quince minutos después, llegaron al pueblo y cuando ella pensó que aparcaría frente a la casa de su madre, él se desvió para meterse en la carretera que llevaba al lago. Savannah frunció el ceño y lo miró algo confusa, pero él solo le sonreía mientras se encogía de hombros. Algo tramaba, pero ¿qué? Eso la ponía más nerviosa y no iba a poder controlar sus nervios.

Cada vez estaban más cerca y él no podía evitar la sonrisa que sus labios mostraban. Estaba nervioso, sí, pero también ansioso por hacer lo que tenía pensado desde hacía unos meses.

—Espera. ¿Qué? ¿Por qué hay una carpa y antorchas, que has hecho Dean? —preguntó en cuanto vio todo lo que había preparado.

Savannah lo miró esperando una respuesta, pero no llegó. Aparcó el coche y se bajó para luego caminar hasta la puerta del copiloto y abrirla para que saliese. Ella podía haberlo hecho sola, pero la emoción que no podía demostrar no la dejaba.

—Vamos, baja ya —dijo él al tiempo que cogía su mano y tiraba de ella.

—¿Qué has hecho? Te dije que no quería fiesta de cumpleaños —se quejó, aunque por dentro se moría por comérselo a besos.

—Y no es tu fiesta de cumpleaños.

—Ah, ¿no? —Lo miró ceñuda—. Entonces ¿qué es?

—Ya lo verás.

Caminaron por una senda llena de flores blancas hasta el lago. Miró al frente y sus ojos se llenaron de lágrimas en cuanto vio a sus madres, su padre, su hermana y... no, no podía ser real... Mitchell estaba también, Savannah corrió a su encuentro y de un salto él la cogió y cayeron ambos a la arena. Todos soltaron una carcajada al ver lo que había hecho. Su mejor amiga lo abrazó con fuerza y le dio miles de besos en la mejilla. Eran tres años sin verse, solo hablando por teléfono. Pero claro, si su amigo decidió salir de los Estados Unidos para estudiar en Europa, ¿cómo iba a poder verlo?

—¡Estás aquí! ¡Estás aquí! —gritaba sin parar.

—¿Tengo que ponerme celoso? —preguntó Dean con diversión.

Se levantaron y Mitchell se acercó a él para darle un abrazo, eran buenos amigos y gracias a

Dean, él pudo ir a la fiesta que estuvo preparando durante semanas con Roxanne.

Savannah fue a ver sus madres y se dieron un abrazo las tres, estaban muy unidas. Después de todo, la vida sigue y no podemos perdernos nada. Tras ellas, Roxanne la miraba con una sonrisa marcada en la cara. Su sobrina, Olive, correteaba por la arena y nadie podía con ella. Sí, su hermana le había puesto el nombre de su mejor amiga, después de todo lo que había pasado entre ellas, se unieron más que nunca y es que cuando hay amor, lo demás no importa.

—Hola, hermanita —saludó esta abrazándola.

—Hola, Roxanne. ¿Cómo estás?

—Echándote de menos. ¿Por qué has tardado tanto en venir esta vez?

—No me preguntes a mí. —Señaló a Dean que ya había acabado de saludar a todos.

Se acercó a ellas y tras darle un beso a Roxanne en la mejilla, abrazó a Savannah por la cintura para después pegarla a su cuerpo. No podía estar lejos de ella ni un segundo. Roxanne los miraba con cariño y sintió un pellizco en el pecho, ella también quería algo así, un amor así de bonito y poderoso.

La fiesta comenzó y, aunque Dean le dijo que no era por su cumpleaños, obviamente también lo estaba celebrando. Pero a Savannah se le escapaba algo, algo importante que Dean aún no le había dicho.

No dejó de mirarlo en toda la fiesta, ya estaba anocheciendo y todo se veía perfecto. Las antorchas encendidas le daban un toque mágico, las flores comenzaron a moverse con la suave brisa de verano, aunque este ya estuviese terminando. Dean se dio cuenta de que seguía mirándolo y eso solo provocó que soltase una carcajada que a ella le molestó. Se levantó para dar un paseo, no le gustaba que la tomaran a broma. Él hizo lo mismo y agarró su brazo para que no se fuera. Entonces, cuando Savannah se dio la vuelta, Dean tenía una rodilla hincada en la arena. Ella no lo podía creer y comenzó a llorar emocionada.

—¿Esto era lo que tenías preparado? —preguntó en un hilo de voz.

—Sí y créeme, me ha costado muchísimo. Ya sabes que no puedo guardarte secretos —aseguró haciéndola reír.

Su familia los miraba emocionados y se reían a su vez. Estaban enamorados de la pareja que formaban y felices de que ellos lo fueran.

Savannah tragó saliva nerviosa cuando Dean sacó del bolsillo de su pantalón una sortija de oro con un pequeño diamante. Era sencilla y a la vez hermosa.

—Hay veces que crees tenerlo todo, que crees que te puedes comer el mundo y otras es el mundo quién te come a ti. Eso me pasaba a mí... hasta que te conocí. Fuiste algo así como una brisa de verano, una suave caricia que me hizo ver que hay cosas más importantes —expresó nervioso—. Podría estar diciéndote mil palabras bonitas, pero más bonita que tú no hay nada, así que creo que iré al grano. —Ella asintió sin dejar que sus ojos se secasen—. Savannah, quiero que sigas siendo mi verano, que sigas llenando de luz mi vida. ¿Te casarás conmigo? —Titubeó esto último.

Ella sin responder, se puso de rodillas frente a él y se abalanzó sobre sus brazos, fundiéndose en un beso apasionado, en un beso que hizo que todos giraran la cabeza y buscaran otro lugar donde ir... un beso que consiguió que los dejaran solos. Al separarse ni siquiera se habían dado cuenta de que estaban a solas. Ella asintió sin poder hablar y él le puso el anillo en su dedo, luego se lo llevó a los labios.

Se levantaron y miraron hacia ambos lados y ni rastro de ninguno. Dean no desaprovechó la oportunidad para besarla de nuevo y hacerle ver lo mucho que la amaba. Poco a poco, fueron despojándose de la ropa y ella corrió hasta el agua para después meterse, él la siguió y allí volvió a atraparla entre sus brazos.

Solo el sol apagándose era testigo de lo que sucedía en aquel lago. Las risas era el único sonido que se oía, junto con algún que otro chapoteo. Dean se sumergió aprovechando que Savannah salía del agua después de haberle hecho una ahogadilla. El silencio la alertó y se giró a buscarlo cuando pudo dejar de reír.

—¡Dean! Vamos, no tiene gracia... —lo llamó, nadando hacia el muelle por si se le había ocurrido nadar hacia allí para darle un susto.

Lo que menos se esperaba era que algo tirara de su pie y la engullera bajo el agua. Una vez pudo salir a la superficie escuchó las risas exageradas de Dean que sin poder aguantar el ataque tuvo que sujetarse el estómago. Pero la risa le duró poco cuando su pequeña hada lo miró con cara de pocos amigos, y con clara venganza reflejada en sus bonitos ojos.

—No vale, solo fue una broma sin importancia.

Aunque Savannah se hubiera divertido mucho haciéndolo sufrir, viéndolo con el pelo mojado revuelto, los labios húmedos consiguiendo un leve tomo morado por lo fría que estaba el agua, lo que más le apetecía era comérselo a besos. Dean la vio acercarse, con un brillo muy diferente al que tenía unos segundos antes, en su mirada. Y no sabía si temerla o dejarse llevar y que hiciera lo que quisiese con él.

La segunda opción fue la que ganó cuando sintió los labios de Savannah sobre los suyos, las suaves manos de su chica rastrillando su pelo con una desesperación atípica en ella. Lo volvía loco. Ambos se volvían locos la una por el otro. De un salto rodeó las caderas de Dean con sus piernas provocando un jadeo por parte de él, haciendo que sonriera gustosa. Le encantaba ponerlo nervioso, aunque ella estuviera temblando, igual o más nerviosa que él, si eso era posible. Da igual las veces que se perdieran en el otro, siempre sería especial, perfecto y mágico.

—Estás temblando... —Susurró él, sin dejar de besarla repetidamente.

—Tú también —contraatacó sonriendo, abrazándolo más apretadamente y meciéndose sutilmente sobre él. Lo suficiente para que él la notase y se excitara sin poder evitarlo.

Esa mujer lo mataría cualquier día, en cualquier segundo, sin esperarlo acabaría muerto de deseo. Un deseo imposible de parar cuando se trataba de tener su cuerpo cerca. Poder lamerle el labio superior a placer, provocar suspiros y quejidos quejumbrosos, estaba siendo lo mejor del día.

¿Qué mejor manera de celebrar su cumpleaños que con el hombre más maravilloso del mundo? Además, no podía olvidar que estaba prometida a él, aunque no le hubiese hecho falta que se lo pidiera, ya era suya.

Después de infinitos besos y llevar la tensión a un punto imposible de ignorar, se miraron leyéndose el corazón, no solo la mente. Con cuidado, haciendo que su hada aguantase la respiración, hizo a un lado su ropa interior; lo suficiente para pasar los dedos por su sexo caliente, hinchado, deseoso de acogerlo en su interior.

Savannah echó la cabeza hacia atrás, soltando un gemido sonoro, haciendo eco por entre los árboles. El sonido de la naturaleza era mil veces mejor mezclado con la voz de su chica perdiendo el control.

Entrar en ella se convirtió en un trabajo de contención, intentando hacerlo lo más lento y placentero posible para ambos. Si por ellos fuera, aquel instante se repetiría en bucle hasta el fin de sus días. El frío pareció haberse extinguido, más no de sus pieles, que todavía sufrían las bajas temperaturas del agua.

Dean jadeó cuando Savannah bajó sobre él, metiéndolo en su interior por completo. No aguantaba más, lo necesitaba tanto o más que el respirar, algo que pasaba a un segundo plano. Las manos de Dean repasaron el cuerpo femenino con adoración, recorriendo sus curvas con verdadero deleite, estremeciendo más su cuerpo.

—Dean... —gimió enterrando la cara en su cuello.

—Te amo... —le dijo él, agarrándola de las nalgas para así facilitar sus movimientos, cada vez más rápidos.

Entrar en ella era una verdadera gozada, sentir cómo su sexo se contraía, apretándolo, dándole a entender lo cerca que estaba. Solo de pensarlo hacía que su placer se aproximara más rápidamente. Y cuando la escuchó gritar sin pudor alguno, provocando que los pájaros que descansaban en los árboles saliesen volando, se dejó ir en su interior.

El verano estaba a punto de acabar y el amor cada vez era más fuerte, más poderoso. Dean, después de conocer lo mejor de esa estación, no cambiaría un verano ni por todos los mejores inviernos, porque daba igual donde y cuando, solo importaba el quién.

FIN

Agradecimientos

Es tan difícil hacer los agradecimientos cuando tienes a tantas personas que mencionar.

Toñi y Roma, os habéis convertido en parte de mi vida y no soy capaz de verme sin vosotras y vuestro cariño y apoyo.

Fanny, te quiero muchísimo y eres para mí muy importante.

Fernando, eres y siempre serás el pilar de mi vida, solo tú entiendes mis altibajos y te quiero por ello.

Fransy y Nieves, gracias por tanto apoyo, sois los mejores.

Teresa, mi editora, gracias por confiar en mí.

Y por último pero no menos importante, mis lectores. ¿Qué haría sin vosotros? Gracias por estar siempre ahí. Un abrazo a todos.









